

★ Makeup ★ Girl ★

GLOSSY LOOK
El maquillaje continúa

Rosario Vita



Makeup Girl

GLOSSY LOOK
El maquillaje continúa

ROSARIO VILA

© 2016, Rosario Vila

Todos los derechos reservados.

A los que apoyáis la cultura y respetáis
el trabajo ajeno,
gracias.

Cuando abrí Lola Glamour, mi tienda de productos de maquillaje, pensé que había triunfado en la vida. Yo, Lola Lozano, la chica con menos empuje y más soñadora de la Vía Láctea, le había demostrado al mundo lo que valía. Como fanática extremista de los cosméticos siempre había querido vivir rodeada de sombras de ojos, máscaras de pestañas y polvos compactos. Además de tener la posibilidad de probar todo eso antes que nadie, faltaría más. Acertar con los tonos y las texturas que le van bien a tu piel dice mucho de la inteligencia de una chica, lo dicen todas las revistas de belleza. De modo que, después de dejar atrás mi triste puesto como administrativa en Glossy Look y de abrir mi propio negocio, sentí que había tomado las riendas de mi vida. Que me había convertido en una chica emprendedora y valiente. Sin embargo, el paso del tiempo me ha demostrado lo equivocada que estaba. Mi maravilloso oasis de glamour, que con tanta ilusión creé, no funciona tan bien como esperaba, y las facturas sin pagar que se me acumulan en el cajón están haciendo resurgir en mí mi innata inseguridad. La cabra siempre tira al monte. En mi caso, una cabra recién exfoliada. Me lo hice ayer. Oh... ¿Una cabra puede exfoliarse? ¿Es eso posible? Bueno, seguro que sí, porque hay fabricantes que prueban sus productos con animales. Vaya, qué suerte, lo que daría yo por ser una cabra y haber sido la primera en ponerme la barra de labios ultra-brillante *Sexy Little Rabbit*, o la laca de uñas de secado extra-rápido *Breathtaking Bitch*. Las cabras no saben lo afortunadas que son. Claro, que una cabra no podría tener un novio tan maravilloso como el mío, así que tampoco las envidio tanto.

—¿Tienes algo que borre las pequeñas imperfecciones?

—¿Eh? —respondo distraída desde el mostrador a mi única cliente de la tarde.

Veamos, supongo que sí lo hay. Lo de esta chica lo deben arreglar una operación de cirugía estética, unas carillas de porcelana y una peluca. Pero seguro que le saldría más barato comprarse un pasamontañas.

—Claro. Todas esas bases de maquillaje de ahí son mano de santo. Concretamente, de San Maks Factor —le digo taconeando hacia ella con una amable sonrisa, dispuesta a ayudarla en su desgracia.

—Caray, qué caras son —dice arrugando su peludo labio superior, mientras observa los precios de los productos que le estoy enseñando.

Es la primera vez que veo a una mujer con un bigote imperial, así que, por más que lo intento, no puedo apartar la vista de ese punto de su cara. Oh, por favor... ¿Se está moviendo solo? ¿¡Está vivo!?

—¿Que son caras? —le pregunto intentando mantener mi sonrisa —. Están muy bien de precio, considerando lo efectivas que son.

—No sé, no sé... —dice ella indecisa, moviendo la boca de un lado a otro en señal de duda.

Lo que hace que el vello que tiene ahí parezca más espabilado, creo que podría tratarse de una mascota bien adiestrada. ¿Me está saludando? ¡Por favor, qué miedo!

—No dudes en llevarte una de estas bases, estarás preciosa —le digo para animarla a comprar, aunque retirándome un poco de ella con aprensión.

—Bueno. Me lo pensaré, ya vendré otro día —me dice después de pensárselo un par de minutos más.

Sí, eso. Vete con tu bigote a otra parte, que en la puerta pone muy claramente que no se puede entrar con perros, y sospecho que es eso mismo lo que tienes debajo de la nariz. Tacaña...

—¡Si compras una sombra de ojos te regalo unas pinzas de depilar! —le digo como último recurso mientras la chica se dirige hacia la puerta.

—¡Gracias, pero no las necesito! A mí casi no me sale vello —me responde diciéndome adiós con la mano.

¿Cómo? Si ese bigote podría sacarlo a pasear con una correa y un bozal. Qué felices viven algunas en la ignorancia. Pues nada, otra que se va sin comprar. ¿De qué hablaba antes? Era algo sobre una cabra... Ah, no, era de Marcos.

A pesar de la tristeza y del estado de ansiedad crónico que me provoca el futuro de mi tienda, tengo una relación de pareja con él que me hace muy feliz, aunque algo complicada debido a la distancia. Nuestros trabajos sólo nos permiten vernos los fines de semana, cuando Marcos viaja de Madrid a Barcelona para pasarlos conmigo. Pero después de más de un año juntos ya le estamos empezando a dar vueltas a esta situación para intentar solucionarla. El problema es que no quiero renunciar a mi sueño, Lola Glamour, necesito luchar por mi negocio hasta el final. Supongo que no hace falta que diga que le tengo mucho apego porque es lo único de valía que, a mi parecer, he conseguido en la vida. Por mis propios méritos, que no son muchos. Y Marcos tampoco quiere dejar su puesto como director de publicidad en Glossy Look, algo que me parece bastante comprensible. Si yo tuviera un trabajo como el suyo tampoco querría dejarlo, así que el tema está complicado.

Oh, entra alguien... Sí... sí... No te vayas, pasa... ¡¡¡Bien!!!

Bah, es mi hermana. Qué manera más desconsiderada de robarme la ilusión, tenía la esperanza de vender algo. Por cierto, esa crema con efecto iluminador que me he puesto esta mañana es maravillosa, parezco una luciérnaga. A ver, ¿y si apago la luz...? Ah, pues tampoco brillo tanto.

—¡Hola, tía Lola! —me dice Vera con su voz de ratoncilla, dando brincos hacia mí y provocando con ello que las gafas y la coleta le boten por el camino.

—¡Vera! —le digo intentando disimular mi desilusión.

No es que no me alegre de ver a mi sobrina, ni mucho menos, lo que no me alegra es saber que mi caja registradora está hoy todavía vacía. A este ritmo agonizante no voy a poder pagarme ni el alquiler, y eso que comparto piso.

—Le he metido sus pastillas para la alergia en el bolsillo de la mochila —me dice mi hermana.

—Ah. Qué bien, Violeta —le respondo extrañada.

¿Por qué me cuenta eso a mí?

—Sí, están junto a mi biografía de Kafka. Ay... qué vida tan interesante la suya —me dice Vera suspirando—. Deberías leerla, tía Lola. Es increíble la de personajes importantes que nos ha dado el pueblo judío, ¿no crees?

—Erm... *Sip* —le respondo.

Si quieres sentirte como una completa analfabeta, cómprate una sobrina de siete años como la mía. Si es que la encuentras, claro. ¿Quién es Kafka? ¿Y cómo es posible que yo comparta ADN con alguien tan inteligente como Vera? Debieron de cambiársela en el hospital a mi hermana al nacer. En algún lugar de esta ciudad debe haber una niña con pestañas postizas y los labios pintados de rojo *Nymphomaniac Passion*, igualita que yo. No... ¡Mi sobrina! ¡Sangre de mi sangre! ¡Dónde estará!

—Tía Lola, creo que estaremos de acuerdo en que no volverá a haber otro como él. Kafka es leyenda —me dice Vera con una expresión de admiración en su cara.

—Bueno, Vera, es posible. Pero en realidad no sabría decirte si es tan buen actor, yo no entiendo mucho de cine polaco —le contesto mientras juego con su coleta.

—*Hm...* No sabes quién es Kafka, ¿verdad? —me pregunta ella mirándome de medio lado.

—¿Qué? Claro que sí —le digo fingiendo seguridad—. Era... un científico iraní —respondo casi inaudiblemente, bajando la vista hasta el suelo y parpadeando con disimulo.

Qué bien van las pestañas postizas para desviar la atención. Mira cómo aletean.

—No era científico —me dice Vera.

—Ah, perdón, es verdad. Era... un astronauta ruso —corrijo, en un tono de voz más bajo todavía.

—*Uh-Uh*. Negativo —me responde Vera cruzándose de brazos.

Qué oído más fino tiene. ¿Cómo ha podido oírme con esas orejas tan pequeñas?

—Déjalo ya, Vera. Tu tía no sabe quién es Kafka, ella sólo entiende de cosas superficiales —le dice mi hermana resoplando con altivez.

—Ya, claro. Pero tú sí que lo sabes, ¿verdad? —le pregunto sarcástica a Violeta.

—Pues resulta que sí lo sé, tonta de los potingues, descubrió la vacuna contra el sionismo —me responde muy chula.

—*Bah*. Ya lo sabía, sólo quería comprobar si lo sabías tú —le digo mirándome las uñas. Qué color tan bonito el púrpura *Coitus Nonstop*. Boréal hace magia en sus laboratorios. Uy, que Marcos no se entere de lo que acabo de decir, Boréal es competencia de Glossy Look—. Kafka salvó muchas vidas con su investigación. La medicina y la humanidad tienen mucho que agradecerle —añado para aparentar que sé de lo que hablo.

—Te me has adelantado, eso iba a decir yo ahora mismo —dice mi hermana mirando a mi sobrina, orgullosa por su dudoso conocimiento sobre el tal Kafka.

Qué tramposa es, seguro que lo ha leído de refilón al meterle las pastillas en la mochila a Vera.

—La gente moría a manojos antes de que Kafka encontrara un remedio a esa terrible enfermedad. Qué horror, hubo niñas que no llegaron a conocer qué se siente cuando te pintas los labios por primera vez —digo para no ser menos que ella.

—El siglo pasado siempre será recordado por sus numerosos avances médicos —dice mi hermana poniéndose competitiva.

Qué pesada. Pues yo ya no sé qué más decir. A ver... Ah, sí.

—Desde luego, el bótox le devolvió la ilusión por la vida a millones de mujeres —digo muy resuelta.

—No es por nada, señoritas, pero el sionismo es un movimiento político surgido del deseo de los judíos de recobrar Palestina —dice Vera subiéndose las gafas con un dedo, mirando de mi hermana a mí y de mí a mi hermana.

Vaya, hombre, eso se avisa antes.

—Vera Vázquez, soy tu madre. A mí no me llames señorita —le riñe mi hermana enfadada, aunque sé que lo que en realidad le pasa es que está avergonzada por su metedura de pata.

—*Hm...* No sé qué decirte, a veces juraría que nuestros papeles están intercambiados —dice Vera entre dientes, acercándose a una estantería con su mochila a la espalda.

Tendrá un cerebro enorme, pero Vera, bajita, lo es un rato. La mochila abulta mucho más que ella. Bueno, aunque eso lo arreglan unos buenos tacones, en cuanto cumpla los doce le compro unos.

—No soy sorda, ¿sabes? Te he oído contestarme —le recrimina mi hermana—. Bueno, Lola, me voy. Nuestro avión sale a las nueve y todavía tengo que ir a comprar algunas cosas —me dice a mí de repente impaciente, sabiéndose tan ridícula como yo.

Oh... ¡Claro, Vera pasa el fin de semana conmigo! *Uysh*, se me había olvidado el viaje de aniversario de boda de mi hermana y Miguel. Jo, y Marcos me iba a llevar a cenar esta noche a ese sitio tan bonito y romántico. Qué desgraciada soy, nada me sale bien.

—Por la cara que has puesto, ¿debo deducir que te habías olvidado de mí, tía Lola? —me pregunta Vera mirándome apenada desde una esquina.

—Miéntele, mala tía —me susurra mi hermana, mirándome amenazante.

—No, Vera. ¿Por qué piensas eso? —le digo con ternura—. Estaba deseando que llegara el viernes para que estuviéramos juntas. Y Marcos tiene muchas ganas de verte, ¿lo sabías?

—¿De verdad? —me responde ella con una chispa de ilusión asomándole en la cara.

Qué pena me da a veces Vera. No tiene amigos de su edad. Está siempre rodeada de personas mucho mayores que ella, incluso en el colegio, y eso hace que necesite cariño constante. No quiero ni imaginarme lo incomprendida que se deberá sentir teniendo ese coquito privilegiado. Bueno, pero sé lo incomprendida que yo soy por ser tan despistada, y eso debe ser casi lo mismo. Sólo hay que ver la cara que me ha puesto Violeta al darse cuenta de que me había olvidado de cuidar de Vera para saber que eso es así. Creo que mi hermana debería darme un respiro de vez en cuando, aunque sólo sea por los años que pasé de niña haciéndome pis en su cama. Ese es un vínculo de unión indestructible.

—Lo siento, Violeta. Tengo demasiadas cosas en las que pensar últimamente —le digo mientras Vera está distraída leyendo los componentes de un brillo labial.

—No lo sientas tanto y apúntate las cosas, Lola. Así no se te olvidarán las que de verdad importan —me contesta mi hermana irritada.

—Pensaba hacerlo, pero también se me ha olvidado apuntármelo. Ya sabes cómo soy —le digo cabizbaja.

—Pues a Vera no se le olvida nada. Lleva toda la semana loca de contenta porque iba a quedarse contigo. Aprende un poco de tu sobrina —me responde Violeta—. Adiós, cariño, nos vemos el domingo por la noche —le dice a Vera acercándose a ella y dándole tres sonoros besos en la mejilla, en modo abuela.

—Pasadlo bien, mamá, y no dejes a papá comer nada con grasas hidrogenadas. Ya sabes lo que le ha dicho el médico —le responde Vera dándole un abrazo.

Qué mona es mi sobrina. Tan pequeña y tan atenta. Lástima que no sea más coqueta, porque lo va a tener complicado con los chicos cuando sea mayor. Tanta inteligencia les suele asustar. *Mmmm*, pero el pelo le huele muy bien. *Sniff, sniff*.

—Bueno. Pues, ¿qué quiere hacer esta noche la niña más preciosa de la ciudad? —le pregunto a Vera cuando mi hermana se marcha, con mi nariz pegada a su flequillo.

Para mí siempre olerá a bebé, aunque es probable que se trate del bebé de otra familia.

—Había pensado que podríamos hacer algo divertido —me dice Vera.

Ah, mira, puede que este fin de semana me libre de oírle recitar poesía y de recibir lecciones de ciencia. Temía que la cosa iba a ser peor, qué manía tengo de adelantarme a los acontecimientos.

—Vale, me parece perfecto. Haremos lo que tú quieras —le digo, sintiéndome muy culpable por haberme olvidado de que tenía que quedarme con ella.

—¡Bien! —dice Vera entusiasmada—. Esta noche dan *Rigoletto* en la tele. Verás qué bien lo pasamos viéndola, tía Lola.

—¿Qué película es *Rigoletto*?, ¿la segunda parte de *Pinocho*? —le pregunto mirándole con dulzura.

—No, es una ópera de Verdi —me dice Vera dando palmaditas de felicidad.

—Claro, una ópera... Qué bien —le respondo mientras viajo mentalmente a un lugar muy lejos de allí.

A uno donde Lola Glamour funciona a las mil maravillas, Marcos y yo vivimos juntos sin tener que renunciar a nada, y mi sobrina es fan de Justin Bieber. Oh, y donde me levanto cada mañana con el pelo ya planchado. Vaya, eso sería genial...

Si hay algo que me haga olvidar los problemas, aparte de admirar mi maravillosa colección de barras de labios, es estar con Marcos. Los viernes por la noche consigo desconectar de todo en cuanto llega de Madrid y le veo sonreírme, para mí es como un tratamiento antidepresivo. Mi pastilla de la felicidad. No me cabe duda de que estábamos predestinados a estar juntos. ¿Cómo si no una fanática del maquillaje como yo iba a conocer al hijo del dueño de Glossy Look, una de las empresas más importantes de cosméticos? Lo nuestro es como el cuento de *La Cenicienta* escrito con *eyeliner*. Me gusta imaginar que somos como un dúo de sombras de Maybeeline, la pareja perfecta. Aunque Marcos sea mucho más perfecto que yo, eso lo tengo presente. Tanto que a veces pienso que soy muy poca cosa para él. Me da miedo que un día le dejen de hacer gracia mis despistes y mi manera inocente de ver las cosas y que se vaya por donde vino. A un mundo que, visto lo visto, yo nunca podré alcanzar ni en sueños. No es que pensara que me iba a hacer millonaria con mi negocio pero, al menos, aspiraba a ser una persona que se supera a sí misma, capaz de decidir su destino. Alguien que Marcos, viniendo de donde viene, pudiera admirar. Aunque fuera a pequeña escala. Y ahora que estoy al borde del abismo con Lola Glamour no puedo evitar preguntarme si eso hará que me vea como a una fracasada, si también le perderé a él. Las desgracias suelen venir en cadena y yo nunca he sido, lo que se dice, una chica con estrella. Lo más extraordinario que me ha pasado en la vida es que Marcos se enamorara de mí. Bueno, y encontrarme aquel neceser lleno de muestras de cremas en los aseos del tren. Nunca me había alegrado tanto de que me diera un apretón.

—Tía Lola, llevo un buen rato escuchándote y todavía no entiendo por qué me cuentas tus problemas con Marcos a mí. Sólo soy una niña de siete años, yo no tengo experiencia en temas de amor —me dice Vera con cara de extrañada.

¿Qué?

¡Mierda! Ya he vuelto a pensar en voz alta. Cada día estoy peor.

—Bueno, pero... eres muy inteligente para tu edad —le respondo disimulando.

¿Dónde estarán metidas las llaves del piso de Marcos? Es increíble la de cosas que llevo siempre en el bolso. Siempre me pasa igual, me paso un cuarto de hora en el rellano de la escalera buscándolas. Menos mal que el portero ya me conoce y me deja subir, porque las he perdido más de una vez. Y más de cinco. Qué paciencia tiene Marcos conmigo.

—Eso es cierto, tengo una mente inusual para mi edad —dice Vera asintiendo pensativa—. En fin, tía Lola, pues si tanto te importa mi opinión, mi consejo es que practiques el acto sexual con Marcos con frecuencia. Parece ser que mediante el sexo se ejerce una fuerte atracción y un extraño poder sobre el género masculino. Lo he podido comprobar viendo documentales sobre monos del National Geographic.

—¡Vera! —le digo sorprendida, levantando súbitamente la vista del bolso—. Sólo tienes siete años, no deberías ver esas cosas.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo, tía Lola? Los dan en horario infantil —me dice ella desconcertada—. ¿Tú no...? Ya sabes... con Marcos —me pregunta, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta del piso.

—¿Yo? ¡Jamás! —le digo agarrándome fuertemente a las solapas de mi abrigo.

¿Qué otra cosa puedo decirle? No puedo contarle a mi sobrina mi vida sexual.

—Qué raro... —dice Vera con desconfianza—. Pensaba que todas las parejas lo hacían—. ¿Ni siquiera a escondidas? —me pregunta extrañada.

—¡Mira, las llaves! —exclamo con una risita incómoda.

Al entrar en casa de Marcos, Vera me sigue por el pasillo silbando contenta, agarrando las asas de su mochila a la altura de los hombros, y parece que ya no siente curiosidad por saber lo que hago con mi novio en la cama. Pero no me fío mucho de ella. Conociéndola, estoy segura de que no parará hasta llegar al fondo de este asunto. Es lo que tienen las mentes inquietas como las nuestras. A mí también me pasa cuando veo a alguien con las uñas pintadas de un tono que no puedo identificar, así que podría ser que Vera se parezca a mí al fin y al cabo. Por cierto, qué bien huelo

cuando muevo el pelo, este champú es total. Voy a ir girando como una bailarina hasta el salón para perfumar el pasillo.

—¿Ya estás aquí? —dice Marcos saliendo desnudo del cuarto de baño, quedándose paralizado frente a nosotras.

—Por favor, ¡un pene! —exclama Vera mirando boquiabierta hacia esa parte de la anatomía de Marcos.

—Lo siento, no sabía que venías acompañada —dice él tapándose con la toalla que lleva en la mano, a punto de soltar una carcajada.

—¡No te rías! —le digo horrorizada mientras le tapo a Vera los ojos sobre las gafas—. La acabas de traumatizar.

—¿Por qué? —me pregunta Marcos—. Tampoco es tan grave.

—No sufras por mí, tía Lola, sólo he gritado a causa de la sorpresa —dice Vera intentando ver entre mis dedos.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Vístete! —le digo nerviosa a Marcos.

—Bueno, tranquila. Ya voy —me responde con toda naturalidad—. Hola, Vera. ¿Qué te trae por aquí? —le pregunta a ella cogiéndole la nariz.

—Me quedo a pasar el fin de semana —le responde Vera feliz.

—Qué buena noticia. No esperaba pasarlo con dos chicas tan guapas —le responde Marcos.

—Ji, ji, ji —ríe Vera sintiéndose adulada—. Tía Lola, me estás ensuciando los cristales de las gafas, ¿lo sabías? Creo que si quitas las manos ya no veré nada. Vamos a probar.

—De eso ni hablar —le digo guiándola hasta el salón con los ojos tapados, en vista de que Marcos no tiene ninguna prisa por desaparecer.

—Pero sólo es un pene —me contesta ella por el camino.

—Sí, eso díselo a tu madre. ¡No! Qué digo, mejor no se lo digas, ¿vale? —corrijo al pensar en recibir otra bronca por parte de Violeta.

Espero que esto no llegue a oídos de mi hermana. Con lo cascarrabias y lo exagerada que es, es capaz de acusarme de iniciar a Vera en la pornografía. Qué miedo me da Violeta.

—¿No te has olvidado de algo? —me pregunta Marcos ya vestido, acercándose a la nevera, donde me encuentro a la búsqueda de algo dulce.

¡Qué bien, hay batido de chocolate! Cómo no voy a estar loca por Marcos, si siempre se acuerda de mí.

—Seguro, me habré olvidado de muchas cosas. Pero te refieres a esto, ¿a que sí? —le digo dándome con él un fuerte y reconfortante abrazo.

Ay, qué gustito. Qué bien me siento en sus brazos. Ya vuelvo a ser la chica más feliz del mundo.

—Imagino que ya no iremos a cenar. Llamaré para cancelar la reserva —me dice después de darme un gran beso de viernes, de los de recibimiento que sólo él sabe dar.

—Se me olvidó que mi hermana se iba de viaje. Lo siento —le digo sintiéndome fatal.

—¿Y eso cómo puede ser? Si tú tienes muy buena memoria —me dice Marcos fingiendo asombro.

—Por favor, no lo menciones delante de Vera, ¿vale? No sabe que me había vuelto a olvidar de ella —le pido en voz baja.

—Si no me ofreces algo a cambio se me podría escapar —me responde con una sonrisa granuja—. Digamos que encontrarme sobre mi cama a una chica preciosa vestida sólo con sus zapatos de tacón podría dejarme mudo.

¿Cómo? ¡De qué chica habla!

Oh... Claro, de mí. Qué susto.

—Hecho. Qué fácil eres de contentar —le digo parpadeando a mil por hora con mis súper pestañas.

—No te creas... —me responde acercando su cara a la mía—. Una vez que cedes a un chantaje, estás de por vida en manos del chantajista. Nunca sabes cuándo te va a dejar de extorsionar.

—Bueno, si todo lo que me vas a pedir es como lo de antes, no me importa que me chantajees todo lo que quieras —le contesto coqueteando.

—No estés tan segura de que siempre te voy a pedir cosas tan inocentes —me dice él, cogiéndome por la cintura y dándome otro gran beso.

—Siento interrumpir, pero me asalta una duda —nos sorprende Vera desde la puerta—. Marcos, tienes una de las pestañas postizas de mi tía pegada a tu cara, ¿lo sabías?

—No. Gracias por avisarme —le contesta Marcos riendo.

—Veamos —dice Vera después de carraspear un poco—. Por la pregunta que me ha hecho Marcos al verme, me ha parecido que no sabía que iba a pasar el fin de semana aquí, tía Lola. ¿Es posible que me hayas mentido y que realmente te habías olvidado de nuestro fin de semana juntas?

No... Qué lista es...

Un silencio muy incómodo se acaba de hacer. No sé qué decir. Vera está poniendo cara de sentirse dolida y me da pena que crea que no es lo suficientemente importante para mí como para recordar nuestra cita. Si hubiera sido la primera vez, quizá la cosa no tendría importancia. Pero es que, además, la dejo plantada cada dos por tres. En parte gracias a mi mala cabeza, aunque también a que siempre tengo cosas que hacer. Y no quiero que piense que ella es lo más insignificante en mi vida, porque no es así.

—Vera —le dice Marcos agachándose frente a ella—, he sido yo el que se ha olvidado. Tu tía me lo contó hace unos días, pero los publicistas somos así de despistados. Tenemos tantas ideas dando vueltas en la cabeza que algunas aprovechan para escaparse sin que nos demos cuenta. Se van por aquí, ¿ves? —le dice señalando a su oreja derecha.

—Qué tonto —dice Vera riendo—. Las ideas no se pueden escapar por ahí.

—Pues claro que pueden, en el mundo de la publicidad todo es posible. ¿No has visto los anuncios de cremas que borran las arrugas en dos semanas? ¿O los de detergentes para el lavavajillas que duran más que la Guerra Civil? ¿Cómo explicas eso? —le pregunta Marcos.

—¿Te refieres a la Guerra Civil española o a la estadounidense? —le pregunta Vera.

—A la de Secesión. Ya sabes que en España lo americano vende —le responde Marcos tocándole la punta de la nariz.

—Bueno... —dice Vera pensativa—. Si es así, lo entiendo.

No me creo por nada del mundo que se haya tragado la excusa de Marcos, pero yo, casi que sí. ¿En qué lugar me deja eso?

—Te prometo que no volverá a pasar, haré que mi secretaria me recuerde cada una de nuestras citas —le dice Marcos a Vera poniéndose en pie.

—Gracias por cubrirme —le digo en un susurro a Marcos.

—Pero las disculpas no se terminan así. ¿No me piensas dar un beso? —le dice Vera muy puesta, con sus pequeños brazos en jarras.

—Oh, claro que sí —dice Marcos agachándose y dándole un beso rápido en los labios.

—¡En la boca no! —exclama Vera riendo.

—¿Por qué? Prácticamente soy tu tío —dice Marcos cogiéndola en brazos y llevándosela hasta el salón.

—No sé si podré acostumbrarme algún día, eres demasiado guapo —le dice Vera retorciéndose contenta en sus brazos, mientras Marcos le hace cosquillas en los costados.

Mejor que no lo haga, que no se acostumbre a llamarle 'tío'. Por lo que pueda pasar. Oh... las pastillas para la alergia de Vera. Menos mal que me han venido a la cabeza, podría ser que todavía haya esperanza conmigo.

—Vera, ¿dónde están tus pastillas? ¿Ya te las has tomado? —le pregunto dirigiéndome al salón.

—¡No, tía Lola! ¡Las he puesto en el cuarto de baño, junto a las que has dejado tú en la repisa! ¡Las anticonceptivas! —me responde ella, todavía riéndose con Marcos.

Ay, qué bien, me encanta verla así.

¿Eh...? ¿Ha dicho anticonceptivas?

Bueno, es igual. El caso es que me gusta verla comportarse como una niña. Me parece muy dulce cuando la veo jugar. A ver si hay suerte y se olvida de la dichosa ópera que dan esta noche en la tele. A mí me gustaría ver algo en el Disney Channel.

—Pues no dejes tus pastillas ahí, ¿vale? Se te podrían olvidar cuando te vayas. Vuelve a meterlas en tu mochila —le digo a mi sobrina, aun a sabiendas de que la única que podría olvidarse de ellas soy yo.

Pero queda muy bien hacerse la adulta responsable delante de una niña superdotada, para qué nos vamos a engañar.

—¿Qué tal te ha ido la semana? —me pregunta Marcos achuchándome a su lado en su masculino sofá de diseño.

Cómo se nota que no lo probó antes de que se lo colocara aquí el decorador. Estos muebles modernos para solteros son muy elegantes, pero bastante incómodos. Me estoy clavando algo en los riñones que no soy capaz de identificar. En fin, pero lo importante es que estamos juntos. Los dos solos. Vera ya está en la cama desde hace rato. Se lo ha pasado tan bien jugando con Marcos que se ha olvidado por completo de lo que quería ver en la tele. O lo ha dejado pasar directamente. En cualquier caso, gracias a él, porque en cuanto le he contado los espeluznantes planes de Vera ha movido cielo y tierra hasta encontrar un tablero de Parchís. Me habría gustado unirme a la partida, pero estaba ocupada haciendo algo de suma importancia. Bueno, no era algo tan importante, pero me apetecía mucho relajarme en la bañera de Marcos. Su cuarto de baño es lo más y compartiendo piso con dos personas la competencia para ocupar el mío puede llegar a ser feroz. Lo demuestran las marcas del suelo de nuestro pasillo, son derrapes hechos durante nuestras carreras para conseguir entrar antes que nadie.

—¿Mi semana, dices? Sin ninguna novedad —le digo a Marcos para no tener que ahondar en el tema—. ¿Qué tal en Glossy Look? —le pregunto sonriente.

—Bien. Nuestro elevador de pómulos ha sido elegido producto del año por la revista *Belle* —me responde con una mezcla de orgullo y felicidad.

¿Por la revista *Belle*? Qué fuerte, eso es todo un logro.

—Vaya... —le digo impresionada—. ¡Felicidades, me alegro mucho por vosotros! —exclamo agarrándome a su cuello para darle un beso.

—Lo sé, gracias —me contesta devolviéndome—. Me habría gustado que estuvieras para celebrarlo, pero sabía que no podrías venir a Madrid, así que no le vi sentido a invitarte —dice Marcos mirándome con expresión de remordimiento.

—No te preocupes, lo entiendo —le digo apoyando mi cabeza en su hombro.

A cosas como estas y otras muchas me refería con que vivir cada uno en una ciudad es complicado. Rara vez estamos juntos en los buenos momentos, ni tampoco cuando nos pasa algo que nos

preocupa. Marcos lo tiene un poco más fácil para escaparse del trabajo que yo, pero eso no quiere decir que lo pueda hacer cada vez que le venga en gana. Ser quien es en la empresa tiene sus ventajas, pero eso también le exige más responsabilidad que a los demás. El padre de Marcos no te regala nada que no te merezcas, por algo está forrado.

—¿Cómo va Lola Glamour? —me pregunta un momento después.

—Igual de mal que siempre —le confieso finalmente.

Si no se lo digo no va a parar de preguntarme por eso durante todo el fin de semana, aunque sólo sea por demostrarme que le preocupan mis problemas. Lo que es cierto y es de agradecer, así que no tiene sentido seguir evitando el tema.

—No quiero presionarte, pero deberías tomar una decisión cuanto antes. Deja la tienda y vente a vivir conmigo a Madrid, no te endeudes más por ella —me dice poniéndose serio.

—No estoy tan endeudada, Marcos —le digo sin creérmelo yo misma—. Me gustaría esperar un poco más antes de rendirme.

—¿Esperar? ¿Esperar a qué? Los negocios no se llevan de esa manera, Lola. Si quieres salvar el tuyo, tendrás que hacer algo. ¿Qué plan tienes? —me pregunta poniéndose en modo profesional.

—¿Un plan? Pues... —¿Debería tener un plan?—. Marcos, sabes que no tengo ninguno —le digo mirándole dolida.

Odio cuando se pone así de serio y de responsable, por eso no quería hablar de esto. Hace que me sienta como una inútil, como una tonta que ha puesto un negocio sin tener ni idea de cómo llevarlo. Seguro que por eso no funciona. Aquí estoy yo endeudándome hasta las pestañas postizas con mi insignificante tienda, mientras mi novio trabaja en una empresa de éxito internacional que algún día heredará. ¿Se puede ser más ridícula? No lo creo.

—¿Por qué tienes tan poca confianza en ti misma? —me pregunta dándome donde más me duele—. No te quieres nada.

—¿Qué tiene eso que ver? —le pregunto, sintiendo un fogonazo de calor en la cara.

—Tienes ingenio, sentido del humor y además eres una chica lista y preciosa. Puedes conseguir todo lo que te propongas —me

contesta gesticulando con fastidio.

—Yo no soy ingeniosa —le digo apartando mi mirada de la suya.

—Claro que lo eres. Hay poca gente que piense de la misma manera que tú, porque eres única. ¡Auténtica! Aprovéchalo —me responde él.

—Marcos, yo sólo pienso en tonterías, no soy lo suficientemente espabilada para tener buenas ideas —le digo comenzando a notar los ojos húmedos.

Hoy es viernes, el día más esperado de la semana para mí, y lo voy a acabar llorando. Se supone que Marcos debería darme consuelo en vez de estar cuestionándome. Me estoy empezando a enfadar con él.

—¿Sabes qué? —me pregunta después de parecer perdido en sus pensamientos durante unos instantes—. No hace falta que tengas grandes ideas. La gran idea eres tú —dice mirándome de una manera muy extraña.

¿A qué se refiere? No entiendo nada, pero me da corte preguntárselo. Me acaba de decir que soy lista y no quiero que cambie de opinión.

—Marcos, no me mires así, que me entran sudores y se me despegan las pestañas —le digo retirándome un poco de él.

—¿Lo ves? —dice riendo—. Tienes chispa y todo lo que se necesita para sobresalir. Sólo tienes que hacer que el mundo lo sepa —añade volviéndome a mirar pensativo, como si estuviera escaneando mi cerebro.

Me está dando miedo, a ver si me va a leer en la mente que fui yo quien rompió la baldosa del suelo de la cocina. Le dije que había sido la señora de la limpieza.

Como Marcos no para de observarme pensativo, me pongo a mirar a mi alrededor para matar el tiempo. Ruedo los ojos en todas las direcciones con la cabeza inmóvil, para colaborar un poco con lo que sea que está haciendo, pero transcurridos un par de minutos me canso de tanto misterio y decido romper el silencio.

—¿En otoño se atrasa, o se adelanta la hora? Nunca me acuerdo —le digo de manera casual.

—Vas a abrir un blog y una cuenta en YouTube —me responde haciendo caso omiso a mi pregunta.

—¿Qué? ¿Para qué? —le pregunto intrigada.

—Porque la gente te va a adorar —me contesta muy seguro de sí mismo.

—¿Que me va a adorar? ¿Y cómo se supone que voy a conseguir eso? —le digo asombrada.

—Siendo tú. Te conocerán a ti y entonces también querrán conocer tu tienda. Yo te ayudaré —me contesta levantándose del sofá y desapareciendo del salón.

¿A dónde va? ¿Y por qué me hace esto? Yo era muy feliz recreándome en mi desgracia, y ahora me huelo que me va a obligar a hacer algo para cambiar eso que no sé si voy a tener valor de hacer. ¿Por qué no seguiría yo haciendo facturas y enviando e-mails, trabajando de administrativa? Antes vivía relativamente tranquila escondida tras mi ordenador, o eso me parece ahora. Esto me pasa por hacerme la ambiciosa.

—Hazte una foto que llame la atención. Una en la que todo el mundo pueda ver lo bonita y especial que eres —me dice Marcos volviendo con su portátil y sentándose conmigo de nuevo en el sofá.

¡Pero con qué buenos ojos me ve! Me los va a tener que prestar una temporada.

—Marcos, no estoy segura de que pueda hacer lo que sea que tienes en mente —le digo asustada.

—Claro que puedes. ¿Quién demonios te ha convencido de que eres tonta? —me pregunta enfadado.

Pues no lo sé. Puede que un poco yo, un poco mi hermana y un poco mi historial de meteduras de pata. Eso último me parece muy revelador.

—Marcos, la noche que te conocí estuve a punto de comerme un preservativo pensando que era un chicle. ¿De verdad me estás preguntando eso? —le digo con ironía.

—Sólo eres muy despistada —me responde riendo—. Y además, habías bebido más de la cuenta. Si fueras tonta no podrías darte cuenta de que lo eres. ¿No lo entiendes?

—Bueno, visto así... —le digo confundida.

No lo he entendido.

—En efecto. Visto así, es lo que es —dice Marcos tecleando sin mirarme.

—¿También te parece normal que imagine que vienes a buscarme a Lola Glamour montado en un camello? —me invento para ver qué dice.

En realidad viene montado en un elefante rosa, con una guirnalda de jazmines alrededor de la trompa, pero no quiero que piense que estoy mal de la cabeza.

—No sólo me parece normal, creo que es encantador —me responde mientras sigue tecleando en su portátil.

—¿Que tenga un Excel con todos mis productos personales de maquillaje anotados, también te parece encantador? —le pregunto con curiosidad.

Lo hago porque tengo tantos que a veces me compro cosas repetidas sin darme cuenta.

—Pues claro que me lo parece, yo vivo de eso. Ojalá hubiera más chicas con tanta pasión por el maquillaje como tú —me responde.

Nada, no hay manero de pillarlo.

—¿Por qué me quieres tanto? —le pregunto soltando un suspiro final.

—¿Cómo no iba a quererte, si eres adorable? —me responde mirándome como si estuviera loca.

¿Quién necesita un psicólogo teniendo a Marcos? No hay nadie que me pueda levantar el ánimo tan rápido como él. Lo mismo tiene razón y valgo mucho más de lo que me creo últimamente, porque no es nada fácil conseguir un chico como el que tengo. Algo debo saber hacer muy bien.

—Bueno, esto ya está. Ahora el resto depende de ti —me dice Marcos soltando el portátil unos minutos más tarde.

—Vamos a ver, explícame a qué te refieres con “el resto” —le pido temerosa.

Qué peligro más peligroso. A ver en qué me quiere meter.

—Te vas a grabar en vídeo dando tu opinión sobre diferentes productos de maquillaje. Tu opinión *personal*, y de la misma manera que me hablas *a mí*. No finjas algo que no eres ni intentes parecerte *a nadie* —me explica resaltando esas palabras.

Oh... Bueno, supongo que eso puedo hacerlo. Siempre pruebo todo lo que sale al mercado y me encanta hablar sobre cosméticos,

son mi debilidad. El problema es que no tengo a nadie con quien hacerlo, aparte de Marcos y Dani, mi compañero de piso. Pero si hay más personas como yo por ahí...

—¿Sería como mi propia sección de belleza? —le pregunto asombrada.

¿Yo podría ser una gurú del colorete? ¿Del perfilador labial? ¿De los liposomas? Qué pasada... ¡Esto me está gustando!

—Sí, te lo deberías plantear de esa manera, tu sección de belleza *online*. También tendrás que escribir en el blog que te acabo de abrir. Hablando sobre diferentes *looks*, qué colores se llevan, dando consejos y trucos... Todas las historias que se te ocurran. Pero recuerda hacerlo siempre a tu manera, eso es lo que te diferenciará y hará que la gente quiera seguirte a ti y no al resto —me responde.

¡Hala, qué guay! ¡Me encanta la idea!

—¿Y ya está? ¿Sólo con eso mi tienda empezará a ir bien? —le pregunto ilusionada.

—Bueno, no es algo seguro al cien por cien. Pero, sí, puede ayudarte a que remonte. Harás *branding* y tu tienda conseguirá publicidad —me dice Marcos.

No sé qué significa '*branding*', pero él es el que entiende de esas cosas y todo lo que venga de Marcos me suena genial. Además, ahora mismo estoy tan excitada que si me pidiera que hiciera puenting, skating o camping-gas lo haría sin pensar. ¿Podría ser que Lola Glamour esté a punto de ver el éxito? ¿Que me pueda convertir en una verdadera mujer de negocios? ¿Que yo ya no sea tan poca cosa comparada con Marcos?

Oh, espera... Eso también podría llegar a ser un problema, ahora que lo pienso...

—Marcos —le llamo pensativa.

—¿Si? —me responde dándole algunos retoques al aspecto del blog.

Qué bonito lo está dejando. ¡Me parece chulísimo!

—¿Qué pasaría si Lola Glamour empezara a ir muy bien y ninguno de los dos pudiera mudarse a la ciudad del otro? ¿Cómo lo haríamos para poder vivir juntos? —le pregunto un poco preocupada.

—Bueno, no nos adelantemos, ¿vale? —me dice tocándome la mejilla con cariño—. Si eso pasa, ya pensaremos en ello.

Supongo que tiene razón. Debo ir paso a paso, y en este momento lo que me corre más prisa es intentar cambiar el oscuro destino de mi tienda. Ella es la que me impide tomar la decisión de mudarme a Madrid con Marcos y ya es hora de dejarla morir o conseguir que remonte. No tengo otra elección, esta es mi última oportunidad.

—¿Nos vamos a la cama? —le pregunto a Marcos, sintiéndome bastante más tranquila.

—Ya deberías estar allí. Me debes algo —me dice cerrando el portátil y poniéndose en marcha.

Ji, ji. Sesión cochina.

—¡Eh, oye! ¿No me esperas? —le digo andando deprisa detrás de él.

—No. Y no pienso tener compasión contigo, cumple tu parte del trato o lo vas a lamentar —me dice metiéndose en su dormitorio, sin volver la vista atrás.

Ay... cómo me gusta que me extorsione.

—Te estoy esperando, y con cada segundo que pasa se me suelta más la lengua. Estoy muy a punto de despertar a Vera para contarle un par de cosas —me dice desde ahí dentro.

—Tú no vas a contarle nada. Yo te lo impediré —le digo en tono sexy, abriendo en plan agresivo su puerta.

Pero al segundo oigo un sonoro '¡Ploff!' acompañado de un '¡¡¡Ay!!!' y se me viene la actuación abajo de sopetón.

—Perdón. ¡Perdón! No sabía que estabas detrás de la puerta —me disculpo echándome las manos a la cara—. ¿Te encuentras bien?

—Pues... no sé qué decirte. A veces he estado mejor —me contesta Marcos, tocándose dolorido la cabeza.

— 2 —

—¿Os habéis preguntado alguna vez qué nos hace ser tan poderosas? ¿Tan seductoras? ¿Irremediablemente insufribles? ¡Mágicas! —digo muy dicharachera frente a la webcam de mi portátil, haciendo un chasquido final con los dedos.

—*Uuuuuh*. ¡Corten! —grita Dani, mi compañero de piso.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunto perpleja.

Llevo unas diez tomas sólo para grabar esa frase y no lo he hecho bien ni una sola vez. El mundo del arte bloguero es mucho más complicado de lo que pensaba.

—*Wrong*, nena. Es 'arrebatazoramente irresistibles' —me responde Dani agachado sobre mí, mientras me quita los brillos de la cara.

—Es que esas dos palabras juntas son muy difíciles de pronunciar —le digo en mi defensa.

—Pues no puedes decir 'insufribles' —dice Dani—. Esa palabra denota negatividad.

—Bueno... Dependiendo, ¿no? —le digo dudosa.

—¿Dependiendo de qué? Significa 'insoportables', *however you* lo mires, nena —me contesta Dani.

—Ya, supongo que sí —le digo desanimada.

No voy a ser capaz de aprenderme el texto en la vida. Con lo ilusionada que estaba con todo esto de mi propia sección de belleza *online*. He sacado todos mis maletines de maquillaje y he puesto mi habitación como los estudios de Prado del Rey para nada.

—Ay, Lola... —me dice Dani, poniéndome la mano sobre el hombro y soltando a continuación un suspiro—. Creo que necesitas

hacer un *break*, tienes el chochete mustio.

—¿Por qué hablas en inglés? ¿Te has comido a Kate Moss? —le pregunto extrañada.

—Lo hago porque hay que meterse en el papel. Recuerda que vas a ser una estrella internacional. Hazlo tú también y esto te saldrá mejor —me responde apoyándose la mano en la cadera, pareciendo más femenino que yo.

¿Una estrella internacional? Creo que las lentillas azules que lleva le hacen ver el mundo distorsionado. Está pasando por una fase nórdica gay, con una peluca rubia platino y todo, a lo *garçon*. Así que una cosa no la puede lucir sin la otra.

—Me parece muy curioso que un aspirante a nórdico tenga un novio imitador de Michael Jackson —le digo a Dani cayendo de repente en ese detalle.

Haciendo cochinadas, Rony y él, deben parecer una galleta Oreo. Vaya, qué hambre me está entrando...

—*Uuuuh*, pues a mí me parece muy curioso que una *makeup girl* lleve la pestaña ladeada —me dice Dani.

¿Otra vez se me ha despegado? Qué agobio de pestañas, me las voy a tener que grapar al ojo. Por cierto, qué bonita me queda la manicura francesa en los pies, parezco mucho más culta...

—Vamos a hacer un ejercicio de visualización que te va a ir muy bien, el que hace Rony antes de actuar para creerse afroamericano —me dice Dani, acercando una silla a la mía para sentarse a mi lado.

—¿Rony se cree negro? —le pregunto asombrada.

—*Uuuuuuh*, y tanto. El otro día llamó 'hermano' a un mantero. Pero no le dudará, en cuanto se le pase la fiebre del *Thriller* y empiece con la del *Bad* querrá empezar a ser blanco —me dice poniendo cara de hastío.

—Pero... ¿cómo puede creerse negro? Si su madre es de Finlandia —le pregunto alucinando pepinillos en vinagre balsámico.

—Ay, chochete cándido... —me dice acercando su cara a la mía—. Porque todo está aquí, en la cabecita —me explica dándome unos toquitos en la frente con el dedo.

¿De verdad? Puede que tenga razón...

Venga, voy a empezar a creerme mi éxito. A ver si funciona.

—Muy bien, comencemos —le digo rotando los hombros y el cuello para relajarme.

—Cierra los ojos —me pide Dani cogiéndome las manos.

—Vale —le digo después de respirar profundamente.

—Imagina que estás en una fiesta de lo más guay. Te han invitado porque eres Lola, la *makeup girl* de moda —me explica con un tono de voz relajante.

—Ajá —le digo intentando creérmelo.

—Está llena de gente muy importante, vestida por los mejores diseñadores. Son ricos y famosos y, adivina, nena... todos te adoran. *Uh*, mira, ahí está Madonna —dice Dani con alegría.

—Hala, sí... —le digo alucinada—. Vaya, ¿con quién va?

—*Uuuh*, es verdad —exclama Dani—. Qué fornido bailarín. Menudo culo tiene.

—Anda que es tonta, la tía —digo con admiración.

—La parte trasera la tiene muy bien. Pero, ¿y lo que tiene delante? Yo a eso le pondría un piso en Pedralbes —me susurra Dani.

—Sí, madre mía... Eso no es un aparato reproductor, es un arma de destrucción masiva —digo asombrada.

—Mátame, guapo. ¡Quiero morir por la patria gay! —grita Dani.

—Pues a mí me da un poco de miedo tanto bulto —le digo dudosa.

—A mí no, yo no me asusto tan fácilmente como tú. Y no pienso desperdiciar una oportunidad así —me responde él.

—¿Dónde vas? —le pregunto sobresaltada—. No se te ocurra intentar ligártelo delante de ella, Madonna me da miedo.

—*Uuuuh*. Qué tonta eres, a ti todo te da miedo —me dice Dani.

—¡Vuelve aquí! —le pido susurrando para que Madonna no nos oiga.

—*Uuh. Uuuuuh*. Madonna le acaba de colgar el bolso en el paquete. Lo utiliza como perchero —dice Dani entusiasmado, volviendo deprisa hacia mí.

—¡Míralo, y no se le cae! Qué barbaridad... —exclamo estupefacta.

—Vayámonos de aquí antes de que cometa una locura —dice Dani.

—Cógeme un canapé, estoy muerta de hambre —le pido alejándome de la pareja.

Estaba temiendo que se iba a liar un disturbio en la fiesta y que mi foto iba a salir en todos los periódicos. No quiero que mi imagen se enturbie por la mala cabeza de mi compañero de piso. Un diseñador de bisutería, cuyo novio es imitador de Michael Jackson, y que está pasando por una fase escandinava. No sabría cómo explicarle todo eso a la prensa.

—Todos te están saludando —me dice Dani.

—Ah, sí... ¡Hola! —les digo mientras camino entre ellos, levantándome un poco mi vestido largo para no pisármelo.

Es de un rosa pálido, de una tela vaporosa y escotado a más no poder. Me va como un guante, parece que esté hecho a medida para mí, y todos los invitados lo están observando con admiración. ¡Estoy guapísima!

—Donatella Versace te está pidiendo consejo, y parece desesperada. Dice que tiene un problema con la aplicación del *gloss* —me informa Dani.

—¿Tengo que trabajar hoy? Estoy en una fiesta —le digo molesta ante esa injusticia.

—Muy bien, chochete. Esa es la actitud, veo que lo vas pillando —me dice Dani.

Qué morro tienen estos famosos. A ver si una no va a poder tomarse algo tranquila en su día libre. Por cierto, ¿dónde está Michelle Obama? Quería decirle algo sobre la verruga de la cara de su marido. Tengo algo en la tienda que le iría genial para camuflársela.

—Te sigo, Dani. Creo que ya me estoy empezando a sentir mucho más segura de mí misma —le digo, encontrándome como pez en el agua en esa fiesta tan guay, muy admirada y especial.

Si puedo estar aquí, entre toda esta gente importante, también puedo grabar un miserable vídeo y subirlo a YouTube. No es para tanto. Oh, perdón, me informan de que alguien quiere hacerse una foto conmigo. ¿Cuál era mi lado bueno, el derecho o el izquierdo? ¿Eh? Pero si es Chiqui, de *Gran Hermano*. ¿Qué hace esta aquí?

—Ahora que estás en situación, repite conmigo —me dice Dani.

—Dale —le digo contenta.

—Soy una chica genial —dice Dani.
—Soy una chica genial —repito yo.
—Nadie es más que yo. Tengo muchas virtudes y el mundo está deseando conocerlas —me dice concentrado.
—Nadie es más que yo. Tengo muchas vicisitudes y el mundo está deseando conocerlas —repito diligente.
—Virtudes —me corrige Dani.
—Eso —le digo.
—Todo lo que sueñe, se puede convertir en realidad —dice Dani.
—Todo lo que sueñe, se puede convertir en realidad —repito, mientras me imagino rodeada de miles de botes de esmalte de uñas con purpurina.
—¿Qué coño hacéis?
—¿Qué coño hacéis? —repito sintiéndome en la gloria.
—No le escuches —dice Dani—. Voy a ser la sensación en Internet y Lola Glamour lo va a petar.
Ya está aquí el gracioso de Adrián. Se acabó la tranquilidad.
—No le escuches. Voy a ser la sensación en Internet y Lola Glamour va a ser lo más —digo yo.
—Joder... —dice Adrián.
—No nos interrumpas —le dice Dani—. Pasa de él —me dice a mí.
—Pasa de él —digo yo.
—Me dais más miedo que una tía a dieta —nos dice Adrián.
—Nunca más voy a sentirme insegura —dice Dani.
—Lo dudo. Acuérdate de cuando retocó con boli la foto de su carné de identidad —oigo decir a Adrián—. Decía que tenía el perfilador labial mal puesto.
—Lo dudo... —digo intentando seguir concentrada.
Pero no puedo, Adrián me está liando y ya no sé qué es lo que tengo que repetir. Con lo bien que iba. Espero que no haya echado por tierra todo lo que había conseguido hasta ahora. Me sentía fenomenal.
—¿No tienes ninguna chica a la que romperle el corazón esta noche? —le pregunto a Adrián con retintín.
No hay nada peor que un ligón, que se sabe guapo, sin nada que hacer. Ya sabemos lo que dicen: cuando el diablo no tiene nada que

hacer, mata moscas con el rabo.

—No me acuses de romperle el corazón a ninguna mujer, lo que yo hago es darles consuelo y gustirrinín —me responde Adrián sentándose sobre las piernas de Dani—. ¿Qué hacéis? —nos vuelve a preguntar mirando de Dani a mí y de mí a Dani.

—Lola va subir a Internet su primer vídeo como *makeup girl* —le responde Dani.

—¿Y para eso tanto rollo? Cualquiera diría que estabas a punto de someterte a la amputación de una pierna sin anestesia —me dice Adrián.

—No es tan sencillo, ¿vale? No me sale bien —le digo frustrada de nuevo.

—Eso es porque estarás demasiado tensa. Suéltate, como si hablaras sola. Eso sí que se te suele dar muy bien —me aconseja Adrián.

—No puedo, no recuerdo el texto —le digo cogiendo mis apuntes chafada.

—Pues no lo memorices. Si ya sabes de qué vas a hablar, no lo necesitas —me dice Adrián.

—Eso es verdad —dice Dani—. Quítate de encima de mí, guapo, que yo no soy de piedra —le dice a Adrián dándole una palmada en el culo.

—Qué vergüenza, Dani. Córtate un poco, tío, que tienes novio —le responde Adrián.

—También tienen novio muchas de tus novias y a ellas no les dices eso —le dice Dani coqueteando en broma con él—. Ven aquí, guapetón, que te voy a dar lo tuyo y lo de tu tío de Murcia.

—Hablando de familia. Necesito que me deis el dinero del alquiler. Mi padre se ha enterado de que he vuelto a suspender *Filosofía, emancipación y género* y está que trina conmigo. Me huelo que está a punto de cortarme el grifo —nos dice Adrián.

—Claro, mañana saco dinero del banco y te lo doy —le respondo, sintiendo una sensación muy incómoda en el estómago.

Lo que me faltaba, que Adrián pusiera de mala leche a su padre —todavía más—, porque el pago de nuestro alquiler lo descuentan de la cuenta de Adrián. Este es el noveno año de universidad que cursa y todavía no se ha sacado la carrera de Humanidades. Así

que no me extraña que su padre esté cabreado, manteniéndole como le mantiene mientras se supone que Adrián estudia. Pero lo malo de esto es que me afecta de carambola a mí, me preocupa que no vaya a tener tanta flexibilidad para pagar mi parte del alquiler, cuando me vaya bien. Si su padre deja de pasarle dinero, voy a tener que ser puntual en el pago. Me estoy poniendo nerviosa con sólo pensarlo.

—Deberíamos plantearnos alquilar la habitación de Sandra. Está tan enchochada con tu padre que dudo mucho que vuelva —me dice Dani subiendo un hombro con picardía.

Ya empezamos con el cachondeo.

—No, yo tampoco creo que vuelva jamás. He oído rumores de boda —le informo por lo bajini.

—¿Sandra y tu padre se casan? —me pregunta asombrado Adrián.

—Eso parece —le digo mientras juego con un hilo de mi pantalón.

Qué raro se me hace eso. Una cosa es que estén juntos, y otra muy diferente que nuestra amiga se convierta en... ¿mi madrastra? No sé cómo llamarla, la verdad. Yo ya tengo una madre. Lo mismo debería llamarla 'sandramastra'. O 'amiguimadre'. O 'esa amiga que vivía aquí y que ahora se acuesta con mi padre'. ¡No! ¡No quiero imaginármelo! Mi padre es un padre y los padres no hacen esas cosas.

—Uuuuh. Ya te veo con un vestidito blanco de comunión y una coleta, llevándoles los anillos —me dice Dani riéndose de mí.

—Sandra será a quien Lola le cuente que le ha venido la regla por primera vez —dice Adrián siguiéndole la broma a Dani.

—Le hará una postal en el colegio el día de la madre. Qué fuerte —le dice Dani.

—Y pronto tendrá un hermanito, la vida sexual de los recién casados es muy intensa —dice Adrián.

—¡Cállate! Mi padre no hace eso —le digo, comenzando a inquietarme con el tema.

—Uuuuh, anda que no. ¿Qué hora es? —dice Dani mirando su reloj de Miley Cyrus—. Sí, a esta hora ya estarán dale que te pego en la cama.

—Puede que el niño ya esté en camino. Seguro que se llamará Moisés, o Ezequiel, ya sabes que Sandra es muy de la Biblia —dice Adrián.

—¡Que te calles, enviado del Demonio! —le digo levantándome de la silla sudorosa.

¿Es eso posible? ¿Que Sandra y mi padre quieran tener hijos? ¡Pero si mi padre ya es abuelo! No se le puede dar la vuelta de esa manera al reloj biológico.

—Nena, tranquilízate —me dice Dani—. Muchos hijos pierden su lugar privilegiado en la familia cuando llega el nuevo, pero lo superarás.

—Yo no voy a perder mi sitio, ¿vale? Siempre seré la segunda preferida de mi padre —le digo a Dani intentando aparentar seguridad.

¡No! ¡¡¡NO!!! No hagas eso, papi, por favor...

—Déjala ya, que le va a dar algo —le dice Adrián riendo a Dani.

—Uuuuuh, es verdad. Se está poniendo verde fluorescente. A ver si te ha hecho reacción el pegamento de las pestañas, nena. Eres la única persona que conozco que se las pega con Loctite —me dice Dani.

—Eso no es verdad, sólo lo hice una vez —le digo sintiéndome insultada.

—Bueno, ¿pues qué hacemos? ¿Ponemos un anuncio para buscar nuevo inquilino? Nos irá bien ahorrarnos un dinero en el alquiler. Para vuestra información, os diré que los preservativos no me los regalan en la farmacia —dice Adrián.

Qué pereza me da a veces Adrián, siempre pensando en lo mismo. Sexo, chicas, chicas y sexo.

—Corramos la voz en Facebook. Siempre es mejor compartir piso con un rarito que es el amigo rarito del amigo de un rarito que ya conocemos —nos propone Dani.

—Sí, estoy de acuerdo. Así todo queda en casa —le respondo impresionada por su acertada teoría.

—Me voy a la cama, tengo que hacer un trabajo sobre concepciones metafísicas del mundo y no tengo ganas —dice Adrián saliendo de mi habitación.

—Y yo también me retiro a mis aposentos gays, mañana tengo que terminar un pedido de mi nueva colección y necesito descansar la vista —dice Dani.

—¿Te vas? ¿Me abandonas? —le pregunto asustada.

No puedo hacer esto del vídeo sin él, necesito apoyo moral.

—No me necesitas, nena. Lo harás muy bien con todo lo que te he enseñado, ya lo verás —me responde dándome un beso y dejándome sola en mi habitación, acompañada sólo por un ensordecedor silencio. Un silencio tan silencioso que hace que me piten los oídos.

Piiiiiii.

Ah, no. Era una mosca.

Volviendo a repasar mi ahora, ya, arrugado guión, me pongo a pensar en mi madre. Con lo que le costó aceptar su divorcio con mi padre no sé cómo se va a tomar que se case, con una mujer mucho más joven que él. Tanto que podría ser su hija. Mi padre me lo dijo hace un par de semanas y todavía no he tenido valor para contárselo. Aunque ya lo lleva mucho mejor, a mi madre le cuesta asimilar que mi padre tenga una nueva vida. A mí también me costó en su día, pero supongo que lo mío es diferente. Yo no vivo sola, en una casa donde se criaron mis hijas, que ya son independientes, y donde me he dedicado a cuidar de mi marido durante décadas. Vivo mi vida lo mejor que puedo y tengo mucho más futuro por delante que mi madre, por ley de vida. Puede que mi futuro sea algo incierto, pero soy más joven que ella. Lo digo por si a alguien le cabía alguna duda. Todavía tengo tiempo de que las cosas me vayan mucho peor de lo que me van.

—¿Mamá? —le digo decidiéndome a hacerle una llamada.

Necesito un poco de calor maternal. Toda la ayuda que pueda recibir es poca para levantarme la autoestima últimamente.

—¿'Mamá', dices? ¿Me lo preguntas o lo afirmas? —me dice mi madre.

—Lo afirmo. Tengo claro que no soy adoptada, mi nariz la he heredado de ti —le digo con seguridad.

—Preciosa, ¿eh? Ya quisiera tu hermana tener nuestra nariz. La suya es clavadita a la de tu padre, porrona y caída —dice mi madre.

Uh-uh... Ya empezamos con las tiranteces. Si no se mete un poco con mi padre, mi madre revienta.

—Mamá, ¿por qué no puedo ser normal? ¿Hay algún antecedente de trastorno psicológico grave en la familia? ¿Algún antepasado que practicara el sexo con ovejas? ¿Quizá un boticario adicto al enjuague bucal? Tiene que haber algo en nuestro árbol genealógico que ha pasado hasta mi ADN —le digo un poco desesperada.

—¿Qué estás hablando, Lola? ¿Has aspirado otra vez quitaesmalte? —me pregunta mi madre.

—No. Y eso fue un accidente, no vayas a pensarte que lo hago todos los días —le contesto rápidamente.

Sucedió cuando descubrí el quitaesmalte en crema. Tenía curiosidad por saber cómo olía y aspiré tan fuerte que se me metió en la nariz, hasta la garganta. No fue premeditado pero, cuando mis padres se separaron, se lo recomendé hacer a mi madre, para sobrellevar su cabreo. Me dijo que no había visto tantos unicornios en su vida. Ni en las siguientes. Yo misma me creí una mariposa revoloteando por el campo. Qué guay, cómo planeaba sobre las amapolas...

—Pues entonces, ¿por qué me preguntas esas cosas tan raras? ¿Has discutido con Marcos y le has estado “dando al drinking”? —me pregunta mi madre.

—Qué va, mamá, no he bebido ni una sola gota de alcohol. Pero lo mismo es lo que debería hacer —le digo desmoralizada.

—Bueno, unas copitas de vino no le hacen daño a nadie. Aprovecha, que eres joven y todavía no te lo ha prohibido el médico —me aconseja mi madre.

—¿Por qué me sale todo mal, mamá? Soy una desgraciada —le digo a punto de llorar.

—Lola... ¡Tú estás fatal, hija! —dice mi madre enfadada.

—Lo sé, ese es el problema —le contesto más convencida de ello que nunca.

Si hasta me lo acaba de confirmar mi madre, la misma que me parió en un taxi de camino a un concierto de Julio Iglesias. Aunque supongo que se le habrá escapado, no creo que sea tan cruel.

—Si te piensas que me voy a compadecer de ti, estás muy equivocada, Lola. No hay nada en tu vida o en ti que dé pena —me regaña.

Qué poca sensibilidad. ¿A que le suelto de sopetón lo de mi padre? *Hm...*

—¡Sí lo hay, soy un desastre y no sé hacer nada bien! —le digo con autoridad para que me dé la razón.

¿Por qué nadie me entiende?

—Vamos a ver... —dice mi madre como si intentara mantener la paciencia—. Para empezar, tienes un novio guapo que te quiere y que además se gana muy bien la vida.

—Correcto. ¿Y? —le pregunto.

—¿'Y'? ¿Es eso lo que has dicho? Vaya con la mierda de la niña, con perdón —me dice mi madre—. Lo de 'perdón' lo digo por si tengo pinchado el teléfono —me explica susurrando.

Veamos, yo estoy aquí preguntándole a mi madre si hay algún antepasado extraño en la familia y resulta que no tenía que tirar tan para atrás. ¡Mi madre! ¡Mi propia madre es la que está mal de la cabeza! Ya decía yo.

—Mamá... —le digo—. ¿Oyes voces cuando estás sola? —le pregunto con mucho tacto.

—Sí, pero sé de dónde vienen. De la vaca del cartón de leche —me responde—. ¿Pero qué te pasa hoy, Lola? Lo del teléfono te lo decía en broma. Estás perdiendo el sentido del humor. El que has heredado de mí, te recuerdo, porque tu padre es un sieso. Y tu hermana, ya, ni te cuento. La pobre se llevó la peor parte en la repartición de los genes.

Ah... Qué alivio, por favor. Ya me veía teniendo que cuidar también de mi madre trastornada.

—Mamá, ahora hablando en serio, me siento frustrada y necesito saber que todo va a salir bien —le digo con tristeza.

—¿Es por la tienda? —me pregunta ella.

—Sí, es por la tienda y por mí misma. Necesito conseguir hacer algo de provecho en la vida, no quiero terminar siendo la chica tonta que Marcos recogió de la cuneta. Quiero que él y su familia puedan estar orgullosos de mí —le confieso finalmente.

—Yo estoy muy orgullosa de ti, y seguro que el ridículo de tu padre también. Siempre has sido la alegría de la casa, nos hemos reído mucho de ti —me cuenta mi madre con una tierna risita final.

—Mamá, eso no ha tenido gracia —le digo mosqueada.

—Desde pequeñita me robabas mis pinturas y las escondías en tu cuarto. Yo hacía como que no me daba cuenta y te miraba mientras te maquillabas frente al espejo. Eras tan graciosa... Allí, de puntillas, con mis zapatos de tacón. Cantando canciones de Julio Iglesias con el tocadiscos a todo volumen. Siempre has tenido alma de artista —me dice con feliz nostalgia.

—¿Recuerdas cuando te maquillaba mientras veías la telenovela? Siempre acababas con la máscara de pestañas corrida, parecías una modelo alcohólica —le digo riendo.

—Es que *Cristal* te hacía sufrir de lo lindo, no dejaba un ojo seco en ningún hogar de España. Era muy desgraciada —dice mi madre—. Lo contrario que tú. Tú eres una chica vivaracha y cariñosa que pone feliz a todo el mundo, hasta cuando metes la pata, porque lo haces con gracia.

—¿En serio? —le pregunto esperanzada—. Tengo que ponerme frente a la cámara para hacerle publicidad a mi tienda, pero no me sale bien y me da miedo que la gente se ría de mí —le digo, mordiéndome una uña con nerviosismo.

Oye, ¿por qué no habrá laca de uñas de sabores? A la gente que se las muerde le harían un favor.

—¿Por qué? ¿Tú crees que hay alguien hoy en día que se preocupe por hacer el ridículo? Si no lo haces, no eres nadie en esta vida. Y lo bueno es que la mayoría de la gente no se da ni cuenta de lo ridícula que es —me responde mi madre—. Mira tu padre, ese sí que es un payaso.

Mira, pues en eso tiene razón. La gente parece muy orgullosa de hacer cosas tontas y sin sentido, y lo raro es que hay quien los admira. Como esos que cruzan el océano nadando, qué necesidad tienen de hacer esa estupidez habiendo barcos. O los cantantes que se visten como si fueran a una fiesta de disfraces para trastornados. Mira Lady Gaga.

—Hablando de mi padre. Mamá... —le digo con precaución.

—¿Qué pasa con tu padre! —me pregunta, o más bien, me ordena contarle.

—No te has enterado, ¿verdad? —le digo con disimulo, como si hablara en realidad para mí misma.

—¿De qué! —me inquiera.

—Papá se casa con Sandra —le suelto rápidamente.

—¿¡Qué!?! —la oigo gritar sorprendida antes de colgarle el teléfono.

Está muy feo dejar a alguien con la palabra en la boca, sobre todo a tu madre, pero prefiero que digiera un poco la noticia antes de hablar con ella largo y tendido sobre eso. Le dejaré que piense en ello en soledad hasta mañana, cuando ya se le haya pasado el cabreo inicial.

Pues nada... supongo que es hora de hacer otro intento con mi temida labor... Que salga como tenga que salir, y ya está. Debo perderle el miedo a esta tontería, mi futuro está en juego y si no lo hago seguro que me arrepentiré de haberme rendido tan pronto.

Respira, Lola...

Eres una chica genial.

El mundo te va a adorar.

Todo lo que sueñes, se puede convertir en realidad.

Has dejado a Donatella Versace con un palmo de narices. ¡Ja! Qué mamarracha.

Si Rony se cree negro, tú puedes ser Lola, la *makeup girl* de moda...

Allá voy.

—¿Alguna vez os habéis preguntado qué nos hace tan maravillosas? Chicas, empecemos a creérnoslo, somos la especie más increíblemente encantadora sobre la tierra. Irradiamos glamour. Tenemos el mundo a nuestros manicurados pies. Somos un imán irresistible para los hombres. Manejamos los hilos del poder en la sombra, con nuestras manos perfectamente exfoliadas. Tenemos un encanto sin igual. *Sex appeal* a granel. ¡Somos mágicas! —digo levantando los brazos hacia el techo con alegría, intentando olvidarme de que estoy frente a la cámara—. Y todo... gracias a esto... —termino la frase desenfundando lentamente una bonita barra de labios, la *Libidionus Red*—. Por cierto, ¿habéis visto lo fácil

que se despegan las pestañas postizas? Siempre me he preguntado por qué los científicos todavía no han conseguido mutar el gen que nos hace nacer con las pestañas pobres. Tanto clonar ovejas, ¿para qué? Si se reproducen solas. ¿No sería más importante solucionar ese problema? Yo creo que sí. Todas las que estéis de acuerdo conmigo, no os olvidéis de darme un 'Like'. Me lo tomaré como un 'Te oigo, hermana' —pido a mi público, finalizando esa parte pintándome los labios muy pizpireta.

Y así continuó mi charla un buen rato. ¡Sin hacer ni una sola pausa! Hablo de algunos de los problemas que pueden interesar a las chicas como yo. De la importancia de mantener las cejas peinadas en la piscina, de la manera correcta de comer mejillones sin estropear el pintalabios, de los brillos traicioneros que nos salen mientras estamos en el gimnasio, y sobre un par de cosas más. Que, por cierto, ahora no recuerdo... Al final, doy mi opinión sobre algunos productos, y me siento tan feliz y satisfecha con la grabación que me estiro en mi cama feliz. Suspirando. No sé si alguien se molestará en ver mi vídeo, ni si gustará, pero acabo de superar esta fase que me estaba poniendo tan nerviosa y me alegro enormemente de haber perseverado. Creo que he estado genial. Sí. ¡¡¡Sí!!!

Mientras me desmaquillo en el cuarto de baño, no puedo evitar sonreír frente al espejo. Me pongo a soñar despierta, con cómo sería que esto me saliera bien, que pudiera evitar la bancarrota. Imagino al padre de Marcos dándome la enhorabuena por haber sabido hacer remontar mi negocio y a Marcos mirándome a su lado, orgulloso. Acercándose a mi oído y diciéndome: “Te lo dije, Lola. Eres única”. Estoy tan enamorada de Marcos que no hay otra cosa en esta vida que me pueda hacer más feliz que él se sienta orgulloso de mí. Bueno, eso y conseguir tener unos labios más voluminosos. A ver... y si hago una 'o'... ¡Oh!

Ay, en fin... Me voy a la cama a soñar con él. Sólo ha pasado un día desde que Marcos volvió a Madrid y ya le echo de menos. Casi tanto como a la sombra de ojos *Horny Smoke*. *Brujouis* ya no fabrica ese tono de gris... No, eso no es verdad. A él le echo mucho más de menos que a una sombra de ojos, por eso estoy tan segura de que

es el hombre de mi vida. Ay... mi *highlander* publicista, qué fantástico es.

Tener un nuevo compañero de piso no me hace demasiada gracia. Sé que es necesario para nuestras temblorosas cuentas corrientes, pero no tengo claro que me vaya a acostumbrar a tener a un extraño en casa. Que conozca todos mis secretos y que descubra que duermo con una redecilla en el pelo no me parece adecuado. Pero lo que más odio de este asunto es tener que entrevistar a los candidatos que se han interesado por nuestra oferta, porque yo no sirvo para rechazarlos. Me da pena decirles que no son lo que estamos buscando y sé a ciencia cierta que lo tendré que hacer. Al menos, a dos de ellos. Esto es como en *Los inmortales*, sólo puede quedar uno. Resulta que tenemos tres personas dispuestas a ocupar la habitación que tenemos libre, de modo que deberé escoger quién de ellos se la queda. Me siento fatal en el papel de mala y me da un poco de miedo tener la responsabilidad de que nuestro futuro “cohabitante” —así lo ha bautizado Adrián— sea mi elección. Pero él está en la universidad, haciendo como que coge apuntes, y Dani tenía que entregar un pedido de su bisutería en una tienda con urgencia, así que me ha tocado el gran marrón a mí. No gano para malos rollos, la vida parece que me odie. Aunque supongo que mientras tenga un nuevo acondicionador de pelo que probar, seré feliz. *Mmmm*. Hoy huelo a prado, con un toque de alhelí. Me siento como Heidi en los Alpes. A ver... ¿Cómo hacía ella...?

¡Uy, que me caigo! No puedo rascarle la cabeza a Niebla y columpiarme del pomo de la puerta a la vez, qué cosa más difícil.

—¡Hola! —me saluda un japonés, entrando muy sonriente a Lola Glamour.

Lo sé porque tiene los ojos rasgados hacia abajo. China hacia arriba, Japón hacia abajo. Me lo ha enseñado Vera.

—Arigato —le digo agachando un instante la cabeza, para solidarizarme con su cultura.

Por favor, espero que no me haya visto haciendo mi actuación de Heidi en los Alpes. Creo que he enseñado un poco las bragas.

—¿*Glasias*? ¿*Pol* qué? —me pregunta sin borrar la sonrisa de su cara.

—Oh... ¿Arigato es 'gracias'? Perdón, creí que eso significaba 'hola' —me disculpo un poco cortada.

—No *impolta* —me dice muy amable.

—Arigato —le respondo—. Ahora sí que pega.

—Ji, ji, ji —ríe él.

—¿En qué puedo ayudarte? —le pregunto servicial.

Míralo, qué japonés tan cuco, es como un Tamagotchi. Tiene el cutis súper terso —por eso lo mismo no puede parar de sonreír— y lleva un *look* de veinteañero que no quiere crecer. Qué camiseta de los Minions más chula lleva. Y sus zapatillas de deporte son lo más, le conjuntan a la perfección con sus gafas de pasta amarillas.

—Soy *Maliano Galsía* —me dice el pequeño japonés sonriendo.

—¿Tú eres Mariano? —le pregunto asombrada.

¡Es uno de los candidatos a cohabitante! No me lo habría imaginado en la vida. Que era japonés, quiero decir. En su foto de perfil de Facebook tiene puesto un dibujo de Pokémon, pero creíamos que sería porque era un friki del manga, o de alguna cosa de esas, no porque Pokémon fuera paisano suyo.

—¿Cómo puede un japonés llamarse Mariano García? —le pregunto intrigada.

—Ese no es mi nombre *lea!* Me llamo Kichiro Takahashi, pero es más difícil de *leoldar* —me explica mientras me enseña su pasaporte.

—Oh, sí... Oye, qué bien has quedado en la foto, Pichimiro. ¿Te la has hecho tú? Yo nunca salgo así de bien —le digo con admiración.

Chiripo Kimirishi me mira extrañado unos segundos y seguidamente me pregunta:

—¿Qué tengo que *hasel*?

—¿Cómo? —le pregunto.

—*Pala* vivir en tu casa —me responde.

—Oh. Supongo que contestar a unas preguntas —le digo risueña.

—Bueno —me dice él asintiendo contento.

¿Y qué le pregunto yo ahora? No me había preparado nada...

Ah, sí. Ya sé.

—Señor Chiribiri Kachiragua —le digo cogiendo una libreta y un bolígrafo del mostrador, poniéndome en plan persona importante. Esta es una situación muy seria, así que, aunque no debe pasar de los veinticinco, he pensado que no está bien tutearle—. ¿Le parece a usted mal que una chica joven duerma con una redecilla en el pelo? —le pregunto con seriedad.

—Sólo a *veses* —me responde él poniéndose serio también.

—¿Podría ser más concreto? Su respuesta deja un margen de duda bastante amplio —le digo mientras anoto algo en mi libreta con mucha formalidad.

Aunque la verdad es que estoy dibujando un perro haciendo pis en un árbol, pero él no tiene por qué saberlo.

—No me *palese* mal si la chica tiene el pelo *lisado* —me responde Kuchibiri.

—Bien —le digo volviendo a clavar la vista en mi libreta, para hacer como si lo estuviera anotando—. ¿Qué opina usted de los hombres que se dan besitos, señor Kuchipandi? —le pregunto volviendo a mirarle.

—¿En la boca? —me pregunta Toshio Chirimoya.

—En efecto —le digo; después de echarle el aliento un par de veces a la punta de mi boli, para que pinte mejor.

—Me *palese* bien sólo si son gays —me contesta poniéndose muy recto, con las manos detrás de la espalda.

—Perfecto —le digo mientras dibujo rápidamente una casita.

—Señor Jumanji... ¿Cuál es su opinión sobre la promiscuidad? ¿Cree que cuantos más somos, más nos reímos? —le pregunto observándole atentamente.

—Sí. ¡Sí! Me *palese* muy bien —me responde muy contento.

Hm... Supongo que podría encajar en casa. Me ha caído bien, tiene muchas posibilidades de cohabitar con nosotros.

—Pues eso es todo, Chiyupa. Tengo todas tus respuestas anotadas en esta libreta, así que mis compañeros de piso podrán echarles un vistazo y pronto me pondré en contacto contigo para comunicarte mi decisión —le digo, extendiendo mi mano para que me la estreche.

—Puedes *llamarme Maliano* —me dice dándome una sacudida de manos, acompañada de un saludo oriental y una gran sonrisa.

Menos mal, porque tiene razón, su nombre es difícilísimo de recordar.

—Claro. Encantada de conocerte, Mariano Kawasaki —le digo despidiéndome con amabilidad de él.

La tarde en Lola Glamour transcurre sin novedades. Ruinosa, como viene siendo habitual. Aparte de una clienta que se ha llevado un lápiz de ojos, la única compañía que he tenido es la de los otros dos candidatos a compartir piso: un estudiante de psicología y una dependienta del Estrafalarius. El primero casi me convence, nuestra conversación ha ido muy bien hasta que ha empezado a hacerme preguntas indiscretas; tales como si mi aspecto tan cuidado se debe a un trauma infantil, o a qué edad se dio cuenta Dani de que era homosexual. Ha visto una foto suya en Facebook posando con un trikini dorado que no deja lugar a dudas. A ese lo he descartado en cuanto ha salido por la puerta. He pensado que no nos convenía tenerle en casa, sirviéndole de ratas de laboratorio para hacer sus prácticas. La dependienta parecía buena persona, no tengo nada en contra de ella, pero me ha puesto un poco nerviosa verla chuparse todo el rato el aro del labio. Decía una y otra vez “asín que” y “sin en cambio”, además de llamarme 'chocho' a grito pelado sin conocerme de nada, y eso me ha parecido un mal augurio. A Adrián le cuesta concentrarse cuando estudia, que no es a menudo, pero sé perfectamente que se llevarían mal. Él no soporta los gritos si no son en la cama. Por cierto, a ver si me acuerdo luego de llevarme otra crema de noche... Esta mañana me he visto un proyecto de arruga bajo un ojo y creo que si me pongo de dos marcas a la vez puedo evitar que salga a la superficie. La unión hace la fuerza.

—¡Tía, aquí estás!

—¡Por fin! ¡Qué ganas teníamos de conocerte, tía!

¿ôô? ¿Quiénes son? ¿Las conozco de algo?

—Hola. ¿Me habláis a mí? —les pregunto extrañada a las dos chicas que acaban de entrar en mi tienda.

Qué bolso más chulo lleva la de las gafas de sol, del mismo color exacto que su barra de labios. Es la *Chocolate G Spot*, de Ester Lauder, la reconocería con sólo palparla.

—Tía, pues claro que te hablamos a ti. Aquí no hay nadie más —me dice sonriente la de las botas de Yimmychú.

Parecen gemelas, de una manera muy rara, porque físicamente no se parecen si no te fijas en sus melenas rubias y brillantes. Cosa que es complicada, porque no brillan, deslumbran. Pero las dos hablan con ese tonillo tan raro que tienen las pijas y ambas van a la última. Mega arregladas. Yo no podría comprarme la cazadora que lleva la de la derecha ni ahorrando toda una década. Creo que es de Yves Saint Laurel.

—Somos súper, súper, súper fans tuyas. Tu vídeo nos ha chiflado, ya lo hemos visto como dos veces, tía —me dice una de ellas, poniéndose una mano llena de uñas perfectas sobre el pecho —. Somos Tania y Melania, las que te han dejado los comentarios en tu blog.

Vaya... ¿Alguien ha visto mi vídeo? ¿Y me han dejado comentarios en el blog?

—Oh, lo siento. Hace un par de días que no entro en Internet. No los había visto —les digo entre sorprendida e ilusionada.

—¡Hala, tía, qué fuerte! ¡No tienes ni un sólo poro abierto! —me dice Tania.

—¡Tía, es verdad! Qué vista de cuervo tienes, Melania —le dice la otra.

Ah, pues la de antes no era Tania, era Melania. Es que no distingo quién es quién.

—Nos ha encantado tu truco para mantener las cejas peinadas en la piscina. ¿Por qué no nos enseñarán eso en la universidad? Qué mal montado está el sistema de educación en España. Ja, ja, ja —me dice Tania.

—Qué fuerte eres, Melania. Ja, ja, ja —le dice su amiga.

Oh, pues parece ser que esta última era Tania.

—A mí nunca se me habría ocurrido taparme las cejas con cinta adhesiva transparente, eres total —me dice Melania.

—¿Y lo de las pestañas? La de veces que me he comido yo una con los brownies. El pegamento que llevan es un verdadera caca —le dice Tania.

—Hala, tía, ¿te acuerdas? —le dice Melania—. A mí se me quedó una pegada sobre el labio, parecía ese alemán del butano —me explica a mí.

—¿Quién es el del butano? No le conozco, en casa siempre hemos tenido gas natural —le dice Tania—. Tía, qué fuerte, no me digas que en casa usáis bombonas de gas. ¿Tan mal le va a tu padre? —le pregunta asombrada.

—Creo que se refería a Hitler —le digo a Tania tímidamente.

—¡Ese! —dice Melania señalándome—. Siempre lo confundo con Napoleón.

—Tía, qué fuerte. ¡Napoleón es el que descubrió América! —le dice Tania.

—Ya, tía, ha sido un lapsus —le dice Melania.

—Oye, tía, ¿y qué tiene que ver Hitler con las bombonas? —le pregunta Tania, de repente extrañada.

—Tía, qué fuerte eres, por favor. Mataba a esa pobre gente con las estufas de gas. Es malísimo quedarte dormida con ellas, todo el mundo lo sabe —le dice Melania.

—¿Y qué? Yo no soy todo el mundo —le dice Tania.

—Ni todo el mundo es tan total como tú. Ja, ja, ja —le dice Melania.

—Tía, y tú más. Ja, ja, ja —le responde Tania.

—Tú, tú, tú más. Ja, ja, ja —dice Melania.

—Tía, estamos aburriendo a Lola —dice Tania poniéndose seria.

—No, qué va. ¡Para nada! —les digo feliz—. Me hace mucha ilusión que hayáis venido a verme.

Me siento como una estrella. ¡Dani tenía razón! Puede que no sea una estrella internacional; más bien, soy la estrella de una única calle, porque seguro que Tania y Melania deben vivir muy cerca la una de la otra. En una zona de lujo. Pero me siento muy feliz por su visita, porque quisieran conocerme. Les ha gustado mi pequeña

sección de belleza *online* y ahora sé que no estoy sola en esto, ahí fuera hay más chicas como yo. Bueno... o parecidas, a su lado soy catedrática en historia.

—Esto es el paraíso. Qué mono —dice Tania mirando a su alrededor.

—Es súper, súper *chic* —dice Melania maravillada.

—Muchas gracias, he hecho lo que he podido —les digo ruborizándome un poco.

—Tía, te vamos a recomendar a nuestras amigas. Tienen que conocer tu tienda —me dice Melania sacando su iPhone del bolso.

—Claro que sí, vamos a decírselo a todas en el grupo de WhatsApp —dice Tania sacando también el suyo—. Carituqui está en línea, tía. Seguro que está hablando con Piluqui —le dice a Melania.

—O con Carluqui. La semana pasada las vi en una heladería de La Diagonal sorbiendo batido de chocolate del mismo vaso, cada una con una pajita. Hacían así —le dice Melania, sorbiendo aire de una manera muy fina con una pajita imaginaria.

—Hala, qué fuerte, tía, qué súper complicidad —le contesta Tania sorprendida—. ¿Carluqui todavía es voluntaria del comedor social? —le pregunta a continuación.

—Creo que no, le coincidía con la hora del masajista —le responde Melania.

—Ya, tía, es que no puedes ayudar a los demás si no te ayudas primero a ti misma —dice Tania asintiendo con convicción.

—Carituqui está ahora recaudando fondos para enviar cremas bronceadoras a los niños de África. Hay un 0,001 por ciento de negritos albinos, ¿lo sabías? —le pregunta Melania.

—No, qué fuerte... —le responde Tania—. Oye, tía, ¡podríamos enviarles toallas de playa! —le propone entusiasmada.

—¡Qué total eres, Tania! Venga, vamos a organizarlo —le dice contenta Melania.

Ahora mismo me viene a la cabeza lo que me dijo Marcos el otro día, ¿quién demonios me convencería a mí de que soy tonta? Estoy deseando verle esta noche para contarle esto.

—Oh... Espera, tía, no sé si podré encargarme de eso, soy alérgica al poliéster —le dice Tania.

—Bueno, pues les enviamos flotadores. Seguro que también les hacen falta —dice Melania.

No sé cómo Tania y Melania pueden mantener esta conversación sin dejar de teclear en sus iPhones, pero lo hacen. Están escribiendo a toda pastilla con los pulgares y hablando entre ellas como si yo no estuviera aquí, no sé qué hacer mientras tanto.

—Listo, ya eres de la pandi —me dice Tania.

¿Eh...? ¿Qué pandi? Si apenas he cruzado dos palabras con ellas.

—Ah, pues... ¡gracias! —les digo con una sonrisilla.

—¿Cuándo subirás otro vídeo? Estamos locas por ver lo siguiente tuyo, tía —me dice Melania.

—Tía, qué fuerte, Piluqui dice que ha organizado una cena benéfica a favor de los perritos sin testículos —le dice Tania.

—¿Cuándo es? —le pregunta Melania—. Había pensado empezar una dieta de papaya.

—Oye, tía, ¿te gustaría venir? Así podríamos presentarte a todo el mundo, van a alucinar contigo —me dice Tania.

—¿Yo? —le pregunto asustada.

—Claro, tía, te lo pasarás súper bien. Maruqui es embajadora de buena voluntad de Dyor y el hermano de Carmuqui es el productor de *Glam and Up*. No vas a faltar —me dice Melania dando por hecho que voy a ir.

Dios, *Glam and Up*... ¡Ese programa de televisión es lo más! Todo el que es alguien en el mundo de la belleza y de la moda va de invitado a ese programa; Vitorino y Luisino, Isabel Presley, Yola Berrocal...

—Bueno... no sé... —les digo intentando esconder mi ilusión.

Me da corte que noten que estoy desesperada por ir. No tengo demasiada confianza en que vaya a encajar con ellas, ¡pero me encantaría asistir! Si hago la vista gorda y me olvido de que todas sus amigas tiene nombres muy raros lo mismo me lo paso bien.

—Sí que lo sabes, vienes y punto —me dice Tania dándome un cariñoso apretón en el brazo.

—Tía, vamos a sacar a nuestra amiga a pasear —le dice Melania a Tania enseñándole su Visa Platinum.

—Hala, tía, ¿a ver? —le dice Tania, mirando su reflejo en la Visa de Melania—. La banana del ojo me ha quedado un poco *chof*. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Tía, qué fuerte eres, no te lo había visto con las gafas de sol —le dice Melania.

—Pero me las he quitado mientras nos tomábamos los cappuccinos —le dice Tania asombrada.

—Pues lo mismo ha sido eso, habrás metido la banana en la taza y habrá hecho *chof* —le dice Melania.

—Qué tonta eres, tía. Ja, ja, ja —le dice Melania riendo.

—Ja, ja, ja. Y tú más —le dice Tania.

—No, tú más. Ja, ja, ja —dice Melania.

—No, no, no. Tú, tú, tú más. Ja, ja, ja —dice Tania.

—¡*Fashion-inmersióooooon!* —gritan las dos a la vez escurriéndose hacia abajo, tapándose la nariz como si estuvieran bajo el agua.

¡Por favor, qué caja más buena he hecho esta tarde! Hacía muchos meses que la venta no me iba así. No es que la gente haya venido en manada a comprar, eso sólo pasa en mis sueños, ha sido porque Tania y Melania me han dejado las estanterías de Lola Glamour llenas de pequeños huecos. Y aunque sé que es algo puntual, que probablemente no vengan a comprar todos los días, no puedo evitar sentirme feliz. Siento que por fin estoy haciendo algo útil para salvar Lola Glamour y que mi esfuerzo está siendo recompensado. Veo que el plan de Marcos podría funcionar y estoy tan esperanzada por este buen comienzo que estoy desconectada del mundo, en las nubes. Tanto que me acabo de comer una servilleta de papel. La tenía hecha una pelota en la mano y me he despistado al coger una aceituna. Menos mal que nadie en la mesa se ha dado cuenta.

—¿Qué vas a pedir? —me pregunta Marcos mirando su carta del bar.

—Algo ligero, he picado algo y ahora no tengo mucha hambre —le respondo tragando con fuerza.

Madre mía, cómo cuesta bajar esto. Me acabo de beber media copa de vino de un trago para empujar la servilleta hacia abajo, pero

creo que no funciona. Me da miedo que se esté hinchando y me obstruya un pulmón.

—Estamos pensando celebrar la boda en primavera —dice mi padre sentado con Sandra frente a nosotros, mirándola con cariño.

—Sí, como homenaje a Jesús. Es cuando florecen los olivos y junto a uno se encontraba él cuando fue arrestado —dice Sandra, mirando a mi padre sonriente.

Qué marranada, están haciendo manitas sobre el pan.

—Qué detalle más mono, supongo que estando Jesús en la cárcel no podrá asistir a la boda —les digo sonriendo, antes de darle otro gran trago a mi copa de vino.

Nada, oye, que no baja.

—¿Por qué dices eso? Jesús estará en nuestra boda —me dice Sandra mirándome molesta.

—Ah... bueno. Pues entonces no sé a qué viene tanto drama, si al final le han soltado —le respondo un poco extrañada—. ¿Por qué le detuvieron? ¿Por un tema de drogas? —le pregunto con interés, para hacer como que me preocupa el problema legal de su amigo.

—Dios Santo, ¡eres súper blasfema! —me dice Sandra enfadada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —le pregunto con sorpresa.

—¿Cómo puedes insinuar que Jesús vendía droga? —me responde con las orejas de repente coloradas.

Creo que le ha subido la tensión.

—¿No le detuvieron por eso? Oh... ¿Robaba en los cajeros? —le pregunto con cara de no tener ni idea.

—Me parece que se refería al Jesús de la Biblia —me dice Marcos—. Esto ha sido muy bueno. ¿Me dejas que se lo pase a un amigo para que lo utilice en su agencia? —me pregunta entre carcajadas.

Oh. Mierda... Conociéndola, debería haberme imaginado que la cosa iba por el lado religioso. Es que estoy un poco distraída con la bola de papel que tengo atascada en las cañerías, me da miedo morir por haberme comido una servilleta. Qué final más tonto sería ese.

—Ah —exclamo cortada—. Bueno, no te pongas así, Sandra. Yo no soy adivina. Si me dices que a un tal Jesús le han arrestado

andando por el campo no puedo pensar bien de él —le digo, poniéndome un poco a la defensiva.

Aunque en realidad, estoy preocupada porque crea que lo he dicho adrede, porque estoy resentida con ella por casarse con mi padre. Ahora no voy a poder parar de pensar en eso. Anda... esta barra de labios de Glossy Look es permanente, pero permanente total. No he dejado ni una sola marca en la copa. A ver, ¿se me habrá corrido...?

Uyshh, por mucho que saco los morros no consigo vérmelos.

—Queríamos proponerte algo, Lola —me dice mi padre sin dejar de mirar a Sandra.

—Sí, le hemos estado dando vueltas y creemos que es la mejor opción —dice Sandra sonriéndole.

—¿Qué es? —les pregunto intrigada.

Qué cosa más rara verlos a los dos juntos. No es sólo por la diferencia de edad, es que mi padre ya hace un tiempo que va de jovenzuelo y la manera en que va vestido no le pega nada. Lleva unos vaqueros con un jersey de punto, más típico de un adolescente de los que hacen botellón en el parque que de un jubilado como él, y Sandra es tan clásica y recatada para lo joven que es que parece que le haya pedido prestada la ropa a su madre. No sé, creo que deberían intercambiarse la ropa; mi padre debería ponerse la de Sandra y ella la de mi padre. Ah, no, que Sandra lleva falda...

—Hija... nos gustaría que fueras testigo en nuestra boda —me dice mi padre.

¿Qué...?

¿¡Cómo!?

—Papá, yo... —le digo horrorizada cuando soy capaz de reaccionar.

No. ¡No! ¿Por qué? ¡Por qué! ¿Cómo puede hacerme esto a mí?

—¿Qué pasa? ¿No quieres ser testigo de la boda de tu padre? —me pregunta mi padre con una mezcla de asombro y ofensa en su cara.

—No es eso, papá. Es que... —le digo pensando cómo plantearse.

Mi madre. Mi madre dejaría de hablarme si hiciera eso. O algo peor, no dejaría de hablarme sobre eso en años. Me lo echaría en

cara constantemente, me diría que aun sabiendo lo mal que lo ha pasado con el divorcio me he aliado con el enemigo. Que la he traicionado. Y si le digo a mi padre que no puedo ser testigo de su boda me va a decir que es porque quiero a mi madre más que a él, que me he aliado con la enemiga. Qué rollo de familia, me gustaría haber sido fecundada in vitro.

—Lola, ¿no te hace ilusión? —me pregunta dolida Sandra.

—Claro que sí, somos amigas desde hace años y mi padre es mi padre desde que tengo uso de razón. Es todo un honor —le digo forzando una sonrisa.

—Bien. Me había parecido que no te hacía mucha gracia la idea —me dice mi padre con cara de sospecha.

—Qué va, papá. Es que no sé cómo se lo va a tomar Violeta, ya sabes lo celosa que es —me excuso rápidamente.

¿Por qué no se lo habrán propuesto a ella? Mi hermana siempre ha sido la niña de papá, ella es la más indicada para hacer de su testigo. No... ¡Verás cuando se entere!

—Bueno, pues asunto solucionado —dice Sandra volviendo a sonreír.

Sí, claro, solucionado para ti.

—¿Qué pasa? —me pregunta Marcos bajito, mientras Sandra y mi padre charlan a lo suyo.

—Que en mi familia acaba de declararse la Tercera Guerra Mundial —le contesto desmoralizada.

—No es culpa tuya, Lola. No permitas que los problemas de tus padres te afecten, que los solucionen ellos —me dice Marcos.

—Lo sé, pero me van a afectar aunque no quiera. Mi madre ha vuelto a las andadas y vive sólo para odiar a mi padre —le explico disimulando, para que la pareja feliz no se dé cuenta de que hablo de ellos.

—Olvídate del tema, piensa en lo tuyo. ¿Qué te vas a poner para la cena benéfica? —me pregunta cogiendo su copa de vino con una gran sonrisa.

Qué maravilloso es. Sabe que me encanta pensar en esas cosas, que me hacen olvidarme de todo, y por eso me lo habrá mencionado. Mira, ya casi ni me acuerdo de lo que acaba de pasar. ¿Que mi padre ya tiene testigo para su boda? ¡Ah, pues felicidades!

—No sé, todavía no he tenido tiempo de pensar en eso —le digo contenta.

—Si quieres un consejo, te recomiendo que te pongas algo que encaje con el precio de la cena —me dice Marcos.

—¿Cómo? —le pregunto desconcertada—. ¿A qué te refieres?

—Ya sabes cómo son estas cosas. Sólo con lo que has visto de esas dos chicas deberías imaginártelo —me responde encogiéndose un instante de hombros.

Oh... Seguramente tiene razón, la cena debe costar un dineral...

No sé en qué estaría pensando, yo no formo parte de ese mundo. No me puedo permitir gastarme ese dinero sólo para curiosear y ver gente importante.

—No voy a ir —le digo a Marcos volviendo a sentirme desmoralizada.

—¿Cómo que no vas a ir? —me pregunta él arrugando el entrecejo.

—No puedo permitírmelo, voy mal de dinero y gastármelo en eso sería muy irresponsable por mi parte —le digo, dando un suspiro final de resignación.

—Sabes que eso no es un problema, yo sí que puedo permitírmelo —me dice Marcos.

—Pero yo no quiero que me lo pagues tú, quiero costearme yo misma mis caprichos —le digo con rotundidad.

No me gusta nada hablar de dinero con Marcos. Para él, sacar la cartera cada vez que está conmigo, le parece una tontería. Una cosa sin importancia. Pero para mí es bastante vergonzoso. No soy capaz de conseguir nada en la vida por mí misma, ni siquiera puedo mantenerme sola, y que él venga corriendo a socorrerme cada vez que estoy en un aprieto hace que me sienta súper frustrada.

—Si te mudaras a mi piso no tendrías que pagar alquiler y te quedaría más dinero a final de mes —me dice Marcos.

Otra vez con lo del piso. Se refiere al que tiene aquí, en Barcelona, y sabe perfectamente que no lo voy a hacer. No sé para qué insiste, jamás me metería en su casa por la cara. No quiero que su familia piense soy una aprovechada.

—Marcos, vamos a dejar el tema. Mi padre está aquí —le digo, a pesar de que mi padre y Sandra parece que estén solos en la mesa.

Qué barbaridad, se van a quedar bizcos de tanto mirarse.

—Está bien, pues al menos deja que te invite a esa cena. Es una buena oportunidad para que hagas contactos, no se te ocurra desaprovecharla —me dice Marcos.

¿Hacer contactos? La verdad es que no lo había visto de esa manera. En lo que yo pensaba era en la posibilidad de ver a personas del mundillo y quizá hacerme algún selfie de recuerdo, pero visto así...

—¿Crees que es importante que vaya, por el bien de Lola Glamour? —le pregunto con interés.

—Pues claro. ¿Cómo crees que se triunfa en los negocios? En la vida nadie es alguien sin la ayuda de los demás. Todos dependemos de otras personas, estamos conectados de una manera u otra —me dice Marcos.

Hm...

—Vale —le digo después de pensarlo unos instantes—. Te dejo que me invites, iré a esa cena.

La de esta noche también me la va a pagar él, así que no sé para qué me hago tanto la digna.

—Buena decisión —me dice Marcos guiñándome un ojo.

—Bueno, ¿y vosotros qué? —nos dice mi padre.

—¿Nosotros? ¿Qué de qué, papá? —le pregunto.

—Tengo a Vera muy vista, me gustaría tener otro nieto algún día —me dice mirándome con atención, con los brazos apoyados sobre la mesa.

—¿Eh? —le pregunto como si no hubiera entendido lo que me ha preguntado.

Me acaba de bajar la servilleta de golpe hasta el estómago. Espero que deshacerme de ella mañana no sea tan complicado. Anda, ahora que lo pienso, será un dos por uno, es de papel...

—Que si tenéis planes de futuro —me aclara mi padre.

—Pues... nos gustaría vivir juntos, pero no es tan sencillo —respondo mirando de reojo a Marcos.

—Estamos en ello, pero antes tenemos que solucionar algunas cosas —le dice Marcos.

—¿Qué cosas? Cuando hay amor de verdad no existen obstáculos —dice Sandra mirando a mi padre con complicidad.

¿Qué quiere decir? ¿Que no quiero a Marcos? ¿Que Marcos no me quiere a mí? ¿Debería dejarlo todo e irme corriendo a Madrid? No sé, no creo que sea eso lo que nos pasa.

—Es que... está el tema laboral de por medio y otros detalles que hay que tener en cuenta —digo, dándole vueltas a mi tenedor sobre la mesa.

—¿Qué detalles? —me pregunta Marcos extrañado.

—Nada, tonterías que pienso a veces —le contesto, arrepintiéndome enseguida de haber dicho eso.

Mi frustración respecto a mi vida no es ninguna tontería para mí, pero no quiero que Marcos lo sepa. Me da vergüenza confesárselo precisamente a él porque sé que no lo va a entender.

—Pues yo creo que deberíais dar ya el paso, hacéis muy buena pareja. Siempre he querido alguien como Marcos para ti, un chico que te quiera y que valore lo sensible e ingenua que eres —me dice mi padre.

No sé si sentirme ofendida o halagada por eso que me acaba de decir. ¿Mi padre me ha llamado tonta, o sólo me lo ha parecido?

—Lola es la persona más adorable del mundo, una chica de ensueño. Parece salida de uno de nuestros anuncios de Glossy Look, pero en realidad ninguna de nuestras chicas es así de verdad. Sólo ella es auténtica —dice Marcos mirándome con cariño.

Ay... qué *galansote*. Ya ha hecho que me suban los colores.

—No me digas esas cosas delante de mi padre, que me da vergüenza —le digo agachando la cara cortada, mientras le doy un juguetón codazo.

—¿Por qué? Si él lo sabe tan bien como yo —me contesta con su perfecta sonrisa.

—Tú sí que eres el hombre de mis sueños —le digo mirándole hechizada, aprovechando que mi padre y Sandra han vuelto a ignorarnos *otra vez*.

—Pues qué suerte hemos tenido de encontrarnos, ¿no crees? —me dice Marcos.

—Eso me digo siempre —le digo suspirando.

—Me alegro, porque no pienso dejarte escapar —me dice rozando su nariz con la mía, en modo esquimal.

—No te preocupes, no pensaba escaparme —le respondo, robándole seguidamente un beso.

Y al decirle eso, me siento un poco intranquila. Jamás me perdonaría fastidiarla con Marcos y dudo mucho que pudiera volver a querer a alguien como le quiero a él. Marcos me entiende *casi* a la perfección y no exagero cuando digo que es el hombre de mis sueños, es mucho más de lo que yo soñaba para mí. Me siento fatal por convertir Lola Glamour en mi prioridad pero, en el fondo, lo que hago por mí también lo hago por él. Sólo espero haber tomado la decisión acertada.

—Tengo una duda, tía Lola. ¿Por qué querría una chica maquillarse para parecer que no va maquillada? No tiene sentido —me dice Vera curioseando mi blog en su tablet.

—Bueno, ahí está la gracia, se trata de parecer que estás perfecta al natural —le respondo, cogiendo un taburete y sentándome junto a ella en la isla de la cocina de mi hermana.

—Ya veo... Pues a mí eso me suena a estafa. O a auto-engaño —me dice ella, tan poca cosa pero tan bien hablada.

—Vera, deberías dejar de leer esos libros tan raros —le digo sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación—. Yo a tu edad era muy feliz maquillando mi busto de la Barbie. ¿No te gustaría tener uno? Seguro que es más divertido que analizar las cabezas de la gente.

—No, gracias, tía Lola. No quiero que la sociedad me convierta en un estereotipo, en una persona superficial. Yo aspiro a ser una adulta que discierne —me contesta Vera con su vocecilla de niña.

Alguna vez he pensado que sólo repite lo que lee, que en realidad no sabe lo que dice. Pero, por la cara que me ha puesto, lo dudo.

—Signifique lo que signifique 'discernir', te animo a que conozcas a Barbie —le respondo.

—Parece que hay muchas chicas interesadas en lo que haces. ¡Felicidades! —me dice sonriente un instante después.

—Sí, eso parece —le contesto ilusionada.

Estoy contentísima. ¡Muy, muy feliz! Desde que Tania y Melania vinieron a verme a la tienda, mi blog no ha parado de recibir visitas.

Mi primer vídeo se ha compartido decenas de veces y cada vez que entro en YouTube veo que el número de visualizaciones sube más y más. Hay chicas que me dejan mensajes felicitándome, otras que me piden consejo, y creo que gracias a todo eso las ventas de Lola Glamour están mejorando. Tal como pensaba Marcos. No hasta el punto de tener que hacer pedidos a los distribuidores a diario, pero la cosa está empezando a coger color. Hace unos días subí un vídeo-tutorial sobre cómo conseguir un *look* natural, al que titulé *No soy perfecta, pero nadie se dará cuenta*, y ha tenido tanto éxito que he escrito un artículo en el blog ampliándolo: *Belleza natural sale a comprar el pan*. Le ha encantado a mis seguidoras. Ji, ji. Le he cogido tanto el gustillo a mi sección de belleza que siempre estoy dándole vueltas a nuevas ideas, así que no paro de tomar notas esté donde esté. Como una verdadera intelectual. En resumidas cuentas, estoy *súper* ilusionada. Tengo un subidón de autoestima que me hace verlo todo con mucha positividad. Por fin estoy sintiéndome realizada.

—¿Qué es el efecto “Llevo cuatro horas en pie y parece que me acabe de levantar”? —me pregunta Vera leyéndolo en su tablet.

—Que, por muy temprano que te levantes, siempre tienes buena cara —le explico.

—Ah —contesta Vera—. ¿Y el efecto “¿Que estoy lozana? Pues no me había dado cuenta” —me sigue preguntando.

—Es cuando la gente te envidia por estar guapa con la cara lavada. Bueno, aunque en realidad vas pintada como una puerta, pero nadie lo nota —le explico guiándole un ojo con complicidad.

—¿Esos nombres tan curiosos te los has inventado tú, tía Lola? —me pregunta mirándome por encima de sus gafas.

—Sí, son de mi propia cosecha —le digo orgullosa.

—*Hm...* Creo que te estoy viendo con nuevos ojos, parece que te estás convirtiendo en una sofista —me dice Vera.

—¿Qué tiene el surf que ver conmigo? —le pregunto extrañada.

—Surfista no, sofista. Te hablo de tu poder de oratoria —me responde Vera—. Por los comentarios que te han dejado aquí, veo que ejerces una gran influencia sobre el público. Tus argumentos les convencen de cualquier cosa, por ridícula que sea.

Oh... ¿De verdad? Nunca habría creído que yo pudiera tener esa habilidad.

—¡Mira, hoy tengo muchos más 'Me gusta' que ayer! Esto cada día se pone mejor —digo feliz, mirando la pantalla de la tablet sobre la cabeza de Vera.

¡Qué emocionante! Estoy que no me lo creo. ¿Quién me iba a decir esto a mí hace unas semanas?

—Esto que has escrito me ha gustado, tía Lola: “Si la naturaleza es sabia, nosotras, las que llevamos un cargamento de maquillaje en el bolso, lo somos mucho más. No necesitamos tener ojeras, ¿y resulta que ella no se ha enterado? ¿En qué lugar deja eso a la naturaleza? En efecto, chicas, en muchos puntos por debajo de nuestro cociente intelectual” —me lee Vera—. Premisa mayor, premisa menor y conclusión inverosímil, pero muy acertada. Un buen silogismo, sí señor —me dice asintiendo con admiración.

¿Eh? Pues... será así, supongo.

—A la cama, señorita —le dice mi hermana a Vera entrando en la cocina.

—Jo, mamá, déjame al menos que haga la digestión. No es bueno acostarse recién cenada —le responde ella.

—Déjala un rato más, Violeta. Quiere estar conmigo, ¿a que sí? —le pregunto a Vera.

—Sí —me responde mi sobrina abrazándose a mí.

—Pues ven a verla más a menudo, pero a otras horas —me dice mi hermana—. Por cierto, papá me ha contado que la otra noche cenaste con él y Sandra —añade de manera casual.

Oh, oh...

—Así es —le digo mirándome las uñas con disimulo.

—¿Ya le has dicho a mamá que vas a ser testigo de la boda de... *papá*? —me pregunta con retintín.

—Yo no tengo la culpa, Violeta, no me esperaba que me lo propusieran —le digo excusándome nerviosa.

—¿El abuelo se casa? —pregunta Vera sorprendida—. Esto parece que va en serio, me va a resultar muy extraño tener un tío más joven que yo —dice mirando hacia la nada, pensativa.

—Sandra no está embarazada —le dice mi hermana.

—Tiempo al tiempo —le responde mi sobrina.

—Venga, vete a la cama —le pide de nuevo mi hermana.

—¿Por qué? No puedo irme ahora, mamá, la cosa se está poniendo interesante —protesta Vera.

—Esto no es interesante para alguien de tu edad. Deberías estar pegada a la tele viendo dibujos animados, protestando porque te la he ido a apagar —le dice Violeta.

—¿Y tengo yo la culpa de haber nacido así? —le dice Vera dolidamente—. Yo no escogí tener este cerebro prodigioso.

Pobrecilla. Cómo la entiendo, yo tampoco escogí ser medio tonta. Bueno, aunque ya no creo que lo sea, ahora resulta que soy surfista.

—Vera, no te enfades. Vengo a buscarte el domingo y vamos a comer a casa de la abuela, ¿vale? —le digo asintiendo contenta para animarla—. Marcos tiene que volver a Madrid por la mañana y había pensado aprovechar para ir a verla. Vente conmigo.

—*Vaaale...* —me contesta Vera haciéndose la resignada.

Pero sé que en realidad le hace ilusión. Le hacen mucha gracia las ocurrencias de mi madre que, como no tiene pelos en la lengua, le da respuesta a todo lo que Vera quiere. Y eso a ella le encanta.

—Mamá, no me apagues la luz de la mesita. Anoche quise levantarme al lavabo y no encontraba mis gafas —le dice Vera a mi hermana con la vista clavada en el suelo.

—Tener miedo a la oscuridad no es normal en alguien tan inteligente como tú —le responde Violeta subiendo las cejas, con una sonrisilla de sabelotodo.

—¿En qué quedamos? ¿Soy pequeña para ser tan inteligente, o muy mayor para comportarme como una niña? No hay quien te entienda, mamá —le dice Vera.

—Vera tiene razón, la estás liando —le digo a Violeta—. Se pueden ser dos cosas a la vez. Fíjate en mí, soy coqueta y surfista.

—¿Desde cuándo haces surf? —me pregunta mi hermana extrañada.

—So-fis-ta —me corrige Vera—. A veces me pregunto a quién habré salido yo —dice saliendo de la cocina.

Es verdad. Mierda, me lo voy a apuntar para no hacer el ridículo diciendo eso en público. Por cierto, qué bien le va el color de mi esmalte de uñas a mi agenda, parece que estemos hechas la una

para la otra. Está claro que anotar mis ideas en ella es lo que debo hacer para llegar a mi exitoso destino. ¿Qué era lo que tenía que apuntar...? Bueno, supongo que cuando vuelva a decir 'surfista' lo recordaré. Ya apuntaré 'sofista' entonces.

—No entiendo por qué papá no me lo ha pedido a mí. A ti no te hace ninguna ilusión —me dice Violeta con resentimiento, volviendo de repente al tema de la boda de mi padre.

—Pues no lo sé. Pero, ¿qué quieres que haga? No puedo decirle que no —le contesto angustiada.

¿Por qué me tendrán que meter en estos líos? ¿No saben que yo ya me basto sola para meterme en problemas? Qué rollo, de verdad, nunca puedo ser completamente feliz.

—Me paso la vida preocupándome por él y así me lo agradece. Tú siempre le das largas y encima te propone algo tan importante a ti, no me parece justo —me dice Violeta.

—No seas tan envidiosa, chica. Nunca te alegras de las cosas buenas que me pasan —le recrimino molesta.

Bueno... aunque esto, lo que se dice bueno... no es.

—¡No es cuestión de envidia! Yo me he enfrentado muchas veces a mamá por defenderle. Cómo la entiendo ahora, ¡papá es un egoísta! —me responde furiosa.

Eso es verdad. Mi hermana siempre parece estar del lado de mi padre y mi madre eso no lo soporta. Yo tampoco comprendo por qué me ha tenido que elegir a mí, siempre me he puesto del lado de mi madre, y tendría que haberse imaginado que a mí no me haría gracia la idea de ser su testigo. Pero ahora ya he aceptado y no estaría bien echarme atrás, sólo espero que mi madre lo entienda. *Bah*, seguro que sí.

—Mamá te la va a liar, y no sabes cómo —me dice Violeta.

Glup...

—*Uuuuh*. ¿También hay gays en Japón? Nunca lo habría imaginado —oigo a Dani decir cuando entro por la puerta de casa.

—Sí, allí los hombres también se dan besitos —oigo que le responde nuestro nuevo compañero de piso, el japonés tan mono.

—¿Y cómo se lo montan para ligar? Allí todo el mundo se agacha para saludar, eso debe resultar muy confuso para un gay visto

desde atrás —le dice Dani, poniéndose la mano en el pecho de manera dramática.

—Ji, ji, ji, ji. Qué tonto *eles* —le contesta Sol Naciente divertido—. ¿Y cómo os *leconocéis* vosotros los *eulopeos*? Sois todos iguales.

—*Uuuuh*, mira quién lo dice. Los orientales sí que parecéis todos iguales, yo no podría distinguir un arroz tres delicias de un funcionario chino —le dice Dani.

—Te entiendo, amigo, yo tampoco puedo *distinguil* un *tulista* inglés de una pescadilla. En la playa *palesen* iguales —le contesta Pichichi.

Estamos muy contentos de que viva aquí, escogerle a él ha sido un verdadero acierto por mi parte. Se lleva genial con nosotros y sabe seguirnos las bromas como si fuera español, las pilla al vuelo. Quizá porque es programador informático y a mí eso me suena muy gordo. Además, le encantan nuestras reuniones nocturnas en el salón, se ha integrado muy rápido en casa, y en estos pocos días que lleva viviendo con nosotros ya le consideramos de la familia. Mariano García es uno de los nuestros.

—¡Hola, Chistorra! —le saludo muy dicharachera.

—¡Hola! Qué contenta vienes —me responde sonriente.

Qué gracia me hace verlo con sus zapatillas de Mario Bross. Estos japoneses son súper cucos, fabrican cosas muy curiosas.

—Tengo motivos para estar contenta —le digo feliz, sentándome con él y Dani en el sofá—. Hoy ha sido un día movido en Lola Glamour y gracias a mi gran poder de convicción no paro de tener nuevos seguidores en el blog, así que no es para menos —digo levantando la barbilla con orgullo.

—*Uuuuh*, te veo muy en plan diva —me dice Dani.

—*Psí...* tengo un magnetismo sobrenatural —le contesto con arrogancia.

—Madre mía, nena. ¿Qué has estado visualizando? He creado un monstruo —me dice Dani.

—No he visualizado nada, querido amigo gay aspirante a nórdico. Nací así de fabulosa, pero no lo sabía —le digo apoyándome con chulería en el reposabrazos.

Que debería estar ahí, según mis cálculos, pero parece ser que está más atrás y tengo que agarrarme a la mesa de centro para no

caerme.

—¿Qué le pasa? —pregunta Adrián entrando al salón—. ¿Está borracha?

—Ay... qué envidioso eres —le digo poniendo los ojos en blanco—. Pero supongo que tendré que acostumbrarme; he oído decir que cuanto más arriba estás, más enemigos tienes. El éxito de los demás nunca sienta bien.

Ji, ji, ji. Ahora mismo estoy eufórica. De camino a casa, he estado pensando en lo que me ha dicho Vera, y creo que tiene razón: soy una gran comunicadora. Ya me veo impartiendo seminarios sobre los rabillos del ojo, y sobre la correcta iluminación del mentón. Conseguiré que la depilación láser sea gratuita para las chicas con un noventa por ciento de vello, esa va a ser mi prioridad cuando ocupe la Moncloa.

—¿Qué está hablando de la Moncloa? Sí, está borracha —le dice Adrián a Dani.

—¡Oye, no te metas en mis sueños! Eso es de mala educación —le digo ofendida.

—Pues sueña en voz baja —me responde Adrián.

Oh...

—Chochete, te voy a dar un consejo —me dice Dani poniéndose en modo madre—. No se te ocurra ponerte esos tacones cuando llegues a la presidencia, porque te vas a pegar una buena leche cuando te despiertes y te caigas de la parra.

—¿Qué insinúas, que no puedo conseguir cualquier cosa que me proponga? —le digo desafiante.

—Uuuuuh. Tienes razón, Adrián, ha estado empinando el codo —dice Dani.

—Los españoles sois todos unos *bolachos* —dice Pumuki.

Qué aguafiestas llegan a ser. Parece que a todo el mundo le moleste verme feliz, una no puede ni pasárselo bien soñando despierta.

—Volviendo al planeta Tierra, ¿ya sabe tu madre que vas a ser la testigo de la boda de tu padre? —me pregunta Adrián.

¿Ves? Es que les encanta verme de mal humor, con lo feliz que estaba yo preparando mi discurso para recoger mi Premio Nobel de manicura.

—Pues no, pero mi hermana sí. Me lo acaba de echar en cara — le contesto a regañadientes.

—*Uuuuh*. Vendrás con heridas de guerra —me dice Dani.

—No ha sido para tanto, pero ahora está enfadada con mi padre. Veremos cómo acaba esto —digo cruzándome de brazos preocupada.

—No entiendo cómo Sandra ha aceptado casarse por el juzgado, mucho ha debido cambiar “Sor Teresa de Jesús” —me dice Adrián.

—A lo *mejor* ha leído *50 sombras de Grey* —le dice Kichiro.

¡Eh, creo que ahora sí he acertado con el nombre!

—Pues no andas desencaminado, todo empezó gracias a eso — le cuenta Adrián.

—Bueno, también está viviendo en pecado ahora. ¿Qué más le da no casarse por la iglesia? —dice Dani.

—Mi madre nunca permitiría que mi padre consiguiera la nulidad matrimonial, así que Sandra no tiene otra elección —digo con mucha seguridad.

Antes de eso, mataría al Cardenal a sartenazos. Menuda es ella. O se presentaría allí donde la dan y se inmolaría atada a un microondas. Ahora le ha dado por la cocina, aspira a tener un neumático Michelin.

—¿Por qué disfrutáis tanto hablando de mis problemas? ¿No tenéis los vuestros propios? —les digo indignada al caer en eso.

—Pues no, ahora mismo no tengo ninguno —dice Adrián.

—*Uuuuh*, ni yo —dice Dani.

—Yo tampoco —dice Fujitsu.

Jo, qué suerte.

—Ay, mira, dejadme en paz. Mañana me esperan en una cena benéfica y quiero estar de buen humor. Nadie va a hacerme caer de mi nube de felicidad —digo volviendo a sonreír.

Paso de ellos, son unos cotillas perversos.

—Mírala, qué importante se nos está haciendo —me dice irónico Dani.

—¿En qué quedamos? Fuiste tú quien me dijo que tenía que creerme mi éxito —le contesto enfadada.

—*Uuuuh*, vale. Tienes razón —me dice él levantando las manos en señal de paz.

—Espero que no se te pegue nada de esas dos nuevas amigas tuyas, he leído sus comentarios en tu blog y no pueden ser más tontas —me dice Adrián refiriéndose a Tania y Melania.

—No seas tan cruel con ellas, son buenas chicas —le respondo defendiéndolas.

—¿Son gemelas? *Palese* que *compalten neulonas* —me dice... ¡Kichiro!

—Comparten la única que tienen, por eso las dos chochetes siempre van juntas. Si una no está, la otra no puede andar —le dice Dani.

—Claro, no saben si tienen que poner primero el pie izquierdo o el derecho —dice Adrián.

—Ji, ji, ji. Son como una ameba *coltada pol* la mitad —dice Kiabi.

—¿Podéis parar? No todo el mundo es tan inteligente como vosotros. Oh, espera, sí que lo son —digo vengativa—. Creo que no conozco a nadie que tarde nueve años en sacarse una carrera, ni a nadie que se crea de Laponia siendo del extrarradio de Barcelona. Ah, ni a nadie con más de diez años que tenga unas zapatillas de Mario Bross.

—Eso ha sido un golpe muy bajo —me dice Adrián, cogiendo la guía telefónica y poniéndose a ojearla con mucho interés.

—*Uuuuh*, qué sabrás tú de la globalización —me dice Dani, tocándose su largo y postizo flequillo rubio con disimulo.

—*Malio* mola —dice Memorias de una Geisha, inspeccionando dudoso sus zapatillas.

Hm... Anda, listillos, volved a por otra.

“Recuerda que eres una princesa de cuento, así que vuelve a casa antes de las doce y déjalos con ganas de más”, me escribe Marcos al móvil.

“Gracias por intentar animarme, pero seguro que ni siquiera se darán cuenta de que estoy allí”, le respondo a su mensaje, añadiendo una carita ruborizada.

“Imposible. Todo el mundo detecta a una princesa de cuento, sus zapatos del número treinta y seis la delatan”, me responde Marcos.

En eso tiene razón. Son un poco incómodos cuando usas un treinta y siete, pero unos pies pequeños quedan muy de princesita.

“Ojalá pudieras acompañarme. No quiero ir sola”, le escribo nerviosa.

“¿Por qué? Sólo son personas, que hagan la compra semanal en tiendas gourmet no las hace mejores que tú”, me responde Marcos.

Apenas he podido dormir pensando en la cena. Anoche me acosté muy ilusionada, pero a medida que le daba vueltas al tema empezaron a asfixiarme las dudas. ¿Qué voy a hacer yo allí? Soy demasiado insegura para relacionarme con esa gente. Y mucho más para darme a conocer, para hacerme publicidad. No voy a aprovechar la ocasión para hacer contactos, tal como espera Marcos. Como mucho me sentaré frente a mi plato y observaré en silencio cómo los demás hablan de sus exitosas empresas, de sus partidos de tenis y sobre su maravilloso mundo. Mi pequeña tienda y yo no pintamos nada en ese evento. Me he dejado llevar por mi tonta ilusión y ahora temo hacer el ridículo. Es más, es que estoy segura de que lo haré.

“Me encuentro mal, creo que me vuelvo a casa”, le escribo a Marcos frente a la puerta del ostentoso hotel en el que se supone que voy a cenar.

Este no es el típico sitio donde se hospedan turistas en pantalón corto y camiseta. La recepción es elegante, muy pomposa, y en los cristales no hay ni una sola mota de polvo. Todo lo que hay grita 'lujo'.

“Lola, entra ahí ahora mismo y pásatelo bien. No te será difícil, ya lo verás, llevo toda la vida relacionándome con gente así y sé lo ridículos que pueden llegar a ser. No te dejes intimidar por ellos, son todo apariencia”, me escribe Marcos.

Hombre, ahora que lo pienso, sí que pinto algo aquí... Salgo con alguien bastante importante. Marcos es el hijo del dueño de Glossy Look y eso me da cierto estatus, ¿no? Aunque sea de rebote.

“Está bien, voy a entrar”, le escribo aunando un poco de coraje. “¿Te ha llegado el beso? :D”, le pregunto después de morrear la pantalla de mi teléfono.

El botones me ha pillado haciéndolo y ahora no deja de mirarme divertido. No... ¿Se lo está contando al recepcionista? ¡Mierda!

“Sí, aquí lo tengo ;-) Hablamos mañana, Cenicienta”, me escribe Marcos.

Pues nada... Voy a respirar hondo y a entrar ahí. Supongo que debo tomarme esto como otro paso más para superar mis tontos miedos, de modo que eso es lo que voy a intentar hacer. De todas formas, ¿qué más me da lo que piensen de mí unos desconocidos? Marcos me quiere tal como soy y eso es lo que en realidad debería importarme. No puedo fallarle, quiero hacer esto por él.

—¡Yuju! ¡Lola! —me grita Tania, bajando de un taxi con Melania en ese justo momento.

—¡Tía, qué guapa estás! —me dice contenta Melania.

—Gracias. Vosotras también estáis muy guapas —les digo, todavía algo intranquila.

Aunque yo también creo que es así, que voy ideal. Marcos me ha regalado un vestido precioso de Louis Buitrón. Es corto, en color verde botella y con un tul muy suave sobre un canacán almidonado que me hace parecer una princesa *chic*. Me dijo que cuando lo vio

en el escaparate, supo que estaba hecho para mí. ¿No es Marcos maravilloso? Ay...

—Qué total, me encanta tu barra de labios —me dice Tania—. Te resalta muchísimo con tu color de pelo.

—¿Es la *Burgundy Sado*? —me pregunta Melania fascinada.

—Sí, de Chiseido —le respondo comenzando a sonreír con ganas, más relajada.

La verdad es que me siento más segura al saberme admirada por ellas. Si a Tania y a Melania les gusto, tengo muchas probabilidades de que también les guste a sus amigos.

—Señorita —me saluda el botones, agachando un instante la cabeza cuando cruzamos la puerta del hotel.

Lo hace con mucha elegancia, pero al pasar de largo me giro y lo veo riéndose de mí con el recepcionista. Espero que este mal comienzo no sea un mal augurio de lo que está por venir. Por una vez, me gustaría no quedar como una idiota.

—Tía, ¿sabes lo que me ha pasado? Me he puesto laca en las axilas mientras hablaba con Piluqui por teléfono. No se puede estar en todo —le dice Tania a Melania cuando entramos al ascensor.

Se acaba de quitar el abrigo dejando al descubierto su sofisticado vestido de tirantes e intenta despegar los brazos de los costados. Pero, aunque lo consigue, se le vuelven a pegar por la parte de la axila una y otra vez.

—Qué fuerte eres, tía. No hagas ese movimiento tan raro con los codos, que pareces una gallina —le riñe Melania.

—Una gallina no podría hacer esto —le responde Tania pegándose el iPhone al sobaco.

—¡Tía, tía, qué fuerte! —le dice Melania partiéndose de risa.

—Ja, ja, ja. ¡Corre, mándame un WhatsApp! —le dice Tania.

—Esas cosas pasan —digo para integrarme en el grupo—. Yo una vez me puse un salva-slip al revés y no me di cuenta hasta que me entraron ganas de hacer pis, tuve que ponerme en remojo para despegármelo.

—Ja, ja, ja. ¡Qué total eres! —me dice Tania descuajaringándose de risa.

—¡Lo más de lo más! —exclama Melania riendo también.

—*¡Fashion-inmersióooon!* —gritan las dos a la vez, haciendo su buceo imaginario—. ¡Vamos, Lola, hazlo tú también! —me anima Tania.

—Un, dos y tres. *¡Fashion-inmersióoooon!* —vuelven a repetir para que me una a ellas.

Cosa que hago con mucho entusiasmo, para agradecerles que me acojan en su pandilla. Me tapo la nariz, de la misma manera cursi que hacen ellas, y hasta añado un movimiento súper chulo imitando a un chipirón.

—Oh, no... —dice una voz masculina abriéndose la puerta del ascensor—. Decidme que no os habéis reproducido. ¿Os ha caído agua?

Y al levantar la vista, veo la imagen de un hombre joven muy atractivo en el espejo, mirándome con una ceja levantada. ¡Jo, qué corte! Pero mira, no voy a dejar de menear mis tentáculos. Lo mismo así le hago creer que es lo más normal del mundo, que lo hago siempre.

—Qué tonto eres —le dice Melania cuando salimos del ascensor, dándole un inocente tortazo en el hombro—. Te presento a Lola Glamour, la bloguera más total —me introduce entonces.

Sé que es Lozano, no Glamour, pero no me atrevo a abrir la boca porque estoy muy avergonzada.

—¿No es genial? —le pregunta Tania cogiéndome ilusionada por los hombros.

—Ya lo creo —responde él inexpresivo, salvo por su ceja arqueada—. Soy César —me dice extendiendo su mano para que se la estreche.

—Encantada —le contesto sacudiendo su mano con mi tentáculo. Qué momento más embarazoso. Espero que se pierda por ahí y no volver a cruzármelo en toda la noche.

—¡Mira, ahí están Carituqui y Carluqui! Ven, que te las presentamos —me dice Melania.

—Claro, tengo muchas ganas de conocerlas —le respondo, ahora bastante incómoda.

Porque César no me suelta el tentáculo y me mira con esa expresión que tienen los seductores cuando intentan conquistarte

sin hablar. O puede que me esté juzgando, pero, en cualquier caso, no parece tener prisa por dejarme marchar.

—Lo siento, yo... tengo que irme —le digo con una risita nerviosa.

—Más lo siento yo —me contesta él dedicándome una sexy sonrisa.

Echo a andar por el pasillo a paso ligero al encuentro de Tania y Melania, con la sensación de que César todavía tiene los ojos puestos en mí. Cosa que compruebo al girarme un instante. Lo veo andando lentamente detrás de nosotras, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de su traje chaqueta. Y como es evidente que me he girado porque sentía curiosidad por él, me guiña un ojo.

—¡Tachán! ¡Aquí está Lola! —les dice Tania a sus amigas.

—¡Has venido! —me dice quien Melania me presenta como Carluqui, dándome a continuación dos besos sin rozar mi cara—. Eres mucho más *top* en persona que en vídeo. Qué *contouring* más perfectísimo, nena —añade con admiración.

—Oh, muchas gracias —le respondo felizmente sorprendida. Está claro que estas chicas son de las mías, no todo el mundo sabe qué es el *contouring*—. Son muchos años de experiencia, cualquiera puede hacerlo con una buena brocha si practica un poco —le digo para quitarme importancia.

—Sí, sí, tienes que enseñarme a hacerlo. A mí nunca me quedan los pómulos en su sitio —me dice examinando mi cara.

—Tía, eres preciosa —me dice Carituqui con el deje de pija más exagerado del mundo—. Qué asco, tú no necesitas maquillaje —agrega de repente, como si le fastidiara.

—Qué mala es la envidia —dice César pasando de largo por nuestro lado.

—¡La que tu porquería de Mercedes le tiene a mi Porsche! —le responde Carituqui girándose hacia él con desagrado.

—Bueno, gracias, pero no creo que sea para tanto. El maquillaje hace milagros —le digo a Carituqui sintiéndome un poco violenta por la situación.

Estoy alucinando con esta gente, yo no me veo tan adorable como ellos. Mi padre y Marcos me lo dicen constantemente, pero siempre he pensado que lo hacen porque me quieren.

—Te lo digo de corazón, y en el mío no cabe ese sentimiento tan mezquino que dice César —me contesta Carituqui mirándome de manera desdeñosa, de arriba a abajo.

—Claro... Estoy segura de que no —le digo sin ninguna convicción.

—No les hagas caso a estos dos, siempre están así —me dice Tania poniendo los ojos en blanco de una manera muy fina.

—Venga, huyamos de aquí. Estoy famélica —me dice Melania cogiéndome del brazo y poniéndose en marcha.

—No está bien que digas eso en una cena a favor de los perritos sin hogar, ellos sí que pasan hambre —le regaña Carluqui.

—¿Sin hogar? ¿Esto no era para los perritos sin testículos? —le pregunta Melania.

—¿Para qué se iba a celebrar una cena a favor de los perritos sin testículos? ¿Para ponerles prótesis? —le pregunta Carluqui, mirándola como si no pudiera creerse lo que acaba de oír.

—Tía, no sé, eso me dijo Tania —le responde Melania mirando a Tania.

—Tía, qué pasa, pues eso entendí yo —le dice Tania poniéndose a la defensiva.

—Qué fuerte eres, tía —le dice Melania.

—Más fuerte eres tú —le contesta Tania.

—No, no, no. Tú más —le dice Melania.

—Tú, tú, tú más —continúa Tania.

Me huelo lo que viene ahora...

—¡*Fashion-inmersióooooon!* —gritan las dos a la vez.

No sé por qué le tenía tanto miedo a esto, ¡si me está yendo genial! Con la ayuda de Tania y Melania y unas copas de vino, me he integrado en la cena a las mil maravillas. También ha ayudado el hecho de que durante el segundo plato he comentado que Marcos y yo somos pareja. No por presumir, de verdad. Es que Maruqui, que ha resultado no ser embajadora de buena voluntad de Dyor, sino relaciones públicas de la marca en España —ya decía yo que lo otro me sonaba raro—, está sentada en nuestra mesa. Hemos comenzado a charlar sobre marcas de cosméticos, productos y sus correspondientes *spots*, y cuando ha mencionado el último de

Glossy Look no he podido evitar decir que el responsable de tan glamurosa campaña publicitaria es Marcos.

—Dios, estás súper puesta en el tema. Con tu buen despegue en Internet y tu cultura cosmética eres un caramelito para cualquier marca —me ha dicho Maruqui con admiración.

Y entonces ha sido cuando les he explicado entre abrumada, feliz y contenta por el vino, que no es para tanto mi mérito. Que sé lo de Glossy Look porque Marcos, el hijo del dueño de la empresa, es mi novio. Cosa que las ha puesto a todas histéricas, sobre todo cuando les he enseñado una foto suya dormido en el sofá. Podría haberles enseñado cualquier otra más formal, pero es que me encanta esa foto. Está sentado con las piernas abiertas y la cabeza apoyada en su mano, con la camisa abierta hasta el cuarto botón. Y tiene un aire de dios griego del siglo XXI que dan ganas de comértelo.

—Tía, qué bueno está tu novio. Si estuviera en tu lugar, yo nunca saldría de casa —me ha comentado Tania al enseñarle la foto en mi móvil.

—Ya ves, qué fuerte. ¿Quién quiere un Ferrari pudiendo montar en eso? —ha dicho Melania.

—Tía, un poco de respeto, que es su novio —le ha recriminado Tania.

—No importa —les he contestado—. Aunque Marcos es mucho más que un chico guapo, también es una persona maravillosa que me hace muy feliz —he añadido loca de amor por él.

—Ay... —han suspirado todas a la vez, mirándome con sus barbillas apoyadas en sus manos.

Menos la envidiosa de Carituqui, que en vez de suspirar ha hecho un chasquido con la lengua y ha mirado impaciente hacia otro lado.

Entonces, he cambiado definitivamente el chip. Me he dado cuenta de que tengo muchas cosas por las que sentirme bien conmigo misma. Lola Glamour está remontando, yo no soy menos lista que muchas de las personas que se han reunido hoy aquí —algunas me ganan de largo— y Marcos, el hombre tan fantástico que está enamorado de mí, tiene razón: esta gente es toda apariencia. Las chicas con las que estoy, y de las que milagrosamente me he aprendido sus pijos nombres, no han parado de admirar mi brillante pelo, mi perfecto maquillaje y mi vestido de

Louis Buitrón. Pero yo soy la misma persona cuando me meto en la cama en pijama con mi redecilla en el pelo, sin este envoltorio tan espectacular. Menos mona sí, pero no mejor ni peor que nadie. Y está claro que ellas, a pesar del lujo en el que viven, tampoco.

—Qué suerte, a mí siempre me ha ido fatal en el amor —me dice Maruqui con resignación—. Los hombres no soportan que las mujeres tengamos carreras más importantes que las suyas. Parece mentira, pero no hemos avanzado tanto como nos quieren hacer creer. El mundo es muy machista.

—Oh... ¿Tú crees? —le pregunto con interés—. Pues dudo que a Marcos le molestara eso, él me ayuda todo lo que puede con mi tienda.

—Es que es muy difícil que puedas superarle en el terreno laboral. Glossy Look es prácticamente suya, y esa es una meta impensable para la mayoría de los mortales —me responde Maruqui, metiéndose un trozo de tarta de frambuesa en la boca al acabar su argumento.

—Bueno, no sé. Marcos no me parece de esa manera, él siempre me anima a superarme —le digo empezando a dudar.

—Todos son iguales, Lola. Créeme, es un problema hormonal —me responde Maruqui.

—Qué problema más tonto, tía. ¿Quién querría trabajar teniendo un marido con dinero? Estás fatal —le dice Tania a Maruqui, tragándose seguidamente una copa entera de cava.

No sé cuántas llevan ya, tanto ella como Melania. Pero empieza a notárseles que están muy perjudicadas. Qué pinta tienen las dos, a Tania parece que alguien le haya soplado el pelo por detrás y a Melania se le está corriendo el *eyeliner*.

—Algunas necesitamos sentirnos realizadas y tenemos más ambiciones en la vida que ampliar nuestra colección de bolsos —le contesta Maruqui a Tania.

—¿¿¿De verdad??? —le pregunta asombrada Melania—. Qué fuerte... —exclama cuando Maruqui asiente lentamente con la cabeza.

Maruqui me parece una chica de mundo, y por eso me está haciendo pensar. ¿Será eso verdad? ¿Que Marcos me echa una mano sólo porque sabe que nunca podré superarle en nada? Pues

no me hace gracia esa idea. Si fuera así, lo que estaría haciendo es echarme miguitas de compasión para que no me sienta mal, porque le doy pena.

—Perdona, Lola. No quería molestarte, seguro que Marcos no es así —me dice Maruqui preocupada, al darse cuenta de que me he quedado pensativa.

—No, no. Lo sé —le digo forzándome a escapar de mis molestos pensamientos—. No te preocupes, es que estoy un poco mareada por el cava. ¿No hay más? —pregunto volviendo a sonreír, con exagerada felicidad.

—Pues yo creo que a los hombres les interesa que estemos entretenidas con nuestras cerreras, para que les dejemos en paz. Así tienen tiempo para hacer de las suyas —dice Carituqui.

—Disculpa, pero acabo de enterarme de que tú tienes una carrera —le dice Maruqui, después de regar de vino la mesa con la boca, en modo aspersor.

Parece que eso le ha hecho mucha gracia.

—Pues claro, mírala, si le llega hasta la rodilla —dice Melania meándose de risa, metiendo la cabeza bajo el mantel para mirarle las medias a Carituqui.

—¡Qué fuerte, si tú no has dado un palo al agua en tu vida! —le dice Tania a Carituqui, dando una palmada en la mesa y soltando una carcajada.

—Qué expresión tan ordinaria. Tú no te bañas más en mi jacuzzi —le responde Carituqui echándose hacia atrás en su silla, arrugando la nariz con repugnancia.

—¡Tías! —dice una chica atrapada en un estrechísimo vestido rojo. Taconea como puede hasta nuestra mesa porque el vestido que lleva no le deja dar un paso—. Qué fuerte, no he tenido ni un segundo de descanso hasta ahora. Pero todo sea por los perritos sin hogar.

—Hola —la saludo.

—¡Hala, tía, qué súper *Burman Flash!* ¡Tú eres Lola Glamour! —me dice reconociéndome enseguida—. Soy Piluqui, la organizadora de todo esto —se me presenta echando a Carituqui de su silla de un empujón, para sentarse ella.

Madre mía, pues sí que me he hecho famosa. Al menos, en esta pandilla. Debo de haber conectado muy bien con estas chicas, y no sé si eso es bueno o malo, la verdad. No me gusta pensar que la gente me vea igual que yo las veo a algunas de ellas.

—¡Qué haces! Me voy a la mesa de Carluqui, no soporto tanta vulgaridad —dice Carituqui, enfadada por el inesperado meneo que le ha dado Piluqui.

Al recibir el empujón se ha agarrado a Tania por el vestido y del tirón que le ha dado se le ha salido un pezón. Pero Tania no parece darse cuenta, y está ahí con su copa en la mano, un pecho fuera y una sospechosa falta de equilibrio en la cabeza.

—Tía... —le dice Melania mirándole el escote—. ¿De cuántos litros son tus prótesis?

—Yo qué sé. Me las puse en Estados Unidos, estaban en galones —le responde Tania.

—¿Galones? Serán melones —le dice Melania.

—Pues súbete el vestido, amiga, que se te escapa un galón —le dice Maruqui a Tania.

—¡Qué fuerte, me ha pasado como a Janet Jackson! —dice Tania al darse cuenta, guardándose el pecho divertida.

Supongo que con la “tajada” que lleva todo le parece muy gracioso.

—¿Como a Janet Jackson? ¿A ti también te han dado un Grammy? —le pregunta Melania a Tania.

—Chicas, necesito que alguna de vosotras diga unas palabras para que se animen los donativos. En lo que llevamos de año ya les he pedido a estas personas por los refugiados sirios, el cáncer, la narcolepsia, el alcoholismo, los desahuciados, el sida y los niños de San Ildefonso. Estoy perdiendo poder de convicción —dice Piluqui.

—Tía, lo siento, pero yo no puedo. Estoy un poco achispada —se disculpa Tania con los ojos completamente achinados.

—A mí no me mires, ya sabes que aquí no caigo demasiado bien —dice Maruqui.

¿Sí? Pues no lo entiendo, a mí es la que mejor me cae de todas. Es la única que parece tener dos dedos de frente. Oh, lo mismo es por eso...

—Ya lo hago yo —dice Melania intentando levantarse de su silla.

Y digo 'intentando' porque lleva una borrachera como un piano y al ponerse en pie se le tuercen los tacones. Se agarra a todo lo que tiene cerca, incluido el arreglo floral del centro de la mesa, y al ver que no consigue mantener el equilibrio se vuelve a sentar.

—Me pregunto qué haces tú aquí —me dice alguien que se ha apoyado en el respaldo de mi silla—. Llevo toda la noche observándote y todavía no me cuadra. Eres como un cupcake en un banquete de patatas fritas —veo al girarme que me dice César.

—Bueno, no sé... me han invitado —le contesto cortada.

César se sienta a mi lado sobre la mesa y me sonrío como si pensara algo inconfesable sobre mí. Noto que le divierte coquetear conmigo, pero en mis necesidades básicas no entra que un hombre tan atractivo y lanzado como él me intente conquistar. Mi ego ya está más que cubierto con Marcos.

—Sube tú ahí a convencerlos, Lola. He visto tus vídeos y hablar se te da genial —me dice Maruqui animándome.

—¿Qué? —le pregunto distraída por culpa de la actitud de César. Es que lo tengo casi encima de mi plato y no deja de mirarme.

—¡Claro! ¿Podrías hacerlo? Los perritos sin hogar te lo agradecerán —me dice suplicante Piluqui.

—Seguro que se quedan embobados con ella. Esta chica sabe cómo rascar en la superficie del colorete para llegarte a lo más hondo. A la base correctora —le dice Tania a César, con los puños apretados frente a ella y los ojos bizcos.

Llegados a este punto ya ha dejado de controlar los músculos de toda la cara.

—Vaya, pues voy a tener que ver esos vídeos tuyos tan famosos. Parece ser que causan sensación —me dice César.

—Son súper totales, mucho mejor que tu caca manida de programa. *Glam and Up* necesita una renovación con urgencia —le dice Piluqui—. Recuérdame mañana que pase por Lola Glamour, Melania, tengo una lista de productos que recomienda Lola en su blog que me gustaría comprar —le pide entonces a ella.

—Claro, tía —le contesta Melania—. Pero recuérdame tú mañana qué era lo que querías que te recordara, ¿vale?

Oh... ¿Quiere eso decir que César es el productor de *Glam and Up*? ¡Jo, y se ha fijado en mí! Madre mía, qué nerviosa me estoy

poniendo... ¡Yo soy la fan más fan de ese programa!

—¡Ánimo, Lola! ¡Haz que esta gente extienda unos cheques con muchos ceros! —me grita Tania intentando aplaudir.

Por favor, qué descoordinación. No acierta ni una vez con las palmadas, parece que abanique el aire.

—No, no. No creo que yo sea la más adecuada para hacer eso... —digo asustada.

—¡Venga, Lola! —me anima Melania.

—¡Lola! ¡Lola! ¡Lola! —se ponen todas a canturrear para convencerme.

—Cupcake... —me dice César cogiéndome la mano de manera galante, aunque con expresión granuja, y haciendo que me ponga en pie—. Me encantaría comprobar ese talento tuyo, a ver a cuántos más además de mí les robas el corazón.

Dios, qué corte... No quiero hacerlo, ¡no quiero! Una cosa es hablar sobre barras de labios y efectos de maquillaje desde la tranquilidad de mi casa. Pero en vivo y en directo es otra cosa. Y además, yo no sé nada sobre esta causa. ¡Sin un guión no sé qué decir!

—Vamos —me dice Piluqui cogiéndome del brazo y echando a andar entre las mesas.

Empiezo a hiperventilar de camino al atril. Piluqui ha cogido velocidad a pesar de su entubado vestido y me lleva casi en volandas, así que no tengo tiempo de pensar en nada más que en coger una copa de cava de la bandeja de un camarero que me cruzo por el camino. Ha sido un visto y no visto, creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que se la he quitado. Me la tomo como puedo andando a trompicones detrás de Piluqui, y cuando llegamos a nuestro destino me arreglo un poco el pelo y el vestido e inspiro profundamente para intentar bajar los latidos de mi corazón. No tengo ni idea de lo que voy a decir, pero las chicas y César están pendientes de mí, mirándome expectantes desde nuestra mesa, y ya no puedo escapar. Después de tanto elogio que me han dedicado no querría demostrarles que en realidad soy un fraude. Necesito mantener mi imagen de profesional.

“ Tienes chispa y todo lo que se necesita para sobresalir. Sólo tienes que hacer que el mundo lo sepa...”, oigo a Marcos repetir en

mi cabeza.

“Eres una chica genial. Tienes muchas virtudes y el mundo está deseando conocerlas...”, recuerdo a Dani diciéndome.

“¿Tú crees que alguien se preocupa por hacer el ridículo? Si no lo haces, no eres nadie en esta vida...”, oigo decir a mi madre.

“Eres una surfista”, veo a Vera diciéndome en mi imaginación.

“Tenéis razón”, me digo a mí misma. “Aunque hiciera esto mal, el mundo no se acabaría aquí. Al menos tengo que intentarlo”.

—Buenas noches —saludo a través del micrófono, captando la atención de todos. El sonido se ha acoplado nada más pronunciar la primera palabra y el pitido de los altavoces casi los deja sordos—. Mi nombre es Lola y me gustaría contaros algo que, como personas sensibles y humanitarias que sois, sé que os llegará al corazón —improvisado antes de carraspear, para ganar algo más de tiempo—. Hace muchos años tuve un perro. Chispi —digo como si pudiera verlo ahí arriba, retozando sobre una nube—. Me pregunto por qué le pusimos un nombre tan común a un animal tan especial, pero por aquel entonces 'Chispi' estaba muy de moda.

—¡Yo también tuve uno que se llamaba así! —me dice una señora desde su mesa; muy gordita y con un tocado de plumas bastante hortera, pero con cara de buena persona.

—¿Su Chispi también se ponía de pie y hacía ruiditos con la nariz? —le pregunto a la señora.

—No podía, le faltaba una pata —me contesta.

—Oh, lo siento —me disculpo—. A mi Chispi lo encontramos vagando por un parque, había llovido la noche anterior y el pobre estaba empapado. Aterrorizado e indefenso —le explico a mi público—. Yo siempre había querido tener un perro, así que convencí a mi padre de que me dejara quedármelo. Lo metí bajo mi abrigo y cuando llegamos a casa le di un baño caliente y lo puse junto a la calefacción. Siempre recordaré sus ojitos de agradecimiento mientras su pelito se secaba... —digo con cariño y añoranza—. Desde aquel día, Chispi se convirtió en mi mejor amigo. Se sentía tan en deuda conmigo que nunca se negaba a nada. Era un animalito muy obediente. Se dejaba que le pintara los labios, que le hiciera coletas y le rizara las pestañas, mucho más de lo que puedo decir de mi hermana.

—¡Qué adorable! —exclama un chico con un gesto muy de gay.

—Pero el tiempo pasó y empecé a notar algo extraño —continúo con mi historia—. Chispi nunca ladraba. Cuando salíamos a pasear no levantaba la pata para hacer pis como los demás perros, tampoco corría detrás de la pelota, y comencé a sospechar que algo andaba mal.

—Chispi va a morir del moquillo, lo sé —dice asustado un elegante señor de pelo blanco, sentado en la primera fila de mesas.

—Mi padre intentó tranquilizarme. Me dijo que Chispi era un perro tan especial que no podía ser como todos los demás, y yo le creí. Después de todo, nunca había conocido a otro perro como él, tan inteligente y cariñoso... Pero un día, al volver del colegio, solté mi mochila y corrí a buscar a Chispi. Lo llamé y lo llamé, miré por todos los rincones de la casa, pero él ya no estaba —digo con mucho dramatismo.

—*¡Chispiiiii!* —grita Tania angustiada.

—Entonces, llegó la hora de comer. Me senté a la mesa echándole mucho de menos y un momento después me enteré de la trágica realidad —digo bajando la mirada—. “No estés triste”, me dijo mi madre, “Chispi era un buen conejo y seguro que ha hecho muy feliz a alguna persona hambrienta”.

—*¡Nooooo!* —grita una mujer tapándose la cara con las manos.

—Alguien del vecindario se comió a mi Chispi con arroz —digo con la barbilla temblorosa—. Nunca más volvería a verle moviendo sus bigotitos, ni oíría los ruiditos que hacía con la nariz. Ya no pude volverle a ver meneando feliz su colita. Chispi nunca pudo saber qué se siente siendo un perro adulto.

—Pero era un conejo —dice una voz al fondo.

—Lo sé, ahí está la cuestión —contesto poniéndome muy erguida, un poco mosqueada porque haya tenido que recordárselo a todos. La verdad es que la historia de Chispi es lo primero que se me ha ocurrido con tan poco tiempo—. Si un animalito tan simple como un conejo, ese pobre animal que acaba en nuestras cazuelas, que se queda alelado frente a las luces de los coches, puede sentir amor y agradecimiento dentro de su pequeño corazón, imaginad lo que puede llegar a sentir un ser tan inteligente y noble como un perro —digo cual política dando un mitin.

—¡El mío llora con las comedias románticas! —dice Melania todo lo alto que puede, poniéndose en pie mareada.

—Los perros siempre están a nuestro lado haciéndonos felices, y su amor por nosotros es tan incondicional que ni la muerte puede acabar con él. Muchos a los que estamos ayudando hoy aquí son animales huérfanos, de dueños fallecidos. Otros son perros a los que les han devuelto su cariño a golpes, o abandonándolos en carreteras solitarias. Sin saber qué han hecho mal para que les traten así. Algunos de ellos nunca tendrán a nadie que los quiera — digo negando con la cabeza con tristeza—. No tendrán la misma suerte que un día, un amoroso conejito asustado y empapado de lluvia llamado Chispi, tuvo antes de ser devorado sin piedad.

—Nunca más volveré a comer conejo —dice llorosa la señora gordita de antes.

—Bien, pues calcule cuántos conejos se habría comido de no haber conocido la historia de Chispi y extienda un cheque por ese valor para los perros sin hogar —le digo sonriente desde el micrófono.

—Eso está hecho —dice metiendo la mano en su bolso.

—Yo también lo voy a hacer, en honor a Chispi —dice alguien de su mesa.

—Y yo —se va uniendo más gente.

—¡Chispiiiii! —vuelve a gritar Tania, ahora llorando desconsolada.

—Gracias —me dice Piluqui subiendo al atril y secándose las lágrimas—. Por favor, un gran aplauso para Lola Glamour. Si no la conocéis todavía, deberíais pasaros por su tienda —dice al micrófono visiblemente emocionada.

—No hay de qué —le respondo bajando rápidamente de allí.

¡Bien! Mi improvisado discurso ha funcionado. Pero también he podido ver a algunas personas partiéndose de risa en algunos momentos y prefiero dejar de ser el foco de atención lo antes posible.

—No has estado nada mal. Has conseguido tocarle la fibra sensible a la señora Hermida y aquí todo el mundo hace lo que ella haga, son unos pelotas —me dice César cuando me siento en mi silla.

—Oh... Pues me alegro de haber tocado la tecla correcta —le contesto orgullosa por mi hazaña.

—¿Sabías que había tenido un perro que se llamaba Chispi? —me pregunta impresionado.

—No tenía ni idea, no la conozco de nada —le respondo.

Bueno, puede que sólo haya tenido un golpe de suerte, pero se va a recaudar más dinero gracias a esa casualidad y eso es lo que importa, ¿no? Me siento muy satisfecha. ¡Sí!

—¿De verdad que nunca te diste cuenta de que Chispi era un conejo? —me pregunta Maruqui riendo.

—No, nunca. Mi padre me convenció de que era un Yorkshire porque no quería comprarme un perro —le respondo un poco avergonzada.

¿Qué pasa? Chispi tenía el pelo largo y yo era un niña pequeña. Le podría pasar a cualquiera.

—*¡Chispiiiii!* —llora Tania con la frente apoyada sobre la mesa.

—No se te puede dejar beber —le dice Maruqui.

—Ya está, tía. No llores más, que se te va a correr la laca del sobaco —la consuela Melania con el pelo totalmente alborotado.

—*¡Fashion-Inmersióoon!* —digo para que Tania se anime.

Pero sólo hace el gesto de taparse torpemente la nariz y, aunque levanta la cara para mirarme, vuelve a clavar la frente en la mesa otra vez.

—Venga ya. Qué agobio, ya estamos con los bailes —dice Maruqui con cara de asqueada.

Ha comenzado a sonar una música tipo Swing y Piluqui está animando a la gente a que salga a bailar. No los he visto llegar, pero al mirar hacia el sitio donde antes estaba el atril veo que ahora hay una pequeña orquesta. De miembros impecablemente vestidos, con pajarita y chaqué. La señora Hermida ya está en pie bailando con el chico gay y rápidamente muchos otros se les van uniendo. El ambiente ha cambiado, después de la cena y las copas todo el mundo ha perdido su fachada de gente seria e importante. Ahora parecen relajados y felices. Como cualquier persona normal, porque está claro que eso es lo que son.

—¿Bailamos? —me pregunta César.

—¿Qué? No, yo no sé bailar esto —le contesto negándome rápidamente.

—Yo te guiaré —insiste poniéndose en pie.

—De verdad que no, tengo una hernia discal —me invento como excusa.

—Vamos, sólo esta canción. Aquí ya no hay nada mejor que hacer —me dice señalando con las cejas a Tania y Melania.

Maruqui se ha acercado a la mesa de Carluqui y está charlando con ella y Carituqui, y Tania y Melania ya no están para mucha conversación. Melania parece que no aguante el peso de su cabeza, se le va para los lados, y Tania se está durmiendo sobre la mesa con un ataque de hipo. Después del berrinche que ha cogido con lo de Chispi se ha quedado sin fuerzas. Por mucho que yo hubiera hecho el ridículo esta noche, se habría quedado en nada comparado con todo lo que les he visto hacer y decir hoy a las dos. Por lo que veo, estando con ellas dos no tenía de qué preocuparme, era imposible que mis meteduras de pata pudieran destacar. Pero he de decir que me caen muy bien, han sido súper cariñosas conmigo y me provocan mucha ternura. Míralas, son dos angelitos despeinados con el maquillaje corrido. Por cierto, no me he retocado los labios ni una sola vez en toda la noche, me voy corriendo a darme un repaso.

—Por aquí —me dice César cogiéndome por la cintura.

—Voy al aseo —le contesto intentando desviarme.

Al levantarme se ha pensado que había aceptado su invitación y me lleva directa hacia la zona donde están todos bailando.

—Ya irás luego —me dice pasando una mano por detrás de mi cintura y cogiendo mi mano a la altura de mi hombro, en una posición elegante de baile.

Uyshhh. ¡En qué mala hora he decidido retocarme! Es que César me da un poco de miedo, tiene pinta de ser un Adrián bien entrenado. Y yo en este ambiente no sé moverme demasiado bien, no quiero estar tan cerca de él.

—Me encanta tu programa. Debe ser increíble conocer antes que nadie todas las tendencias de maquillaje —le digo para disimular mi incomodidad.

—Sí, supongo que visto desde fuera debe parecer muy glamuroso —me responde César.

—¿Y desde dentro no lo es? —le pregunto, mientras bailamos al son de una canción que me suena a Frank Sinatra.

Yo prefiero a Julio Iglesias, pero es lo que hay.

—No es en directo, así que los espectadores se pierden algunos detalles. Como las pataletas de algunos invitados porque no tienen en su camerino cosas tan necesarias como unas rosas azules, o la incontinenencia urinaria de la presentadora. Esa chica tiene cistitis cada dos por tres —me contesta él.

—¿De verdad? ¿Tenéis que cortar para que Clara Hoyos vaya a hacer pis? —le pregunto entusiasmada al conocer esa información privilegiada.

—Depende del humor del director. Una vez se lo hizo encima —me dice con cara de disfrutar de esa maldad—. Podrías venir a ver la grabación algún día —me propone.

—Claro, me encantaría —le respondo ilusionada, casi sin pensar. ¡Dios, qué pasada! No me lo perdería por nada del mundo.

—Y yo estaría encantado de que vinieras —me responde, bajando un poco la mano que tiene detrás en mi cintura, hasta llegar casi a mi culo.

—Creo que ya hemos bailado suficiente —le digo, poniéndome tiesa como un palo y sonriendo con nerviosismo.

—¿Te apetece hacer otra cosa? —me pregunta sugerente.

Puede que en otra época de mi vida no rechazaría a César, a pesar de que es rubio con ojos claros y a mí los rubios no me llaman la atención. Pero es atractivo de una manera peligrosa y tiene mucho estilo, de la misma manera que lo tendría cualquier modelo de alta costura. Estoy segura de que esto lo hace con todas, y que además le funciona.

—Tengo que irme. Mañana tengo que madrugar —le digo separándome de él.

—Yo también, podríamos madrugar juntos —me dice, agarrándome de la mano para que no me vaya.

—Es que ronco —me invento, dando un tirón y saliendo pitando de allí.

Alucinada, ando a paso ligero con mis zapatos de un número menos hasta llegar a mi mesa, con los ojos de par en par a causa de su clara insinuación. Pero, al llegar, no están las chicas. No hay nadie sentado en mi mesa. Entonces miro hacia atrás y veo a César dirigiéndose hacia mí, como si fuera un puma acercándose hambriento a un cervatillo, así que cojo mi abrigo y mi bolso *clutch* y corro hacia la puerta para escapar de él. No tengo ganas de seguir dándole calabazas, con una vez debería ser suficiente, ¿no?

Cojo el ascensor sintiéndome aliviada de estar fuera del alcance de César, y al llegar a la calle, doy rápidamente un silbido metiéndome los dedos en la boca, para parar un taxi. No ha quedado muy femenino, pero efectivo lo es un montón. Ya tengo uno parado frente a mí y me lleva a mi casa sana y salva. Sólo hay un problema: me muero por estar presente en la grabación de un programa de *Glam and Up* y no me lo puedo quitar de la cabeza mientras observo por la ventanilla los edificios iluminados de la ciudad.

— 6 —

—¿Sabes qué es lo que más admiro de ti? —me pregunta Marcos.

—No. ¿Qué? —le pregunto.

—Que no se te arrugan los dedos con el agua caliente —me responde, observando mi mano entre la suya.

—También tengo otros talentos. No se me abren las puntas del pelo y mi piel absorbe muy bien la crema auto-bronceadora —le digo sintiéndome en la gloria.

Qué felicidad. Nunca me había tomado el café de la mañana en la bañera, pero es lo mejor del mundo. Con Marcos todo lo es. Llevamos media hora aquí metidos. Tengo la espalda apoyada en su pecho, sirviéndome de sexy cojín, y desde la ventana que tenemos enfrente entra un rayo de sol calentito que me hace cerrar los ojos. Ahora mismo no cambiaría esto por nada, ni por un spa en un hotel de las Maldivas. Me parece que eso está muy lejos...

—Esta semana te he echado de menos —me dice Marcos.

—¿Sólo esta semana? —le pregunto, girando la cara hacia atrás y mirando un poco hacia arriba para ver la expresión de su cara, parpadeando con coquetería.

—Esta semana más que otras —me responde—. Me he dado cuenta de que mi casa es muy grande por las noches. Y muy silenciosa, allí no te oigo tropezando con nada de madrugada.

—Qué tonto eres, no me tropiezo siempre —le digo riendo.

—No, es verdad, a veces sólo se te caen cosas. Pero es normal, ¿quién no ha tirado al suelo la lámpara de cristal de la mesita en medio de la noche, o se le ha caído el espejo del cuarto de baño?

Esas cosas suelen pasar de las cuatro a las cinco de la madrugada —dice Marcos.

—Me pareció que el espejo estaba torcido —me excuso, escurriéndome un poco hacia abajo.

—Bueno, no hay problema, ya me he hecho un seguro —me responde subiendo un dedo por mi brazo.

Qué corte, espero que no sea verdad. Es la primera vez que oigo que alguien se tiene que hacer un seguro por culpa de su novia patosa. Qué desastre soy.

—Me gustaría poder ir a visitarte más a menudo, pero sabes que no puedo —le digo con cara de tristeza.

Supongo que no es necesario que se lo recuerde. Pero lo que me ha dicho me ha llegado, le conozco muy bien y sé que a pesar de su tono de broma me lo ha comentado en serio.

—¿Por qué es tan importante Lola Glamour para ti? Sólo es un negocio y los negocios van y vienen, podrías hacer otras cosas en Madrid —me dice después de unos segundos de silencio.

—Marcos, ¿por qué me preguntas eso hoy? Sabes que ahora ha empezado a ir muy bien —le digo sorprendida.

Si después de la visita de Tania y Melania empecé a notar mejoría en las ventas, después de que el miércoles la señora Hermida viniera a comprar, la cosa se ha puesto emocionante de verdad. Vino a enseñarme una foto de su Chispi, cosa que no me esperaba y que me hizo muchísima ilusión, y salió de Lola Glamour cargada con una bolsa llena de los productos más caros que tengo en la tienda. Creo que ha corrido la voz haciendo que todo su séquito pelota siga su ejemplo, porque me ha parecido tener clientes esta semana que me sonaban de la cena benéfica. Aunque a uno lo tengo identificado: el chico gay. Piluqui y Carluqui, que ya tenían previsto ir a verme, han hecho más de lo mismo, y además me están ayudando a hacerme publicidad en las Redes Sociales. Veo ilusionada cómo mi número de seguidoras en Internet no para de crecer. He visto que mis vídeos han sido compartidos en grupos de Facebook y en algunos blogs de belleza con muy buena pinta, por gente que no conozco. Y para colmo de mi felicidad recibo mensajes de chicas entusiasmadas pidiéndome más, lo que me anima a seguir publicando artículos y vídeos nuevos. Pero lo mejor de todo

es que esta semana he tenido que reponer a toda prisa algunas estanterías que antes sólo me servían para acumular polvo, dejando extrañados a unos cuantos distribuidores que ya me daban por fugada, y eso significa que mi cuenta corriente se está empezado a sanear. Como siempre había rezado para que sucediera. ¡No podría estar más contenta!

—Ya, tienes razón. Supongo que ahora no es el momento para plantearnos esto —me contesta Marcos, con cara de sentirse mal por haberlo mencionado.

Aunque me parece que en el fondo le fastidia un poco no poder hablar de ello y no sé qué decir, porque no me gustaría que se lo tomara mal y discutir con él. Este momento era perfecto hasta hace unos minutos.

—Marcos, sabes que te quiero, ¿verdad? —le pregunto con una dulce sonrisa, abrazándome a él.

—Sí, me lo habías dicho alguna vez. Pero creo que podría haber sido después de llevarte un vaso de agua a la cama, o puede que fuera aquella vez que tuviste tres orgasmos seguidos —me dice, fingiendo estar dudoso.

—Qué mentiroso, yo nunca he tenido tres orgasmos seguidos —le digo aguantándome la risa.

Ji, ji, ji. Qué marranín.

—¿No? —me pregunta haciéndose el sorprendido.

—Contigo no —le digo guiñándole un ojo.

—Ah, entonces eso me lo diría otra —me contesta él, terminándose después su café de un trago.

—¡Eh, oye! —le riño haciéndome la ofendida.

Porque eso no será verdad, ¿no? *Hm...*

—Se está haciendo tarde. Voy a perder el Ave —me dice antes de darme un cariñoso beso en la cabeza.

—Jo, qué fin de semana más corto —le digo poniendo morritos.

—Lo sé, pero tengo que irme. Tengo que estar en Madrid a las dos, ya sabes que celebramos el cumpleaños de mi padre —me responde saliendo de la bañera.

—Felicítalo de mi parte —le digo mientras observo pensativa cómo se seca con la toalla.

—Claro —me responde sin mirarme.

¿Por qué tengo tantas dudas últimamente? Desde que empecé a seguir el plan de Marcos para intentar salvar Lola Glamour, todos los comentarios que hace la gente de mi alrededor me ponen alerta. No creo que esté haciendo algo malo, pienso que luchar por mi tienda es algo lógico, pero me asusta imaginar que por intentar arreglar algo que en su día hice mal fastidie otras que me iban bien. ¿Qué hace Marcos durante la semana, cuando estamos tan lejos y no puedo verlo? ¿Le molesta que Lola Glamour haya remontado? ¿Le fastidia porque eso quiere decir que se aplaza nuestro plan de vivir juntos? No sé... ya estoy preocupada otra vez... Y no podría entender que fuera así, que le disguste que esté ocupada con Lola Glamour, porque fue él quien me animó a hacer todo eso del blog. No quiero pensar en estas cosas, necesito hacerme un *peeling* facial para olvidarme del tema.

—¿Me acompañas a la estación? Así podríamos estar un rato más juntos —me pregunta Marcos, haciéndome dejar de lado mi preocupación—. Venga, te compraré un pastelito y te meceré en la entrada del andén hasta que el tren salga. No vas a encontrar un plan mejor.

—Vale —le digo saliendo de la bañera—. Pero luego no me riñas si me pongo a llorar, ya sabes que soy muy sentimental.

Cada vez me cuesta más despedirme de él. Al principio esta situación me parecía muy divertida, súper excitante. Me lo pasaba genial intercambiándome mensajes con él en la distancia y me gustaba comprarme modelitos y maquillarme de manera especial para recibirlo el fin de semana. Era algo que me hacía salir de la rutina, que me daba mucha vida. Pero ahora, la cosa se ha puesto seria. Yo también le echo mucho de menos, ya no me parecen suficientes dos días a la semana de su compañía.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me pregunta como yo hice antes, mientras me abraza fuerte.

—Claro que lo sé. Por eso te has hecho un seguro, porque sabes que pasando el resto de tu vida conmigo lo vas a necesitar —le respondo riendo.

—Madre mía, que no me pase nada —bromea bajito.

Y yo me siento tan segura abrazada a él, oyendo los latidos de su corazón, que no me movería nunca de aquí. Bueno, tendría que

hacer pis en algún momento, y también sentiría muchas ganas de limarme las uñas y de darme colorete. Pero sé que Marcos me quiere y que si por él fuera no se iría dentro de un rato a Madrid. Qué tonterías pienso a veces, si no tengo motivos para preocuparme por lo nuestro. Nuestra relación va de muerte.

—Tía Lola, ¿te puedo hacer una pregunta? —me dice Vera andando de camino a casa de mi madre.

Después de despedir a Marcos he ido a buscarla a su casa y, como hace sol, nos hemos bajado dos paradas de metro antes para pasear. *Mmmm...* qué bien me está sentando esto, tenía muchas ganas de lucir mi nuevo dúo de sombras. Es marrón, como las hojas de los árboles junto a los que vamos andando. Ay... siento que me mimetizo con la naturaleza... Para que luego digan que una chica maquillada es artificial.

—Claro, pregunta lo que quieras —le respondo sonriendo y apretándole con cariño la mano de la que la tengo cogida.

—¿Tú tenías muchos amigos en el colegio? —me pregunta entonces, levantando la cara para mirarme.

—Bueno... algunos —le digo haciendo memoria—. Pero tampoco te vayas a creer que era una niña muy popular. Me miraban mal porque me pintaba los labios después de comerme el bocadillo del desayuno.

—A mí también —me dice Vera.

—¿Tú también te los pintas? —le pregunto parando en medio de la calle asombrada.

¿Se está volviendo normal? ¡No me lo puedo creer!

—¡No! —exclama como si eso le horrorizara—. Quiero decir que a mí también me miran mal —me dice poniéndose triste.

Oh...

—Seguro que te lo imaginas, lo que pasa es que algunos niños no ven bien. Necesitan gafas y sus padres no lo saben —le digo para consolarla.

—No me lo imagino, tía Lola, no tengo amigos —me dice casi en un susurro.

Vaya... Pobrecita. Ya lo sabía, pero escucharlo de su boca me conmueve mucho.

—¿Nunca juegas con nadie durante el recreo? —le pregunto con miedo a que me diga que no.

—No —me responde mirando hacia sus pies, mientras da unos juguetones pasos para disimular que se siente rechazada.

—A lo mejor deberías acercarte más a tus compañeros de clase. Puede que si les pidieras jugar con ellos, te verían de otra manera —le aconsejo, sonando todo lo comprensiva que puedo.

—Es que yo no quiero jugar a sus cosas. Son muy infantiles —me dice Vera refunfuñando con tristeza—. ¿Crees que debería ir a ese colegio especial? Mamá dice que si lo hiciera me perdería mi infancia —me explica abatida.

—Pues... depende de ti. Si tú quieres ir porque te gustaría tener gente con la que hablar de esos libros tan raros que lees, allí lo pasarías bien. De todas formas, no es posible perder la infancia. ¿Acaso no la estás viviendo ahora? ¿No serás igualmente menor de edad hasta que cumplas los dieciocho? Tu fecha de nacimiento no va a cambiar por ir a ese colegio —le digo muy segura de mis palabras.

—Por Eduardo Punset... Tenía razón, te estás convirtiendo en una pensadora... —me dice mirándome con asombro—. ¡Uy, que me caigo! ¿Cómo ha llegado a mis pies esta hoja? —dice de repente enfadada.

¿Qué está pasando aquí? Qué miedo, mi inteligente y espabilada sobrina se tropieza con una hoja, igual que me pasaría sólo a mí, y yo hablo como una intelectual. Dios mío... ¡nos invaden los marcianos!

¿Eh? Ah, no, lo que vuela por el cielo es una bolsa.

—Vera, ¿tú crees que en otras galaxias estarán más avanzados que nosotros en el campo de la cosmética? —le pregunto con mucho interés en saber su opinión.

—¿Cómo? —me pregunta ella sorprendida—. Olvida lo que te he dicho antes, tía Lola —me dice negando con la cabeza, como diciendo: no tienes remedio.

Pues no entiendo por qué descarta la idea de que exista vida extraterrestre con tanta ligereza. Si existen los marcianos, siendo tan rara se llevaría muy bien con ellos. Está perdiendo la oportunidad de encontrar amigos de verdad.

—Nos pasamos de puerta —me dice Vera, y me mira como si supiera lo que estoy pensando.

Por favor... Creo que mi sobrina es uno de ellos, resulta que es de otro planeta y nunca nos habíamos dado cuenta.

—Bip, bip. Bip, bip —le digo mirándola atentamente.

—¿Eh? —me pregunta arrugando extrañada la nariz.

Bah, no, falsa alarma. No ha podido traducirlo, si fuera marciana habría entendido que “Bip, bip” significa: tienes las gafas torcidas. Todos los marcianos lo saben.

—Señorita Vera, no me diga usted que viene cargada de libros. En esta casa están prohibidos, aquí sólo leemos revistas del corazón —le dice mi madre al abrirnos la puerta.

—No te preocupes, abuela, lo único que llevo en mi mochila es mi tablet —le responde ella andando por el pasillo, con cara de enfadada.

—¿A quién te refieres con 'todos', mamá? Vives sola —le digo volviéndome a preocupar por su salud mental.

—Es la costumbre, lo digo por tu hermana y por mí. ¿Qué te pasa últimamente? Dices unas cosas muy raras —me responde mi madre.

—No me pasa nada. Todo lo contrario, estoy muy feliz —le digo contenta, acordándome de nuevo de lo bien que me va con Lola Glamour—. Qué bien huele. ¿Qué estás haciendo de comer? —le pregunto, olisqueando el aire de camino a la cocina.

—De todo. He hecho comida para un regimiento —me responde andando con su delantal detrás de mí.

Otra vez... ¿Para quién será toda esa comida? No tendrá inquilinos imaginarios...

—Mamá, sabes que las bailarinas de porcelana que tienes en la vitrina del comedor no son de verdad, ¿no es así? —le pregunto mirándola con desconfianza.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? Claro que son de verdad, les limpio el polvo todos los días —me responde mi madre.

—Mira este dedo y síguelo con los ojos —le pido, levantando el dedo índice y moviéndolo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda delante de su cara.

—Y tú sigue este —me dice levantando su dedo corazón para hacerme una peineta.

—¿Eh? Eso ha estado muy feo —le digo ofendida mientras Vera se parte de risa.

—¡Qué buena respuesta, abuela! —le dice Vera a mi madre.

—Si todo el mundo hiciera este gesto más a menudo, no habría tantas personas con estrés —le dice mi madre a Vera.

—Estoy de acuerdo —le contesta Vera divertida.

—No sé cómo eres capaz de decirle eso a tu nieta, verás como se entere Violeta —le digo a mi madre.

—Uh, qué miedo —me responde ella, poniendo cara de sentir todo lo contrario.

Qué bien, ¡canelones! Me encanta comer en casa de mi madre, porque lo que hacemos mis compañeros de piso y yo en nuestra casa no se puede decir que sea cocinar. Comemos más comida china que los mismos chinos, el que coge los pedidos por teléfono ya es como de la familia. Eso sí, vamos cambiando la dieta: pasta, arroz, pasta, arroz. Lo vamos alternando. Cuando no comemos del chino comemos espaguetis, macarrones, raviolis, ensalada de pasta o tortellini; cualquier cosa que se pueda cocer en menos de diez minutos. Pero las madres nunca sienten pereza de meterse horas en la cocina, qué cosas... Y como la mía se está tomando el cocinar como una especie de terapia, su casa es el paraíso de los platos elaborados. Qué gustazo chuparse el dedo lleno de bechamel, no hacía esto desde que era pequeña.

—No hagas esa guarrería de lamer el plato. Si tienes más hambre, sírvete más. Hay otra bandeja de canelones en el horno —me riñe mi madre.

—Qué fina te estás volviendo desde que ves el Canal Cocina —le respondo.

—No seas tan listilla, eso nunca te lo he dejado hacer —se defiende ella.

—Pues riñele a mi padre, fue él quien me enseñó a hacerlo —le digo chupando mi plato.

Sé que no está bonito que haga esto, pero cuando estoy en casa de mi madre vuelvo a ser una niña maleducada. Su casa es como

una cápsula del tiempo.

—Sí, qué gracioso que es tu padre —me dice mi madre con retintín—. Menos mal que ya no está aquí poniéndome de los nervios —dice como si se alegrara.

Pero lo ha dicho bajando el tono de voz y me parece que se ha puesto triste.

—Abuela, ahora eres una mujer independiente, y eso es genial —le dice Vera con un goterón de bechamel en uno de los cristales de sus gafas.

—Sí —dice mi madre fingiendo sentirse satisfecha.

—¿Qué pasa, mamá? —le pregunto recelosa.

—Nada, que no me gusta recordar cosas del pasado. Hay que mirar hacia el futuro —me responde haciéndose la fuerte.

Uy, uy, uy. Parece que alguien de esta mesa echa de menos a alguien, y es la misma persona que pone siempre verde a ese alguien. Creo que mi madre ahora está en el punto de sentir nostalgia por los momentos que ya nunca volverán. Me huelo que todavía está enamorada de mi padre.

—No te castigues pensando tanto en papá. Él ya ha tomado un camino torcido en la vida y no va a dar marcha atrás —la consuelo cogiéndole la mano sobre la mesa.

—¿Cómo es eso de que se casa con tu amiga? ¿No le da vergüenza hacer el payaso de esa manera? —me pregunta, volviendo a ser la exmujer rencorosa de siempre.

—Bueno... supongo que estará pasando una crisis por la edad. No le echés mucha cuenta —le respondo para quitarle importancia al tema.

—¿Le estás defendiendo? Me lo esperaría de tu hermana, pero no de ti —me dice sorprendida.

—¡No! ¿Por qué dices eso? A mí tampoco me hace gracia esta situación. Papá y Sandra son el tema de conversación preferido de Dani y Adrián cuando quieren echarse unas risas a mi costa, y ahora encima se les ha unido un japonés —le digo ofuscada al pensar en eso.

Yo también me río de sus problemas, lo reconozco. Pero después de intentar aceptar que mi padre y Sandra son libres para hacer lo que quieran, ahora lo vuelvo a ver muy ridículo y me da rabia que

por culpa de ellos me haya convertido en el bufón de casa. Esto no se le hace a alguien que ya hace suficientemente el ridículo por sus propios méritos.

—¿Vas a ir a la boda? —me pregunta mi madre.

—Verás... —digo titubeante—. Papá me ha pedido... —continúo con un poco de miedo.

Y en ese momento Vera me da una patada por debajo de la mesa.

—¿Qué? —le pregunto dando un respingo.

—Tía Lola, ¿me puedes enseñar tu busto de la Barbie? Me gustaría probar a maquillarlo un rato, para saber lo que se siente —me dice Vera con una falsa sonrisa de entusiasmo.

—¡Mi nieta ha visto la luz! —exclama mi madre—. Está encima de tu armario, voy a preparar el postre de mientras —me informa cogiendo los platos vacíos y dirigiéndose con ellos a la cocina.

Vera se pone en pie y me hace un gesto con la cabeza para que la siga. Ando con ella hasta mi antigua habitación, cierra la puerta y después me tira de las manos para que me agache hasta la altura de su cara. Estoy súper intrigada, no sé a qué viene tanto misterio.

—Tía Lola, yo no le contaría a la abuela tu papel en la boda del abuelo —me susurra mirando hacia los lados cual precavida espía.

—Tengo que hacerlo, Vera. Se acabará enterando tarde o temprano —le respondo haciendo lo mismo.

Anda, mi madre todavía no ha quitado de la pared mi póster de los Backstreet Boys. Qué bien los maquillaban a esos chicos...

—No si consigues que mi madre cargue con el muerto —me dice Vera.

—¿Qué muerto? Nadie va a morir —le digo.

—Lo decía en sentido figurado —me responde ella.

—Ah, eso es un silogismo de esos, ¿no? —le pregunto.

—No, se llama metáfora —dice mi sobrina.

—¿Eso no lo venden en los herbolarios? —le pregunto extrañada.

—Entonces de las metonimias ni hablamos, ¿no? —dice Vera, y a continuación resopla impaciente—. Olvídate de las figuras retóricas, ya te las explicaré en otro momento. Te irá muy bien conocerlas para escribir en tu blog.

—¡Ah, guay! —le digo contenta.

Mira, es la primera vez que Vera me explica algo que me interesa de verdad.

—Deja que mi madre sea la testigo de la boda del abuelo, el abuelo tiene que aceptar que el mundo no gira alrededor de él —me dice Vera.

—No puedo hacerlo, él quiere que sea yo —le respondo con resignación.

—Pero tú no quieres hacerlo y la abuela nunca te lo perdonará. Eres su único apoyo. No la defraudes, tía Lola, me da pena —me dice con los ojos llorosos y la nariz colorada.

Oh... Pobrecilla, no sabía que esto le afectaba tanto. Habla tan bien que a veces me olvido de que Vera es una niña con sentimientos. Parece un diccionario con patas, pero está claro que también tiene un pequeño corazón entre sus páginas.

—Pero el abuelo y Sandra se enfadarán conmigo. Haga lo que haga, alguien me odiará —le digo angustiada al verme entre la espada y la pared.

—Tía Lola, debes empezar a pensar en ti y en qué es lo correcto. Tú no te mereces sufrir por esto y la abuela ya tiene suficiente con una hija de parte del abuelo. Reconozcamos que la abuela tiene razón, está haciendo el payaso. Sólo quiere casarse con Sandra porque le da miedo quedarse solo el resto de su vida —dice Vera.

—¿No crees que estén enamorados de verdad? —le pregunto asombrada por su madura opinión.

—Pues no. He leído mucho sobre psicología y creo que el abuelo sufre un típico caso de euforia post-divorcio. Verse libre después de tantos años de vida familiar ha hecho que pierda la cabeza y cuando vuelva a su estado natural se dará cuenta de que ha cometido un error —me explica Vera.

Vaya, qué bien argumentado... Pensaré en ello luego, mientras me depilo las ingles.

—¿Y qué hay de Sandra? Yo la veo muy unida al abuelo —le pregunto dudosa.

—*Hm...* ¿No te parece raro que una chica de este siglo se case con su primer novio? Tengo entendido que hasta ahora nunca había

practicado el acto sexual —dice Vera acercándose a la puerta y abriéndola un momento para controlar a mi madre.

—¿Quién te lo ha contado? —le pregunto sorprendida cuando vuelve a cerrar la puerta.

—La abuela —me responde ella con una risita.

—¿Y quién se lo ha contado a la abuela? —le pregunto más sorprendida todavía.

—¿Quién va a ser? Mi madre —me responde Vera.

Qué chivata que es mi hermana. Claro, que a mi hermana se lo conté yo, así que me tengo que callar la boca.

—Bueno, está bien... Pensaré en todo lo que me has dicho y ya veremos lo que hago —le digo, comenzando a darle vueltas al tema.

Otra preocupación más. Pensaba quitarme esta carga hoy de encima contándole mi secreto a mi madre, y ahora voy a volver a sufrir pensando en cómo se lo tomará mi padre si me niego a ser su testigo. No se puede estar tranquila en esta familia. Ay... pero aun así, qué relajante es tocarte los pelillos del brazo cuando te has puesto aceite corporal. ¿Qué sería de nosotras sin estos placeres de la vida? La sección de higiene y belleza de los supermercados es la mejor amiga de una mujer.

—Sal del trance. Nos espera una tarta de chocolate —me interrumpe Vera.

—El postre está listo —nos dice mi madre abriendo la puerta en ese justo momento.

Se le nota que ha llorado y al verla así decido hacerle caso a Vera. No quiero ser cómplice de mi padre en esta locura suya y no pienso traicionar a mi madre por culpa de sus caprichos. Que lo haga Violeta, ella siempre ha sido la niña de papá.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le pregunto a Dani cuando llego a casa.

—Rony tiene una actuación —me responde mientras come palomitas de maíz de un bol.

Está sentado en el sofá con las piernas dobladas hacia su pecho y el bol sobre él. Lleva puesta su bata color amarillo limón; y entre la postura, la ropa y la peluca rubia parece enteramente un pollo. Sólo le falta meter la cabeza en el bol de palomitas y ponerse a picotear.

—Eres muy mal novio, deberías estar allí apoyándole —le digo soltando mi bolso, quitándome el abrigo y sentándome a su lado.

—*Uuuuh*. ¿Tú estás loca o qué? —me responde mirándome horrorizado—. Me sé el repertorio de memoria, si le oigo cantar *Billy Jean* una vez más soy capaz de abuchearle. No creo que eso le convenga.

—Bueno, tranquilo —le digo echándome hacia atrás impresionada—. También te sabes los diálogos de *Pretty Woman* y la estás viendo.

—Eso es diferente, Richard Gere no se pone calcetines blancos con zapatos negros y unos pantalones que le van cortos. Qué mal vestía Michael Jackson —me responde Dani.

—¿Puedes hablar tú de vestimentas raras? Te pones tacones con el chándal —le recuerdo perpleja.

—Qué chochete más espabilado la Julia Roberts, a eso sí que se le llama triunfar —dice pasando de mí—. Ya quisiera yo un tío millonario que me sacara de la prostitución.

—¿Desde cuándo eres prostituta? ¿Te has cambiado de oficio? —le pregunto riendo.

—No hace falta cobrar para ser puta, algunas nos lo tomamos como un hobby —me responde guiñándome un ojo.

—Claro, unos hacen encaje de bolillos para relajarse y otros sexo oral —digo casi para mí misma.

Qué fuerte. No sé cómo la relación entre Rony y Dani sigue adelante después de tantos años y tantos cuernos, son una pareja muy rara. Claro que, ¿quién es normal en mi vida?

—Esta película siempre me recuerda a ti —me dice Dani con la boca llena de palomitas, de tal manera que me cuesta un poco entenderle—. Aunque no creo que Marcos necesite Viagra como Richard Gere, este ya tiene una edad.

—Tampoco es tan viejo —le digo mirando a la tele y metiendo la mano en su bol.

—*Uuuuh*, anda que no, debe tener la edad de tu padre —me replica él.

—No vayas por ahí, que ya te conozco —le digo poniéndome enseguida a la defensiva.

Si no corto el tema ahora, ya mismo se estará riendo de mí. Qué cruz lo de mi padre y Sandra, ¿qué habré hecho yo para merecer esto?

—Pues sí, nena, eres muy Julia Roberts... —dice Dani asintiendo pensativo—. Sales con un tío con pasta que está bueno y si no fueras tan tonta no te haría falta trabajar.

—Precisamente, si trabajo es porque no quiero acabar siendo una tonta sin oficio ni beneficio —le respondo.

—*Uuuuh* —exclama Dani con los ojos abiertos de par en par. Parece un búho con flequillo y se le ha movido hacia arriba una de sus lentillas azules—. ¿Pero tú te estás oyendo, chocho? Lo que haces ahora mismo sí que es hacer la tonta. Trabajar es para los pobres, lo inventaron los ricos para explotarnos.

—Es que tengo dignidad, ¿sabes? Necesito ser útil para sentirme bien —le digo rebotándome.

—Sí, pues resulta que es tonta... —dice como si pensara en voz alta—. Sinceramente, a mí me daría pena que nos dejaras. Pero si yo estuviera en tu lugar, me iría al chalé de Madrid de ese tío bueno tuyo y sólo me preocuparía de pintarme las uñas y de tirármelo por las noches. La vida es para disfrutarla. Y un buen pepino, más.

—¿Qué es un pepino? —pregunta Mariano Nipón entrando por la puerta del salón.

—No puedo hacer eso, Lola Glamour ahora está funcionando muy bien —le contesto a Dani.

—Tu novio sí que va a funcionar bien un día de estos como no le dediques más tiempo, pero con otra —me dice Dani.

—¿Qué? Marcos nunca haría eso. Él no es así —le respondo asustada.

—¿Qué es un pepino? —vuelve a preguntar Wasabi sentándose con nosotros.

—*Uuuuh*, anda que no. Marcos es un tío —me dice Dani.

—Pero no todos los hombres son iguales —le digo para defender el honor de Marcos.

—¿Marcos tiene paquete? —me pregunta Dani poniendo su mano sobre mi rodilla—. Pues entonces no te engañes, es como todos los demás —se responde él mismo dándome un par de palmaditas.

Mierda, Dani me está asustando. ¿Pero qué se supone que debería hacer? ¿Es que mis sueños no cuentan? Tengo todo el derecho a tener aspiraciones profesionales.

“Te mando un trozo de tarta <3”, veo que Marcos me ha escrito al móvil, bajo la foto de su ración del pastel de cumpleaños de su padre.

“¡Hala, qué buena está! :D”, le respondo después de darle un lametazo a la pantalla.

—¿Sabes lo que te digo? —le pregunto a Dani, tranquilizada por el pequeño detalle que ha tenido Marcos. Será una tontería, pero significa que cuando no está conmigo piensa en mí—. Que no sabes de lo que hablas y que nunca seguiría los consejos de un pollo con peluca.

—Pues haces mal, porque este pollo sabe mucho de pollas —me responde Dani.

—¿Qué es un pepino? —insiste Sushi.

—¿Podéis parar de decir esas palabras tan feas? No es tan difícil decir 'pene' —digo disgustada.

—Ah... —dice Kichiro (¡yuju, sí, Kichiro!) comprendiendo al fin el doble significado de la palabra misteriosa.

—Uuuuh, ¿'polla' te parece una palabra fea? Pues más feo es decir “nene, méteme el pene”. Queda muy mal, parece el título de una canción de cabaré cantada por una vedette de pueblo —dice Dani.

—¿Qué os pasa? ¿Estáis enfadados? —nos pregunta Arigato con su habitual sonrisa.

Dani se ha quedado mirando hacia la tele con cara de guardarse para él, con algo de esfuerzo, lo que le queda de su opinión sobre mi relación con Marcos, y yo estoy cruzada de brazos moviendo un pie molesta. Me da rabia que no esté de mi parte en esto. Me hace dudar con sus comentarios y no entiendo qué le ha dado hoy, cuando por fin estoy actuando con decisión, como siempre me ha aconsejado que hiciera.

—No estoy enfadado. Es que no me entra en la cabeza que Lola quiera ser Melanie Griffith en *Armas de mujer* pudiendo ser Julia Roberts en *Pretty woman* —dice Dani.

—Pues yo sí que estoy enfadada —le digo.

—Bueno, nena, perdona... Ya me callo mi humilde opinión escandinava —dice sacudiendo la cabeza hacia un lado, para quitarse el flequillo de los ojos—. Lo mismo tienes razón. Melanie no es tan tonta, se cepillaba a Antonio Banderas.

—¿Qué es 'cepillar'? —pregunta Kichiro.

—*Uuuuh*. Podría decírtelo muy claro, pero para que Lola no se ofenda te diré que es el acto de plantar la semillita —le responde Dani mientras suena mi móvil.

—¿Si? —pregunto al no conocer el número.

—No me rompas el corazón diciéndome que no reconoces mi voz —me dice César.

¿¡Qué!?

Pero... ¿quién le ha dado mi número? Ay, por favor, me han entrado sudores. Este hombre me intimida mucho, hasta sin tenerlo de cuerpo presente. Ah, no, creo que eso es cuando la gente está muerta. Bueno, que da igual.

—He tenido que sobornar a Tania para conseguir tu teléfono. Pero espero que no te importe, ha sido para proponerte algo que seguro que te va a interesar —me dice en un tono intrigante.

Y cuando me cuenta de qué se trata, cuelgo el teléfono alucinada. Tardo un par de minutos en asimilar la conversación, pero entonces me levanto de un bote del sofá, levanto los brazos como si acabara de ganar una medalla de oro en las olimpiadas y grito: “¡¡¡Sí, sí, sí!!! Sólo me falta hacer la croqueta por el suelo para celebrarlo. Si me hacía ilusión asistir a la grabación de un programa de *Glam and Up*, esto ya es la leche. Pero no cualquier leche, la corporal de Bioderm. Dios mío, espero no estar soñando... ¡Siento que voy a morir de felicidad!

—¡Diez minutos y empezamos! —nos informa a gritos el regidor de *Glam and Up*.

Estoy tan nerviosa que me castañetean los dientes. Ya me he mirado veinte veces en el espejo, me he retocado otras treinta el flequillo y me he alisado el vestido con las manos una y otra vez para que esté perfecto. Mi maquillaje, sorprendentemente, no me preocupa; me lo ha puesto una profesional y me ha dejado como una estrella de cine. De hecho, me veo tan guapa que se me está subiendo a la cabeza. No me atrevo a mover los labios para que no se me estropee mi perfecto contorno burdeos. Pero he tenido tanto estrés estos días atrás preparándome para este momento que tengo miedo a sufrir un ataque de pánico de un momento a otro. Entre otras cosas, he tenido que buscar a una persona para suplirme un día a la semana en Lola Glamour y después de mucho dudar se lo he propuesto a Sandra. Después de todo es casi de la familia y ella sólo trabaja en la cafetería los fines de semana desde que vive con mi padre. Mi otra opción era Dani, pero se ha empeñado en hacer de mi supuesto representante sólo para poder cotillear aquí y la verdad es que ahora le agradezco su picardía. Soy nueva en esto y tener mi propia sección en el programa —¡sí, mi propia sección en *Glam and Up!*— no es cualquier cosa. Si necesitaba apoyo moral para grabar un triste vídeo para mi blog, no hace falta que explique cómo estoy en este momento. El corazón se me va a salir por la boca y todo lo que tenía que decir se me ha ido de la cabeza. Esto es mucho peor que aprenderse el nombre de Pichimiro. Sólo

recuerdo cosas sueltas de mi guión. Pero muy, muy sueltas; y eso que lo he escrito yo.

—Relájate, lo harás bien —me dice César.

—No, si estoy relajada —le digo, metiéndome en la boca una hoja del guión.

Puaj, qué asco. Estoy tan histérica que no sé ni lo que hago.

—¿Cómo es posible que estés tan espectacular? Pensaba que lo de la otra noche no se podía superar —me dice a continuación, no sé si flirteando o intentando tranquilizarme.

—Pues no lo sé. Déjame preguntárselo a mi representante —le respondo yendo rápidamente al encuentro de Dani.

Está sentado espatarrado en una silla. Haciéndose el importante, como si fuera el director del programa. Cómo me gustaría ser como él, Dani es un caradura y no le tiene miedo a nada.

—Me ahogo, no puedo respirar —le digo a mi amigo sin aire cuando llego hasta él.

—Sólo te lo imaginas, nena. No dejes que el miedo te venza —me responde con mucha tranquilidad, observándolo todo a su alrededor.

Además de que esté aquí conmigo, también le agradezco que se haya deshecho de su *look* nórdico. Hoy parece más normal con su abrigo de piel de zorro falsa, sus mayas negras y sus botas tipo militar. El modelito le va muy bien con su pelo y ojos oscuros. No quiero ni imaginarme lo que hubiera parecido con esa ropa, la peluca rubia platino y sus lentillas azules.

—¿Podemos hacer eso de la visualización? —le pregunto desesperada.

—*Uuuuh*, qué mal llevas la fama, nena. Está bien, dame las manos —me dice poniéndose en pie y cogiéndomelas—. Piensa en algo que te guste, algo que te transmita paz —me pide cuando cierro los ojos.

—Vale... —digo después de inspirar profundamente—. Estoy con Marcos —le informo pensando en él, con los ojos cerrados.

—Uh, qué guarrilla... —me dice Dani.

—No pienses mal. No estamos en la cama, él está aquí y me mira orgulloso —le digo abriendo un ojo para mirarle.

Cuando le conté a Marcos que me habían fichado en *Glam and Up* se quedó mudo por unos instantes, mirándome como un pescado congelado. Al principio me asusté pensando que la noticia no le hacía gracia, había guardado el secreto emocionada para decírselo en persona y me preocupó su silencio. Pero un momento después reaccionó levantándose por la cintura y girando conmigo en brazos en un gesto de alegría. Se sentía feliz por mí y yo sentí que lo había logrado, que por fin era una emprendedora de éxito.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti. Así se hace, Cenicienta —me dijo Marcos con energía, como mi fiel hinchada que siempre ha sido.

—Nunca me habría pasado esto si no fuera por ti, pero aun así me siento muy satisfecha —le dije mirándole aliviada.

—Yo no he hecho nada. El mérito es tuyo, empieza a creértelo —me respondió él.

—Sí que lo has hecho, tú siempre has confiado en mí —le contesté.

—Bien, pues espero no volverte a oír decir que no sabes hacer nada bien —me advirtió retirándose un mechón de pelo de la cara—. No quiero que vuelvas a pensar que no tienes buenas ideas, que eres tonta, ni tampoco que eres ridícula. Ya ves que estabas muy equivocada.

Eso no me quedó del todo claro pero, con la emoción del momento, se lo prometí. Lo cierto es que en el fondo no puedo evitar pensar que esto mío ha sido un golpe de suerte, como todo lo que le pasaba a Forrest Gump, y que él nunca hubiera confundido una servilleta de papel con una aceituna.

—Espero que esto no sea un sueño. ¡Estoy que no me lo creo! —le dije a Marcos tapándome la boca con las manos excitada.

—Pues claro que no lo es. Un sueño eres tú y por eso vas a trabajar en ese programa, porque hay mucha gente que lo sabe tan bien como yo —me respondió él.

Me entró mucho vértigo al pensar en eso. Iba a estar en televisión, siendo observada por gente que espera mucho de mí. Mis seguidoras de Internet, mi madre, Vera, mis amigos, Marcos... Y no puedo defraudarlos, tengo que hacerlo bien, quiero demostrarles que soy una nueva Lola.

—Nena, ¿en qué estás pensando? ¿No estarás haciendo un viaje astral? —me pregunta Dani haciendo que vuelva al presente.

—Más o menos. Pero ya me siento mejor —le digo abriendo los ojos.

—¡Todos a sus puestos! —grita el regidor.

—Suerte —me dice César, cuando paso por su lado para sentarme en el sofá del *set* junto a la presentadora, la guapísima y despampanante Clara Hoyos.

—¡Hola! —la saludo contenta.

—*Psé* —me contesta ella pasando de mí.

—... tres, dos, uno. ¡Grabando! —oigo gritar.

—Hoy estrenamos sección por y para nuestras adictas a la belleza. Porque nunca es suficiente con un toque de glamour, más siempre es más —dice Clara con expresión de tigresa en celo—. Y para ayudarnos a estar más estupendas, contamos a partir de hoy con una *makeup girl* muy especial. Una profesional del maquillaje que está causando chispas *chic* en las Redes Sociales y que muchas de vosotras ya conocéis. Ella es Lola Glamour —me presenta sin ganas, desentonando mucho su tono con sus halagadoras palabras.

—Qué hay —saludo sonriendo como una tonta a la cámara.

—No sé, dínoslo tú —me dice Clara bastante borde.

—Pues... —digo como esos gatos de los memes, los que sonrían con cara de bobos.

—Pues, ¿qué? —me pregunta la muy estúpida levantando un hombro impaciente.

—Esto... —digo sin saber cómo seguir. No me esperaba que Clara Hoyos fuera tan antipática y eso me ha descolocado. Miro a Dani buscando su apoyo y él me devuelve la mirada asintiendo con la cabeza y cara de asesino. Se ha dado cuenta del desprecio con el que me está tratando Clara y, por su expresión, sé que me está animando a defenderme—. Si hay algo que ayude a estar estupenda, es sin duda sonreír y ser amable con los demás —digo siguiendo el consejo de Dani—. El maquillaje no sirve de nada cuando lo que hay debajo es un mona amargada con cara de estar chupando un limón.

—No estoy de acuerdo, siempre se ha dicho que el maquillaje hace milagros —me responde Clara sorprendida.

—Eso es sólo un dicho. También se dice que te has operado la nariz y no es verdad, ¿a que no? —le pregunto sonriendo, aunque con miedo a estar pasándome de la raya.

Pero al mirar hacia la gente del equipo me doy cuenta de que todos están mirándonos con cara de estar disfrutando con la situación. Incluido el director en su puesto de control, que se está riendo, y eso hace que me crezca.

—Los secretos de belleza de una top model deben quedarse en el tocador —me contesta Clara con expresión de querer matarme.

—Para nada. Si fuera así, ¿qué haría yo aquí? —le replico muy simpática. Y ahí tomo el hilo de mi guión, porque al observar un momento su camiseta veo que lleva unas pequeñas lentejuelas que reflejan la luz y me viene a la mente el tema del que tengo que hablar—. Memorizad esta palabra, porque es lo que vamos a sentirnos todas a partir de hoy: *¡brillantásticas!* —digo muy vivaracha mirando a cámara—. Sí, chicas, vamos a brillar con luz propia gracias a este maravilloso invento, el iluminador —digo enseñando el producto, un tubito con pincel—. A esto se refieren los budistas cuando hablan de la luz interior. Pero a nosotras no nos hace falta meditar para tomar conciencia de ella, basta con que vayamos a nuestra tienda de cosméticos más cercana. ¿No es eso genial? —pregunto con entusiasmo—. A nosotras no nos hace falta abrazar a los árboles, ni pasarnos horas haciendo Yoga en una sala cerrada que huele a pies. Nuestra luz es instantánea y con ella vamos a poder comernos el mundo. Seremos una manada de pequeñas luciérnagas reclamando nuestro sitio en la vida, saldremos ahí fuera y gritaremos lo que somos. ¿Y qué es lo que somos, chicas? —pregunto poniéndome una mano detrás de la oreja, fingiendo querer oír al público en sus casas—. ¡Eso es! *¡Brillantásticas!* —digo con alegría.

Y sigo, y sigo y sigo. Me paso diez minutos hablando sin parar, pasando por completo de Clara Hoyos que, en la parte en la que tengo que recomendar algunos productos, está con un baile raro en sus largas piernas cruzadas. Finalmente, me despide con cara de

asco. Se oye gritar 'corten' y entonces se levanta como si tuviera un muelle en el culo y grita: “¡Que nadie ocupe el lavabo!”.

—¡Has estado de diez, chochete! —me felicita Dani viniendo hacia mí—. Lo has hecho genial y has toreado muy bien a esa creída raquíta, que le den a la muy putón.

—No podía permitir que me tratara así —le respondo orgullosa.

—Así se habla —me dice Dani—. No te olvides nunca de que nadie es más que tú, nena —me advierte levantando un dedo y mirándome de medio lado.

—Claro que no. ¿Por quién me tomas? He evolucionado mucho desde lo de Glossy Look —le digo alzando la barbilla.

Aunque eso no lo tengo tan claro como quiero hacerle ver, pero si de algo estoy segura, es de que no pienso dejar que esa tipeja con piernas de alambre me quite la ilusión de trabajar aquí. No entiendo por qué hay tantas mujeres que ven a otras como una amenaza, a los hombres nunca los tratan así. Cuánto machismo femenino hay por el mundo. Por cierto, creo que tengo un brillo en la punta de la nariz. Pero no me lo puedo ver bien sin espejo, me pongo bizca...

—Atrevida y encantadora, justo lo que estábamos buscando —me dice César uniéndose a Dani y a mí.

—Gracias. Espero gustar a las espectadoras —le respondo excitada.

Estoy muy contenta con mi intervención en el programa, pero ahora que ya ha pasado lo peor, sé que todavía no las tengo todas conmigo. El público me juzgará y hasta que no se emita no sabré si lo harán para bien o para mal. Por favor, qué miedo... Me asustan mucho las críticas.

—No te preocupes por eso, lo importante es que hablen de ti y de eso ya nos encargamos nosotros —me responde César—. ¿Tienes algo que hacer ahora? Hay algunas cosas que me gustaría comentarte sobre el funcionamiento del programa —me dice a continuación.

—Claro, dime —le digo atenta.

—Mejor en otro sitio. Te invito a una copa —me responde.

—Pues... —digo dudosa—. No sé, es un poco tarde, mañana tengo que trabajar y... —me excuso sin saber qué decir.

—Lola tiene novio —le informa Dani mirándole con recelo.

—¿Y? Esto no es una cita, se trata de una reunión de trabajo —le responde César.

—*Uuuuh*, ya... —le contesta Dani con cara de no creérselo.

¡Qué corte! ¿Por qué ha tenido Dani que decir eso? Ahora me siento obligada a tomarme esa copa con César, para demostrarle que sé defenderme sola y que Marcos no se interpone en mi trabajo. Si no lo hago voy a quedar como una tonta.

—¿Vamos? —me dice César cogiéndome del brazo y pasando de Dani—. No te preocupes, sé diferenciar perfectamente el trabajo del placer —me dice muy serio.

Después de lo de la cena benéfica, no sé si creerle. Pero cuando vine a hablar con él por el tema del contrato tuvo una actitud bastante profesional conmigo. Hizo como si aquello nunca hubiera pasado y, aparte de algún que otro guiño y de sus habituales piropos, no me pareció tan intimidante como cuando nos conocimos. Supongo que todo eso forma parte de su manera de ser, que lo intentará con todas por vocación, y que lo mejor es que parta de cero con él. Después de todo, ahora estamos trabajando juntos y es mejor que lleve el tema con naturalidad.

—De acuerdo. Pero sólo una copa —le digo relajándome un poco.

—Mejor dos, y ya sabes que no hay dos sin tres —me contesta César con cara de pillín.

Oh, oh... No sé si he hecho bien dándole un voto de confianza.

—¡Gracias por la invitación, pero tengo planes! —nos grita Dani con retintín mientras César y yo nos alejamos—. *Uuuuh*, nene, dime que ese bulto tuyo del pantalón es la petaca del micrófono —veo que le dice a un chico del equipo al girarme.

—Así que eres la novia de Marcos Díaz —me dice César, sentado conmigo en la barra de un bar extremadamente pijo.

Es tan minimalista que por no tener no tiene ni ángulos rectos. Todo tiene contornos redondeados; los taburetes, la barra, las mesas... Y todo es en color blanco, con una iluminación azul. Parece que estamos en una nave espacial vip. *Bip. Bip.*

—Sí, ya hace algún tiempo que estamos juntos. ¿Cómo te has enterado? —le pregunto extrañada.

—Tania y Melania no saben guardar secretos —me responde.

—Bueno, no era un secreto, salir con él no es algo de lo que me tenga que esconder —digo con cara de enamorada.

Ay... mi vikingo morenazo. Qué bien maneja la espada...

—Claro que no, incluso te puede ir muy bien que se sepa —dice César cogiendo su whisky con expresión misteriosa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Las revistas femeninas siempre están hambrientas de cotilleo, sería una buena promoción para ti —me contesta César.

—Marcos y yo llevamos una vida muy normal, no hay nada que cotillear —le digo con asombro.

Espero que no me lo esté proponiendo en serio. Marcos nunca ha salido en las revistas ni ha dado que hablar. Al único que de vez en cuando se le ha visto en la prensa es a su padre y siempre ha sido en revistas de economía.

—Bueno, piénsatelo. Quizá podrías subir algunas fotos vuestras a las Redes Sociales y hacer algún comentario sobre él. A tus seguidoras les gustará que les dejes conocer un poco de tu intimidad —me explica.

—Oh, no sé... Bueno, aunque todo el mundo sube fotos suyas a Internet, eso no tiene nada de malo —digo considerándolo.

—No, no tiene nada de malo —me dice César.

—Sí, supongo que tienes razón —le respondo—. ¿Qué le pasa a Clara Hoyos conmigo? No sabía que era tan desagradable —le comento cambiando de tema.

—No le hagas caso. Las modelos pasan mucha hambre y eso les afecta al cerebro —me responde.

—Pues a mí me da la sensación de que no me quiere en el programa. Y no sé por qué, porque yo no le he hecho nada. Ni siquiera la conozco —le digo sintiéndome dolida.

Qué desilusión me he llevado con ella. Supongo que a veces es mejor no conocer a tus ídolos, nunca sabes cómo pueden ser en la vida real.

—Estará celosa. Apuesto a que le pareces tan preciosa como a mí, le dará miedo que le robes planos —dice César, mientras mueve lentamente un cubito de hielo de su vaso con el dedo.

—¿Qué? ¿Cómo se va a sentir amenazada por mí? Entre ella y yo no hay comparación —le respondo riendo alucinada.

—Por eso mismo. No hay comparación, ella es un esqueleto insoportable que no tiene nada excitante debajo de la ropa y tú una muñequita preciosa con muchos rincones donde morder —me dice comenzando a tirarme indirectas de nuevo.

Pero no voy a hacerle caso. Acabo de caer en que sabe muy bien qué tiene Clara Hoyos bajo la ropa y en que sólo puede haberlo visto de una manera, haciendo cochinas. Caso resuelto, ya sé por qué esa borde me odia. Ha tenido algo con César y no soporta que me dedique tanta atención. Menudo marrón, a ver qué culpa tendré yo. Por cierto, qué efecto “oso panda” bajo los ojos tan marcado se me ve con esta luz, me lo estoy viendo en la pared acristalada de la barra y estoy flipando. Sólo me falta que la gente me tire cacahuetes. Ah, no... Creo que los osos comen pescado. ¿Eh? ¡A ver si alguien me va a tirar un boquerón!

—¿Buscas a alguien? —me pregunta César extrañado.

—No, sólo comprobaba qué come la gente —le respondo.

Madre mía, estoy desvariando.

—¿Tienes hambre? Si quieres podemos ir a cenar a mi casa, tengo fama de cocinar muy bien la pizza congelada —me propone sugerente.

—César... ¡No insistas! Sabes que tengo pareja —le digo cortada.

—Lo sé, pero a él no le he invitado. En mi cama no cabemos tres —me responde guiándome un ojo.

Por favor, qué corte, no me imagino revolcándome en la cama con César. Es tan peligroso y sexy... Lo que Dani llamaría un “soplanucas” nivel diez. ¿Eh? ¿Pero qué digo? Vivir con un gay me está haciendo perder el sentido de la orientación, mi agujerito del amor está delante, no detrás.

—Creía que habíamos venido a hablar del programa —le digo con las mejillas encendidas.

—Y eso es lo que estamos haciendo. El mundo de la televisión es así, todo está permitido y nadie se sorprende de nada. Sobre todo en temas de sexo —me responde con una media sonrisa que me hace pensar: ¡escapa de él YA!.

¿De verdad que este mundo es así? Qué marranotes, y qué inocente soy... Es decir, que ya sabía que soy una ingenua, pero me estoy dando cuenta de que tengo mucho que aprender en mi nuevo trabajo si quiero sobrevivir. En mi primer día en *Glam and Up* ya tengo una enemiga, un productor deseando hacer cosas cochinas conmigo y un pintalabios burdeos que me he metido en el bolso como quien no quiere la cosa. ¡Dios, qué mal me siento por eso! No sé por qué lo he hecho. Es lo primero que robo en toda mi vida, pero había tantos que he pensado que a nadie le importaría. Espero que no haya cámaras de seguridad en maquillaje... Mierda, tendré que espabilarme. Veo que aquí todos tienen mucho corrido y me temo que yo soy demasiado pánfila para moverme en este ambiente.

—¡Llévatela contigo que a mi... me está volviendo loco! ¡Menuda hembra cómo es...! —voy cantando cuando entro en el piso de Marcos, desgañitándome con la canción de Julio Iglesias.

Ahora viene cuando imito a El Puma.

—¡Torero...! ¡Para estar a tu lado hay que ser... torero!

—¡¡¡Sorpresaaa!!! —oigo a muchas voces gritar al encender la luz del salón.

¡Por favor, casi me da un infarto! Hasta se me ha caído mi micrófono, una revista de belleza que llevaba enrollada en la mano.

—¿Qué es esto? —pregunto asombrada.

Mirando a mi alrededor, veo globos plateados por todas partes. Hay botellas de cava y copas sobre la mesa, y me doy cuenta de que están todos aquí reunidos en curiosa manada: Dani, Rony, Adrián, Fukiyama, Sandra, mi familia y, al frente de todos ellos, Marcos.

—Ya que tú no te estiras y nos invitas a unas copas para celebrar tu ascenso al estrellato, lo ha hecho tu novio —me dice Dani.

¡Ah, es por lo de *Glam and Up*!

—¡Felicidades, tía Lola! Estamos aquí para que sepas cuánto nos alegramos por ti —me dice Vera abrazándose a mí.

¡Jo, qué emoción! Creo que voy a llorar.

Por eso venía cantando tan feliz. Esta semana, después de emitirse mi primer programa, el hashtag #Brillantásticas se convirtió en trending topic. Ya es un hecho que he triunfado, ¡nunca me habría esperado esto! Quizá que alguien me reconociera en el metro y que mi tienda siguiera generando dinero suficiente para poder vivir

de ella. Pero, ¿esto? ¿Esto? Vamos, ni en mis sueños más locos. ¡Es que es realmente una locura, no doy abasto! Viene tanta gente a comprar a Lola Glamour que creo que no voy a poder seguir llevando la tienda yo sola. De la noche a la mañana, me he convertido en una especie de celebridad con la que la gente quiere hacerse fotos. Los perfiles de *Glam and Up* en las Redes Sociales echan humo hablando de mí, aunque también he visto que hay quien se cachondea de mi sección pero, en líneas generales, he gustado un montón. Lo único que me preocupa es que se comenta mucho mi rifirrafe con Clara Hoyos, me animan a seguir dándole malas contestaciones, y eso no le habrá hecho ninguna gracia. Me da miedo que la cosa se ponga peor entre nosotras por culpa de los comentarios de la gente. Han empezado a llamarla 'Míster Potato', por lo de sus operaciones de estética.

—Felicidades —me dice Marcos dándome a continuación un efusivo beso.

—¿Todo esto es por mí? —le pregunto emocionada.

—Claro, ¿por quién va ser? No tengo otra novia que se haya convertido en una estrella de la televisión —me responde dándome un abrazo.

Eso me suena tan raro que me siento tentada a mirar hacia atrás para ver si se lo está diciendo a otra. Pero es que no exagera tanto, ¡en este momento soy la bloguera de moda! Incluso me ha llamado el director del programa para felicitarme. Supongo que ni siquiera él esperaba que mi sección iba a funcionar tan bien. Ya ves, yo siempre me había tenido por una boba metepatas y resulta que, aunque seguramente lo soy, a la gente le he encantado.

—Espero que tengas en cuenta el esfuerzo que estoy haciendo por ti. Me da urticaria tener a tu padre tan cerca —me dice mi madre, señalando a mi padre con la cabeza.

—Ya me lo imagino. Gracias, mamá —le digo aguantándome la risa.

—¡Mi niña es famosa! —dice mi padre acercándose también.

Con lo que mi madre se echa de repente hacia atrás como si le fuera a pegar algo.

—Sí, y no es por lo mal que canta —dice mi hermana.

—Envidiosa —le respondo parpadeando con cara de presumida.

—¡Tú eres la reina del maquillaje y yo el rey del Pop! —me grita Rony al fondo, haciendo un rápido giro de trescientos sesenta grados sobre un pie.

—¡Qué coñazo! —le dice Dani, levantando una mano agobiado.

Por favor, qué feliz soy. Ver a todos mis amigos y familiares juntos aquí por mí, por muy raros que sean la mayoría, me llena de emoción. Si le pidiera algo más a la vida me estaría pasando. Ya he conseguido mucho más de lo que esperaba y me siento tan satisfecha por haberlo logrado por mí misma, aunque Marcos fuera quien me puso en el camino correcto, que me siento en paz por primera vez en mucho tiempo. Estoy como si flotara en el aire, sobre una esponja aplicadora de polvos compactos. Hala, qué mullidita...

—Y bien, ¿qué se siente siendo trending topic? —me pregunta Marcos sonriente, ofreciéndome una copa de cava.

Y, encima de todo, qué novio tan maravilloso tengo. ¡Qué suerte la mía! Y yo que pensaba que no tenía estrella. No sé si será porque estoy coladita por Marcos, pero me parece el hombre más ideal del mundo. Da igual que lleve traje, vaqueros o armadura, siempre tiene ese aire tan suyo que le hace irresistible. Bueno, no es que se haya puesto alguna vez una armadura, pero yo me lo he imaginado con ella muchas veces. Viene en su caballo, levantando una espada, y yo lo miro desde la torre de mi castillo... ¡*Monsieur*, tenga cuidado con el foso de los cocodrilos! Ji, ji, ji. Son unas lagartijas trepando por la pared, pero me hace gracia hacerle siempre la misma broma.

—¿Lola? —me llama Marcos.

—¿Eh? Pues... me siento muy feliz, no encuentro otras palabras para describirlo —le respondo saliendo de mi ensoñación.

—Ese hashtag tuyo es muy bueno, vamos a tener que contratarte en el departamento de comunicación de Glossy Look —me dice con admiración.

—No vayáis a pelearos todos por mí ahora, me vais a obligar a subir mi caché —le digo haciéndome la interesante.

La verdad es que no me inventé esa palabra con la intención de que fuera un hashtag, ni siquiera sabía que iba a haberlo. Una de mis obligaciones en el programa es escribir mi guión, para que tenga mi toque personal, y una vez listo es corregido y completado por el equipo con las marcas que debo recomendar. Pero parece ser

que durante la posproducción encontraron esa palabra muy resultona y la sobreimpusieron en pantalla para que la audiencia interactuase. Lo que ha resultado ser un éxito, porque la cosa no se ha quedado en Internet. Ya me han gritado '*brillantástica*' varias veces por la calle, en mi tienda y hasta en el supermercado; mientras compraba un ambientador para el baño. Qué corte, ahora todo el mundo sabrá que hago caca...

—¿Sabes qué me ha pasado viniendo de Madrid en el tren? — me pregunta Marcos con expresión de acabar de acordarse.

—No. ¿Qué? —le pregunto dale que te pego a mi copa.

—Una chica se ha levantado de su asiento y se me ha acercado, para preguntarme si yo era tu novio —me explica extrañado.

—¿De verdad? —le digo echándome hacia atrás con asombro.

Oh, espera...

Claro, ya sé por qué le ha pasado eso. El otro día subí un selfie nuestro a Internet. Muy chulo, por cierto. Yo me estoy pintando los labios frente al espejo, liada en una toalla de baño, y Marcos está detrás de mí abrochándose el primer botón de su camisa, sin darse cuenta de que estoy haciendo la foto. Seguí el consejo de César y lo cierto es que tenía razón, a mis seguidoras les ha encantado el detalle, y Marcos, todavía más.

—¿Cómo ha podido saber quién soy? —me pregunta.

—Verás... He subido una foto nuestra a Twitter —le respondo encogiéndome con una sonrisilla.

—Ah... —me responde Marcos—. ¿Por qué no me lo habías dicho? —me pregunta.

—No sé, no pensé que tuviera importancia —le respondo.

—No la hubiese tenido antes, pero ahora es diferente —me responde él.

—¿Por qué? Yo estoy muy orgullosa de estar contigo, ¿tú no? — le pregunto asustada.

—Claro que sí. Pero deberías tener cuidado con esas cosas, ahora eres un personaje público y cuanto más interés generes, menos intimidad tendrás —me contesta.

—Vale, pues lo siento —le digo dolida al ver que se ha quedado serio.

Tampoco es para tanto, sólo quería compartir con mis seguidoras un poco de mi felicidad. ¿Cuál es el problema?

—Lola, no quiero que te lo tomes mal —me dice tocándome la mejilla—. Sólo te lo digo para que sepas cómo funciona la popularidad. No todo es tan bonito e inocente como parece desde fuera. Si le abres esa puerta al público, puede que se interesen más por tu vida personal que por tu trabajo. Es mejor que me consultes sobre estas cosas antes de hacerlas.

—Pero César me aconsejó que lo hiciera, no debe ser tan peligroso —le respondo un tanto molesta.

—¿Él te aconsejó que subieras una foto mía? —me pregunta Marcos.

—Sí. ¿Por qué me miras así? —le digo arrugando la frente.

Al igual que Marcos, que me está mirando también con recelo.

—Por nada. Supongo que lo que quiere es que se hable de ti. Pero utilizándome a mí, por mi conexión con Glossy Look —me responde al cabo de unos segundos.

¿Qué?

—En el programa están muy contentos con mi trabajo, no es justo que me intenten hacer pensar que sólo me quieren en él por interés —le contesto asombrada.

—No he dicho eso, lo único que te digo es que tengas cuidado —me dice Marcos.

Pero a mí no me ha sonado así y no entiendo por qué estamos discutiendo por una simple foto. Uy, y menos mal que no sabe que César me tira los trastos... Espero que no acabe enterándose, tendré que hablar con Dani para asegurarme de que no se le escapa.

—Vale, pues tendré cuidado. ¿Podemos hablar de otra cosa? —le digo a Marcos intentando que se calme el ambiente.

Y también porque me siento mal por esconderle que le gusto a César. Pero es mejor así, no me gustaría que se hiciera más películas como la de ahora cada vez que tengo que ir a grabar al plató. Yo no tengo la culpa de que César se sienta atraído por mí, ¿no? Pues claro que no.

—Muy bien. ¿De qué quieres que hablemos? ¿Te apetece hablar sobre la pesca del bacalao o prefieres que hablemos de por qué tu

madre se ha puesto tan sospechosamente elegante esta noche? — me dice mirando de reojo hacia ella.

—Qué tonto eres, ¿no estarás insinuando que se ha vestido así para mi padre? —le pregunto riendo incrédula.

—Tu inocencia es adorable —me responde Marcos con una sonrisa muy pillina.

—No te lo compro, prefiero que hablemos sobre las miraditas que Nikito Nipongo le está echando a Sandra —le digo asombrada al darme cuenta de eso.

—Venga ya —me contradice Marcos riendo—. Oye, pues creo que tienes razón... —dice al mirar hacia él—. Lo disimula bien con esos ojos de japonés, pero aquí hay tema, sí señorita. A Kichiro le ha gustado Sandra.

Qué situación más rara. Mi padre está en una esquina hablando con Dani, mientras que mi madre está en la esquina opuesta con Violeta pero, claramente, pendiente de él. Y eso no es todo. Es que, además, Sandra está soltando unas carcajadas muy falsas y exageradas mientras charla con Rony, y creo que es porque se ha dado cuenta de que Kichiro no le quita ojo.

—¿Esto será a causa de la globalización de la que me habla siempre Dani? —le pregunto a Marcos.

—¿Qué? —me responde él divertido—. Yo creo que puede ser, más bien, un problema de que alguien no sabe bien lo que quiere. Fíjate en tu padre —me pide entonces.

Vaya... mi padre acaba de levantar su copa en el aire en dirección a mi madre, como dedicándole un brindis secreto. Ella le ha girado la cara con desprecio rápidamente, pero la conozco muy bien y sé que está disfrutando con su atención. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Tú también crees que mi padre y Sandra no deberían casarse? —le pregunto asombrada a Marcos.

—No lo sé, eso lo deberían saber ellos. Pero son una pareja un poco rara, ¿no crees? —me pregunta.

A ver, esa pareja, muy normal no es. Pero si nos ponemos así, tampoco lo es la de la galleta Oreo —Dani y Rony— y llevan juntos mucho tiempo.

—Sandra, ¿puedo hablar contigo un momento? —le digo acercándome a ella.

—¿Pasa algo? —me pregunta asustada, como si la hubiera pillado haciendo algo que no debiera.

—No, es sobre la tienda. Quiero hacerte una proposición —le respondo mirándola con desconfianza.

¿Realmente pasa algo entre Sandra y mi padre que a mí se me ha escapado? Vera ya me comentó algo al respecto pero, seamos realistas, no deja de ser una niña de siete años. Por mucha cultura que tenga. Yo siempre los he visto a los dos tan acaramelados que nunca me ha dado por pensar que lo suyo no marcha bien, y no entiendo qué motivo podrían tener para planear una boda si la cosa entre ellos no funcionara.

—Creo que voy a necesitar ayuda en la tienda. Ahora tengo tanto trabajo que no puedo estar por todo y había pensado que a lo mejor te gustaría dejar tu puesto en la cafetería y trabajar conmigo toda la semana —le propongo a Sandra, todavía con lo de ella y mi padre rondando por mi mente.

—Ah —me contesta sorprendida—. Sí, claro. Podría estar bien, estoy un poco harta de trabajar los domingos.

—Vale, pues no hay más que hablar. ¿Podrías empezar el lunes? —le pregunto.

—Claro. A las nueve, puntual como un reloj suizo —me responde contenta—. Me perderé misa por las tardes, pero estoy segura de que Dios lo entenderá.

—¿Ves como no era para tanto, tía Lola? Sandra es muy comprensiva —me dice Vera uniéndose a la conversación.

Está sorbiendo zumo en mini tetrabrik con una pajita y parece que ha llegado al fondo, porque al chupar suena el típico ruido de que se está acabando.

—No, no es para tanto —le respondo a mi sobrina desconcertada.

¿Cómo sabía que iba a ofrecerle más días de trabajo a Sandra? Esta niña me da miedo.

—Sandra, es lo más lógico. Entiende que mi abuela se sentiría muy dolida si mi tía fuera vuestra testigo. Para traicionarla, ya está mi madre. A ella no le importa quedar como una mala hija —le explica Vera agarrándole una mano comprensiva.

—¿Qué? —dice Sandra con asombro.

—Oh... No era eso lo que estabas contándole —me dice Vera.

—Pues... No —le respondo sonriendo súper incómoda.

—Uy —dice Vera marchándose disimuladamente—. ¿Qué quieres ser de mayor, ojos verdes? —le pregunta a Adrián mirándome de reojo.

—No me lo puedo creer. Tu padre también tiene sentimientos, ¿sabes? Si quería que fueras testigo de nuestra boda, es porque eres mucho más importante para él de lo que te piensas —me dice Sandra ofendida, con un volumen de voz más alto de lo que me habría gustado.

—¿Qué pasa? —pregunta mi padre acercándose a nosotras.

—¿¡Que ibas a ser qué!? —me grita mi madre a mi espalda.

—¿Todavía no lo sabes? —le pregunta Violeta—. Lola será testigo de la boda de papá.

—Uuuuh —veo que le dice Dani a Adrián, sacudiendo una mano entusiasmado.

—¡Chivata! —le digo angustiada a mi hermana.

—Ya no, ahora supongo que tendrás que serlo tú. Lola nos ha dejado colgada —le dice Sandra a Violeta cruzándose de brazos enfadada.

—¿Y eso por qué? ¿No lo habíamos hablado ya? —me pregunta mi padre sorprendido.

—Es que... —le respondo a la búsqueda de alguna excusa convincente.

—¡Cómo has podido dejar que tu padre te lave el cerebro de esa manera! —me riñe mi madre.

—¡No lo sé! Ya sabes que no sé decir 'no' —le contesto comenzando a ponerme muy nerviosa.

—Te olvidas de que Lola también es mi hija —le dice mi padre a mi madre.

—Mira qué bien, pues ya tienes tres —le suelta mi madre señalando a Sandra.

—¡Mamá! —le riñe Violeta.

—Será mejor que me vaya —dice Sandra yendo en busca de su abrigo.

—¡Le has propuesto lo de tu boda adrede, para fastidiarme! —le grita mi madre a mi padre.

—¿Pero qué dices? No eres el centro del universo —le responde él.

—Tú sí que eres un cero a la izquierda. ¡A mí no me hagas de menos de esa manera! —le advierte mi madre levantando un dedo delante de su cara.

—¡Tú eres quien me hace de menos llevándote a Lola a tu terreno! —le contesta mi padre.

—No hace falta que me la lleve a ningún sitio, ella sabe muy bien lo que has intentado hacer. ¡Esto, que la vea poniéndose de tu parte! —le replica mi madre.

—¡La única que conspira aquí eres tú! ¡Quieres que Lola me odie por haberme divorciado de ti, para hacerme daño! —le acusa mi padre, mientras me coge por los hombros y me pega a su pecho como si fuera suya.

—¡Dame ahora mismo a mi hija! —le grita mi madre cogiéndome y pegándome a ella.

—No os peleéis por mí —digo sin saber dónde meterme.

—¿Y yo qué? ¿Nadie se pelea por mí? —les dice Violeta poniéndose en medio.

—¡Mamá! ¡Ven aquí, por favor! —le riñe Vera con los brazos en jarras, como si ella fuera la verdadera madre.

¡Qué locura, por favor! Sabía que algo así acabaría pasando, en cuanto he entrado por la puerta y he visto a mis padres aquí, compartiendo oxígeno, he pensado que sólo era cuestión de que surgiera un pequeño chispazo para que todo explotara. Debería haberles dicho a mi padre y a Sandra que me echaba atrás con lo de ser su testigo, pero necesito a Sandra en la tienda y tenía miedo de que me dejara tirada, esa es la verdad. No he hecho bien, lo sé, he sido una egoísta. Y ahora me siento fatal porque se haya formado esta discusión en casa de Marcos. Joder, qué corte... Estoy segura de que algo así nunca habría pasado en su familia, esto sólo es normal en casa de los Lozano.

—Venga, va, vamos a relajarnos —dice Marcos para apaciguar la situación.

—¿Has visto lo que has hecho? Ya le has estropeado la celebración a Lola —le dice mi madre a mi padre, cogiendo sus cosas para marcharse.

—Sí, ahora échame la culpa a mí —le responde él haciendo lo mismo.

—Ahora vengo, voy a ver si puedo calmarlos antes de que se maten —le digo a Marcos.

Aunque no sé para qué lo intento, me he metido con ellos en el ascensor y cualquiera diría que soy invisible. Me tienen atrapada contra el espejo mientras discuten y parece que les dé igual que me esté despeinando. ¡Qué desconsiderados!

—Vaya con el abuelo, liado con una niña que podría ser su hija —le dice mi madre a mi padre cuando salimos a la calle.

—Me he quitado muchos años de encima desde que no estoy contigo, entre Sandra y yo no hay tanta diferencia de edad —se defiende él.

—¡¡¡Brillantásticas!!! —me gritan dos chicas con pinta de chonis, parándose junto a nosotros.

—Hola... —les digo sorprendida—. Perdonad que no os atienda, pero tengo una emergencia familiar —me excuso nerviosa.

—Hazte una foto con nosotras —me pide una de ellas.

—Lo siento, ahora no puedo. Pasaos mañana por mi tienda y nos hacemos todas las que queráis, ¿vale? —les propongo amablemente, girándome después hacia mis padres.

—Qué estúpida, qué creído se lo tiene —oigo que le dice una a la otra.

—A ti lo que te pasa es que estás celosa —le dice mi padre a mi madre.

—¿Podéis parar ya? Nos están mirando —les digo avergonzada.

—¿Qué? ¿Celosa? Ya quisieras tú. Desde luego... cuanto más viejo te haces, más tonto te vuelves —le responde mi madre pasando de mí.

—Más tonto era de joven. Si por aquel entonces hubiera sido más listo, no me habría casado contigo —le suelta mi padre.

—¿Qué hacéis? —les pregunto asombrada a las dos chicas.

Una de ellas está grabando con el móvil y la otra le está dando con el codo animándola, mirándome con cara de arpía.

—¡Te lo mereces por borde! ¡Lo vamos a subir a Facebook! —me responde la del móvil.

—¡No! Por favor, no lo hagáis. Venga, vamos a hacernos esa foto —les digo con exagerado entusiasmo.

Porque en realidad me he cagado de miedo al oír eso. ¡Mierda, no pensé que se lo iban a tomar tan mal! Tampoco soy alguien tan importante.

—Ahora, ¿no? ¡Que te den! —me grita la que no está grabando.

—¡Pedófilo! ¡Que no te das cuenta de que esa niña te dobla la edad! —le está gritando mi madre a mi padre.

—¡Y tú no te das cuenta de que nos divorciamos por tu culpa! ¡Porque llevas toda la vida montando estos números! —le responde mi padre.

—¡Se acabó! Cada uno a vuestra casa —les ordeno, poniéndome muy seria en medio de los dos.

He sonado tan autoritaria que mis padres se han quedado por fin en silencio. Mi madre con los brazos cruzados y la boca fruncida, y mi padre con la barbilla alzada, visiblemente ofendido porque su hija le haya dado una orden. Transcurridos unos segundos cada uno echa a andar en dirección contraria al otro, sin decirme adiós. Pero eso ahora no me importa, lo único que cuenta es que al fin se ha acabado el espectáculo tan vergonzoso que estaban dando. El mismo que continúan grabando estas dos chonis, ¡qué pesadas! Ya me he cansado de ser amable, ahora se van a enterar.

—¡¡¡No me vais a grabar más!!! —les grito acercándome a ellas furiosa, intentando quitarle el móvil a la que me está grabando.

—Ja, ja, ja. Qué pava, se cree Isabel Pantoja —comentan las dos partiéndose de risa.

“A las penas, maquillaje. No hay problema en la vida que la máscara de pestañas no pueda solucionar...”. “... que tres capas de máscara de pestañas no puedan arreglar”. “... que una capa de máscara de pestañas bien dada no te haga olvidar...”. “Cuando veas las cejas de tu vecina depilar, pon las tuyas a...”.

Por favor, qué empanada mental tengo hoy. No soy capaz de concentrarme en mi guión. Me siento súper estresada por el exceso de trabajo y mi vida personal, tengo mucho de lo que ocuparme ahora que se supone que las cosas me van bien, y el mal rollo entre mis padres no me ayuda, precisamente, a relajarme. Ninguno de los dos quiere hablar conmigo. Les he llamado varias veces por teléfono, a mi padre incluso con número oculto y a mi madre haciéndome pasar por Vera. Pero ella es muy lista y al preguntarme qué descubrió Copérnico se dio cuenta enseguida de que era yo.

—¡El horóscopo! —le respondí convencida a su pregunta.

—Ese fue Rappel —me respondió mi madre justo antes de colgarme el teléfono.

Pero eso ya me lo esperaba, que mi padre y mi madre se enfadaran conmigo. Lo que me ha sorprendido, y mucho, es que Sandra se presentara el lunes en Lola Glamour dispuesta a trabajar para mí. Creí que después de lo del otro día me dejaría colgada, que se tomaría como algo personal que no quiera ser parte de sus planes de boda, pero me ha demostrado que es mucho menos rencorosa de lo que pensaba. Me da pena por ella, porque sé que para Sandra la boda es muy importante. Pero ha ido a caer en la familia equivocada, está claro que mis padres tienen algo por

resolver que nunca les dejaré avanzar. Resulta que mi madre tenía razón: mi padre le insistió a Sandra para que yo fuera su testigo. Y, visto lo visto, apuesto a que sólo me lo propuso para provocar a mi madre, porque él sabía muy bien cómo iba a reaccionar.

—Este color de labios no me queda bien, ponme ese burdeos que me gusta —le dice Clara a la maquilladora, entrando a maquillaje como la borde exigente que es.

Qué mal me cae, por favor. Había esperado a que ella se maquillara para que no coincidiéramos hasta el momento de grabar. Pero ya veo que es como Dios, está en todas partes. Se cree la reina del plató.

—Hace días que no veo esa barra de labios. No sé qué ha pasado con ella —le responde la maquilladora mientras me aplica el colorete.

Uy... creo que sé a qué barra de labios se refiere.

—¡Pues búscala! Y no se te ocurra usarla con otra persona, los microbios van que vuelan con esas cosas —le advierte Clara, señalándome a mí con la barbilla.

Será estúpida... Pero es verdad, ¡qué asco, tengo sus babas metidas en mi bolso! Espero que no se me haya llenado de hongos.

Noto a Clara mucho más odiosa conmigo que el primer día y supongo que es porque, aparte de que me vio saliendo de aquí la otra noche con César, ha leído lo que mis seguidoras han escrito sobre ella en las Redes Sociales. Ya soy oficialmente su enemiga pública número uno. Por obra y gracia de la gente, sin yo haberle metido palitos al fuego, y es tan egocéntrica y creída que estoy segura de que lo quiere pagar conmigo. No sé por qué me pasan estas cosas a mí, con lo poco que me gustan los enfrentamientos. Aunque me imagino que ese puede ser el problema, me ven como a un blanco fácil porque soy demasiado echada para atrás. Pero ya me estoy hartando, yo no tengo por qué aguantar estas injusticias de la gente. Hoy no tengo la depilación brasileña para estas cosas.

—Ahora vuelvo, tengo que ir al lavabo —le digo a la maquilladora.

Ando ligera por el pasillo camino a la calle. Voy mirando de vez en cuando hacia atrás un poco asustada, pero en el fondo muy segura de que estoy haciendo lo correcto. Cuando cruzo la salida

del estudio me pongo una mano a modo de visera, para divisar mejor mi objetivo, y entonces me acerco a un árbol sonriendo con maldad. Algo en mí, muy poco habitual.

—Ahora vas a saber lo que son los microbios de verdad —digo mientras hundo la barra de labios en una caca de perro, por la parte que pinta.

—¿De qué vienes a hablarnos hoy? ¿Esta vez nos va a interesar? —me suelta Clara cuando comenzamos a grabar.

Lo sabía, me lo va a poner difícil. Para ella soy una intrusa que ha llegado para robarle a César y a sus fans y, como está medio tarada, lo único en lo que piensa es en vengarse de mí.

—Seguro que sí. Si la semana pasada descubrimos el maravilloso mundo de la iluminación, esta aprenderemos algo que ya es lo más —le respondo con alegría.

—Me extraña. Pero, venga, al grano —me urge Clara.

Al grano, dice. ¡Como si tuviera idea de lo que tengo que decir! No me acuerdo de la dichosa palabra que me había inventado. A ver por qué tendré yo que darle tantas patadas al diccionario, esto me pasa por hacerme la ingeniosa. Por cierto, qué efectiva es esta crema reafirmante, me siento el ombligo en el escote...

Ah, no. Es mi micrófono.

—Qué mal huele aquí —dice Clara por lo bajini, respirando con cara de asco mientras mira a su alrededor.

—Debe ser psicológico, eso pasa cuando tienes malos pensamientos —le digo con fingida empatía.

Por Dios, qué exagerada. Si sólo lleva los labios pintados con un poco de caca de perro, y tenía pinta de estar alimentado con pienso.

—Qué va a ser psicológico. ¡Aquí huele a mierda! —se queja levantándose del sofá del set—. ¿No habrás sido tú? —me pregunta a continuación mirándome amenazante.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? —le pregunto, de repente asustada.

—Que te has tirado un pedo espía —me responde convencida.

Ah... Qué susto, pensaba que me había pillado.

—¡Déjate de tonterías, que estamos grabando! —le grita enfadado el director.

—¡Pues que venga alguien a echar ambientador! —le responde Clara indignada.

—Esto es surrealista, no hay sueldo que pague mi trabajo —se queja el regidor mientras rocía el set con perfume en spray.

—Por aquí también huele —dice Clara asqueada, ahora en la otra punta del sofá.

—¿Te persigue? Pues entonces no es un pedo espía, será uno teledirigido —le dice con sarcasmo el regidor.

—Irá montado en un dron —dice riendo uno de los cámaras, provocando una gran carcajada conjunta en el plató.

Lo mismo me he pasado un poco con lo del pintalabios, ¿no...? Pero aun así, qué bien sienta ser mala, oye. Aunque sea sólo para variar. Espero que nadie me haya visto devolviendo el arma homicida, la he tirado bajo los tocadores antes de salir de maquillaje y la maquilladora la ha debido encontrar.

—¿Está ya contenta su majestad? —le pregunta con ironía el director.

—Pues no. Ahora tengo ganas de mear —le responde Clara saliendo muy altiva del plató.

Lo que me permite darle un repaso a mi guión y convencerme de que mi nueva actitud ante esta situación tan desagradable con ella es la única manera de llevarla. Ahora soy alguien que el público admira y debo comportarme como mis fans y mis amigos esperarían de mí. Voy a defenderme de Clara a muerte, no pienso permitir que me trate como ya lo hicieron en su día en Glossy Look. Algo he aprendido de eso.

—¿¡Dónde está esa impertinente!?! —pregunta el director a gritos unos minutos después, refiriéndose a Clara.

—Retocándose en maquillaje, parece que no llevaba suficiente pintalabios —le responde el regidor.

Bah. Parece que tengo a todo el equipo de mi parte, así que puedo estar tranquila. Hago bien en darle estopa.

—Acabemos ya con esto, que esta noche hay partido —le dice el director a Clara cuando vuelve al sofá.

—¡Grabando! —grita entonces el regidor.

—¿Qué maravilloso tema nos traes hoy? —me pregunta Clara con evidente tirria.

No conozco a nadie que haga cumplidos con tanto asco. Para mí que tiene las dos partes del cerebro mal conectadas.

—Pues hoy vengo a descubrir a nuestra audiencia una nueva forma de subirnos la moral. Se acabaron los tratamientos antidepresivos, los psicólogos y los libros de autoayuda; todo lo que necesitamos para ser felices está en este pequeño objeto que todas tenemos. Tachán... ¡El neceser! —digo enseñando el mío con actitud súper positiva, uno dorado monísimo que llevo siempre en el bolso—. Metámonos esta palabra en la cabeza, chicas: *maquillajeterapia* —digo dándome unos pequeños toquecitos en la frente con el dedo—. Los más incrédulos no estarán de acuerdo, pero no es ninguna tontería. Está demostrado científicamente que vernos guapas activa algo en nuestras cabecitas que nos hace sentir bien.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién ha dirigido esa investigación tan interesante? —me pregunta Clara, para dar por saco.

—Pues... un científico de... De... de Andorra. Olav Christoferson —le respondo al ver ese nombre grabado en la mesa de centro, en el borde que queda enfrente de nosotras.

—Anda, se llama igual que el que diseñó esta mesa —dice Clara fingiendo sentirse sorprendida.

—Sí, parece ser que también trabaja para Ikea —contesto colorada como un tomate.

—Bueno, lo mismo no se trata de la misma persona. Deben haber muchos Olavs Christoferson en Andorra —me dice Clara con cara de malvada satisfacción.

Y lo que más me descoloca, es que el equipo se está riendo del corte que me acaba de dar. ¿No estaban todos de mi parte? Qué traidores.

—Tú sigue —me dice César.

Casi no he podido oírle desde aquí, pero ha hecho un gesto con la mano como diciéndome: adelante, pasa de todo. Acaba de entrar en el plató con Tania y Melania y las dos están saludándome contentas con la mano.

—La *maquillajeterapia* está a punto de convertirse en una revolución —continúo con una gran sonrisa—. ¿Tenéis un mal día? ¿Os gustaría que alguien secuestrara a vuestros hijos sin pedir

rescate? ¿Os amarga la vida el síndrome premenstrual? Pues a las penas, ¡maquillaje! No hay problema en la vida que la máscara de pestañas no pueda solucionar —digo muy alegre.

—¿Cuántas capas te das tú? Con lo que tienes en casa, no ganarás para rímel —me dice Clara, echándose complacida hacia atrás en el sofá.

—¿Cómo dices? —le pregunto ojiplática.

—Ronda un vídeo de tus padres muy interesante por ahí —me contesta descruzando las piernas y volviéndolas a cruzar hacia el lado contrario, con aires de superioridad—. Qué pena, debe ser muy triste tener una madre histérica y un padre asalta-cunas. No había visto cosa igual desde que el Doctor Iglesias Puga fue padre de un mulatito.

DÍOS MÍO...

¿¡Lo ha visto!?

—¡¡¡No te metas con Papuchi!!! —le grito enrabiada.

—*Wraro, wraro, wraro...* —dice Clara burlándose de mí.

No... ¡No! ¿Por qué han tenido que subir el vídeo a Internet? ¿Por qué? ¿¡Y cuándo!?! ¿Qué gente tan mala hay por ahí! A estas horas lo habrá visto todo el mundo. ¡Qué vergüenza! Si ha llegado a manos de Clara ya no habrá quien lo pare. ¡Se habrá convertido en viral!

—No sé de qué me hablas —le digo mega nerviosa cuando soy capaz de articular palabra.

—¡No me vais a grabar más! —grita entonces Clara imitándome y soltando a continuación una gran carcajada.

Está empezando a llorar de la risa. La muy *chumiflojo*... Ojalá pille la rabia con esa caca de perro.

—A ver si te vas a hacer pis, me han dicho que no te cierra bien el monedero —le digo vengativa.

—¿¡Quién ha dicho eso!?! —me pregunta poniéndose seria de repente—. *Aaaah...* —dice entonces mirando a César con rencor—. ¿Ya sabe tu novio que te acuestas con el productor del programa? —me pregunta para contraatacar.

—¿¡Qué!?! —exclamo patidifusa.

—Qué tonta, con lo que le tiene que haber costado a alguien tan simple como tú cazar a un hombre como Marcos Díaz —me dice

fingiendo pena.

—Si te mordieras el labio, te envenenarías —le digo llena de odio hacia ella.

—Es la lengua. Si me mordiera la lengua, pedazo de pánfila —me contesta haciéndose la lista.

—Te equivocas... —le contesto con expresión misteriosa—. ¿Recuerdas esa barra de labios que te gusta tanto? ¿La que llevas puesta ahora? Pues la he refregado hace un momento en un conguito de perro.

—¡Qué! —grita Clara, poniéndose en pie horrorizada.

A la mierda. Nunca mejor dicho.

—Esto es mejor que el cine. ¿Dónde están las palomitas? —dice entusiasmado un cámara.

—¡Qué fuerte, tía! —oigo que le grita Tania a Melania.

—¡Lo más de lo más! —le responde Melania quedándose boquiabierta.

—¡Esto no va a quedar así! —me advierte Clara enrabiada.

Y seguidamente sale del plató refregándose la boca con la manga de su vestido, creo que a punto de ponerse a vomitar.

—¿No crees que te has pasado un poco? —me pregunta César mientras todos comentan divertidos la estrambótica escena.

—Bueno... a lo mejor sí —le respondo mordiéndome el labio, un poco temerosa por su reacción.

Pero entonces echa la cabeza hacia atrás meándose de risa y todo rastro de mala conciencia bajo mi brillante pelo se disipa. Por cierto, qué tope de guay es esta mascarilla capilar con miel, hace que me sienta como una abeja en un panal. *Fzzzz*. Ji, ji.

—No te preocupes, Clara ha hecho cosas mucho peores en su vida. Puede que algún día te las cuente —me dice César guiñándome un ojo.

Mira, pues eso me deja más tranquila. O tal vez no... ¿Me estoy volviendo tan mala como ella?

—Cortarán todo eso que nos hemos dicho, ¿verdad? No me gustaría que la audiencia viera lo que acaba de pasar entre nosotras —le pregunto asustada al caer en eso.

—Tranquila. Tú ocúpate solamente de tu guión, el equipo sabe bien lo que hace —me dice César—. Ahora que todos piensan que

estamos liados, podríamos ponerlo en práctica —me propone sugerente, acercándose más a mí.

—¿Piensas que Clara volverá? No la he visto con mucha intención de seguir trabajando y todavía no hemos terminado de grabar mi sección —le pregunto cambiando de tema, bastante incómoda.

—Puedes apostar a que vuelve. Estará entretenida pensando en cómo devolvértela —me responde César.

—Pues qué bien... —le digo desmoralizada.

Muy en el fondo sé que me he pasado. Lo del pintalabios ha sido una guarrería enorme, algo asquerosamente infantil. Pero después de la mala fe que ha tenido con los temas que me acaba de sacar, en este momento me alegro de haberme adelantado al guantazo que me tenía planeado. Lo único que he hecho es ir un paso por delante de ella y ya veo que, quiera o no, esto va a ser siempre así. Es muy triste, pero será mejor que me vaya acostumbrando.

—... y entonces Clara ha empezado a echar espuma por la boca. ¡Qué fuerte, los ojos se le han puesto rojos y alumbraban todo el plató! Era el mismísimo Diablo, una niebla se empezó a formar y todo olía a azufre... —le está contando Tania a Dani.

Qué exagerada, por favor. Cada vez que habla de lo que ha pasado lo adorna un poco más. Cuando se lo ha contado a Adrián le ha dicho que al enterarse Clara de lo del conguito de perro me ha lanzado una maldición gitana, pero al contárselo a Dani parece que Clara no ha necesitado intermediarios para hacer el mal. Era Cruella de Vile en persona.

Como me siento en deuda con ellas, ayer les propuse venir a cenar a casa. Dani, Anisaki y Adrián tenían muchas ganas de conocerlas —no quiero saber el porqué— y aunque me siento un poco incómoda por recibir en nuestro modesto piso a invitadas de su nivel, sé que es lo menos que podía hacer. En realidad, nada de lo que estoy viviendo ahora me habría pasado si no fuera por Tania y Melania. Ellas me llevaron a aquella cena y allí conocí a la persona que me puso a trabajar en televisión. Lola Glamour no sería lo que es hoy si Tania y Melania no hubieran aparecido en mi vida y eso no lo voy a olvidar. Siempre les estaré agradecida.

—No me puedo creer que hayas hecho eso, nena —me dice Dani asombrado—. *Uuuuh*, es que es muy fuerte —añade sonriendo entusiasmado.

—Lo sé, es la primera vez que hago algo así —le respondo tan sorprendida como él.

—Quién lo habría dicho de ti, de la misma persona que no se atreve a devolver una caja de galletas que ha comprado caducada —me dice Adrián.

—Tu lado zen se está *colompiendo* —me dice Kioto.

—A ver, tampoco es para tanto. A saber qué componentes secretos llevan de por sí la mayoría de los cosméticos —contesto en mi defensa.

—Ya, tía, la de perros que se habrán hecho pis en el aloe vera que usan para las cremas —me dice Melania.

—¿Y las que hacen con babas de caracol? Qué fuerte, tía —le dice Tania.

—Yo siempre he sospechado del sérum, me apuesto lo que quieras a que lo fabrican con donación de esperma —le dice Melania a Tania.

—Ja, ja, ja. ¡Tía, qué fuerte eres! ¡Que estamos comiendo! —le responde Tania.

—Pues si necesitas un donante, aquí me tienes —le dice Adrián a Tania poniéndose en modo caza.

Madre mía, qué guarros. Y luego se supone que la que he hecho algo asqueroso he sido yo.

—Oye, guaperas, ¿y yo qué? ¿A mí no me ofreces nada? —le dice Melania a Adrián coqueteando.

—Claro, contigo también puedo hacer una buena obra —le contesta él.

—Ay... qué mono —dice Melania.

—*Uuuuh*. Aquí veo un tres en raya —me dice disimuladamente Dani.

—¿Tú crees? ¿Pero con las dos a la vez? —le pregunto sorprendida.

—Mujer, depende de cómo lo mires. Se tendrán que turnar, que yo sepa Adrián no es *bipollar* —me dice Dani, poniendo al final de la frase boquita de piñón.

—¿*Bipollar*? —le pregunto extrañada—. Será 'bipolar'.

—Ay, nena, qué tonta eres. Lo que te intento explicar es que Adrián no tiene dos pollas —me replica impaciente.

—Qué sería de mí sin tus enseñanzas —le digo mirando hacia mi plato escandalizada.

Me sorprende la capacidad de adaptación que tienen estas dos. Quién lo iba a decir cuando las conocí, con su ropa cara y sus conversaciones de la *jet set*. Y sin embargo, míralas, aquí están. Comiendo espaguetis con salsa de bote y haciendo comentarios sobre sexo. Son unas pijas todoterreno, les he cogido mucho cariño.

—Qué total es vuestra casa, es muy *kitsch* —nos dice Tania mirando a su alrededor.

—En nuestro barrio se llama “todo a cien” —dice Dani.

—Qué fuerte, nunca había oído hablar de ese estilo —dice Melania fascinada.

—¿Y del estilo *ménage à trois*? —les pregunta Adrián.

—No. ¿Es una tendencia francesa? —le pregunta Tania.

—Tía, qué tonta. Menaje, ya sabes, hay una sección muy total de menaje para el hogar en El Corte Inglés —le dice Melania.

—Ah, es verdad —le responde Tania.

—Me parece que Adrián no se refiere a eso —les digo mirando a Adrián enfadada.

—Ah, ¿no? —me pregunta Melania con cara de sorpresa.

—Tía, el francés siempre se te ha dado fatal —le dice Tania.

—Y a ti más —le responde Melania.

—No hay problema, yo os lo enseño —les dice Adrián.

—*Sandla* es muy simpática. Me *aglada* saber que mi habitación antes la ocupaba alguien con tan buenas *vibraciones* —me comenta Kichiro, mientras Adrián sigue intentando llevarse al huerto a mis dos curiosas amigas.

Y se las acabará llevando, ya lo verás. Donde Adrián pone el ojo, pone el pito. Es un don que tienen los guapos de ojos verdes.

—¿Cómo sabes que es simpática? No te vi hablando con ella en la fiesta —le digo con la mosca detrás de la oreja.

—Ya, es que he pasado *pol* tu tienda y hemos estado *convulsando* —me explica sonriente.

—¿Por qué? —le pregunto asombrada.

¡Lo sabía, le gusta! Pero no lo entiendo, ¡si no pegan ni con cola!

—Necesitaba unos componentes *pala* el *oldenador*, y la tienda está justo al lado —me responde asustado.

—¿Qué clase de componentes? —le pregunto levantándome de mi silla y poniéndome a pasear alrededor de él, en plan interrogatorio.

—Un... disco *dulo* —me contesta Kimono con miedo.

—¡Cómo de duro! —le vuelvo a preguntar.

—Como *pala abliir almendlas* —me responde, haciéndose muy pequeñito en su silla.

—Ah, pensaba —le digo volviendo a mi asiento.

Pero al momento me vuelvo a levantar y me voy preocupada a la cocina. Están pasando muchas cosas en mi vida en muy poco tiempo, sobre las que no tengo ningún control. Todos los problemas de la gente de mi alrededor están conectados a mí de alguna manera y tengo miedo de que la bomba acabe estallando en mis manos. Con lo que me las cuido yo... Espero que mi padre no se entere de esto. Tengo a Sandra trabajando en mi tienda y a Kichiro viviendo en mi casa. Como les dé por cruzar la línea del tonto esto me va a salpicar a mí. ¡Como siempre!

—*Uuuuh*, nena. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto así con el pobre japonés? —me pregunta Dani reuniéndose conmigo en la cocina.

—Dani... sospecho que aquí hay rollito de primavera —le digo susurrando.

—Será sushi, los rollitos son chinos —me contesta Dani.

—No me corrijas en un momento así. Creo que Sandra y Wasabi se gustan —le cuento tapándome la boca con las manos.

—*Uuuuh*, qué barbaridad. El cristianismo y la filosofía oriental se dan la mano —me dice Dani con despreocupación.

—¿Te parece poco? Mi padre no me habla, y ahora, encima, le ha salido un competidor en mi casa. ¿Cómo se supone que debo tratar a Harakiri a partir de ahora? Estoy en medio de todo —le digo angustiada.

—Chochete... estás exagerando. Sandra nunca le sería infiel a tu padre, ya sabes lo tradicional que es —me contesta Dani.

—¿Seguro? —le pregunto para auto-convencerme.

—Pues no. Pero deja de preocuparte por lo que hacen los demás, cada palo que aguante su vela —me responde él.

—No puedo, ya sabes que la vela siempre me acaba dando a mí en la cabeza —le digo comenzando a sentir miedo.

—Mira que llegas a ser melodramática, chocho —me riñe Dani—. Por eso tienes siempre tantos problemas, porque la gente se aprovecha de que eres demasiado buena. A nadie le gusta cargar con su responsabilidad cuando la cagan, y tú eres la persona ideal para que la gente se sacuda las pulgas encima de ti. A ver si te das cuenta de una vez.

—¿Y qué quieres que haga? Parece que todo me pase a mí. Los marrones de la vida están muy mal repartidos por el karma, seguro que algunos de los míos le pertenecen a alguien que ahora mismo está por ahí tan tranquilo. Haciéndose la pedicura —digo indignada al pensarlo.

Qué injusticia, y yo aquí sin tener un rato para ir a la peluquería.

—Nena, estás delirando. Esto no funciona así, lo único que te pasa es que sufres por cosas que no te corresponden. Ponte firme y plántale cara a todo, como has hecho con esa zorra sintética de Clara Hoyos —me aconseja Dani.

Clara Hoyos, otra que me tiene con los nervios de punta. Por mucha crema hidratante con tila que me ponga después del baño no me hace efecto. Parece ser que en la piel no funciona igual que en infusión.

—Dani... no sabes lo que me ha pasado —le digo mirando hacia todos lados, para comprobar que nadie nos espía.

Lo sé, me estoy volviendo paranoica. Aquí sólo estamos nosotros dos. ¿Quién iba a haber? ¿Un vecino colgando de la ventana, trepando por el patio de luz?

—A ver. Qué —me responde Dani sin ninguna fe en que le vaya a contar algo preocupante.

—Hay un vídeo de mis padres diciéndose de todo en Internet, conmigo encarándome con una fan. Y... Clara ha dado con él —le explico con la boca pequeña.

—Uuuuuuuuuuuuuuuuh —exclama Dani, poniéndose sobrecogido la mano sobre la boca—. Pues prepárate, chochete, porque ahora sí

que tienes problemas de verdad —me advierte apretándome el hombro, para mostrarme su compasión.

Por favor, qué mal rollo... Estoy segura de que tiene razón.

—No me lo puedo creer. Estás perdiendo el norte —me dice Violeta mientras miramos ropa en una tienda.

—¿Podrías ahorrarte tus sermones por una vez? No estoy haciendo nada malo —le respondo molesta.

—¿Que no estás haciendo nada malo? Gracias a ti, nuestros padres son el hazmerreír de todo el mundo. ¡Por Dios, si hasta les han hecho memes! —me contesta mi hermana.

Mierda, los ha visto.

—¿Por qué te lo tomas siempre todo tan mal? Es algo gracioso, pronto se olvidarán de ellos y se reirán de otra gente. Este mundo es así —le digo para quitarle importancia al tema.

Para mí también tiene importancia que algún gracioso haya hecho un meme con una captura del vídeo en la que se ve a mi padre señalando con el dedo y en la que dice: “Voy a jugar con tu hija al Teto, y lo sabes”. Pero, ¿qué puedo decirle a mi hermana? No puedo echar más leña al fuego.

—¿Y mientras tanto, qué? —me pregunta irritada, como si yo tuviera que darle una solución—. Mamá no se atreve a salir de casa ni para ir al supermercado, todo el mundo le pregunta por el tema de Sandra.

—¿De verdad? —le digo un poco tocada—. No sabía que lo estaba pasando mal, pensé que se alegraría de que se rieran de papá.

—¿Qué? No sé dónde tienes la cabeza, Lola. Te has obsesionado con esa tienda y ya no te importa nada más, se lo va a llevar todo por delante —me dice Violeta, después de mirarme

desconcertada por unos instantes—. ¿Cómo se te ocurre mojar un pintalabios en una mierda? ¡Para que se lo ponga esa presentadora tan famosa! ¿Te pensabas que ese cotilleo no iba a salir del plató? La tele se te ha subido a la cabeza.

Para eso no tengo excusa. Cuando pensaba que ya podía respirar tranquila, cuando el programa se emitió y vi que habían cortado la mayor parte de mi discusión con Clara, algo se volvió a torcer. Algún malintencionado —sospecho que la misma Clara para hacerse la víctima— ha contado por ahí lo que hice. Cosa que ha hecho que mi guerra con ella siga sumando hinchas; no sólo en Internet, sino en programas de cotilleo. En este momento somos el conflicto televisivo más comentado y todos los ojos están puestos en lo que hacemos. Ya no soy simplemente la *makeup girl* de la tele, ahora soy un personaje en toda regla. Lo quieren saber todo de mí y eso me asusta un poco, la verdad. Aunque no se lo quiera reconocer a Violeta.

—¡Mira quién está ahí! ¡Es Lola Glamour! —le dice una señora a otra que va con ella, señalándome contenta.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —me pide sacando su móvil del bolso.

—Claro que sí —les digo muy simpática.

Lo del vídeo de las chonis no me va a volver a pasar más. Nunca voy a negarme a hacerme una foto o a firmar un autógrafo a mis fans. Ya he aprendido que mi trabajo no acaba cuando cierro la puerta de mi tienda, ni tampoco cuando salgo del plató. Sin mis seguidoras no soy nada. Y, además, qué puedo decir, ¡esto de la fama me encanta!

—¿Es verdad que Clara Hoyos se quitó el apéndice para parecer más delgada? —me pregunta una de ellas entusiasmada.

—Pues no lo sé, pero de Clara te puedes esperar cualquier cosa —contesto mientras les firmo unos autógrafos—. Os voy a contar un secreto... —les digo a continuación, susurrando con complicidad—. Clara se lava como los gatos. Es de esas personas a las que le da miedo el agua, ya me entendéis —añado tapándome la nariz.

—*Puaj*, qué asco —dice una.

—Me lo imaginaba. Tiene pinta de guarra —dice su acompañante convencida.

Me lo acabo de inventar. Pero, que le den. Esto por reírse de mis padres.

—¡Es Lola Glamour! —grita más gente comenzando a hacer corrillo alrededor de mí.

—¡Nosotras también somos *brillantásticas*! —exclama una mujer mayor acompañada de dos más.

Parecen muy felices de verme, porque veo que se acercan bailando la Conga.

—Hazle una foto para subirla al *Wisper* —dice una mujer por ahí.

—Mamá, si yo no tengo Twitter —le responde quien deduzco que es su hija.

—Pues para mandársela a tus primas por el *Guasa*. Trae *pa'ca* —dice quitándole el móvil.

¿Cómo quiere mi hermana que me aparte de todo esto? Si es genial, ¡la gente me adora! Me siento tan querida y especial... Aunque esta situación tenga su lado malo, lo sé. Me da rabia que ahora, que he conseguido ser alguien, mi familia no me apoye ni se alegre por mí. Entiendo que no les haya gustado que sus problemas salgan a la luz, pero tampoco se los he buscado yo. Son ellos mismos los que se empeñan en comportarse como tarados. ¿Qué culpa tengo yo de que mis padres tengan esa guerra tan ridícula? ¿Y de que mi padre se haya liado con mi amiga? Yo no le amenacé con unas tenacillas para que lo hiciera. Ni siquiera me rizo el pelo.

—Pensaba que habíamos quedado para comer —me dice Violeta mirando su reloj impaciente.

—Ya voy —le respondo sintiéndome incordiada por su prisa, mientras firmo los últimos autógrafos.

“A la más *chuli*. Lola, la de la tele”, le escribo a una fan.

Qué bien se me da esto de las dedicatorias. Le he puesto lo misma a todas, pero creo que no se conocen, así que no hay problema.

—¿Qué te ha puesto a ti? —le pregunta una chica a otra.

—A la más *chuli* —le responde orgullosa.

—Será falsa... —dice la primera alejándose dolida.

Bueno, tampoco es para ponerse así. Ya se le pasará.

—Cómo molas, eres la mejor —me dice mi última admiradora haciéndome una foto.

—¡Lo sé, gracias! —le respondo contenta.

—¿Te has parado a pensar en Marcos? —me pregunta Violeta cuando el gentío se empieza a dispersar.

—¿Qué tiene que ver Marcos en esto? —le pregunto empezando a agobiarme por esta conversación.

Es que no se cansa. Y luego se queja de que no quiera quedar con ella. Mi hermana es un peñazo de mujer, es súper negativa.

—Hace nada querías vivir con él, alguna vez hasta te he oído hablar de boda. Pero ahora te importa más que te reconozcan por la calle que tener un futuro con Marcos —me echa en cara mi hermana.

—¿Qué estás diciendo? Si me metí en esto fue precisamente por él, porque no quiero aprovecharme de su dinero. Necesito que su familia sienta respeto hacia mí —le respondo ofendida.

—Muy bien, hagamos como que te creo. Y ahora que lo has conseguido, ¿qué? —me pregunta parándose en medio de la calle con los brazos cruzados, mirándome a la espera de mi contestación.

—Pues... Pues ahora... —le digo confundida.

Porque la verdad es que no lo sé. Tendré que esperar hasta ver dónde me lleva mi carrera. Me estoy ganando muy bien la vida, y mi tienda y el canal de televisión en el que trabajo están aquí, en Barcelona. Marcos seguro que lo entiende. Él me quiere, así que no le importará posponer lo nuestro un poco más. Porque, ¿qué son un par de años, o uno, o quizá unos meses más comparados con toda una vida juntos? Hasta ahora lo hemos llevado relativamente bien, con Marcos viniendo a verme cada fin de semana. Vaya... ¿Estoy siendo egoísta? ¿Él está poniendo en nuestra relación mucho más que yo? Mierda, ¿por qué habrá tenido Violeta que decirme eso? Es una aguafiestas, no tendría que haber quedado con ella para comer.

Estoy hasta el pompón de que me juzguen y de que todo el mundo parezca saber mejor que yo lo que debo hacer con mi vida. Que sí, que sé que muchas veces necesito que me den un coscorrón para hacerme bajar de las nubes, pero el hecho de que me mareen con tantos consejos y sermones no me ayuda a ver las cosas más claras. Todo lo contrario, me hace dudar y sentirme culpable. Tanto que esta mañana, aun siendo el sábado un día de mucho trabajo, he dejado a Sandra sola en la tienda para pasar todo el día con Marcos. Y eso está muy bien, porque me encanta estar con él. Pero a pesar de eso no estoy disfrutando de este paseo por el centro. Tengo miedo de que Marcos piense en secreto lo mismo que mi hermana y que esté empezando a pensar que todos los planes que habíamos hecho para nosotros ya no me importan nada. No entiendo cómo alguien que me conoce tan bien como Violeta puede pensar que soy tan insensible, materialista y superficial. Es verdad que una vez se incendió el piso de encima de casa de mis padres y que lo único que intenté salvar fue un esmalte de uñas que me chiflaba. Pero esas cosas son súper inflamables y de no haberlo hecho la manzana entera podría haber salido volando por los aires.

—Marcos... —lo llamo con un poco de miedo.

—Qué —me contesta.

Necesito hablar con él sobre esto para quedarme tranquila, aunque puede que al hacerlo oiga algo que no me guste y me quede aún peor. Pero debo preguntarle qué es lo que piensa sobre lo nuestro, sin rodeos. Así que allá voy, directa al grano.

—He leído que las personas perdemos unos cien pelos al día... —le digo mirándole nerviosa—. Qué barbaridad, ¡cien pelos! Me pregunto dónde irán a parar porque yo no veo tantos en el cepillo. Es un misterio cómo habrán descubierto eso, ¿no crees? Resulta que hay personas que se dedican a contar pelos, qué gente más rara. El padre de un compañero mío del instituto trabajaba contando huevos, en una granja. Pero eso me parece más normal, una docena de huevos tiene que tener doce huevos. No trece ni once. Además, las gallinas no tienen por qué llevar la cuenta de cuántos huevos ponen. Por cierto, la clara de huevo es muy buena para el cutis, ¿lo sabías? Te la puedes poner de mascarilla y si le pones azúcar de caña te sirve de exfoliante... —termino muy bajito.

—Ah —me responde Marcos—. Vaya, qué interesante.

—Sí —le digo asintiendo convencida con la cabeza.

Qué tontería. ¿Por qué no puedo hablarle abiertamente? Tenemos mucha complicidad y no debería darme miedo hablar con él. Venga, ahora sí que sí. Acabemos con esto.

—Marcos, me gustaría hablarte de algo —le digo decidida—. Las uñas tardan tres meses en crecer un centímetro... —me sale solamente al mirarle a la cara—. Bueno, aunque eso puede variar. Depende del calcio. ¿Te has dado cuenta de que hoy en día hay mucha gente a la que le sienta mal la leche? No lo entiendo, las vacas siempre han dado leche con lactosa. ¿Por qué de repente a todo el mundo le sienta mal? Mi abuelo vivía en el campo y tenía vacas. Vale, tenía una, la otra era una oveja. Pero como se criaron juntas eran como hermanas. Mi padre también se crió con ellas pero, por suerte, nunca le dio por pastar.

—Desde luego, eso habría sido muy raro —me responde Marcos. Jo-lines.

—Marcos... —lo vuelvo a llamar un momento después.

—Dispara. Me muero por saber cuántos pelos tenemos en cada ceja —me contesta.

—No era eso lo que te iba a comentar —le respondo ofendida.

—Ah, ¿no? Qué lástima, me moría por saberlo —me dice riendo.

—Es sobre nosotros —le confieso finalmente—. Bueno, sobre mí. Quería saber si te estoy defraudando —le pregunto preocupada.

—¿A mí? ¿Por qué? —me pregunta extrañado.

—La gente me dice cosas y me da por pensar que a lo mejor sientes que te estoy dando de lado. Hace unos meses hablábamos de vivir juntos y ahora... Bueno, ahora todo se ha complicado mucho más de lo que ya lo estaba —le digo mirando hacia mis pies.

Qué chulas son mis botas.

—No deberías hacerle tanto caso a la gente, sólo debería importarte lo que pienso yo sobre eso —me dice Marcos.

—¿De verdad? —le digo aliviada—. ¿Y qué es lo que piensas? —le pregunto mientras seguimos paseando.

—Que a veces pasan cosas que no te esperas. Entiendo que no podías desperdiciar una oportunidad como la que tienes ahora —me responde levantando los hombros, con algo de resignación.

—¿Te molesta ser tú quien tiene que viajar todas las semanas para vernos? —aprovecho para preguntarle.

Nunca le había preguntado sobre eso porque me daba miedo saber la respuesta. Yo nunca he podido permitirme cerrar la tienda un sábado porque no podía pagar a alguien para sustituirme, así que puedo contar con los dedos de la mano las veces que he ido a verle a Madrid.

—No me molesta, pero a veces es cansado. Entiende que me paso la vida haciendo y deshaciendo la maleta. Algunos viernes tengo que dejar el trabajo a medias, cosas que debería terminar porque soy el responsable de mi departamento y un ejemplo a seguir para los que están por debajo de mí. Pero lo hago porque te quiero, no espero que me des las gracias —me explica sin ninguna doble intención.

—Pues yo sí que quiero dártelas —le digo agarrándome a su brazo, sintiéndome fatal por él—. Pero esto no va a ser así siempre, puede que cuando se me acabe el contrato en el programa no les interese renovármelo. También puede que la gente se olvide de mí y que entonces mi tienda vuelva a ser el desastre que era —digo para darnos esperanza.

—O puede que sí les interese renovarte el contrato y que tu tienda sólo funcione si tú estás al frente de ella —me dice Marcos.

Tiene razón. La verdad es que ahora mismo lo nuestro tiene difícil solución, ninguno de los dos va a dar su brazo a torcer. Tuvimos una oportunidad de oro cuando Lola Glamour estaba prácticamente en la

ruina, pero me empeñé en sacarla a flote y ahora ella y *Glam and Up* ocupan cada momento de mi vida.

—¿Te gustaría que lo dejase todo? Si me lo pides, lo haré por ti —le propongo en un arranque de valentía, dejando de andar para mirarle mejor.

Ha sido un impulso, y en realidad me da miedo que me diga que sí. No sé si estoy preparada para eso en este momento y, sí, me parece un poco injusto que él no esté dispuesto a sacrificar su trabajo. Aunque hasta yo misma lo comprenda. Qué lío tengo en la cabeza...

—No, no quiero que hagas eso por mí —me responde Marcos.

¿Eh? ¿Por qué? ¿Es que no cree que merezca la pena? ¿No le importo tanto como siempre me dice?

—No me ha gustado tu respuesta —le digo asombrada.

—¿Crees que está bien que te pida que lo dejes todo? ¿Qué esperabas que dijera? —me pregunta con cara de sorprendido.

—No sé. A lo mejor que no puedes vivir sin mí —le digo alzando muy digna la barbilla.

Al final va a ser verdad que las mujeres decimos siempre lo contrario de lo que pensamos. Me acabo de dar cuenta.

—Cásate conmigo —me pide entonces, dejándome a cuadros escoceses.

¿Qué?

—Sí. Venga, te compraré un anillo y te lo pediré de rodillas —me dice tirando de mi brazo.

—¡Marcos! —le digo sonriendo impresionada.

Porque lo cierto es que en el fondo me hace mucha *ilu*. ¡Me va a proponer matrimonio, como en las películas!

Güen a me-eeen loves a wo-man. Guinchin yu trisquin güinime-en...

¿Eh? ¿¡Y ahora qué le contesto yo!?

—Tú no entres. No quiero que lo veas hasta que te lo pida oficialmente —me dice después de andar un par de calles, parando en la puerta de una joyería.

¡Por Dios, qué marrón! Me estoy poniendo muy nerviosa, ¡la acabo de cagar! Si acepto, ya me puedo ir olvidando de mi carrera. ¡Y si no acepto voy a quedar fatal! Un momento, ¿desde cuándo

tengo una caries en el diente...? ¿Podría ser un reflejo del cristal del escaparate? Ah, no. Me he debido de pintar cuando le he echado el aliento al lápiz de ojos. Qué susto... Vaya, qué pendientes más bonitos hay ahí, me irían muy bien con mi sombra de ojos *Orgasmic Explosion*.

When a me-eeen loves a woo-maan...

Toma ahí falsete acompañado de gesto de pasión.

Mientras espero en la calle canturreando mi banda sonora nupcial, paso mi peso de un pie a otro inquieta, con la mente a mil por hora. Esto es algo que siempre había soñado y, sin embargo, me ha pillado por sorpresa. En el peor momento. Aunque me siento mal por verlo así, estas cosas no se planean, ¿no? Si la otra parte sabe de antemano que se lo van a proponer ya no tiene gracia. ¡Mierda! No sé qué hacer... Mi corazón está con Marcos pero mi cabeza está en todas las cosas que tengo ahora aquí, me puede la ambición. Anda, mi madre. Y no es una expresión, acaba de cruzar la calle con un hombre.

¿Qué...?

¡Es mi padre! ¿Qué hacen juntos esos dos?

Miro a través del escaparate de la joyería para controlar a Marcos, que sigue entretenido con el dependiente mirando anillos. Por un momento pienso en entrar, pero como me lo ha prohibido decido ir detrás de mis padres sin avisarle. El semáforo parpadea en ámbar y cruzo sin pensármelo dando una carrera. Tentando a la muerte. Con mi media melena y mi abrigo abierto trotando en el aire, durante los que podrían ser los últimos segundos de mi nueva glamurosa vida. Aunque seguramente no es para tanto, pero como ahora soy una estrella de la televisión me puedo permitir darle drama a cualquier cosa. No quiero que mis padres detecten mi presencia, entre otras cosas porque están enfadados conmigo y no me gustaría que me montaran un pollo en medio de la calle. Pero también porque quiero cotillear a mis anchas, tengo la impresión de que aquí está pasando algo escalofriante.

—¡Disculpe, señora! No piense usted mal, no iba a robarle el bolso —le digo a una mujer a la que me he agarrado a su chaqueta por detrás, para esconderme de mis padres.

—Qué vergüenza de juventud, están todos drogados —dice girándose enfadada.

—Bonito moño. Casi no se nota que es postizo —le digo intentando ponérselo bien.

Le he dado un manotazo sin querer y se le ha quedado colgando, como una rata haciendo equilibrios. Pero mejor no se lo digo.

Cuanto más me acerco a mis padres, más me huelo que algo maquiavélico está teniendo lugar. Se acaban de dar la mano y ahora pasean mirándose muy cómplices. Mi padre hoy va vestido como un padre, se nota que se ha arreglado para impresionar, y mi madre lleva puesto el bolso de los domingos. El que sólo utiliza para las ocasiones importantes y por el que una vez casi me mata por manchárselo de quitaesmalte. Al llegar a un nuevo semáforo, paran y se giran quedándose frente a frente. Mi madre se pone un poco de puntillas y entonces sucede lo impensable... Se besan en la boca. Al separarse, mi padre abraza a mi madre y se quedan así por unos instantes, hasta que el semáforo se pone en verde y cruzan el paso de peatones. Después de eso, me quedo tan helada que no soy capaz de moverme del sitio. Los observo mientras se alejan, y aunque tengo la sensación de que otra preocupación más se acaba de añadir a mi lista por haberme convertido en testigo de su secreto, también acabo de presenciar algo que me hace extrañamente feliz. Porque los recuerdo así en algunos momentos de mi vida, cuando era pequeña y los tenía a los dos, cuidando de mi hermana y de mí. Así que, qué puedo decir, lo siento mucho por Sandra, pero esta vez no voy a dejar que los problemas ajenos me den de carambola. Cada uno que se apañe con su vida. Visto lo visto, aquí nadie tiene derecho a echarme nada en cara.

—¿Dónde crees que vas? ¿Intentas escaparte? —me pregunta Marcos sonriendo sorprendido.

—¿Qué? —le pregunto todavía incapaz de moverme del sitio, asombrada por lo que acabo de presenciar—. Nunca podría escaparme de ti, tú tienes las piernas más largas y corres mucho más rápido que yo —le digo sintiendo una inesperada paz.

No sé cómo acabará esto. Con mis padres nunca se sabe y la cosa pinta tan fea teniendo Sandra y mi padre su boda tan cerca que me puedo esperar cualquier cosa. Pero a pesar de todo lo que

ha pasado entre ellos, de que mi madre le haya hecho la vida imposible a mi padre estos últimos años —sí, poniéndole pegadas a todo lo que hacía y no queriéndole ni para ella ni para nadie más—, y de que mi padre haya estado con otra, a pesar de los pesares, siento que las cosas han vuelto a su sitio. Como movidas por una fuerza invisible. Está claro que todavía se quieren y si ellos son capaces de perdonar todo lo que se han hecho, Marcos y yo también podemos ser capaces de superar los obstáculos que nos estamos encontrando. Todo se arreglará. Marcos es un superhéroe morenazo que ha venido del espacio para salvarme de los peligros del universo y encontrará la solución.

—Entremos ahí. Esto hay que hacerlo bien —me dice Marcos, echando a andar conmigo cogida de la mano.

—¿Hacerlo bien? ¿¿En una churrería?? ¿En qué cuento de princesas sale eso? —le pregunto asombrada.

—En el nuestro —me responde.

¿Se le ha ido la cabeza? No había notado nada raro en él esta mañana al levantarnos, pero debe estar confundiendo la realidad con alguna idea para un anuncio. ¡Quién me mandaría a mí salir con un publicista, están todos fatal! Sí, y eso lo digo yo, la misma que se pasa horas ensayando caras de sorpresa frente al espejo. Es que últimamente me hacen muchas fotos.

—No mires —me pide Marcos cuando nos sirven en nuestra mesa, tapándome los ojos con una mano.

Pero tengo buenos reflejos, cosa sorprendente si considero lo lento que me funciona el cerebro, y he podido ver de refilón que ha metido algo en mi chocolate a la taza.

—Uy, ¿a qué viene todo esto? —le pregunto como si estuviera sorprendida.

—A que quiero decirte algo —me responde él con despreocupación.

—Ah, ¿sí? —le pregunto toda inocencia—. Pues no lo habría imaginado cuando me has comprado un anillo de compromiso y me has obligado a entrar en una churrería.

—No sé de qué me hablas —me responde Marcos.

—Vale —le digo mirando al techo para disimular.

—Verás, hace un tiempo me pasó algo que no esperaba. Llevaba media vida conociendo chicas. Normales y aburridas. Algunas casi tan guapas como tú, pero sin nada que las hiciera especiales, así que estaba convencido de que no existía ninguna en el mundo que me pudiera volver loco. Pero una noche, en el sitio menos pensado, se hizo la magia y apareciste —me explica comenzando a formársele una sonrisa.

—Ji, ji. Qué tonto —le digo poniéndome colorada.

—Tienes bigote —me dice entonces.

—No puede ser. Me lo he depilado hace nada —le digo sorprendida.

—Es del chocolate. Toma, límpiame —me dice pasándome una servilleta.

—Oh... Gracias —le agradezco cortada.

—Ah, y ten cuidado. Me parece que hay algo ahí dentro —me advierte entonces, señalando mi taza con una ceja levantada.

Cómo me conoce, sabe que soy capaz de tragarme el anillo. Y eso que sé que está ahí.

—Así que... ¿qué me ibas diciendo? —le pregunto, empezando a gustarme esta situación.

Y a pesar de que está pasando en una churrería, todo hay que decirlo. Pero esto sólo me va a pasar una vez en la vida y lo quiero disfrutar.

—Te iba diciendo que nunca había conocido a nadie como tú —dice Marcos, indicándome que siga comiendo con un gesto de su mano—. Y no es sólo porque tengas memoria de pez. De colores, eso sí. Ni porque veas el mundo de esa manera tan particular. Es porque eres tan adorable por fuera como por dentro y porque contigo no hay manera humana de aburrirse. Te quiero tanto que por mucho tiempo que pase y por mucho que se pudiera desgastar lo nuestro, mi corazón nunca se quedaría a cero.

—Ay... —le digo suspirando, con la barbilla apoyada en mi mano.

—Me gustaría pasar toda mi vida contigo porque ya no puedo imaginármela de otra manera —continúa diciéndome mientras le miro embobada.

Qué bonito...

—Me vas a hacer llorar —le digo emocionada.

—Espero que sea de alegría —me dice Marcos.

—Sí, sí. Claro —le digo, afanándome para llegar pronto al final de mi chocolate.

Por favor, qué emoción. Ahora entiendo lo que se siente de verdad en una ocasión como esta. No es lo mismo un “te quiero” de los que se dicen por costumbre, cuando acabas una conversación por teléfono o cuando te despides para ir a trabajar, que una declaración de amor en toda regla. Y ahora mismo me da igual que esté teniendo lugar en un sitio tan poco especial como este. El momento es lo verdaderamente importante.

—Y todo esto que te acabo de decir, no es por casualidad. Lo que intento decirte es que... —me dice apoyando los brazos sobre la mesa y mirando impaciente hacia mi taza.

—¿Qué? —le pregunto ilusionada.

Pero entonces, meto la cuchara en el fondo de mi chocolate y algo redondo, pero aplanado, brilla dentro de un pegote. Me lo meto en la boca para limpiarlo y al sacármelo y mirarlo hasta me parece oír un desagradable 'Wua, wua, wuaaaa'. Como el que suena cuando fallas una pregunta en un concurso.

—¿¿¿Me has comprado una medalla de la Virgen??? —le pregunto casi sin creérmelo.

—Sí. ¿No te gusta? —me pregunta riendo.

—Pues no. ¿Te parece gracioso? —le pregunto indignada.

¿Cómo me ha podido hacer esto? ¡Qué cosa más cruel! Estoy tan decepcionada que tengo ganas de llorar. No sé por qué juega así con mis sentimientos. ¿Qué le he hecho yo para que me engañe de esta manera?

—No he terminado de hablar —me dice entonces Marcos—. Lo que quería decirte es que me haría muy feliz que te casaras conmigo, pero también que sé que si te lo pidiera ahora te pondría en un compromiso.

—No es verdad —le digo con los ojos llorosos.

Vale, sí lo es, pero no soy capaz de admitirlo.

—Cuando me has ofrecido dejarlo todo por mí sabía que no lo decías en serio —me dice mirándome con cara de saber muy bien que está en lo cierto.

—¡No! No es verdad —le vuelo a decir con la barbilla temblorosa.

Aunque, ahora, comenzando a sentir remordimientos, porque tiene toda la razón.

—Me lo has propuesto porque te sientes culpable de tener tus propios sueños, en los que yo no tengo nada que ver. Porque alguien te ha dicho que es lo que deberías hacer y no porque sea lo que tú quieres —me continúa diciendo.

—Pero esto no era necesario —admito cabizbaja.

—Sí que lo era. Mira —me dice empujando una cajita aterciopelada hasta el centro de la mesa—. Cuando llegue el momento de verdad lo sabremos y ese día sólo tendrás que abrir esta caja.

Oh. Vaya...

—¿Es un anillo? —le pregunto mirándole con desconfianza.

—Claro —me responde riendo.

Será capullín...

Pero un capullín que no se equivoca en nada. No sé a qué me pensaba que estaba jugando. Tenía la esperanza de que Marcos rechazaría mi ofrecimiento de irme con él a Madrid y todavía no tengo claro qué le hubiera contestado si me hubiera pedido que me casara con él. Soy tan feliz con mi popularidad y con todo lo que he conseguido que quiero dedicarme a ello de pleno. Sí, he dejado que Marcos me comprara el anillo sólo para hacerme la ilusión de que iba a haber boda de verdad, y, en fin... que supongo que esto me lo tengo merecido. Pero otra vez será, ¡porque ya tengo anillo de compromiso!

—¿Puedo verlo ahora? —le pregunto volviendo a sonreír con entusiasmo.

—Ni hablar —me responde poniendo una mano rápidamente sobre la caja—. No podrás verlo hasta que sea el momento de que lo lleves puesto.

—¡Jo! —exclamo enfurruñada.

—No te enfades, tenemos que reservar un poco de misterio. Puede que esta pedida de mano haya sido un poco decepcionante, pero quiero que sepas que todo lo que te he dicho antes es verdad. Para mí no hay nadie como tú —me dice, mirándome fijamente a los ojos.

—Lo sé —le contesto ya más tranquila—. Y, ¿sabes qué? Ya que estamos, yo también quiero decirte algo.

—Qué —me dice con una sonrisa.

—Que cuando todo esto pase, yo también querré estar contigo para siempre. Bueno, y ahora también. Puedes confiar en que te quiero de verdad, Marcos —le digo, sintiéndome enamorada de él hasta el tuétano.

Qué, por cierto, no sé dónde está... ¿Es un hueso del oído?

—Tú también puedes confiar en mí. Aunque me muera de ganas de dormir contigo cada noche, esperaré —me responde tocándome la punta de la nariz.

—Perdona, ¿me podrías firmar un autógrafo? —me pregunta una chica acercándose a nuestra mesa.

—Claro —le contesto muy alegre.

—Anda, tú eres su novio, el de Glossy Look —le dice a Marcos.

—Sí —le dice él.

—Hacéis una pareja ideal. Qué guapos sois los dos —nos dice maravillada.

—Gracias —le responde Marcos con una amable sonrisa.

—Aquí tienes —le digo a la chica pasándole el papel firmado y el bolígrafo.

—Qué suerte haberte encontrado aquí. Me encanta verte en la tele y no me pierdo ninguno de tus *posts*, que lo sepas —me explica levantando el pulgar.

—Qué bien, pues me hace muy feliz que me sigas —le contesto risueña.

—Sí —me dice ella.

—Ya —le digo sin dejar de sonreír.

—Bueno, pues eso. Encantada de conoceros —nos dice después de permanecer ahí mirándonos unos segundos—. Y tú no hagas caso a los rumores que corren por ahí —le dice entonces a Marcos—. Tengo mucho ojo con la gente y sé que Lola nunca te pondría los cuernos con ese productor, tiene cara de buena persona.

¿¡Qué!?

—¿Cómo dices? —le pregunta Marcos.

—Nada. Las fans de Clara Hoyos dicen muchas cosas en Internet y seguro que todas son mentira —le responde la chica.

¿Eh...?

¡No!

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta Marcos con el ceño fruncido en cuanto mi fan se marcha.

—No lo sé —le respondo haciéndome la tonta.

Pero por la cara que tiene Marcos, sé que sabe que le estoy mintiendo. No tengo ni idea de cuándo ha sido, pero me ha quedado claro que han empezado a hablar de mi supuesto romance con César y me da miedo que eso pueda afectar a mi relación con Marcos. Espero que nadie le incordie con este tema, no quiero que más personas de mi entorno tengan que sufrir el lado malo de mi popularidad. Pero, ¿qué puedo hacer? Ahora todo el mundo sabe que somos pareja y no puedo impedir que todo el que quiera hable de nosotros. Mierda, esto no me gusta nada...

Se va a enterar esa bruja. Esto no se lo pienso perdonar, por ahí no paso. Marcos es alguien intocable para mí y ni la presentadora más famosa de la televisión tiene nivel suficiente para tocarle un pelo. Lo que ha intentado hacer con nosotros lo va a pagar muy caro. No sé cómo, pero lo hará. Nunca antes Marcos había dudado de mí y gracias a Clara eso ha pasado. Supongo que no se lo ha acabado de creer, o eso espero. Pero cuando alguien te cuenta algo así, siempre te queda una pequeña duda. Aunque sea muy pequeña. Clara sí que va a tener razones para odiarme ahora, porque después de esto voy a hacer lo imposible para que lo último en lo que piense cada noche antes de dormirse sea yo. Me voy a convertir en su pesadilla, cuando cuente ovejas en la cama una de ellas será Lola, la oveja vengadora. Con cabeza humana y cuerpo de oveja, enseñándole mis afilados colmillos mientras salto la valla.

—César, ¿puedo hablar contigo un momento? —le digo como quien no quiere la cosa.

—Claro, podemos hablar y lo que tú quieras. ¿Sabías que de la conversación a la cama sólo hay un paso? —me responde con su sonrisa de playboy.

—Pues no, pero lo recordaré la próxima vez que el vigilante de seguridad me ponga la cabeza como un bombo —le contesto aturdida.

Ugh, qué asco. Ese hombre siempre tiene el pelo grasiento y una vez lo pillé oliéndose el sobaco. Cada vez que vengo a grabar me cuenta un montón de cosas que no me interesan y, ahora, cuando me hable, voy a imaginarme haciendo cosas cochinas con él.

—¿De qué me quieres hablar? —me pregunta César situándonos en un rincón apartado del plató.

—Es que siento un poco de curiosidad por lo que me dijiste el otro día sobre Clara. Eso de que había hecho cosas muy malas en su vida. No es que me interese de manera especial, pero me gustaría saber con quién me estoy relacionando. Para estar prevenida —le explico con naturalidad, intentando hacerle pensar que el tema no me importa tanto.

—*Pufff...* No sabría por dónde empezar —me responde haciéndome saber con su expresión que habría anécdotas para escribir un libro.

—Bueno, pues ponme algún ejemplo. No hace falta que me lo cuentes todo —le contesto.

—Pues quizá no sea de las peores, pero una de sus jugarretas más recientes es la que le hizo a una azafata del programa —me empieza a explicar.

—¿Qué pasó? —le animo a contarme.

—Clara no la podía ni ver. Era la típica chica que le gusta a todo el mundo, muy guapa y siempre con una sonrisa para todos. Nunca le hizo nada a Clara, pero ella está acostumbrada a ser el centro de atención y como se sentía eclipsada quiso quitársela de en medio —me dice mirando a nuestro alrededor para comprobar que no hay oídos indiscretos cerca—. El caso es que se quedó embarazada de su novio, y Clara, no sé cómo, se enteró. Entonces empezó a hacerle la vida imposible, se dedicó a contar mentiras sobre ella para dejarla en mal lugar, y al final la pobre chica se estresó tanto que sufrió una crisis nerviosa y perdió al bebé.

—Madre mía —digo impresionada.

—Después del aborto cayó en una depresión y también perdió el trabajo. Creo que ha engordado treinta kilos, así que veo difícil que pueda volver a ser azafata —dice César.

—¡Dios, qué horror! ¡Treinta kilos! ¿Y dices que esa no es de las peores faenas de Clara? —le digo quedándome boquiabierta.

—Clara no es capaz de sentir empatía por nadie. Es lo más parecido a una psicópata —me susurra mirándola de reojo.

Acaba de entrar en el plató y, como si del periscopio de un submarino se tratara, ha girado su cara al momento hacia nosotros.

Hasta ha emitido un chirrido cuando ha girado el cuello. Parece ser que además de poderes malignos, también tiene infrarrojos en los ojos. Si no, no sé cómo ha podido vernos en la oscuridad, en este rincón casi no hay luz. Por favor, qué miedo me está dando. Es mucho más peligrosa de lo que pensaba...

—¡Al lío, que esta noche tengo partida de póker! —grita el director.

—Uy, ¿otra vez tú...? Perdona, como eres tan insignificante para mí, nunca me acuerdo de que tienes una sección en el programa —me dice Clara.

—Qué graciosa estás hoy, debes haber comido. Lo que hacen doscientas calorías en el cuerpo —le respondo—. Chorizo. Pasteles. Bocadillo de beicon con queso... —le susurro como si intentara hipnotizarla.

—Cierra el pico —me responde enfadada, con cara de estar hambrienta—. Me muero por saber qué tema nos traes hoy —me dice cuando empezamos a grabar, haciendo después como si se tapara un bostezo con la mano.

—Pues hoy vengo a hablar sobre el efecto “Alucina con mis morritos, *papasito*”. Muy útil para las amantes de los selfies y de las Redes Sociales en general —digo contenta.

Porque, ante todo, profesionalidad. Hay que transmitir positividad al público.

—*Bah* —oigo decir a Clara por lo bajo.

—Los morritos son la representación física de nuestro lado más sensual, ese que todas tenemos escondido por ahí, y por eso os quiero enseñar un truco para lucirlos perfectos. Levantad vuestros perfiladores de labios y repetid conmigo... Vayas a la disco o a la playa, pásate de la raya —entono a modo de rap, espasmos con el cuello y la mano incluidos—. Olvidad lo que aprendisteis en el colegio, salirse de la raya al pintar no está mal. ¿Tenéis labios de gato? ¿Cuando sonreís parecéis una rana? Pues salíos de la línea sin miedo, para eso tenemos el perfilador.

—Eso es de cutres. El glamour se demuestra en la consulta del cirujano plástico —dice Clara.

—Ni caso a Mister Potato. Hay unos productos muy buenos que están al alcance de todas, como los de Glossy Look —recomiendo

saltándome mi guión.

—¿Glossy Look? ¿Te refieres a la misma marca que tuvo que retirar del mercado una crema efecto lifting? Treinta años después, todavía hay mujeres con cara de ir en moto por ahí —me responde con recochineo.

¿¡Qué!? ¿Eso ha pasado?

—Estás mintiendo —le digo mirándola con desconfianza.

—Uy, qué va. No me lo invento —me responde con una cínica sonrisa.

—Eres *malisisísima*, ¿lo sabías? —le digo, poniéndome en pie frente a ella.

—No tanto como los productos de la empresa de tu novio —me responde retándome.

—¡No hables así de Glossy Look! —le advierto con autoridad.

—Ay... —suspira entonces Clara, claramente, disfrutando de la situación—. En los ochenta las noticias no llegaban lejos pero, hoy en día, con Internet, vuelan. Ya sabes que todo se sabe —me dice soltando una carcajada final.

¡No...!

—¡Mete-caca! ¡Mete-conguitos! ¡¡¡Mete-mierda!!! —le grito como una desquiciada.

Aunque me ha salido un gallo al decir 'mete-conguitos' y he sonado como eso, como un gallo soplando un matasuegras. Así que poco miedo le habré dado.

—¡Corten! —grita entonces el director viniendo enfadado desde su puesto—. ¿Qué estás haciendo? —me pregunta a mí—. Glossy Look no está en tu guión, aquí sólo hablamos de las marcas que nos pagan. Si quieres hacerle publicidad a la empresa de tu novio, que suelte la pasta.

—Lo siento —me excuso cortada.

—Que no vuelva a pasar —me responde él.

—Qué novata —dice Clara riéndose de mí.

Después de eso, volvemos a repetir la sección. Pero yo estoy tan preocupada y enfadada al mismo tiempo que lo hago en piloto automático. Tengo miedo de que los malvados tentáculos de Clara carguen contra Glossy Look ensuciando su imagen, y no veo qué podría hacer para evitarlo si de verdad fuera lo que se propone

ahora. Primero lo de mis padres, después lo de Marcos y ahora esto; no sé si estoy preparada para hacer frente a tanto apesadoso ataque. Lo quiera o no, yo no soy tan resuelta ni tengo tantos recursos para pararle los pies a Clara. Aquí sólo soy una recién llegada. Una novata, como me ha dicho ella misma.

—¿Qué te pasa? —me pregunta César cuando terminamos de grabar.

—Nada —le contesto con voz apagada.

—Pues nadie lo diría al verte así —me responde mirándome con preocupación.

—Es por Clara. Me odia y no parará hasta hundirme. Después de lo que acaba de pasar, ya me lo espero todo de ella —le confieso a punto de ponerme a llorar.

César se queda observándome, como queriéndome apoyar con su silencio. El plató se empieza a vaciar y cuando nos quedamos solos me dice:

—Mi dulce Cupcake... Debajo de todo ese *frosting* tan apetecible, eres mucho más esponjosa y tierna de lo que pensaba.

—Supongo. Me debieron batir mucho las claras antes de meterme en el horno —le respondo con una lagrima cayendo por mi mejilla.

—Tienes que ser más fuerte. Todo esto no es tan horrible como te parece, ya lo verás. Cuando aprendas a echártelo todo a la espalda, la gente que quiera hacerte daño se olvidará de ti. Demuéstrale a Clara que no te importa lo que dice y se acabará aburriendo de intentar provocarte —me aconseja con un lado tierno que no conocía de él.

—No es tan sencillo, hay más gente metida en esto y no quiero que sufran por mi culpa. Creo que debería dejar la televisión, por su bien —digo empezando por primera vez a planteármelo de verdad.

—¿Qué? No se te ocurra hacer eso —me dice César sorprendido.

—Sí, es lo que debería hacer —le respondo, ya medio convencida.

Si lo dejo ahora, mi vida será más tranquila. Dejaré de sentirme presionada por mi hermana, Marcos y yo empezaremos una vida

juntos, y mis padres no tendrán que soportar los comentarios maliciosos de la gente. Todo son ventajas.

—Lola, escúchame bien —me dice César poniéndose serio—. Hace unos meses no eras nadie, sólo eras una chica que había puesto una tienda que estaba en la ruina. Y mírate ahora. ¿Tú sabes la de personas que querrían estar en tu lugar? Mucha gente mataría por trabajar en televisión.

—Pero yo no pensaba que esto era así —le digo llorando.

—Así, ¿cómo? ¿Te refieres a que no sabías que ibas a ganar tanto dinero? ¿A que no te imaginabas que la gente te iba a idolatrar? ¿A que de aquí puedes llegar a donde quieras? Tienes a mucha gente apoyándote, yo el primero. No dejes que una presentadora medio acabada pueda contigo. Toda la gente popular pasa por momentos como este, verás como todo se arregla —me dice César.

—¿De verdad? —le pregunto con un poco de esperanza—. César, estoy muy agradecida de que me hayáis dado esta oportunidad, pero no sé si estaré a la altura. Cada vez me parecen más peligrosos los comentarios que se hacen sobre mi vida privada y tengo miedo de que los míos salgan perjudicados —digo antes de sonarme fuertemente la nariz.

Anda... Cómo huelen a fresa estos pañuelos de papel, dan ganas de comértelos. ¿Sabrán a lo que huelen...?

Puaj, pues no.

—Debes pensar más en ti. Si la gente de tu alrededor no es capaz de aguantar un poco de crítica, de gente estúpida que no conocen de nada, es que en realidad no quieren lo mejor para ti. ¿Es eso lo que te pasa? —me pregunta mirándome con recelo.

—¡No! —le miento a medias.

—Sigue mi consejo, Lola —me dice cogiéndome por los hombros con firmeza—. Disfruta de tu éxito, porque esto no te va a pasar dos veces en la vida.

Ni siquiera pensaba que algo así me iba a pasar una sola vez, así que no puedo quitarle la razón. No sé, lo mismo estoy exagerando. Pero lo esté haciendo o no, César me acaba de ayudar a tranquilizarme bastante. Pensándolo bien, creo que lo que ha dicho es la pura verdad. Todos los famosos tienen que aguantar

comentarios negativos de la gente, que se metan en sus vidas y hasta que mientan sobre ellos. Y no por eso dejan sus chulis trabajos, como yo me estaba planteando hace un momento. No puedo ser tan cobarde, Clara va a tener Lola para rato. Y tanto que sí.

—Está bien. Me pondré mi capa de Super Makeup Girl y podré con todo —le digo a César volviendo a sonreír.

—Así me gusta. Y no te preocupes por Clara, controlaré lo que hace en Internet —me responde.

—¿Harías eso por mí? —le pregunto aliviada.

—Por ti haría mucho más de lo que piensas. A veces, la gente que acabas de conocer, te comprende mucho mejor que los que han estado siempre cerca de ti —me dice César, mirándome fijamente con sus bonitos ojos azules.

—Gracias —le contesto sintiéndome mucho mejor.

—Venga, te invito a tomar algo —me propone después de un amigable silencio—. Un whisky es el mejor catalejo, verás como después de un par lo ves todo mucho más claro.

—¿Un catalejo? —le pregunto riendo mientras nos dirigimos a la salida—. ¿De dónde sales tú, de *Piratas del Caribe*?

—Sí, soy un pirata de ciudad. Saqueo corazones de sirenas de asfalto como tú —me responde sonriendo, pegándose a él para que apoye mi cabeza en su hombro.

Qué pesado es. ¡No se rinde! Pero acaba de ganar muchos puntos conmigo. Es la única persona de aquí que me tiende una mano. Me estoy dando cuenta de que en este sitio todo el mundo va a la suya, aunque te vean pasándolo mal, y eso dice mucho del corazón de César. No me imaginaba que era así de atento y de sensible, pero me lo acaba de demostrar. Me siento mucho más segura sabiendo que está a mi lado.

—Te pasas de largo —oigo decir.

—¿Eh? —pregunto girando la cabeza hacia atrás.

Oh. Es Marcos...

—Me preguntaba si habrías salido por otra puerta. Llevo un buen rato esperándote aquí —me dice.

Y por la cara que tiene, creo que no está contento.

—Tú debes ser Marcos —le dice César.

Tiene que dejar de abrazarme para darle la mano, y en ese momento caigo en qué es lo que tiene a Marcos molesto: la manera en que César me tiene agarrada. Y no alguien cualquiera; precisamente él, César.

—Y tú debes ser el famoso productor —le responde Marcos a César estrechándole la mano.

Marcos sonrío, pero es una sonrisa forzada que dura dos segundos. Enseguida se queda serio, le suelta la mano a César y, aunque le continúa mirando, no dice nada más.

—Encantado de conocerte —le dice César.

—Lo mismo digo —le responde Marcos sin sentirlo en absoluto.

—Bueno, os dejo —dice César—. Nos vemos la semana que viene, Cupcake —me dice a mí.

—Sí —le respondo sonriendo nerviosa.

César cruza la puerta hasta la calle, con una mano metida en su pantalón. Se pone a mirar su iPhone mientras camina, y yo le agradezco que no nos eche una última mirada a través de los cristales. Su huída ha quedado muy natural, como si no hubiera notado el desprecio de Marcos, y por fin puedo respirar al ver que no ha mencionado que íbamos a tomar una copa juntos. Lo estaba temiendo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto contenta a Marcos.

Pero en realidad no lo estoy tanto. Estoy, más bien, un poco asustada. Sé que no he hecho nada malo, pero me da miedo lo que pueda estar imaginándose Marcos. Está claro que César no le gusta y estoy segura de que mucho de eso tiene que ver con lo que van diciendo de él y de mí por ahí, que estamos liados.

—Te dije que mañana tengo una reunión en la delegación de Barcelona —me responde Marcos.

—Sí... Sí, claro, la reunión. Pero no te esperaba hoy —le digo sonriente.

—Bueno, porque quería darte una sorpresa. Pero diría que no te ha gustado —me dice mirándome de medio lado.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto haciéndome la asombrada.

—No sé. Te noto... nerviosa —me contesta.

—¿Qué? Pero si estoy muy tranquila —le digo, dando rápidas puntaditas con mi zapato en el suelo.

—Pues nadie lo diría con ese tic que tienes en el ojo. Se te está soltando una pestaña —me responde.

Mierda, no se le escapa una. Qué traicioneras son estas cosas postizas.

—¿No piensas darme un beso? ¿Qué clase de sorpresa es esta sin un momento ventosa? —bromeo cambiando de tema, sacando la lengua y moviéndola hacia todos lados con cara de idiota.

—Qué payasa eres —me responde Marcos riendo.

Pero tengo la sensación de que, a pesar de que se ha relajado con mi broma, no se va a olvidar del tema tan fácilmente. Y yo tampoco. Ahora tiene un motivo —supuestamente, más real— para sospechar de mi trabajo aquí. Aunque no me lo diga. Y yo comienzo a sospechar que quizá en realidad no ha querido darme una sorpresa viniendo antes de tiempo de Madrid sin avisarme. Creo que no se fía de mí, y eso no me gusta. Yo nunca le sería infiel y me ofende muchísimo que pueda dudarlo.

—Mamá me ha dicho que quiere hablar contigo —me dice Violeta, mientras repaso las estanterías de mi tienda para hacer un pedido.

—¿Sí? Qué bien —le respondo sin mirarla.

—También me ha dicho que no le coges el teléfono —me comenta muy seria.

—¿Y? Tampoco me lo cogía ella estos días atrás —le contesto.

—Bueno, pero es lógico. Estaba enfadada —me dice, como si eso fuera normal.

—Pues mira por dónde, ahora soy yo la que está enfadada —le digo con retintín.

—¿Has hablado con papá? —me pregunta a continuación.

—No, y tampoco tengo ganas —le digo mirando de reojo hacia el mostrador, para controlar a Sandra.

¿Sabrá lo que está pasando entre mis padres? No me atrevo a hablar con ella sobre la boda ni sobre nada relacionado con eso porque no quiero meter la pata, cosa que suelo hacer a menudo. ¿Cómo le estará yendo con mi padre? Qué mal rollo me da ser conocedora de su secreto, por favor. Ojalá no los hubiera pillado juntos.

—Papá me ha dicho que te ha llamado. Podrías poner un poco de tu parte para solucionar las cosas —me riñe Violeta.

—No tengo nada que solucionar porque yo no les he hecho nada. Cuando me apetezca, hablaré con ellos, igual que me han hecho ellos a mí —le digo con firmeza.

Qué cara tienen mis padres. Con lo que me han hecho sufrir pensando que les había hecho algo súper gordo, mientras ellos aprovechaban el follón para enrollarse. Me muero por saber cómo han llegado a ese punto, con lo mal que se llevaban, pero de momento me voy a mantener en mis trece. No voy a hablar del asunto con ellos hasta que vea cómo acaba todo esto. No pienso ser cómplice de mi madre ni de mi padre nunca más. Que se apañen solos con sus problemas. A ver cómo salen de esta.

—¿¿El abuelo y la abuela están enrollados?? —me pregunta Vera asombrada.

¡Jolines! ¿Lo he dicho en voz alta? ¡Otra vez!

—*Shhhh* —le respondo asustada, poniéndome el dedo índice sobre la boca.

—Ya decía yo —me susurra Vera—. El abuelo ya no se pone nunca sus pantalones caídos. Y me alegro, enseñar la goma de los calzoncillos no era apropiado para él.

—En eso estoy de acuerdo —le digo a mi sobrina.

—Oye, y qué pillina que es la abuela... —me dice cruzándose de brazos pensativa—. Espero que ahora que está entretenida no le dé por comprar comida preparada, me encantaban sus canelones caseros.

—A mí también —le digo riendo.

Si es que, mira, en el fondo me alegro de que mis padres estén juntos. Eso no lo voy a negar. Pero ahora me da pena Sandra, que mi padre le esté poniendo los cuernos con mi madre, por muy raro que suene eso. Tengo la desagradable sensación de que la estoy traicionando y me sabría muy mal que por no contárselo se rompiera en algún momento nuestra amistad.

A no ser que...

—Mikimoto me ha dicho que le caes muy bien —le digo a Sandra sonriente, metiéndome con ella detrás del mostrador.

—¿Si? A mí también me cae genial. Es muy mono —me responde alegre.

—Tiene unos ojos muy graciosos, ¿verdad? Son como de japonés —le digo.

—Sí, del mismo Japón —me dice Sandra.

—Hay que ver cómo come arroz, lo coge con esos palillos tan finos y no se le cae un grano —le digo maravillada.

—Claro, debe estar muy acostumbrado —me contesta ella contenta.

—A mí no me gusta el pescado crudo pero... cuando lo prepara Sake, siempre me lo como. Es un artista de la cocina oriental —le informo asintiendo con admiración.

—Se llama Kichiro —me dice Sandra, me parece que molesta.

—Sí, eso, Pichimiro —le digo haciendo un gesto de despreocupación con la mano—. Y qué bien se le da hacer garabatos, ¿eh? No sé cómo su familia entiende sus cartas, deben de ser tan inteligentes como él —continúo halagándole.

—Todos los japoneses lo entienden, es su forma de escritura —me dice Sandra.

—Ah. Ya, ya, debe ser por eso —le respondo.

Qué mal se me da hacer de Celestina, por favor. Está claro que yo no podría poner una web de citas.

—Me preocupa que algún día tenga un desengaño amoroso, podría hacerse el harakiri —le comento a continuación, como si eso me tuviera en vilo por las noches.

—Qué tontería. ¿Por qué dices eso? —me pregunta Sandra.

—Es que... creo que le gusta una chica y no sé si es correspondido —le contesto en un tono misterioso.

—Ah, ¿sí? —me pregunta sobresaltada.

—*Psí*. Los japoneses también se enamoran... —digo mientras rasco con la uña un poco de chocolate del mostrador.

Creo que eso le ha puesto nerviosa. No lo del harakiri, cosa bastante improbable con los cuchillos tan cutres que tenemos en casa. No nos sirven ni para pelar una manzana, así que lo único que conseguiría Sashimi con ellos es provocarse una erupción. Además, él siempre come con palillos. Pero me da la sensación que Sandra sabe tan bien como yo que la chica que le gusta es ella, se ha puesto colorada y parecía muy contenta cuando le he empezado a hablar de él. Se le nota que le gusta. Casi tanto como a mí mi nuevo lápiz de cejas. Qué chulada, con esta mirada podría gobernar el mundo...

—¿Por qué no te vienes esta noche a casa? Podríamos cenar todos juntos, como en los viejos tiempos —le propongo a Sandra como si eso me hiciera mucha ilusión.

—Oh. Bueno, no sé. Tu padre ya estará preparando la cena —me dice excusándose.

—¿Tan temprano? ¿Y qué si ya está preparándola? Ya te la comerás mañana. Además, necesitas estar con gente joven de vez en cuando. Y... no te preocupes tanto por mi padre, se basta solo para entretenerse... —le aconsejo con una ironía que no pretendía.

—¿Qué dices de papá? —me pregunta acercándose Violeta.

—Nada. Qué pesada, siempre estás metida en todo —le respondo irritada.

—Me meto porque me interesa, estás hablando de mi padre —me responde ella, quedándose con la boca fruncida.

—¿Y qué? No hace falta que te hagas la encargada de proteger su honor, él sabe defenderse solo —le digo tajante.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? Estás muy subidita desde que eres famosa —me dice Violeta.

—Mamá, no vayas por ahí. Aunque te parezca imposible, hay cosas que se escapan de tu conocimiento —le dice Vera asintiendo lentamente con la cabeza.

—¿A qué viene eso? —le contesta mi hermana extrañada.

Después, Violeta se pone a dar lentos paseos por la tienda, con cara de estar dándole vueltas a la cabeza, y entre todas nosotras reina el silencio, uno muy raro. No me gusta nada la dirección que están tomando las cosas últimamente. De repente, toda la gente que conozco parece tener la mosca detrás de la oreja por una cosa u otra, como si se estuviera creando una gran conspiración, y hasta Marcos se está comportando de una manera extraña. La última persona que hubiera pensado que actuara así. La otra noche, cuando me sorprendió viniendo de Madrid, tuvimos una conversación de lo más inusual entre nosotros. Empezamos a lanzarnos indirectas sobre cosas que antes nunca habríamos pensado decirnos. Cosas que parece que, de repente, gracias al “incidente” con César y al éxito de Lola Glamour, nos huelen mal. Ya no me cabe duda de que hemos comenzado a desconfiar el uno del otro, y eso me pone muy triste.

—Marcos, ¿por qué quisiste que intentara salvar mi tienda? —le pregunté preocupada en un momento de la noche.

—Porque era lo que tú querías —me respondió mientras cambiaba el canal de televisión con el mando, sin prestarme demasiada atención.

—Pero sabías que si me iba bien, no podría irme contigo a Madrid —le solté, con toda la naturalidad con la que fui capaz de entonar mis palabras.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó él con la frente arrugada, girando la cara hacia mí.

—Nada —le contesté girando la cara hacia la tele.

No había vuelto a pensar en ese tipo de cosas desde mi conversación con Maruqui y las otras chicas en la cena benéfica. Pero, a raíz de lo que me pareció una encerrona por parte de Marcos unas horas antes, me volvieron a preocupar.

—No sabía que ese tal César y tú teníais tanta confianza. ¿Cómo te ha llamado? ¿Cupcake? Parece que os lleváis muy bien —me comentó Marcos un rato después.

—No es que seamos súper amigos, pero es la única persona del programa que me echa una mano —le respondí secretamente ofendida.

—¿Tú crees? —me preguntó él—. Pues yo me andaría con ojo. Sabes que intento no meterme en tu trabajo, pero ese tío no me gusta.

—Pero si no le conoces. ¿No te estarás creyendo las tonterías que dicen por ahí? —le pregunté intentando que no notara lo que me duele eso.

—Yo no me creo nada hasta que lo veo —me respondió Marcos.

“¿Qué ha querido decir?”, pensé, “¿Eso es un 'sí' o un 'no'?”. ¿Creía haber visto algo entre César y yo?

—¿Sabes que hay hombres que no soportan el éxito de sus parejas? —le pregunté para vengarme de él, por si acaso me estaba acusando de manera encubierta.

—¿Qué? —me preguntó Marcos—. ¿Por quién dices eso?

—Por nadie —le respondí.

—No sé a qué viene todo esto. Pero, si fuera malpensado, diría que estás intentando darle la vuelta a la tortilla. La mejor defensa es

siempre un buen ataque —me dijo Marcos.

—¿Qué insinúas? No tengo nada de lo que defenderme —le contesté enfadada.

—Pues no lo parece. Llevas un rato acusándome de cosas que no vienen a cuento —me respondió.

—Creo que quien está acusando a alguien aquí eres tú —le repliqué.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? ¿Y de qué? —me preguntó retándome.

—Tú sabrás —le dije, para no mencionar explícitamente el tema en cuestión—. Pero me ha parecido raro que no me avisaras de que venías.

—No es la primera vez que lo hago. Pensaba que te haría ilusión, pero veo que me he equivocado —me respondió Marcos enfadado.

—O puede que hayas dado en el clavo, ¿no? —le insinué—. Pensándolo bien, yo tampoco sé qué haces tú durante la semana en Madrid. Puede que algún día yo también te dé una sorpresa —le amenacé acordándome de lo que me dijo Dani, que todos los hombres piensan con el pepinillo.

—No me lo puedo creer... —dijo Marcos casi para sí mismo, con cara de sorprendido.

Y la cosa continuó así un rato más. Marcos volvió al principio de la discusión y me echó en cara que, a lo mejor, la que había tenido intenciones ocultas, era yo. Cuando me empeñé en sacar a flote mi tienda en vez de cerrarla e irme a vivir con él. Seguimos acusándonos de cosas sin decir lo que pensábamos claramente, hasta que al final nos cansamos y bajamos por fin el tono. Cuando Marcos se fue al día siguiente ya habíamos hecho las paces, nos despedimos con el mismo cariño de siempre, pero sé que algo desagradable se ha quedado flotando en el ambiente. No lo hemos mencionado, pero está ahí. Nunca nos habíamos acusado de cosas tan feas y siento que lo nuestro, siempre tan bonito y especial, se ha ensuciado. Jamás pensé que entre Marcos y yo cabría la desconfianza y algo o alguien ha conseguido que eso sea así. Bueno, sí que sé a qué se ha debido: a los chismes de Clara, la presentadora malvada. Estoy más asustada que aquella vez que mi hermana metió mi neceser de maquillaje en el microondas, para conseguir que me comiera sus lentejas. Ella las odia y mi madre no

la dejaba salir hasta que se las acababa. Qué cruel llega a ser Violeta, cómo sabe darme donde más me duele...

—Lámame y comemos juntas, ¿vale? Últimamente casi no nos vemos —me dice mi hermana mucho más relajada.

Creo que está arrepentida de haberme dado la vara —otra vez—, y yo también lo estoy de haberle hablado tan mal. Me alegro de que dé un paso atrás, con todo lo que tengo encima, no quiero estar de mal rollo también con ella. En el fondo, sé que la necesito en mi vida para no descarriarme. Soy consciente de que yo me despisto y me pierdo con mucha facilidad.

—Vale. Te llamo y nos comemos unas guarri-hamburguesas —le digo a Violeta sonriente.

—Con mucho queso, chorreando ketchup —me dice Violeta contenta.

—Y mayonesa, toda grasienta —añado feliz.

—Con patatas fritas en mucho aceite... —dice Violeta cerrando los ojos extasiada, como si se las estuviera imaginando.

—Espero que no comieras nada de eso mientras estabas embarazada de mí —le dice Vera a mi hermana con cara de asco.

—*Hm* —le responde mi hermana sonriendo con graciosa maldad.

—Dios, estoy condenada. Eso repercutirá un día en mi organismo —dice Vera abatida.

—Vera tiene un amigo —me dice de repente Violeta.

—Ah, ¿sí? —le pregunto asombrada.

¡Vaya, qué bien! ¿De dónde lo habrá sacado?

—Mamá, no hace falta que lo digas así, como si hubieras encontrado un pozo en el desierto. Me estás avergonzando —le dice Vera.

—¿Y quién es? ¿Dónde lo has encontrado? —le pregunto a mi sobrina excitada.

—En el taller de poesía —me informa Vera—. Su madre es fan tuya y alguien le ha dicho que yo soy tu sobrina. Acaba de mudarse a Barcelona con sus padres, parece ser que en su pueblo no encajaba bien.

Apuesto a que no. Si lo ha conocido en un taller de poesía, me lo puedo imaginar.

—Se llama Leopoldo y es un niño muy educado. Lo pide todo por favor y hace comentarios como “prepara usted un delicioso té, señora Violeta” —me dice mi hermana escondiéndose la risa.

—Es un niño muy majo —dice Vera—. Tenemos bastante conexión. También lee a Calderón de la Barca, como yo —me dice con ilusión.

—Eso es genial, Vera. Me alegro mucho por ti —le contesto feliz.

—Vera y él se están haciendo inseparables, quedan muchas tardes para hacer los deberes juntos —me dice Violeta satisfecha.

Ay, qué bien, mi sobrina tiene un amigo... La verdad es que me daría miedo verlos a los dos juntos, pero me alegro muchísimo de que tenga a alguien de su edad con quien hablar. Aunque hablen de cosas de personas de setenta años, sacadas del siglo XV.

—Bueno, tía Lola, se está haciendo tarde —me dice Vera mirando su reloj—. Papá está a punto de llegar de trabajar y tenemos algunos asuntos que tratar. Ya conoces esa frase de Battista: “El mejor legado de un padre a sus hijos, es un poco de su tiempo cada día”.

¿Se supone que yo tengo que saber quién es ese? Venga ya, si seguro que está muerto.

—Llámame —me dice Violeta de camino a la puerta, poniéndose la mano sobre la oreja a modo de teléfono.

—Claro, en cuanto pueda quedamos —le contesto diciéndole adiós con la mano.

—¡Te quiero, tía Lola! —me dice Vera, lanzándome un beso al salir por la puerta.

—Qué familia tan bonita tienes. Me encanta —me dice Sandra.

¿Eh? Supongo que ir tanto a misa le ha dejado trastornada. Tanto “pueden levantarse”, “pueden sentarse” debe marear un montón.

—*Psí...* Son todos geniales —le respondo para no quedar mal.

Pero, en realidad, yo también lo pienso a veces. No sé lo que es tener una familia normal, así que me consuelo pensando que esas deben ser peores. Al menos con la mía no me aburro.

—Enséñale a Sandra su antigua habitación —le pido a Kachiragua—. La ha dejado más bonita —le digo con entusiasmo a Sandra.

—Si no he cambiado nada —me responde nuestro amigo nipón sorprendido.

—Bueno, pero le hará ilusión verla —le animo sonriente.

—Pues tampoco te creas —me dice Sandra.

—Ah, bien. Pues siéntate aquí —le digo, retirando una silla para que se siente a cenar al lado de él.

—Sí, *Sandra*, siéntate aquí conmigo. Te *enseñalé a comer* los ñoquis con palillos —le dice Murakami contento.

—Qué bonito. Italia y Japón en un mismo plato... —le digo a Sandra suspirando—. Hazle a Sandra eso que haces con la lengua, tocarte la punta de la nariz —le pido a Karaoke para que se luzca delante de ella.

—¿*Pol* qué? —me pregunta él.

—¿Pero a ti qué te pasa hoy con nuestro japo? —me pregunta Dani—. Llevas toda la noche pidiéndole cosas muy raras.

Mierda, se ha dado cuenta. Una no puede conspirar tranquila en esta casa.

—¿Has dicho “nuestro japo”? Ni que hubiéramos adoptado a Kichiro en una protectora de animales —le dice Adrián.

—¿Se llama Kichiro? —pregunto extrañada—. Perdón —le digo a él.

Tengo que empezar a llamarle Mariano. Me estoy resistiendo, pero ya veo que no hay manera de que me aprenda su nombre.

—Es *veldá*. Hoy estás muy *lara* conmigo... —me dice Mariano Kichiro mirándome con desconfianza.

O eso me parece. Porque, ahora que lo pienso, siempre me mira así. Con los ojos medio cerrados.

—¿Yo? —le pregunto con exagerada teatralidad—. ¿Y cuándo me has visto a mí comportarme de manera normal? —le digo bromeando para disimular.

—Nunca. He visto *cablas compoltarse* de manera más *cuelda* que tú —me responde.

—Pues ahí lo tienes —le digo convencida.

¿Eh? ¿Qué ha querido decir...?

—¿Cómo te va con los preparativos de la boda? —le pregunta Adrián a Sandra.

—Bueno, ahora no tengo mucho tiempo para dedicarme a eso. Trabajando en la tienda de Lola y todo lo demás... —contesta ella.

—Ay, nena, no sé para qué te metes en tanto follón. Hoy en día no hace falta casarse para estar con alguien —le dice Dani.

—¡Estoy de acuerdo! —grito poniéndome rápidamente en pie—. Bueno, que... no sé a qué viene tanta prisa por casarte. Que mi padre esté jubilado no quiere decir que la vaya a palmar ya —digo sentándome cortada.

Por favor, qué mal ha sonado eso.

—Ya, a lo mejor deberíamos esperar un poco —contesta Sandra mirando pensativa hacia sus ñoquis.

—Lo mismo sí, las prisas nunca son buenas —le digo intentando esconder mi esperanza.

Al mirar a Sandra detenidamente, me doy cuenta de que está algo cambiada. Desde que trabaja conmigo intenta arreglarse de manera más estilosa, menos tradicional y maquillada de forma impecable, para ir acorde con la imagen de Lola Glamour. Tema que ya había hablado con ella cuando la contraté y que le agradezco un montón que haya comprendido. Pero acabo de caer en que la cosa parece ir más allá de su aspecto físico. La noto más segura y liberada. No parece escandalizarse tan fácilmente con nuestros comentarios, como siempre solía hacer, y en general la veo rejuvenecida. Al contrario de mi padre, que ahora parece un padre de verdad. ¿Qué está pasando aquí? ¿El mundo ha empezado a girar con normalidad?

—Ya me contarás qué estás tramando —me dice Dani, con la mano sobre su boca para amortiguar el sonido.

“¿Qué pasa?”, parece preguntarnos Adrián, sólo con un gesto de sus hombros y el ceño fruncido. Lo que me advierte de que es el momento de dejar aquí el tema de Sandra y Mariano Takahashi, porque es obvio que no sé hacer las cosas con disimulo y no quiero acabar fastidiando mi plan. Ay, por qué me meteré yo en estos líos de mis padres... Si hace nada estaba convencida de que no era problema mío. Es que soy tonta, por cosas así siempre me pasa lo que me pasa después.

—¿Crees que te graduarás por fin este año? —le pregunta Sandra a Adrián.

—Noto cierta ironía en tus palabras —le contesta él.

—Alguien tiene que decirte las cosas como son. ¿No pensarás seguir yendo a la universidad cuando lleves boina y andador? —le pregunta ella.

—¿Seguir yendo? Pero si no va nunca —dice Dani.

—Eso mismo me dice Tania, que me saque ya la carrera y comience a pensar en mi futuro. Para ella la educación es muy importante —dice Adrián sorprendiéndonos a todos.

—Un momento, ¿de qué estás hablando? ¿Lo he entendido bien? —le pregunto echándome hacia adelante en la mesa, para observarle mejor.

—Uuuuuh. ¿¿Que para Tania la educación es importante?? —le pregunta asombrado Dani—. Si no sabe ni quién es Pit Bull —le dice, como si eso fuera un requisito para hacer unas oposiciones.

—Ni Colón. Está convencida de que Napoleón descubrió América —le digo para que se haga una idea.

—Napoleón siempre me ha dado mucho morbo. Los bajitos con mala leche suelen hacerlo muy bien —me responde Dani con cara de deseo.

—Qué guarro eres, tienes unos fetiches rarísimos —le digo disgustada.

—¿Estás saliendo con Tania? —le pregunta Mariano sorprendido a Adrián.

—Sí, eso —le digo yo también a Adrián mientras todos le miramos expectantes.

—Bueno, algo así —responde un poco nervioso, repiqueteando con los dedos en su copa de vino.

—¿Y con Melania también? —le continúa preguntando nuestro japo.

Vale, que ya sé que no es nuestro, pero vive con nosotros.

—Ya no —le responde Adrián levantando las manos, como queriéndose defender de una grave acusación.

¿Eh...?

—¡Madre mía! —exclamo asombrada—. Qué pómulos tan bien definidos tengo. Este colorete es una maravilla.

Es que me estoy viendo en el cristal de la puerta del balcón. Pero no quiero distraerme, eso que acabo de oír es todo un notición.

—Qué callado te lo tenías, rufián —le dice Sandra a Adrián—. Esas cosas no hay que esconderlas, hombre, el amor es algo muy bonito.

—El *amol* es como una *flor* que ha de *llevarse siempre* en el ojal. Nos hace más bellos y contagia de *alegría* a los demás —dice Mariano poniéndose poético.

—*Uuuuh*. ¿Qué clase de tontería es esa? —le pregunta Dani—. Nunca me lo habría esperado de un hombre tan tecnológico como tú.

Pero Mariano Kichiro ni se inmuta con ese comentario, tiene cara de estar en las nubes. Me ha parecido que le acaba de oler el pelo a Sandra, como queriéndose llenar de su perfume. Y si no fuera porque ella tenía hace un momento la boca manchada de tomate, juraría que lo que acaba de hacer no es limpiarse la boca con su servilleta, sino esconder una sonrisa. Cosa que me alegra, el tema pinta bastante bien.

—Está empezando a llover, menos mal que hoy no había regado las macetas —dice Dani rompiendo el silencio que se acaba de hacer.

Porque todos hemos notado que aquí huele amor. Y no me refiero a mi nuevo brillo de labios *French Kiss*, con el que podría reflejar la más tenue luz. Y que, por cierto, huele súper bien a sandía. Llevo todo el día comiéndomelo. Qué mezcla más buena, con el vino está buenísimo.

—Si te refieres a esos geranios de tela que tienes en tu ventana, no creo que les haga falta que los riegues —le dice Adrián a Dani.

—Por eso mismo lo decía —le responde Dani.

—Yo también he estado a punto de llevar el coche a lavar —comento viendo que vuelve a haber silencio en la mesa.

—Si tú ni siquiera tienes el carné de conducir. Hasta hace nada pensabas que la señal del paso de peatones era Tom Hanks tocando el piano en *Big* —me dice Dani.

—Y tú te pones sujetador sin tener pechos. Pero no te lo echo en cara, ¿vale? —le replico riendo mientras juego con mi tenedor.

—*Uuuuh*, pues tú tampoco estás bien servida de tetas, que digamos. Podrías pasar por un eunuco —me responde Dani.

—De eso nada, yo me parezco más a una Barbie que a un Nenuco —le digo poniendo cara de presumida.

—Ya no me acordaba de lo entretenido que es vivir aquí —nos dice Sandra divertida.

—Pues eso no lo decías cuando Dani te metía fotos de tíos en pelotas dentro de tu biblia —le dice Adrián.

—Pero si eso da mucha alegría. *Uuuh*, con la tranca del negro se podría haber hecho perfectamente un marcapáginas —dice Dani.

—¿Qué es una *tlanca*? —pregunta Kichimiro.

—No empecemos —le advierto a Dani.

—Una polla como una olla —le responde Adrián.

—¡Adrián! —le riñe Sandra riendo.

—¿Qué? Eso no se puede explicar de manera científica, diciendo 'pene' te quedas corto —le responde él.

Dios... Qué valor tiene Tania de salir con Adrián. Aunque es tan guapo que con eso lo compensa todo, las cosas como son.

—Paso de vosotros, me voy al sofá a culturizarme —dice Adrián cogiendo una revista y sentándose espatarrado en el sofá de una plaza, el más solicitado de la casa.

—No me la manosees, que todavía huele a nueva —le advierte Dani—. No me he acordado de decírtelo, pero sales ahí, nena —me dice a mí.

—¿Quién? ¿Yo? —le pregunto sorprendida.

—Sí, en *No me lo puedo creer*, la revista de cotilleo. Ahora sí que puedes decir que ya eres alguien —me contesta con un gesto de hombro muy femenino.

—¿Y qué pone? —le pregunto intrigada.

—No lo sé, todavía no la he leído —me contesta Dani.

Sandra, Mariano, Dani y yo, nos miramos todos con cara de cómico 'Oh', como la de los tontos que se cuelan en un selfie. Corremos hacia el sofá, donde Adrián sujeta nuestro codiciado objeto de interés, y nos agolpamos alrededor de él en el primer hueco que encontramos. Dani subido al respaldo, para hacer honor a su álter ego de pollo, y los demás donde buenamente podemos, porque Adrián está luchando para que no invadamos su espacio vital y no es un contrincante fácil de vencer.

—¡Qué titular más chulo! —me dice Sandra.

—¡Sí! —le digo súper ilusionada.

—*Uuuuh*, qué nivel tienes, contigo a tu artículo está uno de Norma Duval —me dice Dani impresionado.

—Pues claro, nuestra Lola no se merece menos —dice Adrián.

Eso me ha sonado a recochineo...

—Qué cachondos son los *periodistas* españoles. *Milad* lo que dice ahí, “Por el *intelés* te quiero, *Andlés*” —dice Kichiro riendo.

—Ja, ja, ja —reímos todos con él, sin tener ni idea de a qué se refiere.

Hasta que llegamos a la parte del texto que incluye esa frase y se nos borra la sonrisa de la cara de sopetón. A mí a la que más. Por unos instantes me quedo en el sitio junto a mis amigos, intentando asimilar en silencio lo que acabo de leer. Pero enseguida se me hace un nudo en la garganta tan grande que lo único que quiero es irme a mi habitación para poder llorar a gusto. En soledad.

—Lo siento —me dice Adrián mordiéndose el labio.

—No te preocupes, nena. No va a pasar nada —me dice Dani mirándome asustado.

—*Lespira* hondo, oxigena tu lado zen —me aconseja Kichiro pasándome el brazo por los hombros.

—No es para tanto, mañana lo verás diferente. Confía en mí, yo superé enseguida lo del meme de tu padre —me intenta animar Sandra.

Pero yo los oigo como si estuvieran muy lejos y nada de lo que dicen me puede consolar. Giro la cara hacia el balcón, gesto que hago para que no me vean haciendo pucheros, y como veo que fuera está empezando a llover a cántaros, aprovecho para decirle a Sandra mientras me dirijo como una zombi a mi habitación:

—Quédate a dormir. No vayas a irte a casa de mi padre con este tiempo.

Aunque lo digo casi sin voz, porque he llegado a ese punto en el que las lágrimas ya no me dejan vocalizar.

CON 'G' DE GLAMOUR

Guapa, Graciosa y, en ocasiones, Genial, son algunos de los adjetivos con los que sus fans describen a la nueva estrella del maquillaje: Lola Glamour. Esa muñequita pizpireta que nos deslumbra una vez por semana en *Glam and Up*, mientras la observamos maravilladas desde el sofá de nuestras casas pensando: “Yo quiero ser como ella”. Lola, que en realidad se apellida Lozano, nos ha llegado al corazón con sus curiosos consejos y su amor por los cosméticos. Nos ha encandilado con su manera de levantarnos la autoestima, mostrándose siempre positiva e irradiando felicidad, y hasta nos ha convencido de algo que no sabíamos que podíamos ser: *brillantásticas*. Sí, gracias a Lola nos creemos únicas y especiales. Pero en el mundo del glamour, no es oro todo lo que reluce, y tras los destellos de esta *makeup girl* se esconde algo oscuro que desluce su resplandor. ¿Quién os iba a decir que nuestra chispita del pintalabios no es tan Grácil, Generosa y Genuina como nos ha querido hacer ver? Pues nosotros, para eso estamos en *No me lo puedo creer*.

Atentas a estos datos: Lola es pareja de Marcos Díaz —hijo del fundador de Glossy Look—, amiga con derecho a roce de César Salgado —productor de *Glam and Up*—, pesadilla de Clara Hoyos —presentadora del programa— y vendida de las marcas que patrocinan su espacio. Cualquiera menos Glossy Look. Quizá porque, hace tres décadas, la empresa de su novio cometió “un pequeño error” con uno de sus productos, el cual, tuvo desagradables efectos en los rostros de sus consumidoras. ¿Habéis oído a Lola recomendar alguna vez un producto de Glossy Look? Claro que no, porque parece ser que ni ella misma se fía de

utilizarlos. Prefiere hacerle publicidad a marcas como Esther Lauder o Boréal, casualmente, las mismas que hacen posible que César Salgado pueda continuar produciendo *Glam and Up*. Eso es, el mismo César con el que tiene un lío. Por el interés te quiero, Andrés. La tele es cara de hacer, amigas, y a Lola, Glossy Look, no le aporta ningún beneficio. Es un misterio cómo Marcos Díaz le consiente tanta deslealtad, muy bien se lo ha debido camelar.

Pero el lado Gélido y Granuja de Lola no acaba ahí. Si no habéis hecho todavía una búsqueda en Google después de leer parte de esta turbia historia, no hace falta que corráis para visitar Internet. Os lo vamos a contar aquí. Muy a punto estuvo Lola de provocarle una enfermedad a Clara Hoyos, cuando a sangre fría contaminó su barra de labios preferida con heces de perro. Dicen que era de raza mini, pero el olor que inundó el plató indica otra cosa. Algo muy propio de alguien de apariencia tan cándida como ella, ¿verdad? La educación de Lola no es digna de admirar, posiblemente, porque sus padres no han sido los más indicados para dársela. Echad un vistazo en YouTube y entenderéis de qué os hablamos... Ah, y de paso, fijaos en la horrible expresión de la madre de Lola gritándole a su padre. Se abren las apuestas, ¿utilizaría ella también hace treinta años esa crema maldita de Glossy Look?

Hasta aquí lo que se daba, amigas. ¿Qué cara se os ha quedado? Apostamos a que una de “¡No me lo puedo creer!”.

Nunca había tenido tan pocas ganas de que llegara el viernes. Siempre los espero con mucha ilusión, sabiendo que voy a ver a Marcos, pero hoy es diferente. Tengo miedo de lo que me vaya a decir. Aunque le llamé lo antes posible para contarle lo de la revista, no siento que me haya quitado un peso de encima. Al contrario, me he quedado muy preocupada porque su reacción ha sido extraña. Un poco fría y profesional. Él ya sabía lo que había pasado y Glossy Look se había puesto manos a la obra para intentar arreglarlo. Claro está que en lo que están trabajando no es en defenderme a mí, sino en limpiar la imagen de la empresa. Yo soy la causante del problema, aunque sea de manera indirecta, y lo importante para los directivos de Glossy Look no soy yo. En el mejor de los casos, ahora me verán como una amenaza para el prestigio de la marca. Me siento tan mal por ello, por poner a Marcos en este aprieto, que tengo el estómago hecho un nudo y la cabeza en todas partes menos aquí. Ni siquiera me consuela oler mis cremas hidratantes preferidas, me he recorrido toda la tienda abriendo botes y no ha funcionado lo más mínimo. Estoy hecha un manojo de nervios, no quiero que lleguen las nueve para no tener que hablar de esto en persona con Marcos.

—Sandra, voy a tomar algo aquí al lado. ¿Quieres que te traiga un café? —le digo, decidiendo que me puede ir bien tomar un poco el aire.

—No, gracias, estoy bien —me responde.

—¿Podrás apañártelas sola un rato? —le pregunto viendo que entra más gente a la tienda.

—Sí. La cuestión es si podrás apañártelas tú. Tienes la nariz llena de crema y un salva-slip pegado a la manga de tu jersey —me dice señalándolo.

—Oh —exclamo sorprendida.

Se me ha debido de pegar antes al revolver en mi bolso. Es que llevo tantas cosas ahí dentro que nunca encuentro nada. Una vez provoqué una cola tan grande en el supermercado, mientras buscaba mi monedero, que hizo que a una señora se le pasara de fecha un salchichón que llevaba en su cesto. O eso dijo ella, para mí que ya estaba caducado cuando lo cogió.

—¿Quieres que vaya yo a la cafetería y te traiga algo? Me da miedo lo que te pueda pasar por el camino, hoy estás más despistada de lo normal.

—No, no. Necesito despejarme un poco —le contesto poniéndome mi anorak.

La que fue a hablar, la misma que lleva días en las nubes, y yo conozco muy bien el porqué. Pero me alegro por ella, de verdad. Mariano Kichiro y Sandra se quedaron los últimos levantados la noche que cenamos todos juntos en casa, riendo y charlando en el salón, y desde entonces no paran de mandarse mensajes. Sandra no me lo ha contado, pero por la forma que se esconde para mirar su móvil sé que es así. A mí no me molesta lo que está haciendo. ¿Cómo podría? De hecho, es lo que quería, su ilusión con Yakisoba me da mucha tranquilidad respecto a lo de mi padre. Al menos, algo en mi vida marcha bien, aunque sea de manera retorcida. Mírala, en cuanto he salido por la puerta se ha puesto corriendo a “guasapear”. *Hm...* Qué granujilla es. No creo que eso se lo haya enseñado el cura de su parroquia...

Mientras camino por la calle de camino a la cafetería, la gente con la que me cruzo me mira de reojo. ¿Es que todo el mundo ha leído el dichoso artículo? ¿Por qué no irán a la biblioteca y cogerán algo culto para leer? Como ese libro tan famoso, *El Lazarillo Deforme*. Dicen que se desconoce el autor, pero no debe ser difícil encontrarlo por el título porque mi sobrina lo tiene. ¿De qué irá? No parece que tenga ninguna discapacidad en el anuncio del queso...

—Mira, es la de la tele —le dice una chica a otra cuando pasan por mi lado.

Y yo me giro amenazante, porque oigo que están cuchicheando a mis espaldas y eso no me hace gracia. ¿Qué estarán diciendo de mí? Seguro que han leído todas esas mentiras que Clara ha filtrado a *No me lo puedo creer*. Jolines... Sé que se lo prometí a César, pero no sé si voy a ser capaz de soportar esta situación.

—Ponme una tila triple con sacarina y dos cruasanes de chocolate, por favor —le pido amablemente a la camarera, antes de dirigirme a una mesa del rincón de la cafetería.

Pero intentar esconderme no me sirve de nada. Mientras ando hacia allí todo el mundo me observa. Algunos con descaro y otros con algo de disimulo, pero está claro que soy el centro de atención. Así que me giro de repente hacia ellos, con cara de mala leche, y entonces la gente aparta la mirada de mí. Fisgones sin corazón... Ya me gustaría a mí saber qué secretos tienen ellos escondidos por ahí. Seguro que son mucho peores que los míos. Al menos, lo que se ha publicado sobre mí es mentira. Bueno, lo de la caca de perro es verdad, pero ya quisiera verlos en mi lugar. A ver quién de ellos aguantaría sin parpadear a esa estúpida de Clara. ¡No! Ahí está la revista maldita... Voy a esconderla antes de que a alguien más le dé por leerla.

Me levanto de mi silla y miro hacia todos lados con recelo. Ando de lado lentamente hasta el cesto de la prensa, poniéndome a silbar. Pero noto que la musiquilla que emito atrae miradas de nuevo hacia mí y entonces toso para disimular. “¡Qué asco de pinos, cómo sueltan polen!”, exclamo a pesar de que estamos en invierno. Entonces, meto la mano en el cesto sin quitarle la vista a mi público, pongo la revista detrás de todas las demás, y mientras tanto saludo con la mano que tengo libre. Alguien me devuelve el gesto tímidamente con cara de “¿me lo dices a mí?”. Pero el resto, o bien pasa de mí, o cuchichean entre ellos riendo.

—Aquí tienes —me dice la camarera sirviéndome mi merienda.

—¿Hace falta que me mires así? —le digo enfadada.

—Así, ¿cómo? —me pregunta ella asustada.

—Como si hubiese matado a un gatito —le respondo, lanzándole una mirada asesina.

—Lo siento... —me dice yéndose rápidamente con su bandeja.

—¡Qué miráis! —les digo a dos mujeres mayores que hay sentadas cerca de mí, poniéndome a la defensiva.

Con lo que consigo que todo el mundo vuelva a mirarme y eso me pone tan nerviosa que en vez del cruasán mojo mi teléfono en mi tila.

—¡Tía, Sandra nos ha dicho que estabas aquí! —me dice Tania a grito pelado, entrando en la cafetería con Melania.

—*Shhhh* —les digo mirando a mi alrededor.

No quiero seguir llamando la atención y, me huelo que con ellas aquí, eso ahora será imposible.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Melania preocupada, sentándose con Tania en mi mesa.

Movimiento, ese, precedido de taconeos, arrastre de sillas y grandes bolsos que se mueven por encima de la mesa y que no me dejan espacio para merendar. Además de tener que sufrir sacudidas de abrigo y bufandas que ninguna de las dos sabe dónde colocar. Tania y Melania me dejan encajonada con tanto equipaje por medio y siento como si me faltara el oxígeno.

—Revista —les digo como si fuera una clave secreta.

—Ah... —dice Melania con cara de nada.

—Ya... —dice Tania con la misma anodina expresión.

—Todo el mundo lo sabe —les digo bajito, volviendo a mirar hacia los clientes de la cafetería.

—Sí... —susurra Tania mirándome con interés.

—Eso... —añade Melania en el mismo tono, mirando después a Tania.

—La gente me juzga —les digo, escurriéndome un poco hacia abajo en mi silla.

—Qué total... —dice Tania.

—¿¡Por qué hablamos así!?! —pregunta Melania a gritos.

—¡*Shhhh!* —vuelvo a decirles, para que bajen el volumen.

—¿Qué pasa con la revista? —me pregunta Melania bajando la voz y acercando su cara hacia mí.

—Lo que tenía que pasar —le respondo.

—Ah —dice Tania asintiendo convencida.

—Bueno, las cosas pasan y cuando pasan ya han pasado —dice Melania.

—Tía, qué profunda... —le dice Tania con admiración.

—No sé cómo va a acabar esto —digo negando con la cabeza, cabizbaja.

—Nadie de nosotros sabe adónde nos dirigimos —dice Melania.

—Ni si allí habrá un spa —añade Tania.

—La gente es cruel y ni siquiera se molesta en saber la verdad antes de opinar —digo llorosa.

—La gente es gente, ¿no es verdad? —me dice Tania, apretándome la mano sobre la mesa.

—Pues... supongo —le contesto confusa.

—Puede que sea así —dice Melania pensativa.

—¿De qué estamos hablando? —pregunta Tania extrañada.

—Y yo qué sé —le responde Melania.

Madre mía, llevamos aquí un rato dale que te pego con el tema y ahora resulta que no tienen ni idea de lo que va.

—Me refería a lo que dicen de mí en *No me lo puedo creer*. Toda esta gente lo ha leído y por eso me miran de esa manera —digo poniéndome las manos sobre la cara, sintiendo que voy a llorar.

Pero, entonces, noto algo resbaloso en la palma de mis manos y al retirarlas veo que me las he manchado de algo blanco. Intrigada, cojo el servilletero metálico para mirarme y en ese momento descubro por qué todo el mundo me mira. Tengo la nariz blanca, llena de crema hidratante, y llevo una plumilla roja pegada que se levanta ligeramente cuando suelto el aire al respirar. ¡Qué hace eso ahí! Se debe de haber escapado del relleno de mi anorak...

—Nos sabía mal decírtelo —me dice con timidez la señora a la que he gritado antes.

—Claro —le respondo sonriendo cortada.

—Pensábamos que era alguno de tus efectos de maquillaje —me dice Tania cohibida al ver que las miro boquiabierta.

—¿Esto? ¿Un efecto de maquillaje? —pregunto asombrada.

—Pues... entonces supongo que esa cosa que tienes ahí tampoco es un nuevo modelo de *smartphone* —me dice Melania, señalando encima de la mesa.

—¿¡Qué!?! —digo sorprendida, mirando a lo que se refiere. El mando del aire acondicionado de mi tienda—. ¿Si? —pregunto cogiéndolo y poniéndomelo sobre la oreja para disimular—. No,

gracias, estoy contenta con mi compañía telefónica. ¡Le he dicho que no! —grito para hacer más real mi conversación.

—Cuelga ya, tía, que se te enfría la infusión —me dice Tania.

—Disculpen ustedes, pensaba que me miraban por otra cosa —digo poniéndome en pie nerviosa, para después sentarme rápidamente.

Aunque, antes de eso, he hecho como si leyera un WhatsApp en mi mando a distancia, he soltado una carcajada para hacer ver que era un mensaje muy gracioso, y luego lo he metido en mi bolsillo. Todo muy natural. Por favor, que vergüenza... ¿Cómo me he podido llevar esa cosa? ¿Y tampoco me había limpiado la nariz? Dios mío, estoy tan nerviosa por lo de Marcos que estoy perdiendo la cabeza.

—¿Qué decías de una revista? —me pregunta Tania.

—¿Qué revista? —le pregunto completamente bloqueada.

—La que nos acabas de nombrar —me responde Melania.

—Ah, ya, la revista —digo mientras me refriego la frente agobiada.

Porque en ese momento me doy cuenta de que, por desgracia, he dado mil pasos atrás. Hacía tiempo que no tenía estos despistes tan tontos, ni tampoco que sentía tanta inseguridad, y veo que he vuelto a ser la misma idiota de siempre. Qué frustración... Por mucho que me esfuerzo, no consigo cambiar. Se me agota la esperanza.

—Hola —saludo a Marcos sonriendo nerviosa, entrando en la cocina de su piso.

—Hola —me responde él mientras abre una cerveza.

—Qué frío hace, ¿no? —le comento, por decir algo.

—No. Pero si tú tienes, enciende la calefacción —me responde.

—No, no hace falta —le digo mirando hacia todos lados incómoda.

—¿Quieres una? —me pregunta levantando su botella en el aire.

—Uh, oh —respondo negando con la cabeza.

Qué situación más rara, no sé qué decir. Hasta me da miedo acercarme a él para darle un beso, porque no sé si está enfadado conmigo o no, y me horroriza pensar que me pueda rechazar. Aunque no sé por qué me siento así, yo no he hecho nada malo.

—No me has dado un beso —me dice Marcos acercándose a mí.
Ah, bien. Qué alivio.

—Se me ha olvidado —le contesto dándome un pequeño tortazo en la frente, haciéndome un poco la graciosa.

—No hace falta que te comportes así, como si fuera un extraño. No te voy a morder —me dice después de darme un beso, demasiado fugaz para mi gusto.

Ahí lo tengo, no me voy a escapar de pasar por este trance que me tiene tan nerviosa. Marcos está igual de raro que cuando hablamos por teléfono. Medio él, medio hombre de negocios, y no me siento cómoda en esta situación. Yo sólo soy una chica de barrio que ha tenido un golpe de suerte con su negocio. Me vuelvo a sentir muy poca cosa al lado de él.

—¿Qué tal va en Glossy Look? —me atrevo a preguntarle, aunque me tiembla un poco la voz—. Siento mucho lo que ha pasado con lo de la revista, supongo que... Bueno, que tu padre estará que trina —le digo con el estómago encogido.

—Pues no está contento. Pero no te preocupes, sabe que no es culpa tuya —me dice mientras vamos de camino al salón.

Oh... ¡Menos mal!

—¿Y qué ha pasado? Me dijiste que estabais solucionándolo. ¿El tema es grave? —le pregunto asustada, sentándome con él en el sofá.

—Depende de cómo lo mires. Hemos mandado un comunicado a los medios explicando que lo de la crema fue un error de laboratorio que no podíamos prever. Hace años no se conocía el efecto de algunos componentes y uno resultó provocar alergia en algunas consumidoras. No fue para tanto ni como lo cuentan, el producto se retiró enseguida del mercado —me explica Marcos—. Pero, de todas formas, tendremos que hacer una campaña de publicidad para contrarrestar el efecto de la noticia. No podemos permitir que se desconfíe de nuestra marca —me termina contando, en un tono muy profesional.

Qué hija de su madre. La muy arpía de Clara decía que esa crema, poco menos, te dejaba la cara paralizada. Espero que en Glossy Look puedan parar el bulo lo antes posible.

—No sé de dónde han sacado esa información sobre la crema, Marcos, yo ni siquiera la conocía. Clara me odia y no sabe qué hacer para dejarme en mal lugar. Ha hablado con esa revista y le ha contado mentira tras mentira, sólo para hacerme sufrir. También se ha inventado que me acuesto con César para que tú y yo nos peleemos. Está celosa de mí y disfruta haciéndome la vida imposible. No sé, esto es de locos... —digo angustiada.

Después, me pongo a jugar con mis dedos inquieta, con la vista clavada en mis manos. Pero Marcos tarda mucho en hacer lo que espero, que me consuele, y entonces me huelo que eso no es lo que va a hacer. Está mirándome en silencio con esa expresión tan profesional que siempre me intimida.

—Deja el programa —me dice sorprendiéndome.

—¿¡Qué!? —le pregunto ojiplática.

—Hace poco me dijiste que lo harías si te lo pedía. Sé que en aquel momento no me lo decías en serio, pero ahora es el momento de que te lo plantees de verdad —me dice mirándome seriamente.

—¿Por qué? —le pregunto asombrada.

—¿Por qué? —me pregunta él, como si tuviera que saberlo—. Lola, la televisión no te está trayendo nada bueno. Ha hecho que te alejes de tu familia, a la gente con la que trabajas no le importas nada, y nuestra relación está pasando por un momento que nunca habríamos imaginado. ¿Te parece poco todo eso? —me pregunta.

—¿Qué le pasa a nuestra relación? —le pregunto asustada—. Hemos discutido un poco últimamente, pero eso le pasa a todas las parejas.

—No es porque hayamos discutido. El problema es que la televisión está afectando a nuestra relación, ya no es sólo tuya y mía —me dice.

—Lo sabía, no te fías de mí. Crees que me acuesto con César —le digo comenzando a enfadarme.

—No es que no me fíe de ti, no me fío de él —me responde poniendo énfasis en esa palabra.

—¿Y por eso debo dejar la televisión? ¿Porque estás celoso? —le digo indignada.

—Yo sólo intento protegerte —me contesta.

Sí, ya. Pues no me lo creo.

—Sé defenderme sola, Marcos, así que no hace falta que te metas en mis cosas. Yo sé muy bien lo que hago —le suelto.

—Resulta que tus cosas son mis cosas, te olvidas de lo que acaba de pasar con esa revista —me dice Marcos empezando a subir el tono.

—Claro, lo más importante del mundo para ti es Glossy Look. Ahora lo entiendo. Te da igual que yo pierda la oportunidad de mi vida, porque tú naciste entre algodones y siempre has sabido que todo te iba a ir bien. Hagas lo que hagas, tendrás a tu padre cubriéndote las espaldas. Ni siquiera hace falta que trabajes, la empresa un día será tuya y alguien la dirigirá por ti —le digo con un poco de desprecio.

—¿Qué estás diciendo? —me pregunta medio enfadado, medio asombrado.

—Lo que has oído —le digo envalentonándome—. Mira, estoy pensando que deberías dejar tu trabajo. Viviremos aquí y asunto solucionado —le digo con decisión.

—Sabes que no puedo hacer eso. Y no desvíes el tema, el problema ahora es ese programa de televisión —me responde.

—Ah, ahora vivir juntos ya no es importante —le digo dolida.

—No parece que lo haya sido para ti —me lanza, como un dardo que me da en toda la frente y me despeina el flequillo.

Uy, uy... qué camino más equivocado está cogiendo esta discusión. Desde el primer momento, temía que algo se torcería si ponía toda mi energía en Lola Glamour, pero tenía la esperanza de que Marcos lo entendería y veo que me he equivocado. Sé que he puesto mi negocio por delante de él, y que eso secretamente le ha podido doler, pero hace poco me dijo que me esperaba y de repente todo ha cambiado. No me entra en la cabeza que por unos rumores malintencionados me esté pidiendo que lo deje todo, con lo que me ha costado conseguirlo. César tenía razón: a veces, la gente que acabas de conocer, te comprende mucho mejor que quien ha estado siempre a tu lado.

—Si no eres capaz de soportar un poco de crítica, de gente estúpida que no conoces, es que en realidad no quieres lo mejor para mí —le digo, repitiendo el consejo que me dio César.

—Te estás equivocando —me advierte Marcos.

—Pues déjame que me equivoque sola —le digo armándome de valor.

—Muy bien. Nunca más voy a volver a sacarte el tema, tú sabrás lo que haces —me dice como si me estuviera sentenciando.

Y eso me da tanta rabia que si en algún momento de esta conversación había dudado mínimamente si me estaba equivocando, ahora lo tengo claro: tengo la razón. Yo no he hecho nada que no debiera, tengo derecho a tomar mis propias decisiones y mi trabajo es tan importante como puede serlo el de Marcos. Quizá el mío lo es más, porque yo he salido de la nada y he llegado a donde estoy con muchos menos recursos que él.

—*Glam and Up* organiza una fiesta el sábado que viene. Invitarán a gente conocida y han convocado a la prensa. ¿Me vas a acompañar? —le pregunto retándole.

—No. Después de lo que ha pasado, no puedo ir. Es mejor que Glossy Look se mantenga al margen de esto, y ahora todo el mundo lo relaciona conmigo. No puedo dejar que se me vea allí —me responde, haciendo que me entre un tembleque en las piernas.

Ya es oficial, no me va a apoyar en nada relacionado con *mi* trabajo. Necesita ser la única persona que triunfe en nuestra relación, el gallito del corral, y por eso no quiere que me vaya bien. Maruqui tenía razón, los hombres no soportan que los supere una mujer.

—Pues supongo que entonces no hace falta que vengas a Barcelona el fin de semana que viene. Yo estaré ocupada —le digo con un nudo en la garganta.

—Pero podrías ir tú a verme a Madrid el domingo. Sólo son algo más de un par de horas de viaje. Tampoco te pongas en ese plan —me responde Marcos.

—Claro. Iré a verte —le digo, girando la cara para que no me vea llorar.

No voy a ir mañana a Madrid. Llamaré a Marcos y le diré que me he quedado dormida, que la fiesta acabó muy tarde y que no me encuentro bien. Me ha sentado fatal que no quiera acompañarme, como van a hacer las parejas de todos los miembros del equipo, y después de la discusión que tuvimos la semana pasada estoy muy dolida con él. Quiero demostrarle que no soy la chica influenciable y tonta que todo el mundo piensa que soy. Sospecho que él mismo incluido. Tengo la oportunidad de hacerme valer y no la pienso desperdiciar. Estoy tan harta de que me den consejos como si yo no fuera capaz de saber qué me conviene... Desde que Lola Glamour empezó a remontar sólo he tenido quejas de mi gente más cercana, la misma que se supone que me quiere, y me duele que parezca que les dé rabia que sea feliz. Me siento muy sola, pero les voy a demostrar que no necesito la ayuda de nadie. Haré oídos sordos a sus consejos y a sus predicciones pesimistas, eso es lo que voy a hacer. Ignoraré a la gente que no me permite avanzar. Seguro que Vera me daría la razón con alguna de sus citas de filósofos. ¿Dónde está cuando la necesito? No me coge el teléfono... Seguro que está con Leopoldo, el niño ese tan raro.

—*Uuuh*, qué elegante te has puesto, nena. Con ese vestido no hay quien te tosa —me dice Dani entrando en mi cuarto y apoyándose en el marco de la puerta para observarme.

—Chulo, ¿eh? Y me lo he pagado yo misma, de mi bolsillo —le digo poniéndome muy erguida.

La verdad es que es un vestido muy elegante, sí que lo es. Parezco una “señorita bien” de los años cincuenta. Voy entallada a

más no poder, sexy enseñando tan sólo las pantorrillas, y llevo unos taconazos de aguja con los que podría matar vampiros, apuñalándolos en el corazón. Será mejor que nadie me haga enfadar esta noche.

—Vaya, la chochete se ha hecho mayor. Ya no necesita la tarjeta de crédito de papá —me responde Dani a mi comentario, me parece que con recochineo.

—Si te refieres a Marcos, no me hace gracia que le llames así. Yo nunca me he aprovechado de él —le contesto ofendida.

—Pues tú eres tonta. Anda que iba yo a dar palo al agua si Rony me pudiera mantener. Con un sueldazo en casa basta, es una cuestión de números —dice Dani mirándose desafectado la uñas.

Nadie me entiende, qué le voy a hacer.

—¿Has venido para piropearme o para ponerme de mala leche? Ya no lo tengo claro —le digo con ironía.

—Ninguna de las dos cosas, estoy haciendo tiempo porque Kichiro está plantando un pino y no puedo entrar al cuarto de baño para ducharme —me responde Dani—. Bueno, supongo que lo que plantará él será un bonsái... —añade pensativo.

—Pues espera fuera, mi habitación no es la sala vip de un aeropuerto —le digo para que se vaya.

—No hace falta que lo digas, aquí hace falta una buena mano de pintura. *Uuuuh*, qué mancha más grande hay ahí, parece el Ecce Homo que restauró aquella pobre mujer —me responde señalando a la pared de mi tocador.

—Te equivocas, eso es una pintura rupestre —le digo riendo, aunque tampoco tengo demasiado claro que se parezca a una pintura de Rupert.

En realidad es una mancha de laca. Pero, ahora que la miro, sí que parece una cara. Qué artista estoy hecha. Por cierto, quedaría muy bien si le perfilara un poco los labios y le pusiera unas pestañas postizas. Se parece un poco a mí...

—Menos mal, parece que aún te acuerdas de cómo reír. Llevas unos días que pareces un guardia civil, da miedo hablarte —me echa en cara Dani.

—Bueno, tengo unos de esos días —le digo mientras compruebo que lo llevo todo en mi bolso.

—Te entiendo, yo también estoy con la regla —me dice Dani.

—No he dicho que tenga la regla, no seas tan machista. Sólo digo que estoy pasando unos días malos —le digo disgustada.

—Ay, nena. ¿Ves? Estás que no se te puede hablar. Ya ni siquiera sigues las bromas —me dice impaciente—. ¡Kuchi-kuchi, levanta ya del trono, que se te ha pasado el reinado! —le grita a Yoko Ono mientras sale de mi habitación.

—*En un país multicolóoooo, nació una abeja bajo el soooooo* — se le oye canturrear a nuestro amigo japonés desde el lavabo.

Qué feliz vive este hombre. Le das un váter y un cepillo y se monta un karaoke.

—*Pssst, pssst* —me llama Dani desde la otra punta del pasillo, cuando estoy a punto de llegar a la puerta para irme.

—¿Qué quieres ahora? —le digo agobiada.

—*Uuuuh*, qué humor —me dice cruzándose de brazos con desagrado—. Se me ha olvidado contarte que Kichiro tenía un chupetón en el cuello anoche —me susurra.

Oh...

—¿Si? —le pregunto asombrada.

—Para mí que se lo ha hecho Sandra, porque era muy raro. Tenía una forma así como angelical —me informa, mirando un instante hacia la puerta del lavabo—. Eso me lo acabo de inventar, nena, pero llegó muy tarde y olía a Heno de Pravia, la colonia de Sandra.

—Vaya —digo encogiéndome con una risita.

—¿Te hace gracia que se la esté pegando a tu padre? —me pregunta Dani sorprendido—. *Uuuuh*, cuánto has cambiado desde que eres una celebridad. Quién te ha visto y quién te ve —me dice poniéndose la mano sobre el pecho.

—Dani... —le digo echando un vistazo al fondo del pasillo—. Mi padre está liado con mi madre —le confieso al ver que no hay monos en la costa. O lo que sea que habite allí.

—*Uuuuuuuuuuuuh* —exclama Dani asombrado—. Qué modernidad, están haciendo intercambio de parejas —me dice entusiasmado.

—Eso parece. —¿Eh...? Si mi madre no estaba enrollada con Kichiro—. Resulta que al final los menos modernos de esta casa

somos tú y yo —le respondo.

—Habla por ti, a mí no me metas en tus conclusiones —me replica mientras se aparta el flequillo de la frente con mucha finura.

—Me voy. Ya hablaremos mañana —le digo abriendo la puerta.

—Pásatelo bien, nena. Te lo mereces —me despide Dani, provocando que me sienta mal por haberle hablado tan mal antes.

Y también porque me asusta pensar que tenga razón, que yo esté cambiando para mal y no me haya dado cuenta. Pero no quiero pensar en eso, tengo que ser más resuelta y prepararme mentalmente para deslumbrar. *Glam and Up* y esos invitados tan importantes me esperan.

—¿Podría dejarme en la misma puerta, por favor? —le digo al taxista, cuando nos acercamos al local en el que se celebra la fiesta.

Quiero hacer una entrada como creo que me merezco. ¿Qué clase de estrella sería si tuviera que andar toda una manzana? He visto muchos eventos como este en la tele y sé que debo hacerlo así.

—No puedo dejarla en la puerta, hay un contenedor de basura —me responde el taxista.

—¿Y no lo puede empujar un poco? —le pregunto, echándome hacia adelante en mi asiento para divisarlo mejor.

—¿Quién se cree usted que soy? ¿El del camión de la basura? —me pregunta el taxista ofendido.

—Y yo qué sé a qué se dedica, no le conozco —le respondo subiendo un segundo los hombros.

—¿Qué pone aquí? —me pregunta señalando su licencia en el salpicadero.

—Está muy lejos, no lo veo bien —le digo entornando los ojos—. Pero me parece leer... Raimundo Pérez Carretero.

—Ahí no, más arriba —me dice el señor.

—San Cristobal, patrón de los conductores —leo en voz alta.

—¡Ahí, no! Más abajo —me indica el taxista.

—Precaución, amigo conductor —le vuelvo a leer.

—Un poco a la derecha —sigue insistiendo.

—Kleenex. Ochenta pañuelos de triple hoja —le leo diligente.

—Más a la izquierda —me dice señalando con su mano en el aire.

—Caramelos Halls —le digo empezando a aburrirme del juegucito.

—¡Bájese ya! —me grita entonces el taxista impaciente.

—¡Eh, oiga, no me hable usted así! —le respondo sintiéndome humillada—. Ahora no pienso darle propina —le digo alzando la barbilla.

—¡Quédesela y cómprese una brújula! —me dice haciendo aspavientos.

—¡Y usted ordene el salpicadero, que tiene mucha porquería ahí! —le respondo indignada, antes de dar un portazo al salir del taxi.

Será borde... Ya me ha hecho empezar la noche con mal pie.

Oh, ahí está Clara. Qué creída es, la gente la está saludando y ella anda ligera sin hacerles caso, sacando culo y con el cuello muy estirado. No sé cómo tiene fans, sus seguidoras deben ser tan estúpidas como ella.

—¡Hola, guapos! —digo a mi público sonriente mientras me dirijo a la entrada, saludando con la mano con gracia.

Al pasar por el lado de Clara le doy un empujón con el hombro para quitarla de en medio. Cosa que hace que ella me mire asombrada, mientras intenta recuperar el equilibrio. Pero a mí no me importa que esté a punto de caerse, así sabrá que estoy en pie de guerra y que no me pienso acobardar. Queda avisada por Lola, la *makeup girl* vengadora.

—Por fin, aquí está mi Cupcake —me dice César, sofisticadamente trajeado al pie del *photocall*.

—¿Me estabas esperando? —le pregunto haciendo una reverencia súper chuli.

—Siempre —me contesta cogiéndome la mano con galantería—. Espera, ahí viene Clara —me dice entonces.

—Ah, qué bien —le respondo borrando la sonrisa de mi cara.

Entonces, los tres subimos el escalón del *photocall*, lleno de logos de marcas de cosméticos que me hacen recordar el tema innombrable: el artículo de *No me lo puedo creer*. Y siento tanta rabia pensando en todo lo que me ha hecho Clara que me dan ganas de darle una patada en el culo y tirarla abajo. Pero esto está

lleno de fotografías y por muchas ganas que tenga de vengarme de ella no puedo hacer algo así, esa no soy yo. Aunque, ahora mismo, ya no sé quién soy. Me han pasado tantas cosas y he pasado por tantos estados de ánimo diferentes que ya no sé cuál es la verdadera Lola.

—Poneos una a cada lado —nos dice César, cogiéndonos a Clara y a mí por la cintura y poniéndose en medio de las dos—. Y no contestéis a ninguna pregunta —nos dice entre dientes para que no le oigan.

—No te preocupes, no tengo nada que decir —dice Clara con cara de aburrimiento.

—Ni yo —digo mirando hacia otro lado con altivez.

Cuando los flashes de las cámaras comienzan a disparar, paso la mano detrás de la espalda de César, hasta llegar a la parte trasera de la cabeza de Clara, y sin pensármelo dos veces hago los cuernos con los dedos por encima de su coronilla. Estoy deseando que publiquen estas fotos. Ji, ji. Estoy tan sedienta de venganza que cualquier acción malvada me parece poca en este momento. Si no consigo hacerle algo bien gordo, al menos me consolaré haciéndole pequeñas faenitas.

—¿Habéis arreglado vuestras desavenencias? —nos pregunta algún periodista por ahí, mientras nos hacen foto tras foto.

—¿Qué piensa Marcos Díaz de tu traición? —me preguntan al fondo.

—¿Es verdad que *Glam and Up* nunca estaría dispuesto a patrocinarse por Glossy Look? —siguen preguntando.

—¿Te avergüenzas de tus padres? —me preguntan sin ningún tacto.

—¿Qué? —exclamo patidifusa.

—No hagas caso —me susurra César.

Por favor, ¡qué desagradable es esto! Con la ilusión que me hacía estar en un *photocall*. Qué fastidio, por mucho que intento tener una actitud positiva, nada me sale bien. Parece que esté gafada.

—Los rumores sólo son rumores y vosotros ya deberíais saber la respuesta a todas esas preguntas. Sois periodistas y tendréis vuestras fuentes. O eso espero, por vuestro bien —le contesta César a la prensa, guiñándoles un ojo con encanto.

Eso parece que los ha dejado callados, menos mal. Se han quedado con cara de confundidos. Por suerte, no he tendido que hablar; no sabría qué haberles contestado a esas preguntas tan incómodas. Pero César lo ha hecho por mí con mucho desparpajo. Con esa indirecta los ha dejado cortados.

—Ya me he cansado de tanta foto. A mí no me pagan por posar —dice Clara largándose, taconeando rápidamente en dirección a la barra.

—Menos mal que te tengo a ti —me dice César con cara de resignación.

—Y yo. Menos mal que estás conmigo —le respondo poniéndome triste.

Quién me iba a decir que César sería la única persona en la que me podría apoyar. Gracias a mi familia, a mis amigos y a Marcos, me siento como una huerfanita a la que han dejado abandonada en la puerta de una iglesia. Llena de mocos y con el pañal sucio. Por cierto... ¡no me he puesto bragas! Ya decía yo que notaba fresquito por ahí abajo, si es que voy “conejeando”. Encima llevo medias de ligero y no me tapan el tema en cuestión. ¡Qué incomodidad!

Cuando me mezclo entre los invitados —andando con las piernas muy juntas porque me siento rara con el plumero al aire—, pierdo a César de vista y noto que hay gente que me echa miraditas. Beben de sus copas mientras charlan pero, a medida que me detectan, empiezan a cuchichear. Me queda claro que la mayoría ha leído esa revista. Hoy creo que no llevo nada ridículo que me haya pasado desapercibido, excluyendo lo de las bragas, pero eso nadie lo puede saber. Así que me imagino que la cosa no va por ahí, sino por el tema de lo fría y mala persona que se supone que soy. Estoy comenzando a sentirme muy cohibida entre esta gente y casi me dan ganas de salir corriendo. Pero intento tranquilizarme y hacerme la valiente, porque creo que me he ganado mi sitio aquí. No quiero que Clara se salga con la suya.

—No hace falta que me mires así, yo tengo tan pocas ganas de estar aquí contigo como tú —me suelta Clara acercándose a mí.

—No te estaba mirando. Y a mí no me hables —le respondo girándole la cara.

—Eres muy rencorosa. Deja ya el tema y sigue con tu vida —me dice cruzándose de brazos.

Pero, ¿cómo puede tener tanta cara? ¿Se piensa que después de lo que me ha hecho me voy a retirar sin más?, ¿que voy a dejar que se vaya de rositas? Mira lo que te hago, idiota, te estoy retorciendo esa nariz postiza que tienes y también te he metido un calcetín sucio en el bolso. Ja, ja. Sólo me lo estoy imaginando, pero lo disfruto igual.

—Te he dicho que no te *ajunto* —le digo sin mirarla.

—¿Por qué? ¿Te crees mejor que yo? ¿Piensas que yo no tengo corazón, que a mí no me duele nada? Dejémoslo así y empecemos de cero. Ya no hay razón para que sigamos llevándonos mal —me dice, quitándose la melena de los hombros con expresión arrogante.

¿De qué está hablando? ¿Está borracha, o qué?

—Esto no se acaba cuando tú quieras. Nunca seré tu amiga y jamás te perdonaré lo que me has hecho. Eres una psicópata y te mereces todo lo malo que te pase en la vida —le respondo con odio.

Parece que eso le ha dejado sin palabras, lo he dicho con tanto rencor que Clara se ha echado un poco hacia atrás, y supongo que es porque no esperaba que yo fuera capaz de reaccionar así. Todo el mundo me tiene por una tonta de la que pueden abusar, pero eso se acabó.

—Vale. Me da igual, yo tampoco quiero ser tu amiga —me responde entonces, me da la sensación que algo dolida.

¿Qué le pasa? ¿Ahora se ha convertido en una persona sensible? Está loca, ya lo sabía yo.

—¿Quieres irte ya? Me tapas las vistas —le digo retirándome de ella.

—Te estoy tendiendo mi mano. ¿La quieres, o no? —insiste impaciente, a modo de ultimátum.

—¿Tu mano? Qué asco, a saber dónde la has metido —le respondo.

—Pues vale, luego no vayas diciendo por ahí que la mala soy yo —me sentencia furiosa.

Después, desaparece andando entre la gente y yo me quedo aquí sola un buen rato, sin saber qué hacer. Sonrío y saludo con la

mano desde la distancia a algún invitado conocido, para ver si alguno se acerca y me saca conversación, pero veo descorazonada que a ninguno le importo. Me devuelven el saludo y siguen a lo suyo. Supongo que están tan acostumbrados a la farándula que no les hace ilusión conocerme. A diferencia de lo que me pasa en la calle, aquí sólo soy una más. Esto no se parece en nada a la visualización de la fiesta que Dani y yo hicimos cuando todo esto empezó, cuando publiqué mi primer vídeo en el blog, y me estoy empezando a sentir muy decepcionada con este evento que yo creía casi en mi honor. Me da vergüenza pensar que hace un rato me sentía una estrella. Por favor, qué desilusión...

—¿Qué tal? No parece estar disfrutando —me dice una señora elegantemente vestida, con un cóctel rosa en la mano.

Ahora ya llevo casi dos horas aquí de pie. Empiezo a tener hambre porque con la emoción no he sido capaz de comer algo antes de salir de casa, y me siento muy ridícula al no tener a nadie con quien hablar. Hace un momento me he acercado a un grupito de gente, pero me he alejado enseguida porque me he dado cuenta de que hablaban en alemán. Encima de todo, qué ojo tengo, no doy una. Pero, bueno, al menos parece que alguien se digna a relacionarse conmigo, por fin. ¡Qué bien! Cómo se lo agradezco a esta buena mujer.

—¿No conoces a nadie en este sitio? Parece que hayas aterrizado aquí en medio desde otro planeta —me dice su acompañante, otra mujer vestida de manera impecable que sujeta una copa de vino blanco.

—Hola —las saludo agradecida por su atención—. Sí que conozco a algunas personas, trabajo con ellos —les digo con actitud alegre.

—Pues no lo parece —me dice la primera de ellas, a lo que sonrío sin contestar.

Pero mi sonrisa, por supuesto, es falsa; porque tiene razón. Ni siquiera la gente del equipo parece reparar en mí. Todos van a la suya, como si no me conocieran, y eso me duele mucho aunque intente disimularlo. En vez de estarme agradecidos por haberle dado más audiencia al programa —ese del que ellos comen, no es por

nada— me ignoran como si no existiera. Aunque, ¿qué podía esperar? Pensándolo bien, siempre se han comportado así. Veo que no soy más que la tonta útil para *Glam and Up*. Dios... ¿le estoy dando la razón a Marcos? ¡No, por favor! ¡No quiero pensar en esa posibilidad!

—Este mundo es muy superficial. Te pasas la vida de fiesta en fiesta, pero sólo te invitan por interés —me dice la mujer de la copa de vino.

—Ya... —digo mientras pienso aturdida.

—Mira aquella de allí, ¿no es la cantante que han pillado con el marido de la diputada? Ya me dirás qué hace aquí —le dice la señora del cóctel a la del vino.

—Pues qué va a hacer, darle expectación a la fiesta. Es una manera de llamar la atención de los medios de comunicación. Hija, pareces nueva —le contesta la otra.

—¿Estás insinuando que a mí me han invitado porque mi marido es un controvertido *bestseller*? No me hagas pensar mal —le dice su amiga con sarcasmo.

—Al menos a ti no te invitan para sacarte el dinero. Si piensan que mi empresa va a costearles el programa, van listos —le contesta riendo la anterior.

—Qué maleducados, eso está muy feo —le digo asombrada a la señora.

—¿Pero, de dónde has salido tú? —me responde ella, mirándome como si fuera un inocente bebé.

—De... un descuido de mis padres —le respondo al no saber qué contestar.

Estoy alucinando con estos comentarios y con todo lo demás. Llegados a este punto, estoy viendo este evento de una manera muy desagradable. La fiesta es un asco, después de tanto rato aquí de pie me siento más sola que nunca, tengo frío por ahí abajo y además me duelen los pies. Ya no sé si quiero formar parte de este teatro. Mire donde mire, sólo veo postureo y falsedad. Y entonces me pregunto, ¿merece la pena que yo esté así de mal por un ratito de gloria? Una gloria que no parezca que tenga, todo hay que decirlo. Si ni siquiera se darían cuenta de que no estoy, me juego mis pestañas postizas a que sería así. Ya me han hecho las fotos

que querían y supongo que mi trabajo de hoy ya ha acabado con eso. No esperan más de mí.

—Bébetelo eso rapidito y pídetelo otro vino, por lo menos les haremos gasto —le dice la del cóctel a la otra riendo.

—¿A qué te piensas que he venido? Y la semana que viene tengo un mercadillo solidario, me pienso poner morada de churros —bromea la del vino.

—Yo llevo dos meses sin llenar la nevera, ya no sé para qué quiero una cocinera —añade la del cóctel.

No me lo pienso más, creo que me voy.

—Encantada de conocerlos —les digo a las dos señoras despidiéndome de ellas, intentando disimular mi frustración.

—Que te vaya bien, nena. Porque me da la impresión que eres como un pollito rodeado de tiburones. No creo que estés hecha para esto, seguro que tú vales mucho más —me dice la señora del vino.

—Oh... Gracias —le respondo a punto de emocionarme.

Porque eso, sin esperármelo, me ha llegado al corazón. Que esta mujer se preocupe por mí sin conocerme y que me vea diferente a esta gente, a la que ven de la misma manera que ahora los estoy viendo yo. Creo que, en el fondo, yo también pienso que soy ese pollito rodeado de tiburones. No creo que me vaya a acostumbrar nunca a esto. No encajo en este mundo y dudo que por mi forma inocente de ser me lo vayan a permitir. Me vuelvo a sentir como la misma Lola de siempre y ahora siento que esa me gustaba más.

Mientras ando entre la gente de camino a la salida, analizo rápidamente a los personajes que hay aquí. Me cruzo con mi director, que habla con un hombre mayor repeinado con pinta de importante, y entonces me saluda con un gesto de su barbilla y una breve sonrisa. Veo un grupo de tres chicas escotadas hasta el ombligo, con aspecto de comer sólo lechuga, y por sus caras creo que, al igual que yo, no se lo están pasando bien. Está el típico famoso de temporada, los sesentones con dinero que charlan de sus negocios entre copas, la modelo que se cree más *in* que nadie y alguna pareja de moda que pronto ya no lo será. Todo el mundo parece estar aquí sólo porque este es el sitio en el que hoy deben estar, y empiezo a comprender por qué todos tienen tan poco interés en mí. Esto no es verdaderamente una fiesta, es una ocasión para

hacerse ver y aparentar. Para ellos es sólo un día de trabajo más. La única persona que no sabía todo eso, hasta este momento, era yo. Como no podía ser de otra manera.

—Nos vemos, César —le digo al cruzarme con él.

¿En qué estaría pensando todo este tiempo? Violeta tenía razón, ha habido un momento, no sé cuál, en el que he perdido el norte. Me he dejado deslumbrar por el falso brillo de la fama, y he aguantado carros y carretas mientras en *Glam and Up* sólo pensaban en ver subir la audiencia. No les importo lo más mínimo como persona ni lo que me pueda pasar. Pero en cuanto termine mi contrato con la productora dejo el programa, eso voy a hacer. No... ¿otra vez le estoy dando la razón a Marcos? ¡Jolines! ¿Qué hora es? Si me doy prisa, todavía estoy a tiempo de coger un tren e irme a Madrid.

—¿Dónde vas tan pronto? —me pregunta César cogiéndome por el brazo.

—A ocuparme de mi vida. Ya no pinto nada aquí —le respondo.

—¿Por qué dices eso? —me pregunta arrugando la frente.

—No creo que sea necesario que te lo tenga que explicar. Salta a la vista —le digo dolida.

—Oh. ¿Es porque te he dejado sola? Tenía que saludar a toda esta gente, enseguida estoy contigo —me responde.

—No hace falta. De verdad que tengo que irme —le digo entrándome mucha prisa de repente.

—¡Lola! —me llama andando detrás de mí.

Pero a mí me da igual, quiero salir de aquí YA, por mucho que César se preocupe por mí. Eso no es suficiente. Necesito ver a Marcos y hacerle saber que esto se va a acabar muy pronto, que lo primero para mí es él. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Menos mal que me he dado cuenta a tiempo. He estado a punto de permitir que el programa acabase con nuestra relación —la misma que antes era muy feliz— y con muchas cosas más que son importantes para mí. Por favor, cada vez que pienso en Glossy Look... ¡Y en mis padres! Pobrecillos, cuántos comentarios ofensivos habrán tenido que soportar.

—¡César! —oigo gritar a Clara desde algún lugar.

—No te vayas, por favor. Vamos a hablar, me parece que tu problema no es sólo esta fiesta y no puedo permitir que pienses cosas que no son verdad —me dice César alcanzándome en seguida.

—¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando? Déjalo, César. Te lo agradezco, pero vuelve ahí dentro y hablemos sobre esto la semana que viene —le digo inquieta por marcharme.

—No, vamos a hablarlo ahora. No quiero que te vayas así —insiste César.

—Es que no es el momento, me siento muy decepcionada y no quiero decir cosas de las que me pueda arrepentir —le insisto yo.

—Lola, sé lo que te pasa, y quiero pedirte disculpas. Te prometí que controlaría a Clara y no pensé que intentaría atacarte por otra vía. Lo de la revista no me lo esperaba —se disculpa afectado.

—No es sólo por eso, es por todo en general —le digo, sabiéndome mal por él.

Porque no puedo olvidarme de la oportunidad que me ha dado, de que ha confiado en mí —una chica con un blog salida de la nada — y que me ha colocado en un programa de máxima audiencia. Me ha consolado cuando estaba mal y se ha puesto de mi parte durante mi guerra con Clara, y hasta ha respondido por mí a la prensa cuando no sabía qué decir. No quiero que piense que soy una desagradecida.

—Este mundo tienes que tomártelo con más filosofía, Lola, no te lo lleves todo al terreno personal. Pronto te acostumbrarás, ya lo verás —me dice César en un tono tranquilizador.

—No creo que eso vaya a pasar. Yo soy demasiado sensible para moverme en un ambiente así y nunca seré capaz de ser una de ellos. A mí me importan más los sentimientos y la gente que quiero que ser famosa —le digo sorprendiéndome a mí misma.

Ya que me doy cuenta de que lo que he dicho es la pura verdad, me ha salido del corazón. ¿Qué habré visto tan maravilloso en esto hasta ahora? No hay halago de mis fans que lo pueda compensar, por mucho que eso me haya hecho sentirme especial.

—Venga, tómate algo y tranquilízate. Hazme caso, mañana lo verás todo de otra manera —me dice César, volviendo a cogerme del brazo para que dé la vuelta.

—Lo siento, César. Me voy —le digo soltándome de él y dirigiéndome a la puerta con decisión.

Ahora la cabeza no para de darme vueltas, tengo un momento raro de lucidez. Es como si estuviera organizándome una agenda mental con todo lo que quiero hacer a partir de hoy. Ya puedo ver la calle y sonrío feliz porque me parece que al llegar a ella recuperaré mi antigua vida, la libertad. Tengo que pensar qué haré con Lola Glamour. Quiero ver a mis padres y saber cómo les va. Me gustaría pasar algo de tiempo con Violeta, podríamos ir juntas a mirar vestidos de novia... ¡Qué ilusión me hace pensar en eso! Vera podría llevarnos los anillos y su amigo Leopoldo se podría encargar de leernos un poema en la iglesia. Bueno... eso me lo tengo que pensar, todavía no le conozco y debe ser un repipi de los que te echan para atrás.

—¡Espera! —me grita César alcanzándome al llegar a la calle.

—Qué —le digo parando en seco.

—Quiero decirte algo —me dice mirándome con cariño, cogiendo mi cara entre sus manos con mucha ternura.

Ay, no, por favor. ¿¡No se me irá a declarar!?

—*Erm...* —murmuro incómoda a causa de tanta proximidad.

Pero no me da tiempo de pronunciar ni una palabra, porque César ha comenzado a besarme en la boca como si no hubiera un mañana, y yo estoy tan sorprendida que no sé cómo reaccionar. Me he quedado paralizada, como una Barbie en su caja, y lo único que consigo hacer es pestañear con mucha rapidez. Aunque no estoy impresionada sólo por el beso, de hecho, parpadeo tan rápidamente porque siento que estoy quedándome ciega por los disparos de los flashes.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto asombrada, cuando separa sus labios de los míos.

—Ahora ya te puedes ir —me susurra él.

—Pero, ¿qué...? —puedo sólo decir.

Porque César ya ha echado a andar de vuelta a la fiesta y los periodistas están a mi alrededor ametrallándome a preguntas, supongo que referentes a lo que acaban de ver. Pero yo ni siquiera entiendo lo que dicen porque estoy en estado de shock, y me quedo más pasmada todavía cuando César se da la vuelta y me mira con

una expresión que no le había visto jamás. Una de perversa satisfacción.

—¡Eres un cerdo mentiroso! —veo que le grita Clara en la puerta, mientras le da llorosa un puñetazo en el hombro.

Momento, ese, en el que todos los periodistas se giran hacia ellos de repente y se olvidan de mí. Ahora la escena de interés la protagonizan César y Clara, y los fotógrafos se están empujando para tener un hueco con buena visibilidad.

Todavía horrorizada, consigo moverme del sitio y alejarme lentamente de allí, aunque voy andando tan perpleja que ni siquiera miro por donde ando ni adónde voy. Me pierdo en medio de la noche entre las calles de la ciudad, y si no fuera por Google Maps, no sé si habría conseguido llegar a mi casa algún día. Así de mal estoy. Porque ahora sé que lo peor todavía está por llegar.

—Deberías habérselo contado al momento —me dice Violeta mirándome piadosa, con el murmullo de fondo, animado y molesto, de los clientes que comen en el restaurante.

Cómo envidio a esta gente tan ruidosa y tan feliz. Mi sueño ahora mismo sería ser una persona anónima, como ellos. Una que pudiera viajar al pasado sabiendo lo que sé hoy, para no cometer el mismo error. Tan sólo eso, tampoco pido tanto.

—No creo que haberlo hecho hubiera solucionado nada —le respondo mientras lloro desconsolada.

Debo tener la máscara de pestañas corrida. Pero estoy tan triste que ese detalle, tan importante normalmente para mí, me da igual.

—Al menos no se habría enterado por la prensa —me responde mi hermana.

—Es que no sabía cómo contárselo —me excuso, sintiendo mucha ansiedad al volver a recordar los días tan angustiosos que he pasado.

—Eres un desastre... —me dice Violeta soltando un suspiro.

Mi hermana tiene razón, soy una calamidad. Pero tenía tanto miedo que no fui capaz de contarle a Marcos que se iban a publicar esas fotos. Esperé y esperé, porque intentar ser quien le diera la noticia cuando *No me lo puedo creer* publicó aquel artículo tampoco me sirvió de nada. Y después de la última discusión que tuvimos a raíz de eso no me atreví a irle llorando con un nuevo problema, otro más relacionado con el programa. Sabía que no se iba a compadecer de mí, porque ya me había avisado de que esto acabaría mal y yo no le quise escuchar. Así que la semana pasada,

tan sólo unos días después de la fiesta, al pasar por un kiosko de prensa me encontré con lo que tanto estaba temiendo. Rezaba por las noches para que ocurriera un milagro y que todas las fotos de César besándome se hubieran borrado de las cámaras por arte de magia. Pero eso, por supuesto, no pasó. Rezar sólo le funciona a Sandra. Y esa misma noche Marcos se presentó aquí para pedirme explicaciones. En cuanto lo vi entrar por la puerta de Lola Glamour comencé a sudar y todos los argumentos que tenía medio preparados en mi cabeza se me olvidaron. No supe cómo reaccionar.

—¿A qué esperabas para contármelo? —me preguntó Marcos después de un serio 'hola'.

—¿El qué? —le pregunté avergonzada, sin saber si se refería a que iban a publicar esas fotos o a que se suponía que estaba teniendo un lío con César.

—¿Qué va a ser? Esto —me dijo impaciente, poniendo la revista sobre el mostrador.

Una de las tantas revistas que habían conseguido esas fotos, porque llegados a ese punto el tema era de máximo interés. Parece ser que las infidelidades ajenas son los cotilleos preferidos de los lectores de la prensa del corazón, y ahora ya tenían una prueba que demostraba la mía.

—Voy a hacer algo por ahí dentro, seguro que encuentro algo que ordenar —se excusó Sandra incómoda.

Esperé a que Sandra desapareciera en la trastienda, evitando mirar mientras tanto a Marcos a la cara, y entonces le dije muy nerviosa:

—Marcos, sé que suena a frase de película, pero debo decirte que no es lo que parece.

Cosa que no me creí ni yo, porque la foto de la portada era un primer plano de César y mío pegados como ventosas. En la que me pillaron con los ojos cerrados, como en un momento de pasión. Y si yo hubiera visto una foto así de Marcos con otra chica, tampoco me habría creído jamás que no era lo que parecía.

—¿Sabes? Empiezo a entender muchas cosas. Hubo un momento en el que pensé que no querías escucharme porque pensabas que debías hacer esto sola, o porque no tienes

experiencia en este mundo y no entendías que los demás no tienen siempre tan buenas intenciones como tú. Pero algo así, no me lo esperaba de ti jamás —me dijo Marcos enfadado.

—Yo tampoco me hubiese esperado nunca que desconfiaras así de mí. ¡No estoy teniendo un lío con César! ¿¡Cómo puedes pensar eso!? —le grité comenzando a llorar.

En ese momento, una mujer abrió la puerta de la tienda y la volvió a cerrar. La vi mirándonos a través del escaparate mientras se iba y me sentí muy desgraciada sabiendo que hasta ese momento tan íntimo de mi vida era público. Seguramente, sabía por qué Marcos y yo estábamos discutiendo. Todo el mundo sabía qué había pasado y se lo podía imaginar.

—A veces no sé si te haces la ingenua. Estoy empezando a pensar que te aprovechas de ese lado cándido tuyo para hacer conmigo lo que quieres —me dijo Marcos, mirándome con cara de sentirse decepcionado—. ¿Cómo me puedes preguntar que por qué pienso que estás teniendo algo con ese productor? ¿Es que acaso estas fotos no te parecen suficientemente claras? —me preguntó, acercando la revista más hacia mí sobre el mostrador.

—¡Pero me besó él a mí, no fui yo! César sólo quería que se hablara de mí, ¡estoy segura! Tú mismo me lo dijiste hace un tiempo, ¡que me estaban utilizando! Lo ha hecho para que siga subiendo la audiencia del programa, ahora sé que tenías razón —le expliqué angustiada.

—¿Sabes qué pasa, Lola? Que ya no te creo. Ya no sé qué pensar —me dijo Marcos, ahora pasando a parecer dolido—. Después de esto, me parece muy raro que habiendo tenido la oportunidad perfecta para que viviéramos juntos no la quisieras aprovechar. Me parece extraño que te empeñaras en tener un negocio que funcionara cuando sabes perfectamente que el dinero no es un problema para mí. Y también que con todos los problemas que te estaba trayendo la televisión te obsesionaras con seguir.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté con la cara empapada en lágrimas.

—Dímelo tú —me respondió mirándome fijamente.

—No puedo, porque no sé qué quieres oír —le contesté con el corazón a mil por hora.

—Entonces, supongo que ya está todo dicho —dijo Marcos.

Después, se dio la vuelta y se fue. Y yo me quedé con la sensación de que me había entendido mal. O que quizá le había entendido mal yo a él. Pero, en cualquier caso, la cosa quedó así, porque cuando fui aquella noche a su casa para intentar salir de dudas Marcos no estaba. El portero me dijo que le había visto salir, probablemente se fue de vuelta a Madrid, y aunque le llamé varias veces por teléfono no me lo cogió. Me pasé la noche dándole vueltas a nuestra conversación, intentando recordar sus palabras y las mías, y caí en que sí, que era muy probable que me hubiese interpretado mal. Pero, ¿qué podía hacer? El problema no era sólo ese malentendido, Marcos creía que estaba teniendo una aventura con César y seguro que todavía es así. Por primera vez desde que estamos juntos, no nos hemos visto durante el fin de semana. Ni siquiera hemos vuelto a hablar. Lo nuestro parece que se ha roto sin necesidad de decírnoslo y cada día tengo menos esperanza de que se pueda arreglar. No sé qué podría hacer para convencerle de que esas fotos no son lo que parecen y me siento más idiota que nunca por haber caído en esta trampa de César. Soy tan tonta que nunca me lo vi venir.

—Qué complicado es todo a veces, ¿verdad? Con lo sencillas que se ven las cosas una vez que han pasado —me dice Violeta intentando consolarme.

—Supongo que sí. Me imagino que con el tiempo la vida nos pone a todos en nuestro lugar, y este es el que me merezco por no haberos querido escuchar —le respondo sin parar de llorar.

—Bueno. Tampoco te castigues así, Lola. Seguro que todo se arreglará, dale un poco de tiempo a Marcos para que piense con tranquilidad. Esto tampoco ha debido de ser agradable para él —me dice mi hermana, mientras acerca su mano a mi mejilla sobre la mesa, para limpiarme las lágrimas—. Pero tienes razón con lo de que el tiempo nos pone a todos en nuestro sitio, mira lo que ha pasado con papá y mamá. ¿Quién nos iba a decir que iban a volver? —me dice con una risita.

Oh. ¿Lo sabe...? Claro, qué tontería. Alguno de los dos se lo habrá contado. Como hace tanto tiempo que no hablo con mis padres no me entero de nada de lo que pasa. He estado tan

sumergida en mi trabajo que me he desentendido por completo de todo lo demás. Por favor, qué egoísta soy...

—¿Qué te parece lo que papá le ha hecho a Sandra? Ahora no tendrás argumentos para defenderle —le comento a Violeta para dejar a un lado el tema de Marcos. Necesito darle un respiro a mi cabeza—. Pero, ¿sabes qué? Que en el fondo me parece bien. Yo lo habría hecho de otra manera, pero creo que es lo mejor para los dos. Esa pareja estaba predestinada a fracasar. ¿Qué hubiese pasado dentro de diez años?, ¿cuando papá sea un abuelo con problemas de próstata? Vera acertó al cien por cien, creo que Sandra estaba con papá porque era su primer novio formal y pensó que casarse era el siguiente paso que debía dar. Y también creo que papá estaba con ella porque le daba miedo quedarse solo el resto de su vida. No sé, está muy feo que la engañe así, pero algún día se lo agradecerá —le suelto a mi hermana de carrerilla.

—¿Qué estás diciendo? —me pregunta Violeta extrañada—. Quien ha puesto los cuernos aquí es Sandra, lo de papá y mamá fue después. Tu amiga lleva liada con tu compañero de piso desde que se conocieron en casa de Marcos —me informa con una sonrisa de guasona sorpresa.

—Qué dices, lo de Pichimiro ha sido hace poco. He estado trabajando en ello yo misma con mucho ahínco —le contesto, entre asombrada y dudosa.

A lo que mi hermana me responde con un simple, lento y repetido movimiento de cabeza de lado a lado, haciéndome saber que soy más inocente que Bob Esponja.

No sé qué hacer con mi vida, de verdad. De repente, nada es lo que parecía y ya no sé de quién me puedo fiar. Encima, es muy triste que ni siquiera pueda estar tranquila en mi propia tienda. Las clientas me hace comentarios sobre cosas de las que no quiero hablar con extraños y, aunque estoy completamente hundida por lo de Marcos, no puedo irme a mi casa a llorar. Sandra se merecería que la dejara aquí tirada con toda esta faena, pero antes me gustaría soltarle lo que pienso sobre ella, y eso es lo que me dispongo a hacer. Por muy mal que le siente. Si después de eso decide dejar el trabajo ya me las apañaré. De todas formas, ya no

me importa nada. A estas alturas de la película, ¿qué más puedo perder?

—¿Cómo te va con Samurai? —le pregunto muy seria, en cuanto nos quedamos un momento a solas en la tienda.

—¿Por? —me pregunta como si mi pregunta le extrañara.

Aunque he notado que se ha sobresaltado un poco y que lo ha intentado disimular.

—Lo sé todo, no hace falta que te hagas la sueca —le digo sin dejar de mirarla.

Sandra se pone a recolocar en silencio cosas que hay sobre el mostrador, con una actitud nerviosa, y cuando ya no tiene nada más con lo que entretenerse me dice cabizbaja:

—Lo siento, Lola.

—¿Por qué has hecho esto tan mal? No entiendo nada, hace unos meses estabas planeando una boda con mi padre y de repente estás con otro. ¡A escondidas! Al menos, podrías haber sido sincera conmigo —le digo indignada.

—¡No sabía cómo decírtelo! Tú eres su hija, no eres sólo mi amiga, Lola. Me sentía fatal porque me hubiese pasado algo así. Pero no lo he podido evitar, de verdad. Estoy enamorada de Kichiro —me responde Sandra comenzando a llorar.

Lo que me da un poco de pena pero, como ya tengo bastante con la mía, no me dejo ablandar.

—¿Tú sabes la de problemas que hemos tenido en mi familia por culpa de vuestra relación? La tuya con mi padre —le acuso señalándola con el dedo—. ¿Sabes las discusiones que he tenido con mi madre y con mi hermana por el tema de vuestra boda? ¿Lo que he tenido que aguantar de la prensa por vuestra culpa? ¡Para que ahora hagas esto! —termino irritada.

—Mira, Lola, de verdad que lo siento. Pero tú tampoco estás en posición de echarme nada en cara. Has estado intentando que me fije en Kichiro, y todavía no entiendo el porqué —me dice enfadándose un poco.

Uy... Ahí me ha dado. ¿Y ahora qué le digo yo?

—Eso no es verdad —le niego mirando hacia otro lado.

—Sí, sí que lo es —me responde con seguridad.

Hm... Bueno, pues... a ver. ¿Quedaría muy mal que le confesara que lo he hecho porque creía que mi padre se la estaba pegando con mi madre? ¿Y que no se lo pensaba contar? Claro que sí. Si lo hago, la que va a quedar fatal soy yo.

—Oye, mira. Supongo que es mejor así. En el fondo, siempre he pensado que mi padre y tú os estabais equivocando —le digo a Sandra, repasándome los labios frente a un espejito que he sacado de un cajón.

—Sí, yo también lo creo. Tu padre y yo hemos ido demasiado deprisa, ahora entiendo que nos hemos precipitado. Y además, creo que nunca ha dejado de estar enamorado de tu madre —me dice con una melancólica sonrisa—. Ahora pienso que pidiéndote que fueras nuestra testigo lo que buscaba era un conflicto familiar. Algo que hiciera que la boda se estropease porque él tampoco se quería casar. Ha sido bonito mientras ha durado, pero Dios tenía otros planes para nosotros —me dice santiguándose.

Vaya... Nunca había pensado en eso, pero podría ser verdad. Lo mismo mi padre buscaba una excusa para no casarse, por eso me hizo aquella extraña proposición. Qué granuja, ya decía yo que me parecía raro que no se lo pidiera a mi hermana. La única que iba a tener un problema con eso era yo.

—¿Cómo se enteró? Quiero decir, ¿mi padre te pilló con Toyota? —le pregunto intrigada a Sandra.

—No, se lo dije yo misma —me responde.

—¿Tú? ¿Y por qué no me lo ha contado mi padre? —digo sorprendida.

—Pues, no sé. Supongo que porque no has hablado con él —me contesta.

Ya, qué pregunta más tonta. Si llevo mucho tiempo sin hablar con mis padres. Puede que eso fuera de lo que me querían hablar.

—Un momento, ¿y mi hermana? Ella tampoco me ha dicho nada hasta hoy —le digo asombrada.

—No tengo ni idea, Lola. Puede que pensara que ya lo sabías, que te lo había dicho yo —me dice Sandra.

Será tonta... Y luego se supone que la idiota de la familia soy yo.

—¿Y qué hay de Churrimangui? Qué callado se lo tenía —digo, quedándome boquiabierta al caer en eso.

—Lola, entiende que esto no ha sido sencillo para nadie. No es algo agradable de confesar, no se lo tengas en cuenta —me dice Sandra mientras me da un cariñoso achuchón—. Estoy buscando un sitio donde vivir. Pronto recogeré mis cosas de casa de tu padre y todo se acabará. Ha sido muy amable por esperar a que solucionase ese tema —me cuenta agachando la cara con tristeza.

O quizá con disimulada ilusión, por ser libre al fin para poder estar con nuestro japo. Y yo me callo como una putilla, porque no quiero decirle que seguramente mi padre está siendo tan comprensivo porque está entretenido pasándoselo bien con mi madre. Lo suyo con Sandra ya le dará igual.

—En fin, supongo que debería alegrarme por vosotros. Al menos a alguien le va bien en el amor, ya me gustaría a mí estar en vuestro lugar —le digo a Sandra, volviendo a pensar en mi ruptura con Marcos.

¿Por qué han tenido que torcerse las cosas de esta manera? Éramos tan felices juntos a pesar de la distancia que todavía no me lo puedo creer. No puedo dejar de pensar en todos los momentos tan bonitos que hemos compartido, en Marcos recibéndome cada viernes con tanto amor y tanta ilusión. En todos los planes que hacíamos pensando en el futuro, en lo poco que necesitábamos para pasarlo bien. En tantas risas cómplices, por cosas que nos hacían reír sólo a nosotros, como si compartiéramos un mundo secreto que nadie más podía entender. Y ahora parece que ese mundo ya no existe, es como si hubiera caído un meteorito desde algún sitio oscuro y lejano acabando con él. Ojalá lo hubiera visto venir para habernos podido poner a salvo. Me siento la única superviviente de una catástrofe y no sé de qué manera podré sobrevivir. Necesito a Marcos a mi lado.

—No debes preocuparte, Lola. Dios lo solucionará todo por ti, ya lo verás. Él sabe lo que hace y si ha querido que esto sea así, es por algo que un día le agradecerás —me intenta consolar Sandra.

—Lo dudo mucho, pero gracias por intentar animarme —le digo, completamente descorazonada.

—Lola, piensa que si no fuera por tu trabajo en televisión yo habría cometido un gran error. Que todo el mundo criticara mi

relación con tu padre me abrió los ojos, me hizo recapacitar —me dice ella.

¿Si...? Mira, pues algo positivo ha salido de esto, aunque no me haya traído nada bueno a mí.

—Gracias a la televisión Vera también ha conseguido un amigo. Resulta que Leopoldo se acercó a ella porque su madre es mi fan —le digo, sonriendo un poco al pensar en eso.

—¿Y qué me dices de Adrián? Nunca habría conocido a Tania si tú no hubieras tenido tu blog. No te arrepientas de tus decisiones, empieza a entender que debía ser así —me dice Sandra convencida.

Vaya, qué conexiones más raras... No sé si es cosa del dios de Sandra o del destino, pero acabo de alucinar. Mis padres seguramente tampoco estarían juntos si Sandra hubiera seguido con mi padre, si los cotilleos sobre mi familia no le hubiesen hecho pensar. Y eso no habría pasado si yo no me hubiera empeñado en salvar Lola Glamour. Aunque, pensando de manera egoísta, ¿dónde quedo yo en todo eso? Parece que la única que no ha sacado tajada de este lío soy yo. Ahora me he quedado sin Marcos, medio país piensa que soy una arpía, y encima voy a tener que indemnizar a la productora por incumplimiento de contrato porque no he vuelto a poner un pie en *Glam and Up*. Pero eso no me importa, el dinero me da igual. Devolvería todo lo que he ganado y cerraría mi tienda si con eso pudiera recuperar a Marcos. Me he dado cuenta de que no necesito demostrarle nada a nadie, ni siquiera a mí misma. Yo soy lo que soy, y soy feliz siendo así.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunta Sandra a alguien que acaba de entrar.

—No. Quiero hablar con ella —oigo que le contestan, mientras un enérgico taconeo se dirige hacia el mostrador.

Rápidamente, me seco las lágrimas, de espaldas en el rincón. Y cuando me doy la vuelta para atender a esa persona casi me quedo tiesa en el sitio a causa de la sorpresa.

—¿¡Qué haces tú aquí!? —le digo a Clara, haciéndole saber con mi tono que no es bien recibida.

—Deja ya de comportarte así y escúchame —me responde con sus usuales maneras de borde, parando frente a mí con cara de

mala uva—. Y no se te ocurra desperdiciar esta oportunidad, porque sólo te lo voy a proponer una vez —me advierte a continuación, terminando la frase con una orgullosa sacudida de melena.

—¡Tía, pero qué fuerte! Ahora entiendo muchas cosas —me dice Tania alucinada, cuando le cuento a ella y a Melania lo que me ha hecho César.

—¿Qué cosas? —le pregunta Melania intrigada.

—Pues cosas —le responde Tania.

—Tía, ¿pero el qué? —le vuelve a preguntar Melania.

—No sé... —le responde Tania pensativa.

Respira hondo, Lola. Ya sabes cómo son. Vaya dos, ahora entiendo la frustración que debe sentir Vera cada vez que habla conmigo.

—Desde el principio siempre fue él. Le hizo pensar a Clara que estaba teniendo algo conmigo, para que se pusiera celosa de mí y nos lleváramos a matar. Todos esos rumores no los esparció Clara en Internet, ella no lleva personalmente sus Redes Sociales. Pero adivinad quién tiene acceso a ellas... —les pregunto mirándolas con atención.

—¿Un hacker? —me pregunta Tania.

—Sí, eso le pasó una vez a Carmuqui. ¿Te acuerdas? Entraron en su ordenador, retocaron un vídeo suyo haciendo ver que estaba medio desnuda acariciándose los bajos, y después lo subieron a Internet. Hoy en día pueden hacer cualquier cosa con el Photoshop —dice Melania.

—Tía, a mí eso siempre me pareció muy raro. Pero si ella lo dice, será verdad —le dice Tania mirando hacia todos lados.

—¿No estarás insinuando que ese vídeo es real? ¿Crees que Carmuqui hace esas cosas delante de la cámara? Ja, ja, ja. ¡Tía,

pero si es del Opus Dei! —le dice Melania.

—¿Del Opus Dei? Yo pensaba que era de El Bierzo... —le contesta Tania.

Aunque yo sí lo entendí a la primera, me costó creer a Clara y su maquiavélica versión de lo ocurrido. Porque nunca me ha inspirado confianza, y aún hoy me siento un poco incómoda confiando en ella. Pero lo que vamos a hacer va a dejar a César en muy mal lugar, y si eso me puede ayudar a recuperar a Marcos, pues entonces estoy con Clara.

—A ver si lo entiendo —dice Melania haciéndose círculos en las sienes con los dedos—. Clara estaba enamorada de César, tenían una de esas relaciones tóxicas.

—De las que estás para eso y para nada más —dice Tania.

Bien, al menos eso sí que lo han pillado...

—Eso es —les respondo—. Llevaban mucho tiempo acostándose juntos, pero él retomaba y dejaba la relación cada vez que quería. Clara lo aguantaba porque estaba colada por él, esperando que algún día César sentara la cabeza. Pero no fue así, le daba falsas esperanzas mientras se veía con otras muchas más. Ha jugado con Clara como le ha dado la gana —les explico.

—Ya. Entonces el hacker entró en el Twitter de Clara y publicó todas esas mentiras sobre ti. César lo leyó, se lo contó a Clara y por eso tu madre te dejó de hablar —me dice Tania.

—No —le digo comenzando a desesperarme.

—Tía, no es así. Lo que pasó es que Marcos le vendió una crema en mal estado a alguien que resultó ser un hacker —le dice Melania.

—¿Venganza? ¿Crees que eso es la causa de todo? —le pregunta Tania.

—Es posible —dice Melania.

No sé para qué, pero lo voy a volver a intentar.

—Tráigame otro café, por favor. La tarde se presenta larga —le pido a un camarero de la cafetería en la que estamos, aprovechando que pasa cerca de nuestra mesa—. César es quien ha publicado todas esas cosas sobre mí en nombre de Clara. Ella le hacía el trabajo sucio sin saberlo, enterándose de cosas sobre mí y diciéndomelas en plató para hacerme sentir mal. Pero él es quien se encargaba de que los cotilleos salieran de allí. Clara no sabe ni

cuántos seguidores tiene en Facebook o en Twitter. Nunca mira sus perfiles. Hasta que pasó lo de la fiesta y empezó a sospechar —les cuento, intentando no perder la paciencia.

—¿Qué empezó a sospechar? —me pregunta Tania.

—Hace un par de semanas César le contó a Clara que lo nuestro se había acabado. Por eso Clara me dijo en la fiesta que ya no había razón para que nos lleváramos mal. Pero entonces lo vio besándome en medio de la calle, delante de todos aquellos periodistas, y entendió igual que yo que lo había hecho aposta. Para que nos hicieran esas fotos y el interés de la prensa creciera todavía más. A partir de ahí, Clara empezó a hacer averiguaciones y a atar cabos —les cuento.

—Oh... —dice Tania.

—Sí... —dice Melania.

—Y lo peor es que César no es la primera vez que hace algo así. Se cree muy listo, pero en su día dio un traspies que nos va a venir muy bien —les explico, deseosa de vengarme de él.

—¿Qué traspies? —me pregunta Melania.

—Ahí es donde entra en juego la antigua azafata del programa. Ahora somos tres contra César —les explico.

Cuando Clara me contó que ella no tenía nada que ver con lo que me había hecho César, por descontado, de primeras, no la creí. Entonces, le saqué el tema de esa pobre azafata a la que ella le había amargado la vida, sólo por odio y envidia, y cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que la historia que César me había contado no era verdad. Su despido no fue a causa de Clara, ni todo lo demás. Ocurrió algo entre César y esa azafata que hizo que su presencia en el programa fuera incómoda para él...

—No lo entiendo. ¿Por qué os querría ayudar la azafata? Gracias a Clara lo ha pasado fatal. Aquí estamos hablando de algo muy gordo, la hizo abortar —me dice Tania.

—Sí, esa chica es la que grabó a tus padres discutiendo en la calle. ¿Por qué se iba a poner ahora de tu parte? —me pregunta Melania.

Pero, ¿de dónde se habrá sacado eso? ¡Por favor, no se enteran de nada!

—¡No es la misma persona, Melania! Yo no he visto a esa chica en mi vida, si sé que existe es porque César me contó una mentira sobre lo que pasó con ella para que siguiera desconfiando de Clara —les explico, removiendo mi café con un tembleque.

No puedo más. Con lo a gusto que estaría yo ahora ordenando mis barras de labios por orden alfabético.

—A ver, tía, empieza otra vez. Creo que nos estamos perdiendo algo —me pide Tania.

—¡No! —les digo asustada—. Esta es la tercera vez que os lo cuento y no ha servido de nada.

—Venga, sí. Lo voy a apuntar todo, verás como ahora nos aclaramos, tía —me dice Melania sacando una libreta y un boli de su bolso.

Ay... tengo ganas de llorar.

—'César' lleva acento —le advierte Tania a Melania, señalando en su libreta con una uña brillante y perfecta.

—¿Dónde? —le pregunta Melania.

—Dónde va a ser, tía, en la 'a' —le contesta Tania.

—Ah, sí —dice Melania.

—Vale, pero sólo os voy a hacer un último pequeño resumen —les aviso, mirando de Tania a Melania y de Melania a Tania—. *Glam and Up* necesitaba subir la audiencia, así que César nos utilizó a Clara y a mí para crear interés. Primero consiguiendo que sus fans y mis fans se enfrentaran, que hablaran de nuestra mala relación, y después metiendo en el lío a Marcos y a Glossy Look. Lo que César quería era crear un culebrón que la prensa quisiera seguir, para conseguir publicidad gratuita. Y lo logró. Pero es tan insensible que no le importó lo que eso pudiera afectar a mi vida personal, a él sólo le importa el dinero —les digo, poniéndome triste de nuevo.

Esta es la última vez que se lo explico a las dos porque, entre otras cosas, cada vez que lo repito me siento peor. Recuerdo detalles que me duelen un montón, como haberle agradecido a César que me consolara cuando me sentía mal, o haberle defendido cuando Marcos me advertía de que no era de fiar. Y cada vez que pienso en el padre de Marcos y en los míos me siento muy culpable de que lo hayan pasado mal. Estoy muy avergonzada por todo lo que ha sucedido y no me sentiré bien hasta que le ponga solución.

Pase lo que pase entre Marcos y yo, necesito que se sepa la verdad. No puedo dejar esto así.

—Creo que ahora lo he entendido, tía —me dice Tania—. César es el malo de la película, se lo inventó todo para que la prensa hablara del programa. Y como tú y Clara sois un poco cortas, caísteis en su trampa como ratones.

¿Que soy corta? Lo que me faltaba por oír, la que fue a hablar.

—Algo así —le digo ofendida.

—Yo aquí no tengo nada apuntado sobre un ratón —dice Melania comprobando sus apuntes.

—Pero hay algo que no entiendo. ¿Qué tienen que ver en todo esto una azafata, una crema y un hacker? —me pregunta Tania.

—Tania, déjalo ya —le digo, dándole unas palmaditas en la rodilla.

—Bueno, a mí me ha quedado Claro que César es un cerdo. Estamos contigo en esto, tía, nunca más volveremos a hablarle. Cuenta con nostras para lo que necesites —me dice Melania.

—Sí, qué fuerte. Nunca pensamos que podía ser capaz de hacer algo así. Es el hermano de Carmuqui, y ella parece tan inocente y tan mona... —dice Tania.

—Bueno, ese vídeo guarro suyo dice otra cosa —le comenta Melania guiñándole un ojo.

—Ya, tía. Los gemidos no creo que se puedan añadir con el Photoshop —le responde Tania con una risita.

—Qué súper fuerte, tía —le dice Melania.

—Lo más de lo más —le contesta Tania.

—Mega total —continúa Melania.

—Mega súper más —replica Tania.

—Ja, ja, ja. Qué tonta eres —le dice Melania.

—Ja, ja, ja. Y tú más —le responde Tania.

—¡*Fashion-inmersióooooon!* —gritan las dos a la vez.

Pero al estar sentadas, no pueden escurrirse hacia abajo para bucear. Y en lugar de eso, se ponen en pie de un salto con una mano tapándose la nariz y el otro brazo levantado por encima de sus cabezas.

—Tía, no hace falta que nos tapemos la nariz, tenemos la cabeza fuera del agua —le dice Melania a Tania.

—Ay, tía, es verdad. Desde aquí puedo ver a un vendedor de helados andando por la orilla —le responde Tania.

—¿Te has dejado el bolso sobre la toalla? ¡Tía, que nos van a robar! —le dice Melania.

—Tranquila. No llevo dinero, sólo me he traído el bronceador —le responde Tania.

Después, las dos empiezan a partirse de risa, y si yo no estuviera tan preocupada, seguramente también me estaría riendo con ellas. Qué pena me doy, no sé cómo he podido llegar a esto...

—¿Estás lista? —me pregunta Clara.

¡Mierda, qué susto! Estaba tan entretenida con el espectáculo de Tania y Melania que ni siquiera la he visto entrar.

—Sí, vamos —le digo tocándome el corazón.

—Ella es Edith, de *No me lo puedo creer* —me informa Clara señalándola con el pulgar.

—Encantada de conocerte —dice la tal Edith.

Aunque en vez de contestarme a mí está hablándole a Tania, y creo que es porque tiene los cristales de las gafas empañados. No debe ver un pimiento.

—Igualmente —le respondo a la periodista.

—Ah, perdón —dice ella girándose hacia mí—. El frío y la calefacción, que son muy traicioneros. Cómo odio las gafas —comenta murmurando.

—En marcha —nos dice Clara.

—Interesante historia, chicas. No sé cómo ese César pudo colarme este montaje, yo soy muy seria y muy profesional —nos dice Edith en el taxi, con expresión de sentirse estafada.

Pero yo no abro la boca, porque el taxista es el mismo que me llevó a la fiesta y no quiero que me reconozca.

—¿Qué haces con ese pañuelo liado a la cabeza? ¿Te has pasado al Islam? —me pregunta Clara.

—¿Eh? —le respondo mirándola de reojo, sentada en medio de ella y Edith.

—Sí, parece como si te estuvieras escondiendo de algo. ¿Qué pasa aquí? —me pregunta Edith con desconfianza.

—Nada —le contesto rápidamente.

—No, eso no es verdad. Tu actitud me parece muy misteriosa...
—me dice Edith entornando los ojos.

—Siempre he pensado que tú no estás bien —me dice Clara.

—¿Quieres callarte ya? Sigue limándote las uñas y déjame en paz —le susurro, subiéndome el pañuelo un poco más sobre la nariz.

Por cierto, me encanta ese color de uñas de Clara. Qué guay, me encantaría echar un vistazo en su neceser de maquillaje. Debe tener muchas joyitas ahí...

—¿Qué haces? —le pregunto a Edith, mirando lo que está escribiendo.

—Nada —me responde tapando su agenda.

—¿Cómo que nada? ¿Y por qué no me lo quieres enseñar? He podido leer mi nombre, junto a “palabras clave”. ¿Qué quiere decir eso? —le pregunto recelosa.

—Sólo cojo apuntes, me gusta guardar notas de todo —me contesta Edith.

—Enséñamelo —le pido.

—Ni hablar, esto es personal —me responde ella, sacudiendo delante de mi cara un bolígrafo con la punta llena de plumas—. *Cúquiz*, ¿eh? —me pregunta orgullosa.

—*Psí...* —le digo asintiendo con la cabeza—. Pero no me despistes, déjame ver eso —le vuelvo a pedir.

—Pues dime por qué te tapas con ese pañuelo. Aquí está pasando algo extraño y lo quiero saber —me contesta Edith.

—No —me niego cruzándome de brazos.

—Señor, ¿puede encender la luz aquí dentro? Así no hay quien resuelva un misterio —le pide al taxista.

—¿Qué misterio? Clara, esta chica está loca —le digo escurriéndome hacia abajo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Clara.

—No estoy loca, ¿vale? En mi tiempo libre me dedico a investigar cosas. No puedo dormir si no encuentro la solución —me dice ofendida Edith.

—Pues podrías haber investigado un poco antes de escribir todas esas cosas tan horribles sobre mí —le echo en cara.

Supongo que no es el momento de ponerme a discutir con ella, pero estoy muy dolida por lo del artículo innombrable que escribió en *No me lo puedo creer*. Le agradezco que quiera arreglarlo, pero no puedo olvidarme de todo el sufrimiento que me ha provocado que no contrastara la información.

—Eso me ha dolido. Para que te enteres, yo soy la periodista que resolvió la desaparición de Gary L'Amour. Así que, tan mal no haré mi trabajo —me responde Edith, dándose un golpe de pecho.

—¿Gary, qué? ¿Ese quién es? —le pregunto.

—Me lo estás preguntando adrede para infravalorarme, ¿verdad? —me dice Edith molesta.

—No. Pero si te lo has tomado así, te aguantas —le suelto vengativa.

—¿A que me bajo del taxi y os dejo tiradas? —me amenaza subiendo la voz.

—Eh, no os peléis ahí detrás. ¿Quién os pensáis que soy? ¿Un juez de paz? —nos riñe el taxista.

—Y yo qué sé, no le conozco —le suelto sin pensar.

—¿Qué pone aquí? —me pregunta el taxista señalando el salpicadero.

—Pues... creo que... Air freshener... lemon —le leo.

—Ahí no, abajo —me dice el señor.

—Cero, siete, cuatro, nueve... cinco; el cuponazo de los viernes —le digo orgullosa.

—Qué maravilla, qué vista —dice asombrada Edith.

—¡Ahí no! ¡En mi licencia! —me grita el taxista.

Ya empezamos...

—Raimundo Pérez Carretero —le digo, después de resoplar agobiada.

—¡Más arriba! —me indica impaciente.

—¡Déjeme en paz con sus adivinanzas! ¡No me maree más! —le grito nerviosa.

—Eh... Yo a ti te conozco... —me dice el taxista girándose hacia mí—. Bájate de mi taxi —me ordena parando el coche.

—Lo sabía, que aquí pasaba algo —dice Edith entusiasmada.

—¿Y esta mujer nos va a ayudar? ¡Si está como una cabra! —le digo a Clara.

—Relájate. Podrás hablar tú de estar mal de la cabeza, si te he visto recomendar un iluminador para encontrar nuestra luz interior —me dice Clara.

Anda, ¿y eso qué tiene de malo?

—Y yo a ti te he visto pedir ambientador para borrar el rastro de un pedo espía —le replico, entrándome la risa al recordarlo.

—¿De verdad? Madre mía, cómo moláis las dos —nos dice Edith divertida.

—¿Que Lola mola? Pues yo no la soporto —dice Clara riendo a escondidas.

—Lola mola. Mira, si rima y todo —dice Edith.

—Pues yo te soporto menos a ti. Eres más mala que... Que... ¡Que los chistes de Arguiñano! —le digo a Clara, sin poder aguantarme una carcajada final.

—Eres muy tonta —me contesta riendo Clara.

—Así me gusta, las tres unidas en una misión —nos dice Edith satisfecha.

—La madre que las parió, el atasco que están formando —murmura el taxista—. ¡Fuera ahora mismo de aquí! —nos ordena de nuevo.

—¡Qué humor, que ya vamos! Algún día me dedicaré a investigar sobre la mala leche de los taxistas. Eso siempre me ha parecido muy misterioso —le dice Edith al señor dando un portazo.

—Reserva tus dotes investigativas para lo nuestro. Lo de este hombre es muy fácil de averiguar, no se le levanta —le dice Clara, mientras le tira al taxista un billete de veinte euros a través de la ventanilla.

—Ji. Ji, ji —me río en la cara del taxista, haciendo un gesto de victoria con el puño.

Aunque la euforia me dura muy poco, porque el taxista arranca con muy mala baba acelerando sobre un charco. Y acabo con las piernas empapadas, mirando hacia la nada con cara de pazguata.

—Adelante —nos dice la azafata abriéndonos la puerta de su casa, mascando chicle con cara de aburrimiento.

—Ellas son Lola y Edith —le dice Clara haciendo las presentaciones, entrando sin esperar a que nos saludemos.

—Qué bien... Marta —se presenta la azafata sin ganas.

Si me pinchan con un lápiz de ojos, no sangro. Esta chica no se parece en nada a la persona que yo me imaginaba, la que me describió César. Está en los huesos, igual que Clara, y su actitud no es la de una persona angelical y simpática a la que todo el mundo se quiere arrimar. Tiene pinta de ser una pasota a la que todo le resbala. Como le pasa con sus pantalones de chándal, los lleva caídos hasta la mitad del culo y se le ve el tanga.

—¿Qué queréis saber? —nos pregunta tirándose espatarrada en el sofá.

Qué pelo tiene. ¿Eso que lleva en la cabeza son rastas...?

Ah, no, es la cola de un gato. Se le había subido al hombro.

—Todo, lo queremos saber todo —le dice Edith sacando una grabadora de su bolso.

—Como te conté por teléfono, César ha ido explicando una versión muy diferente de los hechos por ahí y eso no se lo pienso consentir —le dice Clara.

—Menudo capullo... —le responde Marta con cara de empanada.

Para mí que se ha fumado un cigarrillo de la risa. O puede que hayan sido tres.

—¿Por qué te despidieron realmente? —le pregunta Edith.

—Porque le molestaba a César. Cuando me quedé embarazada no se quiso hacer cargo del bebé y le dio miedo que le fuera con el cuento a Clara. No podía permitir que ella dejara el programa, en aquel tiempo funcionaba muy bien —le dice Marta.

—¿El bebé era de César? —le pregunta Edith.

—Pues claro —le dice Marta ofendida.

—Bien, sólo quiero asegurarme. No quiero volverla a fastidiar —le responde Edith subiéndose las gafas.

Qué fuerte es todo esto. Cuando le conté a Clara la historia que me había explicado César, alucinó. Ella ni siquiera sabía que Marta había estado embarazada, ni que él la había despedido. Simplemente, un día no se presentó en el estudio y César le dijo que había encontrado otro trabajo, uno mejor. Si yo no llego a sacarle el tema, nunca se habría enterado de la historia. César se la escondió, y ahora sabemos el porqué. Le daba miedo que Clara le dejara tirado con el programa. Una cosa es que hubiera tenido un

desliz con Marta, como él le contó, y otra muy diferente haber salido meses con ella y todo ese feo asunto del bebé.

—César me convenció de que abortara, con sus asquerosas artimañas —dice Marta cambiando la cara. Ahora parece que se ha espabilado—. Me dijo que si seguía adelante con el embarazo perdería el trabajo. Que no podría salir en el programa con una barriga. Yo no andaba bien de dinero, me costaba sudores pagar el alquiler, y viendo que él no quería al niño, me asusté pensando que no podría mantenerlo y decidí hacerle caso. Siempre me arrepentiré —termina su historia bajando la mirada—. Pero bueno, ahora tengo a Marley —sonríe rascándole la cabeza a su gato.

—¡Miau! —maúlla él, subiéndosele de nuevo al hombro.

—Pero al final acabaste igualmente en la calle. ¿Qué pasó para que te despidiera? —le pregunta Edith.

—Vamos a ver... —le dice Marta poniendo los ojos en blanco—. Te lo acabo de decir, César no quería que le fuera con la historia a Clara. Para él era peligroso que yo estuviera tan cerca de ella porque se lo podía contar —le explica Marta—. Me la jugó insistiendo en que abortara, aunque pensaba deshacerse de mí de todas formas. Y cuando me di cuenta de su plan, ya era demasiado tarde. Me despidió.

Qué perverso y calculador... En mi caso, supongo que cuando se dio cuenta de que yo iba a dejar definitivamente el programa, pensó que ya no tenía nada que perder. Me dio la última estocada con ese beso y no le importó que Clara lo pudiera ver. Era su última oportunidad para crear conmoción a mi costa. Sabía que *Glam and Up* iba a necesitar otra renovación de personal con urgencia porque, tal como me comentó una vez, para él Clara está medio acabada.

—¿Por qué no se lo contaste todo a Clara, una vez que se deshizo de ti? Yo lo habría hecho, para vengarme de ese cerdo —le dice Edith a Marta.

—¿Para qué? Clara nunca me ha caído bien, César se encargó de que fuera así. Y yo ya tengo mi vida encaminada, soy muy feliz —dice Marta.

¿De verdad? Pues no tiene pinta de pasarse todo el día tocando las castañuelas...

—Así que eso de que tengas una depresión tampoco es verdad —le dice Edith.

—¿Eh? Lo mejor que me ha pasado en la vida es salir de ese programa. Allí son todos unos gilipollas, empezando por César y terminando por el regidor —dice Marta.

En eso tengo que darle la razón.

—Menudo cerdo, asqueroso, lame-chichis, pesetero, mentiroso, psicópata, hijo de su madre... —exclama Clara con un tic en el ojo.

—Respira, ya se te ocurrirán nuevos insultos más tarde —le digo a Clara para que no se ahogue.

—Ese cerdo me ha hecho la vida imposible. Ha jugado con mis sentimientos sólo para que presentara su asqueroso programa. Me ha puesto en contra de todo el mundo a mis espaldas y hasta me ha hecho creer que tenía la nariz grande para que me la operase. Desde entonces, no me puedo aguantar el pis —dice Clara con la barbilla temblorosa.

—¿Qué tiene tu nariz que ver con el pis? —le pregunto alucinada.

—Tuve que ir a hipnosis para superar el miedo a la operación. Pero algo salió mal mientras estaba en trance, y ahora cada vez que oigo la palabra 'cimborrio' me entran ganas de orinar —nos explica avergonzada.

¿Eeeeeh?

—Pero... yo te he visto hacerte pis, y nunca he pronunciado esa palabra delante de ti. Ni si quiera sé lo que significa —le digo extrañada.

—¿De verdad? —me pregunta Clara sorprendida.

Dios mío, ¿por qué tendré yo complejo de tonta?

—Yo de ti iría al médico, debes tener una infección —le aconsejo a Clara.

—Chicas, esto no va a acabar así. Voy a escribir un artículo sobre ese imbécil que se va a enterar. No lo van a querer ni para barrer el plató. A mí nadie me engaña ni me deja como mala profesional —dice Edith con mucha decisión.

—Hombre, eso de que a ti nadie te la pega... César te engañó —le digo como quien no quiere la cosa.

—¿Eh? —me responde Edith disimulando—. ¿Sabéis algo más sobre César que pueda acabar con su carrera? No pienso dejarme

ningún detalle sustancioso que lo pueda aniquilar —nos pregunta con las gafas torcidas.

—¿Te parece poco todo lo que te hemos contado? —le pregunta Marta.

—Sí... —digo pensativa—. Yo conozco a alguien que seguro que tiene muchas más cosas que decir...

¡Carituqui! Ella odia a César. Se llevan fatal. Es la única de la pandilla que siempre le ha visto el plumero, mientras todas las demás le hacían la ola. No la veo desde la cena benéfica, pero seguro que Tania y Melania pueden darme su número de teléfono.

—Pues manos a la obra. Tenemos una misión —dice animada Edith.

—¿Queréis picar algo? La venganza me da hambre —dice Marta. Ya... O lo mismo lo que le da hambre son esas plantitas que se fuma. Aquí huele a hierba, y no es precisamente a perejil.

—No, gracias. Estoy bien —dice Clara con cara de hambrienta.

—Come algo, mujer. Estás demasiado delgada —le digo a Clara.

—Bueno... quizá podría picar alguna cosilla —responde Clara con una leve sonrisa.

Una que me permite ver lo guapa y dulce que es, aunque sea muy en el fondo. Puede que después de esto la quiera conocer mejor, me gustaría que nos diéramos una oportunidad.

—Me gusta tu nariz —le digo apiadándome de ella.

—Y a mí me gustas tú. Siempre he pensado que eres una gran *makeup girl* —me responde emocionada.

Jo... Eso a mí también me ha conmovido. Lo sé porque se me está despegando una pestaña. Me siento identificada con Clara, por haberlo pasado mal por culpa de la misma persona que yo, y ahora que se ha aclarado todo entiendo que no me pudiera ni ver. El amor a veces nos hace comportarnos de manera horrible, sobre todo si nos echan una mano para que nos desquiciemos y perdamos la cabeza. Y yo tampoco me he quedado atrás con Clara. No he sabido comprender que bajo esa tirria suya hacia mí, había una persona enamorada que sufría, y que estaba cansada de tener que pasar por eso una y otra vez. Aunque me lo haya hecho pasar mal, ya no le guardo rencor. Todo el mundo se merece una segunda oportunidad, al igual que yo. Espero que Marcos me la quiera dar...

—Lola, no quiero verte así. Todo el mundo se equivoca, y lo tuyo no ha sido un error. Lo que te ha pasado ha sido por ser buena persona, una chica confiada y de buen corazón —me riñe mi madre.

—Pues yo no lo creo. Ahora mismo estaría con Marcos si no hubiera puesto mi tienda por delante de él —le respondo gimoteando.

—Qué tonterías dices. Una tiene que luchar por lo que quiere, y se pueden querer muchas cosas a la vez —me responde mi madre.

Tengo un lío muy grande en la cabeza, tan grande que ya ni siquiera sé si todo esto lo empecé por querer impresionar a Marcos, a su familia o a mí misma. Me vuelvo a sentir culpable por lo que ha pasado, por ser tan idiota como para creer que todo el mundo estaba equivocado menos yo. Y puede que sea a causa de que estoy atacada de los nervios, a la espera de que se publique el artículo de *No me lo puedo creer*. Todavía quedan dos días para eso y ahora tengo miedo de que no surja efecto. Estoy segura de que funcionará para desenmascarar a César, pero respecto a recuperar a Marcos, ya no lo tengo tan claro. ¿Qué pasará si nadie se lo cuenta? Marcos no lee esa revista y esta vez el artículo no va sobre Glossy Look. Además, ya han pasado muchos días desde que hablamos por última vez y quizá durante este tiempo ha tomado una determinación.

—¿Ya estamos otra vez? —me pregunta Vera, sentándose a mi lado en la cocina de mi hermana.

—Eso parece. Pero ya sabes cómo es tu tía, nunca tiene nada claro. Duda más que Los Panchos —le responde Violeta.

—Mira quién fue a hablar, la misma que le cambió el nombre a su hija cuatro veces —le dice mi madre.

—¿Cómo? ¿Es eso verdad, mamá? —le pregunta Vera asombrada.

—Como lo oyes —le responde mi madre—. Cada vez que tu padre te iba a inscribir, lo llamaba y se tenía que volver a medio camino. Casi acabas llamándote Petunia Andrea —le explica.

—Dios mío... —exclama Vera dando un respingo en su taburete.

—¿Te acuerdas de cuando nació Lola? Yo quería que le llamaras Fruitti —le dice Violeta riendo a mi madre, mientras comprueba el horno para ver cómo va el asado.

—Pues menos mal que no eras fan de Doraemon, me podría haber acabado llamando como un gato —le digo aliviada.

—Qué desagradecida, con lo que me he preocupado siempre por ti —me responde Violeta.

—Eso es verdad. En verano te tapaba en la cuna hasta el cuello con una manta, y también te ponía un gorro de lana. No quería que te resfriaras —me dice mi madre.

—Me acuerdo de eso perfectamente. Cuando pasaba un rato se ponía encendida como un Gusiluz y sudaba a chorros, los cuatro pelos que tenía se le pegaban a la frente —le responde mi herma soltando una carcajada.

Ahora entiendo por qué he salido yo así. En algún momento me faltó oxígeno.

—¿Por qué le dejabas que me hiciera eso? —le pregunto a mi madre asombrada.

—Hija, qué quieres. Hasta que no te oía llorar no me daba cuenta —me responde tan tranquila.

—Ya lo decía Balzac, la ignorancia es la madre de todos los crímenes —dice Vera muy bajito.

—¿Por quién va eso? —le pregunta mi hermana amenazante.

—Y a ti qué más te da, si ni siquiera lo has entendido —le digo a Violeta.

—Eso es verdad —responde mi hermana, dándose la vuelta de nuevo hacia el horno.

—Qué feliz me hace tener a mis tres niñas juntas. Vera, tú no seas como nosotras cuando crezcas, tengo todas mis esperanzas

puestas en ti —le dice mi madre a mi sobrina, enrollando un mechón de su infantil pelo rubio entre sus dedos.

—No te preocupes, abuela, ese es mi plan —le contesta Vera.

—No te lo decía en serio —le suelta mi madre dándole una pequeña colleja.

—Ji, ji, ji. Ya lo sé —le responde Vera abrazándose a ella.

—Pues yo diría que lo que más feliz te hace es tener a mi padre sentado ahí fuera con mi cuñado —le digo a mi madre, señalando con la cabeza hacia el jardín.

—No te creas —me responde ella, mirando hacia mi padre a través de los cristales.

¿Otra vez está en ese plan? ¡No me jodas! Uy, perdón.

—Anda ya, mamá. No empieces a hacerte la dura otra vez, si estabas deseando que volviera contigo —le dice Violeta.

—Bueno, no era algo que tuviera planeado. Pero debo reconocer que cuando vino a verme para saber cómo me encontraba, me ablandó el corazón —responde mi madre, comprobando la posición de las solapas de su camisa y colocándoselas bien.

—¿Cómo fue? —le pregunta Vera sonriente, apoyando la barbilla en su mano para observarla con atención.

—Pues... asombroso, así fue. Se presentó en casa y me dijo que sentía mucho que lo estuviera pasando mal. Por el tema del vídeo. Y todavía más que Lola y yo estuviéramos enfadadas por lo de su boda. Me dijo que siempre me había querido, incluso cuando yo me reía de él y no le dejaba ni respirar, y que le hubiera gustado que en su día hubiéramos podido encontrar una solución —nos cuenta emocionándose un poco—. Se despidió dándome las gracias por haberle dado dos hijas tan maravillosas como vosotras y después me deseó que todo me fuera bien.

—Entonces, ¿se fue y tú le fuiste a buscar? ¿Corriste por la calle en bata? ¿Como en las películas de amor? —le pregunto intrigadísima con la historia, echada sobre la mesa frente a ella, al igual que Violeta y Vera.

—No. Le invité a entrar y después pasó lo que pasó... —nos responde con una pícaro sonrisa.

—¡Qué asco, abuela! No digas esas cosas delante de mí —dice Vera tapándose los oídos.

—¿Desde cuándo no quieres tú oír cosas de adultos? —le pregunta Violeta a mi sobrina con retintín.

—Lo decía para disimular. ¿No ves que tengo los dedos separados? Lo oigo todo, mamá —le responde Vera.

—En fin. A veces hay que saber perdonar, todo el mundo se merece una segunda oportunidad —dice mi madre encogiéndose de hombros.

No puedo estar en desacuerdo, porque eso mismo espero yo para mí. Aunque la mía no sea exactamente la misma situación.

—Sé lo que estás pensando. Y no quiero que sufras, porque estoy segura de que lo tuyo con Marcos se arreglará —me dice mi madre.

—Sí. Marcos es un hombre inteligente y sabe lo que se pierde sin ti, no te va a dejar escapar —me dice Violeta, achuchándome por los hombros con ternura.

Jo, qué llorera me está entrando. No sé si prefiero a Violeta cuando me da la vara o cuando me trata tan bien. Con esas palabras me ha llegado al alma.

—¿Quieres que te ponga un gorro y te tape con una manta? Si tienes frío, también te podría meter en el horno —se ofrece mi hermana.

—¿Te acuerdas? Menos mal que no sabías encender el gas —le responde mi madre partiéndose de risa.

¿Eh? Dios mío, es un milagro que todavía esté viva... Un pequeño descuido de mi madre y nunca habría llegado a probar el colorete *Blush Post-Osgarm*.

—No, déjalo. Ya me suicido yo sola —le contesto a Violeta, mientras me seco las lágrimas con una servilleta de papel.

—¿De qué charlan mis chicas? —pregunta mi padre entrando en la cocina—. ¿No estaréis hablando de mí? —dice mientras me toquetea una oreja con cariño.

—Qué va. ¿Cómo puedes pensar eso, abuelo? —le pregunta Vera guiñándole un ojo.

—Violeta, tienes la radio encendida por ahí arriba. Sube y apágala, estoy de *Soy un truhán, soy un señor* hasta la calva —le dice mi padre volviendo a salir al jardín.

—¿Qué dice? —pregunta mi hermana con un mohín.

—¿Soy un truhán, soy un señor? —pregunto yo—. Creo que se refiere a mi teléfono. Ahora vuelvo, voy a mirar —le digo, dirigiéndome a la escalera para subir a la habitación de Violeta.

Voy a quedar como una desesperada. ¡Pero es que lo estoy! Marcos ha estado llamándome por teléfono un buen rato, para decirme que está aquí, y yo soy tan pánfila que me he dejado el bolso en la habitación de mi hermana con el móvil dentro. No lo he oído sonar. Dios mío, ¿no estaré perdiendo audición...? ¿Eh? ¿Es eso un rizador de pestañas? ¡Qué chulo, tiene piedrecitas incrustadas! El lunes me pasaré por esa tienda, ¡tiene que ser para mí!

—¡Oye, ten más cuidado! —me grita un señor al que acabo de abofetear sin querer con mi bolso.

—¡Lo siento! —le grito, corriendo por la calle sin detenerme.

¡Qué nervios! ¿Qué me querrá decir? No quiero hacerme muchas ilusiones porque no soportaría llevarme una decepción. ¿Y si lo que quiere Marcos es decirme que lo nuestro se ha acabado para siempre, que quiere verme para dejarlo claro? Lo único que me ha escrito es: “Estoy en Barcelona. ¿Podemos hablar?”. Podría significar cualquier cosa, no me quiero adelantar. Y ahora que lo pienso, ni siquiera le he contestado. ¿Habrá pensado que no quiero verle? Por favor, ¡cuántas preguntas sin respuesta!

—¡*Mamáaaa!* —llora un niño al que le he tirado su pastelito.

—¡Perdón! —me disculpo medio asfiziada, sin dejar de correr.

Pero, a pesar de mis dudas, no puedo parar de hacerme ilusiones. Soy una soñadora y una romántica y no lo puedo evitar. Ya me imagino a Marcos recibéndome emocionado. Con los brazos abiertos, sin camisa y su cuerpo envuelto en una cálida luz. Su pelo flotando en el aire, movido por una mística brisa... Yo me lanzaré a él abrazándome a su pecho y después de unos minutos de apasionado abrazo me dirá: “Lola, no puedo vivir sin ti. Tú eres el motor de mi vida y aunque esté gripado, es mi motor. No lo quiero cambiar”. Y entonces yo le diré: “Yo tampoco puedo vivir sin ti. Te necesito, eres mi crema hidratante después de la depilación”. Después nos besaremos hasta que se me corra tanto el pintalabios que parezca que tengo una insolación y...

¿Qué...?

¡Mierda, me he venido en zapatillas! ¡Y son las de conejos de mi hermana! ¡Qué vergüenza, por favor!

—¡¡¡Guau, guau, guau, guau!!! —me amenaza un caniche al que acabo de adelantar.

—¡Ojito con lo que dices! —le respondo girándome un instante, sin detener mi carrera.

Pero lo mismo el tema no va así. ¿Y si lo que quiere Marcos es que me lleve mis cosas de su piso? Para deshacerse definitivamente de mí. Podría ser eso. Si ha decidido que nuestra ruptura es para siempre, ya no hay razón para que sigan allí. Aunque tampoco tengo tantas cosas en su casa, la verdad. Así de memoria, creo que sólo tengo ropa de invierno, revistas, zapatos, bolsos, fiambreras, un ordenador... Redecillas para el pelo, una manta, cremas, mi cepillo de dientes, un secador, una estufa... La roulotte de mi Barbie, mi guarda-pijamas de Hello Kitty, una lámpara de rayos UVA, los libros de cuando iba al instituto, mi colección de limas de...

—¡Cuidado! —me grita alguien por ahí.

—¡Sáqueme de aquí! ¡Tengo algo muy importante que hacer! —le pido desesperada a un obrero que me observa impasible, mientras intento trepar por la zanja en la que acabo de caer.

—¿Es que no has visto las vallas? —me pregunta, moviendo su palillo de dientes de un lado a otro de la boca.

—¿Se refiere a las que lleva en las manos? ¡Pues no, y si hubieran estado puestas no me habría caído! —le respondo tocándome dolorida la rodilla.

—Las estaba colocando —me responde sin inmutarse.

Ay... ¡Qué daño me he hecho! Se me han roto las medias y la rodilla me está comenzando a sangrar. Creo que no me he roto nada, pero estoy llena de tierra de arriba a abajo y con estas zapatillas me cuesta mucho trepar. ¿Para qué habrán cavado esta cosa tan profunda? Sólo me asoma un poco la cabeza, hasta la altura de mis ojos. Parezco un champiñón metida aquí.

—¡Antonio! ¡Mira lo que he encontrado dándole a la pala! —le grita el obrero riendo a otro obrero.

—A ver —le responde el tal Antonio acercándose—. Coño, ¿qué haces tú ahí? —me pregunta asomándose al filo de la zanja, con las manos apoyadas en sus rodillas.

—¿Usted qué cree? —le pregunto con ironía.

—¿Esto qué es? ¿Un concurso de la tele? —me responde—. ¿Lo tengo que adivinar? —le pregunta seguidamente al del palillo, girándose hacia él.

—Claro, si lo aciertas te llevas mil euros. Prueba a ver —le responde el del palillo.

—Pues... —dice Antonio pensativo—. ¿Está plantando patatas? —le pregunta probando suerte.

—¿Tú le has visto a esta cara de agachar el lomo? ¿No ves que parece una muñeca? —le responde.

Vaya, qué adulador... Es verdad que llevo unas zapatillas muy ridículas, pero tampoco estoy tan mal.

—Pues... —dice Antonio rascándose la cabeza—. ¿Está buscando petróleo? —le pregunta confundido.

—Frío, frío, Antonio. Por ahí vas mal —le responde su compañero, moviendo de nuevo el palillo de dientes con la boca.

—¿Cuántas oportunidades tengo? ¿Tres? —le pregunta Antonio.

—¡Que lo del concurso es mentira! —le grito impaciente.

—Ah —me responde Antonio sin más.

—Ayúdenme a salir, tengo mucha prisa —les digo mientras intento escalar de nuevo.

—¿Pero quién te manda meterte ahí? —me pregunta Antonio.

—Venía corriendo y no la he podido parar —le explica el del palillo.

—Oye, una cosa que te quería preguntar. ¿Tú ya has cobrado? —le pregunta Antonio.

—No, qué va —le responde el del palillo.

—Pues yo tengo el coche en el taller, y hasta que no suelten la pasta me tengo que venir en metro a trabajar —le dice Antonio.

—No veas lo caros que son los mecánicos. Entre la ITV, el seguro y las reparaciones, el coche te sale más caro que un niño empollón —le dice el del palillo.

—Yo me lo quiero cambiar. Siempre he querido tener un descapotable —le dice Antonio orgulloso, como si se estuviera

imaginando montado en ese coche.

—Mi hijo mayor se ha comprado una moto. Dice que así liga más —le dice el otro, mientras ambos pasan de mí.

—¡¡¡Guau, guau, guau, guau!!! —me ladra el mismo perro de antes, pasando justo por el filo de la zanja.

¡Qué cabrito, ha conseguido adelantarme!

—Mi mujer dice que quiere ir a Cuenca este verano, para ver a su madre. No veas las pocas ganas que tengo de ir —le comenta Antonio al del palillo.

—Yo me paso las vacaciones en el bar. Mi parienta se pasa todo el día en la playa y no quieras ni imaginarte la que lía antes de salir. Se lleva la tortilla de patatas, la radio, la sandía, las sillas plegables, los niños, el perro, la sombrilla... Vamos, que parece que se vaya a quedar a vivir allí —le comenta el del palillo.

—Oye, ¿viste anoche el partido? Valiente mierda de árbitro —le dice Antonio.

—¿Tú tienes televisión de pago? —le pregunta su compañero.

—¡Oigan! ¿¡Podrían sacarme de aquí de una vez!?! —les digo a los obreros cabreada.

—Ah, sí. Antonio, la chiquilla —le dice el del palillo, dándole un tortazo en la espalda.

Gesto, ese, que pilla a Antonio desprevenido. Haciéndole moverse hacia adelante sin ningún apoyo y cayendo seguidamente sobre mí dentro de la zanja. Sin darme tiempo a reaccionar, me caigo de culo rompiéndome aún más las medias, con Antonio intentando ponerse en pie con todo su peso encima de mí, y con tanto meneo se me acaba llenando el culo de tierra. Y todo lo demás. Soy como una croqueta de pollo sin freír. Pero yo no me rindo, no pienso volver a mi casa sólo por este “pequeño” contratiempo. Aunque tenga la cara sucia, las medias rotas, una de mis pestañas colgando y lleve unas zapatillas de conejo, necesito ver a Marcos y nada me lo va a impedir. Le quiero y necesito estar con él. Aunque sea por última vez.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Marcos preocupado, cuando me abre la puerta de su casa.

—Nada —le respondo llorando.

Pero no lloro solamente por mis pintas y por mi rodilla magullada. Tenía tantas ganas de volverle a ver que me he emocionado. Su llamada ha sido una sorpresa para mí. No me la esperaba hasta que se publicara el artículo sobre César, la verdad, y aun así no lo tenía del todo claro. Pero ha sucedido, y sin necesidad de que lea antes lo que está a punto de salir. No sé lo que quiere, pero está aquí. Frente a mí. Siento una mezcla muy grande de ilusión y ansiedad, y tengo miedo de que lo que me vaya a decir acabe con mis esperanzas. Tenerle tan cerca no ha cambiado eso. Todo lo contrario, hace mi miedo más real.

—¿Cómo que nada? Parece que te haya pasado un camión por encima —insiste Marcos asombrado.

—Me he caído en una zanja —le acabo confesando.

Marcos se queda con la boca abierta, pero veo que su asombro se está empezando a convertir en risa. Se la está aguantando, aunque no creo que sea capaz de dejarse llevar. La situación en la que estamos no es divertida y los dos lo sabemos.

—¿Puedo pasar? —le pregunto con timidez.

—Claro —me dice volviendo a recuperar la compostura.

Ni siquiera me he atrevido a abrir su casa con mi llave, qué detalle más triste. Nunca me habría imaginado que acabáramos así, y menos todavía que pudiéramos acabar. Por mucho que lo temiera, nunca me lo acabé de creer. Mi vida se ha convertido en una pesadilla.

—Siéntate, por favor —me dice Marcos cuando entramos en el salón.

Después, se queda un rato en silencio, con los antebrazos apoyados en sus piernas. Mirando al suelo y resoplando. Y yo no puedo soportar que estemos sentados tan cerca el uno del otro y no poderle abrazar. Somos como dos extraños en una situación igual de extraña. Hace nada nos habríamos recibido con un beso y una frase divertida y cariñosa, pero ahora parece que eso ya no es lo adecuado. Hay algo invisible que lo impide.

—¿De qué quieres hablarme? —le pregunto nerviosa.

—Estos días atrás necesitaba pensar —me dice sin mirarme.

—Ya, lo entiendo —le respondo, mirándole asustada.

—¿Quieres algo para esa rodilla? No tiene buena pinta —me ofrece cambiando de tema.

—No. Estoy bien —le contesto.

Pero rechazo su ofrecimiento a pesar de que la rodilla me escuece y de que sé que debería lavármela. Estoy muy impaciente por saber qué me quiere decir y no quiero perder el tiempo en eso.

—Sí, deberías hacer algo con ella. Me estoy mareando —me responde echándose hacia atrás en el sofá.

Oh... Mierda, es verdad. Me olvidaba de que Marcos se mareaba con la sangre. Jolines, ¿cómo puede un tío tan grande como él marearse con estas cosas? Y en qué mal momento, no puedo más con la intriga.

—Ya está. Podemos continuar —le digo, tapándome la rodilla con un cojín.

—Pero sé que está ahí —me dice él apartando la vista de mí.

—Tómalo como una oportunidad para que lo superes —le respondo impaciente.

—Ahora vengo —me dice levantándose del sofá.

¿Qué?

Lo que faltaba. Como si no hubiera tenido suficiente con estos días de incertidumbre. Ahora se me mareaba y se queda traspuesto. Con mi suerte, seguro que entra en coma y me deja con la duda una par de años más. Ya me veo junto a su cama del hospital, sin saber qué decirle a las enfermeras. Ahora mismo no sé si soy su novia o sólo una conocida. Vaya... entonces, ¿no me dejarán entrar a visitarle? ¡Dios mío, que no pierda la conciencia! ¡Al menos hasta que me diga lo que me tiene que decir!

Ah, por ahí viene. Está un poco pálido, pero creo que aguantará.

—¿Estás bien? —le pregunto recelosa.

—Más o menos —me responde Marcos, dándome una tímida palmadita sobre el cojín para que aleje la rodilla de él—. Nunca pensé que pudiéramos pasar por este momento, Lola —me dice entonces.

—Ya... —respondo temerosa—. Ni yo —le digo.

—Siempre creí que estábamos a punto de empezar una vida juntos, y que sólo nos faltaba el último empujón. Solucionar algunos detalles sin importancia —me dice, tocándose el pelo con semblante

de preocupación—. Pero ahora todo ha cambiado —me termina diciendo.

Esto no me gusta nada... No me mira a la cara y me temo que es porque no quiere hacerme daño. Por muy desilusionado que esté conmigo, o por mucho daño que le haya hecho yo, todavía tiene en cuenta el tiempo tan feliz que hemos compartido. Al menos me consuela que también lo vea así.

—Marcos, antes de que digas nada, yo también quiero hablar —le digo armándome de valor.

Le quiero pedir perdón. Antes de que me deje. Después ya no tendrá sentido, quedaré como si intentara hacerle cambiar de opinión, y quiero que sepa que decida lo que decida, le quiero igual. Yo no he venido sólo a excusarme, necesito que sepa que lo primero en mi vida sigue siendo él.

—Espera, Lola —me responde—. Déjame hablar a mí primero, tengo esto en la cabeza desde hace días y lo tengo que sacar —me dice, refregándose con las dos manos la barba que le está empezando a salir, bastante agobiado—. Ya me da igual lo que haya pasado entre César y tú. Sólo necesito saber una cosa —dice entonces.

—Qué —le pregunto bajando la mirada.

—¿Le quieres? —me pregunta, mirándome con atención.

—¡No! —exclamo rápidamente—. Yo no siento nada por él, nunca lo he sentido —le digo apresurada.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—¡Pues claro que sí! —le contesto, con el corazón galopando.

Marcos vuelve a mirar hacia el suelo, levantando y bajando los talones inquieto. Se refriega las manos, como si le costara decir lo que sea que me tiene preparado. Y yo estoy a punto de levantarme y salir corriendo de aquí, porque no puedo aguantar por más tiempo la tensión. Si no dice algo importante ya, me voy a marchar. Estoy tan nerviosa que ya no sé si quiero saberlo.

—Lola... —me dice, ahora mirando hacia el techo.

—Qué... —le digo mirándole alarmada, aguantando la respiración.

—¿Quieres casarte conmigo? —me pregunta después de unos tensos segundos.

¿¿Qué...??

¡Ay, por favor!

—E... es... e... ¿Eso es una pregunta o una proposición? —le pregunto tartamudeando.

—Es una declaración —me responde, mientras saca una cajita de detrás del bolsillo de su pantalón.

A continuación, la abre girándose hacia mí. Y yo me quedo tan sorprendida que lo único que puedo hacer es taparme la boca con las manos, alucinada. Nunca nadie me había regalado algo así. Y si pudiera moverme lo sacaría yo misma de la caja y me lo pondría en el dedo. ¡Qué pedruscón! ¡Me muero por probármelo! Me debe quedar tan bien con estas uñas tan bien cuidadas... Creo que tengo unos pendientes parecidos... Bueno, los míos son de circonita, pero el diseño es casi igual.

—No quiero recordar lo que ha pasado. Lo he estado pensando y me he dado cuenta de que eso no va a cambiar lo que siento por ti. Me gustaría que empezáramos de nuevo, como si nos acabáramos de conocer. Solo que quiero empezar por el final. Me gustaría casarme contigo. Si tú también quieres... —me dice mirándome expectante.

—¡Pues claro que sí! —le digo lanzándome a su cuello—. Uy, perdón —le digo avergonzada.

Qué cabezazo le ha dado en el ojo...

—Menos mal que tengo un seguro de vida —dice Marcos, dolorido pero comenzando por fin a sonreír.

—¡Lo dejaré todo, Marcos! He estado pensando que Sandra se podría quedar al frente de Lola Glamour. Y nunca volveré a *Glam and Up*, ¡odio ese programa! Tú tenías toda la razón. ¡Qué tonta he sido! No sé por qué no quise escucharte, debería haberlo dejado hace mucho tiempo. Me dejé engatusar por la popularidad y perdí la cabeza. Yo nunca quise competir contigo, sólo quería impresionarte. ¡Que estuvieras orgulloso de mí! Pero te juro que tú eres lo más importante de mi vida y... —le digo de carrerilla, hasta el punto que me quedo casi sin aire.

—No hace falta que dejes tu tienda —me dice Marcos cortándome, con cara de estar tan impaciente de hablar como yo—. Ahora funciona y no me sentiría bien sabiendo que no puedes

cumplir tus sueños. Hablaré con mi padre y dejaré Glossy Look — me dice dejándome de pasta de boniato.

—¡No, no hagas eso! —le digo asombrada.

—Sí. Lo debería haber hecho hace tiempo, mi trabajo no es más importante que tú. Abriré una agencia de publicidad en Barcelona y podremos vivir aquí —me dice decidido.

—¡Que no! —le vuelvo a decir.

No puedo permitirlo. Marcos tiene una casa impresionante en Madrid y se gana la vida muy bien con su padre. Él le necesita allí, y yo no me sentiría a gusto sabiendo que lo deja tirado por mí.

—Lola, lo tengo decidido. Esta vez no te voy a defraudar —me dice Marcos.

—¿Por qué dices eso? Nunca me has defraudado. Siempre he entendido tu situación. No voy a permitir que dejes tu trabajo —le digo con aplomo, cruzándome de brazos.

Uy, me he dejado la rodilla al aire.

—Un momento, ¿ahora estamos discutiendo por mudarnos uno a la ciudad del otro? Parece que, al fin y al cabo, todo era mucho más sencillo de lo que nos parecía —me dice Marcos riendo.

—Eso parece —le respondo contenta.

—Tápate eso —me dice cambiando la cara, mirando de reojo hacia mi rodilla.

—¡Madre mía, estoy flipando! ¡Nos vamos a casar! —exclamo más feliz que una perdiz—. Tendremos una niña con tu barba y mis pómulos. Adoptaremos un perro y le llamaremos Glossy Glamour. Al principio se comerá nuestras zapatillas y se hará pipí. Pero no te preocupes, en cuanto vaya a la guardería se tranquilizará. Los niños son así —le digo a Marcos.

—Me parece un plan perfecto —me responde él divertido.

—Oh, espera —le digo poniéndome seria—. Antes de que ocurra todo eso, necesito que quede clara una cosa.

—Vale. ¿Y qué es? —me pregunta Marcos, mirándome con esa cara tan atractiva que me tiene tan enamorada.

—Quiero que sepas que nunca me acosté con César, ni siquiera le besé. Me engañó para hacer subir la audiencia del programa. Yo jamás te sería infiel. ¿Me crees? —le pregunto intranquila.

Marcos me observa sin parpadear. Comienza a hacer esa cosa rara suya que normalmente me pone nerviosa, a escanear mi cerebro con sus superpoderes. O eso me imagino yo. Y cuando se decide a contestar me dice:

—Está bien. Te creo. Nunca volveré a dudar de ti.

Ay... Qué alivio, por favor. Ese detalle era muy importante para mí, no habría podido empezar de nuevo con él pensando que no le había quedado claro. ¡Esto marcha muy bien!

—Marcos, yo todo esto lo empecé por ti. He sido una idiota, quise demostrarte que era suficiente para ti, y me equivoqué. Me acabas de demostrar que, por mucho que lo intente, nunca estaré a tu altura. Eres la persona más maravillosa de este mundo —le digo emocionada.

Jolines, tanto trajín con ese artículo para nada. Ni siquiera ha necesitado leerlo, estaba dispuesto a perdonarme una supuesta infidelidad. Si antes quería a Marcos, ahora le quiero mucho más. Si es que no me lo merezco, yo no sé qué habría hecho si hubiera estado en su lugar.

—Eso es imposible. La persona más maravillosa de este mundo eres tú —me dice Marcos—. Y antes de que tengamos una niña con mi barba que se come tus zapatos, yo también necesito algo. Que me prometas una cosa —me dice muy serio.

—¿El qué? —le digo, dispuesta a todo.

—Que no volverás a pensar que tú no estás a mi altura. Yo sólo soy alguien que ha tenido la suerte de nacer en una familia privilegiada. Pero eso no nos hace diferentes a ti y a mí. Yo también necesito que me quieras por como soy, y no por lo que soy —me dice Marcos.

—Hecho —le digo sonriente.

—Bonito conejo —me dice entonces.

Ji, ji. Qué marrano, ya sé dónde vamos a acabar.

—Lo tengo lleno de tierra, pero ahora mismo me lo lavo —le informo con un guiño.

—Me refería a las zapatillas —me dice Marcos.

Y por fin nos damos ese beso que tanto echaba de menos cuando llegué, en cuanto Marcos me pone mi anillo de compromiso en el dedo. Cierro los ojos y me doy cuenta de que yo tampoco

quiero recordar lo que ha pasado entre nosotros, este malentendido tan desagradable que ha puesto nuestra relación a prueba. Para mí lo nuestro empieza hoy de nuevo y ahora entiendo que yo también he sacado tajada de este lío. Como Sandra, mis padres, Vera y Adrián. Porque ahora estoy convencida de que lo que tenemos Marcos y yo, nadie ni nada lo puede romper.

ALGO APESTA EN *GLAM AND UP*

No os asoméis al patio de luz, vuestra vecina no está cocinando callos, ni hígado de cordero, ni nada que amenace con haceros vomitar. Ese tufillo que detectáis proviene de vuestros televisores de plasma. Increíble, pero cierto. Y ahora lo vais a comprender. ¿Preparadas? La explicación no tiene desperdicio, así que poneos las gafas de cerca, haceos un ovillo en el sofá, y no os perdáis detalle de esta historia. ¿Cuántas veces nos habremos sentado frente a la tele para ver *Glam and Up*, sin saber que entre bambalinas se cocinaba algo repugnante? Algo tan vomitivo como su egocéntrico productor: César Salgado.

Hagamos un repaso. César tenía un supuesto affaire con Lola — nuestra pizpireta *makeup girl*—, la misma Lola que tiene una relación con Marcos Díaz —hijo del fundador de Glossy Look—, que fue señalada por hacerle la vida imposible a Clara Hoyos — presentadora de *Glam and Up*— y juzgada públicamente por otras muchas cosas más. Pero aquí viene lo bueno: esas cosas fueron filtradas —y otras inventadas— por César. Como su infidelidad a Marcos. ¿Por qué? ¿Para qué?, os preguntaréis. Amigas, la tele es cara de hacer, y la prensa le da a los personajes un buen empujón hacia el estrellato. Sobre todo si van acompañados de una buena historia, como la que César ideó. Su apestoso programa no es más que un gran montaje en el que podemos encontrar personas dañadas por su ambición y, además, ilegalidades por un tubo. César, échale un ojo a la Ley General de la Comunicación Audiovisual. Concretamente, al punto que habla de los

emplazamientos de productos. Ay... si es que no se puede contratar a inútiles. Cobran poco, pero te meten en muchos líos.

Y hablando de líos, César tuvo uno con Marta —azafata del programa— mientras tenía una relación con Clara. La dejó embarazada y después la despidió sin que se le moviera un pelo para que Clara no se enterara de su sucio tejemaneje. Apunta también eso y mira en tu buzón, César, porque muy pronto te llegará una demanda por despido improcedente. Tan improcedente como tu manera de tratar a las mujeres. Superficial, materialista y misógino; todo eso es César Salgado. Y si no, que se lo pregunten a Carituqui Saavedra, diana en la que clavaba los dardos envenenados de sus fobias a las chicas. Puede que César tuviera un mini pene siempre dispuesto a encontrar cobijo, pero también podría ser que tuviera un amor inapropiado hacia su madre. Siempre supuestamente, claro. Hemos visto algunos casos así.

Llegados a este punto, y para no malgastar más papel en este indeseable, os diremos que hemos creado un hashtag llamado #QueLeDenACésarSalgado. Con el que os invitamos a compartir vuestra opinión sobre este feo asunto, y a través del cual, encontraréis muchos más detalles que os quitarán las ganas de volver a ver *Glam and Up*. Nos vemos allí, chicas. ¡La vamos a liar!

¿Qué cara se os ha quedado? Apostamos a que una de “¡No me lo puedo creer!”.

— EPÍLOGO —

Nunca pensé que llegaría este día. Ni yo ni nadie, todo hay que decirlo. Pero a veces pasan cosas sorprendentes y esta es una de ellas. Voy en tren de camino a Barcelona para asistir a una celebración, y no es otra que la fiesta de graduación de Adrián. Nada más y nada menos. No me la podía perder. A pesar de que llevo días sin pegar ojo y de que parece que Marcos y yo tengamos un puesto ambulante de feria. Vamos cargados como si estuviéramos de mudanza, pero ese no es el caso, la cosa no va por ahí. Ya me mudé hace tiempo, cuando cerré las puertas de Lola Glamour y me fui con él a Madrid.

—¡Ya sé qué se me ha olvidado coger! ¡Las toallitas! —le digo a Marcos sobresaltada.

—Ya te he dicho antes que no, Lola, están en ese bolso de arriba —me responde él, señalando a uno de los bolsos de viaje que tenemos sobre nuestras cabezas, donde se coloca el equipaje.

—Ah, ¿ya te lo había dicho? Vaya, cada día estoy peor de la memoria —digo un poco avergonzada.

—¿Tú? Qué va, lo que te pasa es que tu proyector se salta algunos fotogramas —me responde Marcos dándome un toquecito en la cabeza, volviendo después a clavar la mirada en el periódico que tiene en las manos.

Qué listo es. No he entendido lo que me ha dicho, pero me ha gustado su explicación. Casi tanto como no tener que volver a preocuparme de pedidos, deudas y una nómina que ya no podía pagar.

Cuando dejé de salir en televisión, la gente comenzó a olvidarse de mí y, poco a poco, mi tienda volvió a ser el desastre que era tiempo atrás. Me dio mucha pena que acabara así, pero ahora estoy contenta porque al menos un día la pude ver brillar. Ya no me lo tomo como una derrota, sino como una etapa más de mi vida, una que ha dado paso a otra mejor. Aunque no puedo decir lo mismo de *Glam and Up*, el programa y César pasaron a mejor vida. Bueno, César está vivo, pero está acabado en su profesión. Su imagen se deterioró tanto que las televisiones dejaron de confiar en él, y hace poco me enteré de que ha tenido que cerrar su productora, tal como se merecía. Todo tiene un final, y he aprendido que no hay que deprimirse por eso. A veces, es porque nos espera algo mucho mejor.

—¿Cuánto queda para llegar? Me he dejado el reloj en casa. ¿Ves? Sabía que me olvidaba algo —le digo a Marcos volviéndome a sobresaltar.

—¿Desde cuándo llevas tú reloj? —me pregunta con cara de extrañado.

—Ah, es verdad. Si no tengo... —le contesto confundida.

La falta de sueño. ¡La falta de sueño me tiene así! En fin, pero es por una buena causa.

Marcos y yo nos casamos durante unas vacaciones en Bora Bora. Me costó encontrar ese sitio en el mapa, pero llegamos. Probablemente porque no era yo la que pilotaba, si no, otro gallo habría cantado. Fue una sorpresa para todos, no teníamos planeado hacerlo solos. Pero nuestra primera mañana allí, cuando nos despertamos en nuestra maravillosa choza hotelera en medio del mar, nos miramos y supimos que era el momento y el lugar. Nunca había visto tanto azul turquesa ni había sentido tanta paz, ni siquiera cuando me tumbo en la camilla de la esteticista para hacerme un tratamiento facial. Y, de todas formas, nuestra boda aquí tampoco habría sido demasiado tradicional. Ni tan idílica. Había algo que lo impedía.

—Pásamela ya y échate un rato. Todavía quedan tres cuartos de hora para llegar —me dice Marcos.

Pero yo no quiero. No me canso de mirarla y me encanta ver cómo le crecen las cejas, cada día tiene una línea rubia más

marcada. Ya mismo se las depilaré igual que las mías.

Pensábamos casarnos en Barcelona en una ceremonia religiosa, para hacer felices a mis padres y los suyos. Pero tampoco tenía mucho sentido hacerlo así, con un vestido blanco y fingiendo delante del cura que era virgen. Nos quedamos embarazados el día que nos reconciliamos, haciendo cálculos sé que fue así, y cuando nos quisimos dar cuenta yo ya tenía la misma barriga que Manolo el del Bombo. Nunca mejor dicho. Por lo visto, mi comentario de aquella tarde, más que una broma fue una premonición. Y he aquí la razón por la que vamos cargados como mulas, y el porqué de que me pase las noches en vela. Porque a esta niña nuestra no le gusta dormir. Al menos de noche. Es monísima y le auguro un futuro muy brillante frente al tocador, pero no me había puesto tanto corrector de ojeras en mi vida. Ya casi he acabado con todos los que me quedaron cuando cerré Lola Glamour.

—¿Por qué está tan sonrosada? ¿No le habrás puesto colorete otra vez? —me pregunta Marcos fijándose en la pequeña Violeta.

—No. Bueno... sólo un poco —le respondo con un hilo de voz.

—Lola —me dice Marcos entre enfadado y divertido.

Nos gustó Violeta para nuestra bebé. Cuando nació tenía un ligero tono azul y nos pareció apropiado que se llamara así. Además, es un nombre muy bonito, el de mi hermana. A la que, sorprendentemente, echo de menos. Me sentía muy sola sin ella cuando me mudé a Madrid, pero Edith, de *No me lo puedo creer*, me llamó un día y acabamos haciéndonos muy amigas. Más tarde me consiguió un trabajo en la revista, uno que me hace sentirme realizada al cien por cien, y ahora tengo una sección de belleza en *No me lo puedo creer*. No podría ser más feliz.

—Te dejo que la cojas un rato. Pero despiértame si me llama, no quiero que piense que su madre no la quiere —le digo a Marcos pasándole a Violeta.

—Lola, todavía no sabe hablar. Sólo tiene cuatro meses —me responde riendo.

—Bueno, por si acaso. Podría ser tan inteligente como Vera, nunca se sabe —le digo poniéndome cómoda en mi asiento.

Ay... qué felicidad. Un ratito de sueño...

¿Eh?

¡No me he puesto mis pestañas! Ya decía yo que tenía la sensación de que se me olvidaba algo, ahora ya no podré hacer mi entrada triunfal en mi antiguo piso. Pensaba chupar pómulos y pestañear como una diva para presumir delante de Dani. Es que está un poco celoso porque vivo en un chalé con piscina y tengo servicio doméstico. Ji, ji. Nunca más he vuelto a alimentarme de pasta. ¡Ahora me hacen de comer! Y pensar que antes prefería levantarme a las siete para ir a trabajar....

—¡Vera! ¿Qué haces tú aquí? —le digo sorprendida a mi sobrina, contentísima de verla.

—Me ha traído mi madre. No podía perderme esto, es casi un milagro —me responde.

—La verdad es que sí —le respondo con una risita—. Quién nos iba a decir que Adrián se acabaría graduando.

—Yo desde luego que no. Siempre supe que tenía potencial, pero no le creí capaz de utilizarlo —me dice Vera.

—Buenas tardes, señora Lola. Encantado de conocerla —me dice un niño que no levanta dos palmos del suelo, con un jersey de pico sobre una camisa blanca.

—Tú debes ser Leonardo —le digo mirándole de medio lado.

—Leopoldo, para servirle —me responde inclinando la cabeza hacia adelante, con sus manos detrás de la espalda.

Yo a este niño lo he visto en algún sitio...

¡Claro, en la película *Los otros!*

—¿Eres de verdad, Leoncio? —le pregunto asustada.

—¿Qué quiere decir? —me contesta él arrugando los morros.

—Enséñame a mi prima —me pide Vera entusiasmada—. *Oooh...* Qué inocente, no sabe lo que le espera —susurra mirándola con cariño.

—*Uuuuh*, ya está aquí la chochete importante —me dice Dani—. ¿Qué tal en Villa Gandula? Qué guarra, y te lo querías perder —me dice en voz baja.

—Qué malos son los celos —le digo orgullosa—. Vente el fin de semana que viene, podríamos hacer una fiesta “Chocolate con Nubes” y cotillear sobre todos. Para no perder la costumbre.

—*Uuuuh*, qué buen plan. Hecho, allí estaré —me contesta Dani.

—¡Hola, tía! ¡Qué total estás! —me dice Tania acercándose con Melania.

—A ver *echa cochita* —dice Melania babeando, cogiendo en brazos a la pequeña Violeta—. ¿Cómo has conseguido sacarla por ahí abajo? ¿Tía, tanto da eso de sí? —me pregunta.

—Cosas más grandes te habrás metido tú —le dice Dani.

—Ja, ja, ja. Qué total eres —le responde Melania.

—Lo más de lo más —le dice Tania.

—*Uuuuh*. Súper mega total —dice Dani.

—*¡Fashion-inmersióooooon!* —gritan los tres a la vez, meneando el culo hacia abajo.

—Cuidado, la niña —le dice Marcos a Melania, cogiéndosela de los brazos con cara de asustado.

—No pasa nada, pronto lo sabrá hacer ella sola —le dice Tania.

—Madre mía... —exclama Vera meneando la cabeza de un lado a otro.

Oh, ¡ahí están Pichurri y Sandra! Vaya, cómo ha cambiado ella. Cada día está más guapa, parece sacada de una revista de moda.

—*¡Kawasakiii!* —le digo a nuestro japo dándole un abrazo.

—¡Lola! —me saluda Sandra contenta.

—¿Cómo os va? —les pregunto sonriente.

—De puta *madle* —me responde él.

—Esa boca, Kichiro —le riñe Sandra—. Adrián y Dani son una mala influencia, le enseñan cosas muy feas —me dice a mí.

—No... ¿De verdad? Nunca me lo habría esperado de ellos —le respondo irónica.

Me alegro mucho de verlos a los dos juntos. Ahora Sandra ha vuelto a vivir aquí. Bueno, se mudó en cuanto yo puse un pie en Madrid. Lo estaba deseando y casi me pone las maletas en la calle ella misma, para que me largara lo antes posible. Pero no son los únicos que se han “arreguntado”. Mi padre también se fue a vivir con mi madre, aunque, por suerte para él, no dejó su piso de soltero. Porque en cuanto pasaron un par de meses dejaron de soportarse, como siempre, y ahora cada uno vive de nuevo en su casa. Dicen que se llevan mejor así y que estar de novios es más excitante. Se ven cuando les apetece, salen juntos por ahí, se pelean y vuelven a

empezar. Los veo así toda la vida, pero ellos sabrán. Supongo que lo importante es que se quieren. Aunque sea a su manera.

—¡Que hable el graduado! No hemos venido hasta aquí sólo para tomarnos unas cervezas —dice Marcos.

—Sí, di unas palabras. No te vas a graduar todos los días —le dice Tania a Adrián.

—¿Todos los días? Hemos tenido suerte de que se gradúe una sola vez —dice Dani.

—¡Que hable! ¡Que súper hable! ¡Que mega hable! —canturrean Melania y Tania dando palmas.

—Muy bien —dice Adrián subiéndose a la mesa del salón.

Qué guapo es el muy bribón. Y desde que está con Tania me lo parece aún más. Debe ponerle alguna crema en la cara, se le ve muy hidratada...

—Cuando empecé la carrera, allá por la época de la Perestroika, nunca imaginé que la iba a acabar —dice Adrián con solemnidad, poniéndose una mano sobre el pecho—. La verdad es que me matriculé en la universidad para no ponerme a trabajar. Veía cómo mis amigos ligaban sin parar, de fiesta en fiesta en sus pisos de estudiantes, y yo me dije: “Eso es lo que yo quiero para mí...” —dice levantando la cara, mirando hacia la nada satisfecho.

—Tu sueño se ha cumplido —dice Dani.

—Más o menos. Porque entonces os conocí a vosotros y mi piso de estudiantes se convirtió en un circo, aquí hay más frikis que en una quedada de *Star Wars* —dice Adrián.

—¡Oye, habla por ti! Yo ya no vivo aquí —le digo cruzándome de brazos, con el hocico arrugado.

—¿Qué tiene de malo *Star Wars*? Chewbacca mola... —dice Pichimiro.

—Pero, echando la vista atrás, sé que no he podido tener mejores compañeros de piso. Cada uno de vosotros me ha enseñado algo. Algo, que algún día, aunque no sé cuándo, me será de utilidad —continúa Adrián—. Como lo que he aprendido de Sandra —dice mirando hacia ella.

—¿De mí? —dice ella señalándose a sí misma.

—De ti he aprendido que las chicas no son sólo un agujero maravilloso donde mojar el churro. Algunas, como tú, creen en el

amor y tienen principios. Nos ves a los hombres como algo más que un consolador —le dice Adrian.

No me lo creo ni harta de vino. Precisamente, lo que le gusta a Adrián es que las mujeres le vean así. Le conoceré yo...

—Tía, qué bonito —le dice Melania a Tania.

—Lo más de lo más —le responde Tania, suspirando por Adrián.

—De Dani, me llevo su falta de pudor y su ausencia del sentido del ridículo. Haces bien, amigo. A quien le pique, que se rasque —sigue Adrián.

—Y si al que le pica está bueno, ya le rasco yo —dice Dani guiñándole un ojo.

—Ahora vas tú, compañero —le dice a Hitachi—. De ti he aprendido a pasarme todas las pantallas de Super Mario Bros.

Qué profundo se nos ha vuelto...

—Y qué puedo decir de Lola... —dice Adrián mirándome con ternura—. De ti, he aprendido que la inteligencia emocional es mucho más importante que la racional. Que es preferible ser bondadoso y tener buen corazón que tener una cabeza llena de fórmulas matemáticas. Aunque no te vendría mal leer un libro de vez en cuando, para que no vuelvas a confundir a Galileo Galilei con una marca de macarrones.

—¡Tía Lola! —me dice Vera asombrada.

—La cultura hace al hombre algo más que un accidente del universo... —dice Leopoldo asintiendo lentamente.

—Eh... Eso es de André Malraux —le dice Vera poniéndole ojitos.

—Te echaremos de menos aquí, pero sabes que puedes venir siempre que quieras. Tu marido tiene un piso bien grande en el que te puedes quedar —me termina diciendo Adrián.

—Idiota —le digo, mientras Marcos me aprieta por los hombros riendo.

Ay... qué feliz me siento de estar aquí. Y no porque no me guste mi vida en Madrid. No cambiaría mi vida con Marcos por nada del mundo, ni mi pequeña Violeta que ahora mismo duerme en mi antigua habitación. Pero miro a mi alrededor y veo a mis amigos, los que siempre han estado a mi lado dándome buenos consejos, y recuerdo los momentos tan divertidos que hemos pasado todos juntos en este salón. Las noches de películas, las peleas por entrar

en el baño, nuestra dieta de pasta y arroz, y un sinfín de anécdotas más. Pero tampoco estoy tan lejos, y sé que si los necesito para algo, van a estar ahí. Igual que yo para ellos.

—¿Estás bien? —me pregunta Marcos.

—Sí. Estoy mejor que nunca, lloro de felicidad —le contesto mientras me seco sonriente una lagrimilla.

—Me alegro, porque así es como te quiero ver siempre. Segura y feliz —me dice mientras me acaricia la mejilla.

—Contigo a mi lado no podrá ser de otra manera —le respondo, abrazándome dichosa a él.

CONTACTA CON LA AUTORA

Facebook

<https://www.facebook.com/rosario.vila.10>

Twitter

<https://twitter.com/Riovila10>

Blog

<http://rosariovilachicklit.wordpress.com>

Correo electrónico

riovilado@gmail.com

OTRAS NOVELAS CHICK LIT DE LA AUTORA

Retrato de una mentirosa, (2014)

Glossy Look, (2014)

¿Qué fue de Gary L'Amour?, (2015)

Un plan muy Dulce, (2015)